

AVIÓN CLUB

CARLOS
SANTOS

UNA HISTORIA DE LOS 80

NOVELA

Carlos Santos

AVIÓN CLUB

Una historia de los ochenta

la esfera  de los libros

*A José Antonio Gurriarán, mi tío, que me señaló el camino:
mirar, preguntar, escuchar, intentar comprender, contar.*

*The past is never dead.
It's not even past.*

WILLIAM FAULKNER

Hermosilla, 99

1

El sargento Paloma es un sentimental, eso César siempre lo ha tenido claro.

—A mí, como si se la folla un regimiento, pero cuando yo la busque, que la encuentre.

La del regimiento es la señora Pilar, su jefa. Desde que salió de la legión, Valeriano Paloma se gana la vida como reventa en la plaza de toros. Un trabajo agradable, al aire libre, pero no exento de riesgos. De vez en cuando lo trincan los guardias, le quitan el bloque, como él llama el taco de entradas, y lo meten unos meses en la prisión de Carabanchel. Cuando vuelve con la piel más blanca pero con mejor aspecto, después de pasar un tiempo sin beber cerveza y comiendo con regularidad, siempre contesta lo mismo:

—¿Que dónde he estado? En el sanatorio. Vengo del sanatorio.

Luego, tras el segundo tercio de cerveza, volverá a hablar de la señora Pilar. Es una mujer hermosa, rotunda, morena, más ajamonada que amojamada, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Con su marido, que es un vaina, controla el trapicheo de las entradas que permiten al sargento Paloma redondear su pensión. Dicen que también la redondea con bujarrones de los que buscan en las sombras de la plaza de toros, cuando cae la noche, y que alguno ha venido alguna vez al bar a declararle su amor, a grito pelado. César no lo cree. A Valeriano le gustan muchísimo las tías, casi tanto como a él, y en particular esa tía.

—Es un putón, se ha tirado a todos los taxistas de Madrid, ya lo sé, pero a mí me da igual, ya te digo, si cuando la busco la encuentro.

No la encuentra siempre que la busca, qué más quisiera él, pero ella de vez en cuando se deja encontrar y con un polvo rápido o una mamada urgente consigue que Valeriano siga siendo su esclavo más fiel. Y el más sentimental, desde luego. Esta noche volverá a demostrarlo.

César se levantó a mediodía, como siempre, se fumó un pitillito en la terraza, mirando al Retiro, se comió la merlucita que le preparó Rosario, acompañada por dos vasos de tinto con Casera, y se fumó otro pitillo mirando el mapa de España del hule, por la parte de Badajoz y Don Benito, mientras Rosario se marchaba a la cocina refunfuñando. Al cabo de tantos años juntos ni se hablan, pero las cosas son como son: nadie prepara la merluza como ella. Esa manera de escachar las patatas y cocerlas sin prisas, echando el pescado al final, cuando están casi hechas, esa ajada, con su puntita de pimentón y su chorro de vinagre, en el momento mismo de retirarlas del fuego. A César le vuelve loco, pero nunca se lo ha dicho ni se lo dirá, porque César es muy suyo para esas cosas. Y para casi todas.

Una vez despachada la merluza se fue al piano y, como cada tarde, se encerró con Bach durante hora y media, minuto arriba, minuto abajo, que Bach es una ciencia exacta pero no una disciplina militar. Luego se metió en el cuarto, se arregló (aunque parezcan las mismas, a diario cambia de camisa, corbata y chaqueta), se miró en el espejo del *hall*, se vio elegante, cogió el abrigo del armario de la entrada, se marchó sin despedirse y se fue caminando al bar.

Le llevó casi dos horas. Entre su casa y el Avión Club, en el número 99 de la calle Hermosilla, hay dos mil pasos, si se cuentan los que da con la pata de palo, y solo mil, si se cuentan solo los de la pierna de carne y hueso. Él los recorre sin prisa, qué remedio, y con varias paradas, o sea, varios cigarritos, en diferentes bancos de la calle de Alcalá. Esta tarde está esa calle más tranquila que de costumbre, pero él, que va rumiando la «Partita número 2 en do menor» de Bach, no se entera. Será Manolo quien le dé la noticia, al llegar.

—¿Es que no sabes lo que está pasando en las Cortes? ¡Han entrado guardias civiles disparando!

—Ahora que lo dices, había sitio en todos los bancos y no estaban llenos de viejas pellejas, como siempre.

—La gente está asustada. Leo se ha quedado en casa.

—¿Y Aurora?

—La llamé por teléfono para que no viniera, pero ha venido. Dice que si pasa algo qué pinta ella sola en su casa. Se está tomando un cafelito en La Villa, para quitarse el susto.

3

Mientras César empieza a tocar el piano, a las nueve en punto, Manolo Zapatero toma posiciones en la barra, como ha hecho cada noche desde el 2 de abril de 1950. Delgado, de rostro anguloso, razonablemente calvo, tiene las orejas bien abiertas, en el sentido literal de la expresión y en el otro, los ojos grandotes y claros, la sonrisa siempre a punto. Es un par de años mayor que César, pero la camisa de cuadros, el jersey sobre los hombros y la mayor agilidad (ventajas de no estar cojo) le hacen parecer más joven. Los dos andan alrededor de los sesenta, o, como dice César, cincuenta y diez.

Aurora, que ya ha vuelto de tomar el café en el bar de al lado, está en su puesto de trabajo, entre el guardarropa y el lavabo de señoras, con las dos manos en el bolsillo delantero de la bata, como si tuviera que darle una ficha a un cliente para que llame por teléfono. Pero todavía no hay ninguno. Los dos primeros llegarán a eso de las once. Son Miguel y Fernando. Miguel, alto y estirado como un poste, tiene pelo abundante, corto y apretado, y en la cara las marcas de unos tiempos en los que la pediatría no estaba tan avanzada como ahora; es anarquista, de la CNT, combina el aire de intelectual despistado con un carácter fuerte y, si viene al caso, contundente. Fernando, gordo y recio como un tonel, pero de una energía pasmosa, es el típico amigo al que siempre le puedes pedir ayuda cuando tienes que hacer una mudanza o cambiar un armario de sitio. A él le encargó Carrillo que fuera a la calle Mayor a comprar la bandera de España con la que sorprendió a todo el mundo en su primera rueda de prensa tras la legalización del Partido Comunista, en abril de 1977. Fernando, que vive en Conde de Peñalver, cerca de Lista, estaba en el servicio de seguridad del partido, al que pertenece desde su más tierna infancia.

Miguel y Fernando van camino de los treinta años, la mitad que César y Manolo. Como ni en la CNT ni en el PCE les han dado consignas ni instrucciones para un golpe de Estado, lo suyo es tomarse un par de copas y a ver qué pasa. La izquierda, esta noche, está en situación técnica de sálvese quien pueda.

Ahí está también Perico, el camarero. Se llama Pedro Alberto Martínez, pero lo llaman Perico. Gasta bigote, mosca debajo del labio, guedejas rizadas, boina, barriga, tirantes. Presume de ser el último estudiante del franquismo. Empezó magisterio en septiembre de 1975, dos meses antes de que muriera Franco, y por culpa de la música y la gimnasia no conseguirá sacar la carrera hasta 1986. Es aragonés vocacional, pero en el nuevo estado de las autonomías su pueblo, Molina de Aragón, ha ido a parar a Castilla-La Mancha. Entró a trabajar en el Avión para poder pagar las copas que debía y no hay nada en el mundo que le guste más que este trabajo. Se lleva un disgusto cada noche cuando César anuncia el cierre con el popurrí de despedida, que es siempre el mismo: el «Vamos a la cama», con el que despedía a los niños en TVE la Familia Telerín, el charleston «Mamá, cómprame unas botas, que las tengo rotas de tanto bailar» y un repique final de aires andaluces que termina con la melodía de la sevillana «Arenal de Sevilla y olé, Torre del Oro».

Al filo de las doce se suma al grupo Julia, una chica jovencísima, que casi siempre viene con dos amigas, aunque hoy ha llegado sola. César, que acaba de terminar la «Polonesa» de Chopin, le da un rápido repaso visual. Es profesora de instituto y, no es que sea guapa, pero tiene la belleza donde hay que tenerla: en la mirada, en el movimiento, en la manera de hablar. Seguramente no le pegan voces los albañiles desde los andamios, pero es atractiva. Espigada, pelo oscuro, largo y rebelde, que hoy trae recogido de cualquier manera, con una gomilla violeta, tiene los ojos grandes y la cara ancha, sin llegar a cara de pan o de fallera mayor.

—Sara y Lola están de guardia en el hospital y yo volví del instituto a las nueve. Los tiros los oímos en directo porque estábamos en la sala de profesores y el de química tenía puesto el transistor. Camino de casa he visto que en las gasolineras hay colas, como si todo el mundo estuviera pensando en marcharse de Madrid, y antes de subir he ido al Spar, a comprar leche, harina,

yo qué sé, por lo que pueda pasar. ¡No quedaba casi nada!

—Pues has hecho bien en venir —dice Manolo, mientras le pone un plato de pipas, con copete—. Aquí nos queda de todo.

—Se me caía la casa encima. Fíjate, lo que es estar viviendo un momento así y no poder comentarlo. He llamado a mi madre a Valencia, con idea de irme con ella, pero me ha dicho que allí están peor que aquí, con tanques por la calle. Le he dado el teléfono del Avión, para que me llame si pasa algo gordo. Ponme a mí también un *gin-tonic*, anda. Hoy pensaba empezar un régimen, pero que sea lo que Dios quiera.

Pasada la medianoche entra en escena el sargento Paloma, ciego como un piojo.

—Han llegado los míos, pero no os preocupéis. Aquí estoy yo para decirles que sois mis amigos. No os va a pasar nada.

Valeriano esta noche está tan contento que no paga ni una de las cervezas que se toma. Y se toma muchas. Al día siguiente, cuando le digan que los suyos se han vuelto a sus cuarteles, mientras él dormía la curda, y el golpe militar se ha quedado en nada, pondrá cara de perro asustado, pedirá un tercio y soltará su frase favorita:

—Se fusila poco en España.

César, sin dejar de tocar, lo mirará de refilón, por encima del hombro, alzará las cejas escéptico y le dará una calada al Peninsulares, bien cogido entre los dientes.

4

¿De dónde saca el maestro los Peninsulares? Debe de ser la única persona del mundo que fuma ese tabaco, el más barato del mercado, un duro como mucho. ¿Cuántos paquetes fumará al día? Dos o tres, por lo menos, eso seguro. Las siete horas que pasa cada noche en el Avión siempre tiene un cigarrillo entre los labios y la cajetilla a mano, sobre la tapa del piano. Cuando sale a dar una vuelta para estirar las piernas, la de verdad y la otra, nunca se olvida

de echar el tabaco al bolsillo.

¿En qué pensará cuando da esos paseos solitarios por las calles cercanas? ¿En qué pensará las demás horas del día, cuando no está tocando el piano? ¿Y en qué pensará cuando está tocando, si es que piensa en algo? ¿Y cuando se acercan los clientes a pedirle una canción? ¿Y cuando se la exigen en plan chulo, como recordando que quien paga manda?

¿En qué puede pensar, noche tras noche, un hombre que lleva toda su vida envuelto en humo, risas, gritos y susurros de borrachos de toda condición?

Son preguntas que se hace Julia desde que pisó por primera vez el Avión, hace cinco meses. Y muchas más. ¿Dónde vive César? ¿Con quién? ¿Tiene mujer, tiene hijos, está casado o ha estado casado alguna vez?

El maestro, que jamás habla de nada pero mucho menos del maestro, es una larga incógnita para todos los clientes del bar. Para ella está empezando a convertirse en una obsesión, por el momento saludable.

5

El enigma de César, el pianista del Avión Club, tiene para Julia un elemento de morbo añadido: le gusta. No hay ninguna explicación lógica, como no sea que a ella le gustan todos los tíos, cuanto más raros mejor, pero le gusta. Está cojo, parece de otra época y con las gafas de montura ligera, la corbata, la chaqueta y el pelo escaso echado hacia atrás, se parece muchísimo a Tierno Galván, el alcalde de Madrid, a quien llaman el Viejo Profesor, lo que da una primera idea de su edad: ninguno de los dos cumple ya los cincuenta. Pero le gusta, quizá porque, a diferencia de Tierno, que siempre parece a punto de dar una conferencia, César está siempre sonriendo.

¿Qué motivos tiene para sonreír un tipo con una pata de palo, que lleva toda la vida tocando el piano en locales nocturnos de dudosa condición? Es otra de las preguntas que contribuyen a su encanto. Y a su misterio. Julia Ferrer, que con veinticuatro años es un cóctel agitado de curiosidad, deseo y afición a lo desconocido, tiene intención de encontrar todas las respuestas, una

por una.

6

Al Avión llegó por casualidad, a los pocos días de venir a Madrid y entrar de interina en el instituto. Su padre había hecho la mili con un tío de la UCD (un buen tío, todo hay que decirlo, algo estirado pero un buen tío) que antes era letrado sindical con la Falange y ahora está en la delegación provincial de Educación. Fue quien pronunció las palabras mágicas:

—Que venga tu chica el lunes, que le arreglo lo suyo.

El enchufe es el mejor sistema para meter cabeza en la Administración pública española, mucho mejor que las oposiciones, dónde va a dar. Se ha muerto Franco, hace ya unos cuantos años, y estamos todos contentísimos con la democracia, pero nos hemos quedado con lo bueno de la dictadura: el enchufe. No parece que estos que mandan ahora tengan especial interés por cambiar el sistema.

Julia no ha renunciado a los sueños revolucionarios de la universidad, incompatibles con el enchufismo y el compadreo, que es cosa de franquistas, pero lo primero es lo primero y lo primero ahora es encontrar trabajo, como sea. Ya lo dice su madre, que cuando quiere enfatizar algo saca el acento andaluz y alarga mucho la u.

—Está la cosa *muuuu* mala.

Hizo la maleta, cogió el tren para Madrid, que le llevó siete horas y media, con parada incluida en Moreda para esperar el de Almería, y se instaló en el piso de su prima Lola, que es granadina, como toda la familia materna, y trabaja de enfermera en el hospital provincial Francisco Franco. El piso está enfrente del hospital, en el número 66 de la calle Ibiza.

El lunes, a las nueve, estaba como un clavo en la delegación provincial de Educación y Ciencia. Llevaba el pelo recogido y había elegido el bolso menos *hippie*, el que le regaló la abuela Rosa en el cumpleaños, y una falda gris ni larga ni corta, de las de pasar inadvertida.

Después de dar sus datos en el control de entrada y antes de subir al despacho, en la segunda planta, se quitó de la rebeca la banderita de Andalucía (verde, blanca y verde) y la echó al bolso. Desde que se la regaló un novio de Málaga, en la manifestación del 4 de septiembre, aquella en la que mataron a un chaval, no se la había quitado nunca. Ella seguirá siendo siempre andalucista, feminista, antifranquista y de izquierdas. Pero si en una cosa tiene razón mamá es en esa:

—Está la cosa *muuuu* mala.

7

Esa noche, ya con una plaza asegurada en un instituto de Fuenlabrada, salió a celebrarlo con la prima Lola y su compañera de piso, que se llama Sara, es también enfermera y, aunque es tan joven como ellas, tiene muchos tiros dados. Es alta, rubia y delgada, pero sin llegar a flaca y con los kilos muy bien repartidos: más que un tipazo, tiene un cuerpazo. De ojos azules y piel clara, si no fuera granadina podría pasar por eslava, aunque no debe de haber muchas esclavas que sean tan cálidas, hablen con su acento y se muevan con su gracia.

Primero estuvieron de cervezas por Malasaña, en unos bares con muchísima gente, para ser lunes, y unos bafles enormes de los que salía la música a todo trapo. Pensaban ir luego a una discoteca de la plaza de los Cubos, pero a Julia no le apetecía. Le gustan las discotecas para bailar, pero para tomar copas prefiere los pubs. Una cerveza en la mano, unas horas por delante, un tío que te vacila, otro que ni te mira y que, casualmente, es el más interesante. Algunos parecen psicópatas de película, con penes en los ojos, pero son los menos. Casi todos van por derecho y, si me apuras, con más miedo que vergüenza. A ella no le importaría que fueran un poco más *echaos pa'alante*. Lo que pasa es que los *echaos p'alante* son los mayores, que solo quieren hacerse muescas en el cipote, y esos hay que reservarlos para las ocasiones.

La ocasión esta vez era la que era: un par de copas tranquilas antes de irse

a la cama. Sara propuso entonces tomar la penúltima en «un sitio muy simpático» donde había estado alguna vez con unos médicos residentes «muy divertidos y muy golfos».

8

Visto desde fuera, lo último que una puede pensar es que ahí pueda haber un sitio muy simpático, con gente divertida o golfa. Entre la calle Alcántara y la de Conde de Peñalver, según se baja a la derecha, hay un edificio ruinoso de una sola planta sin portal ni acceso de vecinos. Parece un garaje o una industria abandonada. En la mitad de la fachada hay un portón metálico desvencijado y un letrero blanco con letras rojas: «Carrión, taller mecánico».

A su derecha, un bar con luces fluorescentes, mesas de formica, una tele en una repisa muy alta, cerca del techo, tres parroquianos que la miran con desgana, cada uno en una mesa diferente, una barra también muy alta, según se entra a la derecha, y encima una gruesa tortilla de patatas que, por la pinta, puede haber pasado ahí todo el día. Según indica un cartel, ese bar se llama La Villa. Lo más acogedor que ofrece es el olor de la panceta que en esos momentos está saltando alegremente sobre la sartén en una cocina de gas butano, detrás de la barra, gobernada por un hombre escuchimizado, cetrino, pelo negro, flequillo y raya al lado, con cara de cabreo pero de buena gente.

A la derecha de La Villa, ya en el edificio colindante, hay un minúsculo restaurante chino. A la puerta se está echando un cigarrillo un chino alto, moreno, con ojos negros rasgados y flequillo hacia delante cortado en línea por encima de las cejas, y una chaquetilla blanca con cuello mao. Ese chino se llama Ángel Ballesteros y es de Toledo, pero Julia tardará unos meses en saberlo.

A la izquierda de La Villa, pasado el taller mecánico, la fachada está cubierta por planchas de madera, con una orla rojiza, que deben de estar tapando antiguos escaparates o ventanales, ya fundidos con la pared, de tono gris y ladrillo desgastado. Por encima, con una debilísima iluminación, nueve

letras de madera, en redondilla: Avión Club. Entre la palabra Avión y la palabra Club asoma la mugrienta cara exterior de un renegrido aparato de aire acondicionado. Entre los paneles de madera y la verja del taller una pequeña puerta de dos hojas da acceso a un local cuyo interior no se puede ver desde fuera porque lo impide un cortinón espeso, de material y color indescifrables.

Franqueado el cortinón, Julia tiene que abrirse paso entre una masa compacta de personas por un pequeño ambigú, dos o tres metros cuadrados, como mucho. Al fondo, a la derecha, una puerta ocre con ribetes colorados anuncia el lavabo de señoras. En la pared, bien visible por encima de las cabezas, un teléfono negro de fichas. Debajo, una mesita y una caja fuerte con llavín, de las que venden en las ferreterías, custodiada por una señora muy mayor, muy sonriente. De cara redondita y pelo blanco, parece una abuela de cuento. Lleva una especie de uniforme azulado y un mandilón. Un chico acaba de darle su cazadora y la está colgando en un perchero tapado por un plástico negro que ocupa toda la pared derecha, sobre un mostradorcillo azul.

—¿Quién es? —pregunta Julia.

—Aurora, la cerillera —contesta Sara, mientras siguen las tres abriéndose paso hacia el bar propiamente dicho, que está a la izquierda del ambigú.

Cuando lo consiguen, Julia se queda alucinada. Nunca había visto cosa igual.

9

Más de cien personas se arraciman en las tinieblas de un cubículo de unos sesenta metros cuadrados, el equivalente a un aula para cuarenta alumnos. Imposible dar un paso. A la izquierda, en la zona más luminosa, hay una larga barra que hacia el final tuerce y se pierde en la penumbra. En las paredes, de tonos vagamente azules, ve algunas fotos de aeroplanos antiguos. Del techo, a muy considerable altura, cuelgan un par de aviones de hojalata y un gigantesco ventilador, con aspas descoloridas de tres tonalidades: azul, rojo y dorado. En la pared opuesta a la barra hay otro ventilador, moviéndose hacia los lados y

metido en una jaulilla metálica negra, como los de las pelis de detectives. La mayor parte de esa pared la ocupa un espejo, que solo a medias consigue dar cierta sensación de amplitud al local.

Casi todos los clientes están junto a la barra, bien pegados los unos a los otros y bien ahumados por los cigarrillos. Separada por dos columnas y una barra de un metro de altura, está la zona de mesas, bajitas y atiborradas de copas, botellas, paquetes de tabaco y ceniceros. Treinta o cuarenta personas están sentadas alrededor, unas en sillas y otras apretujadas en un diván de escay amarillento que da la vuelta casi completa al recinto.

10

Lo más sorprendente no es la multitud ni el humo ni la oscuridad ni el abigarramiento. Así están a estas horas todos los locales de la ciudad. Lo más sorprendente es que esa multitud, compuesta por gente que deambula entre los dieciocho y los setenta años, está cantando un pasodoble.

*Marcial, tú eres el más grande,
se ve que eres madrileño,
rival de Belmonte, José,
Machaquito, Pastor,
y el Algabeño...*

Y más sorprendente todavía: cantan una versión propia, que todos ellos se saben y terminan, al unísono.

*Por ti vamos a los toros,
por ti vive la afición,
Marcial, si tú te retiras,
se acabó la fiesta,
cagüen el copón,
chin-pón.*

Mientras cantan, advierte Julia dos cosas más: que todos están comiendo pipas de girasol cuyas cáscaras tiran al suelo, en el que han ido construyendo una crujiente y mullida alfombra, y que todos miran hacia el rincón opuesto a la entrada. En ese rincón, parapetado tras la barra y una pila de cajas de cerveza, hay un hombre con traje y corbata tocando un piano de pared. Nadie dice esta noche el nombre, pero todos se refieren a él como «el maestro».

Es un flechazo. Desde este instante sabe que nunca dejará de venir a este bar, hasta el día que cierre para siempre o el día, ojalá lejano, que ese pianista deje de tocar.

A dos velas

11

Yo pisé el Avión Club por primera vez a finales de los años setenta. Recién llegado a Madrid, como Julia, me llevó un cuñado que tenía entonces. Se llamaba José Félix, era profesor de historia y estaba dotado (aún lo está) de infinita paciencia. Primero me paseó por Malasaña, como era costumbre, y luego por el Oliver, el Gijón, el Pachá y demás locales de la ribera izquierda de la Castellana llenos de periodistas, actores, escritores y otras aves nocturnas con un mismo inconveniente: seguían ejerciendo todo el rato. A última hora de una tarde de invierno húmeda y oscura, camino de casa, mi cuñado aparcó de improviso en el cruce de las calles de Alcalá, Alcántara y Hermosilla.

—Por aquí hay un sitio que te va a gustar: el Avión. Venía con unos amigos anarquistas de la facultad.

Estuvimos hasta la medianoche tomando *gin-tonics* en el diván de escay amarillento. Era martes, había poca gente y del tocadiscos salían todo el rato «La vida es una tómbola, tom, tom, tómbola», «Comunicando», «La chica yeyé» y otras canciones de los sesenta.

—Los martes libra el pianista —nos explicó el camarero.

Un par de semanas después volví con un colega, Paco Bravo, que dirigía una revista de destape llamada *Rampa*.

—Por aquí hay un bar muy tranquilo que me enseñó mi cuñado. A ver si lo encontramos, porque no se ve desde la calle.

¿Tranquilo? ¡Una leche! Una muchedumbre garrapiñada intercambiaba humo y sudor en un mínimo espacio vital y cantaba a pleno pulmón las canciones que un pianista tocaba con la energía que hasta entonces yo solo podía imaginar en un salón del lejano oeste.

Lo que más fascinaba a mi cuñado, que además de historiador era trotskista, es que en el barrio de Salamanca hubiera un local donde se juntaba

gente de todos los colores. Lo que más me fascinaba a mí era ver a gente tan distinta cantando con un pianista sacado de una novela o un blues que, a diferencia de los pianistas de los blues y las novelas, sonreía todo el rato, sin el menor atisbo de melancolía.

Mi cuñado tenía razón. Si el Avión era único no era solo por la música. Era un lugar de encuentro de gente de todos los barrios, todas las provincias y todos los territorios que justo en esos años empezábamos a llamar comunidades autónomas. Un mapa borracho de España, un resumen de una sociedad en tránsito, entre la dictadura que no se acababa de ir y la democracia que no acababa de llegar; un tratado de antropología sobre una cultura urbana con raíces rurales de las que no podía desprenderse, porque uno puede cortarse a sí mismo las hojas, incluso las ramas, pero nunca las raíces.

Ahí no solo estaban las dos Españas de Machado: ahí estaban todas las Españas. La de la ciudad y la del campo, la antigua y la moderna, la de Frascuelo y la de María, la de Georgie Dann y la de Almodóvar, la de Carrillo y la de Blas Piñar, la de Patty Diphusa y la de Lina Morgan, la de Serrat y la de Raphael, la de Tip y la de Coll, la de Alaska y la de Dinarama, la de María Jesús y su acordeón y la de Ortega y Gasset, la famosa pareja.

Por el Avión pasaba la España que bosteza, la que trabaja y la que se busca la vida por la mañana para comer, por la tarde para cenar y por la noche para lo que venga. Y ahí estaban, en fin, el pasado y el futuro, que eso fueron los años ochenta: un feliz encuentro entre el futuro y el pasado. Ese bar era un corte transversal de la sociedad donde convivían todos los tiempos verbales. El sueño de un sociólogo, el de un poeta. Y el de un periodista, claro.

Por eso, cuando Berenice Galaz, editora de *La Esfera*, me propuso que escribiera *333 historias de los ochenta* después de haber publicado *333 historias de la Transición*, ese bar se interpuso en mi camino y no hubo manera de quitarlo de en medio. La primera idea era escribir un ensayo, tal cual, y a eso me dediqué durante tres o cuatro meses. Pero un día, viendo que en las historias que iba cosechando aparecía una y otra vez el Avión o personajes del Avión o situaciones que en el Avión se vivieron de manera especial, se me hizo la luz.

—Que lo cuente César, el pianista. Esta historia tiene que contarla César, que había vivido lo suyo cuando empezó esa década y era una persona con muchísimo criterio.

A la decisión contribuyó un factor con nombre y apellido: Ramón Pernas. Hábil editor, certero periodista y estupendo escritor, en 2015, nada más salir el libro anterior, me dio un consejo que yo no me creía capaz de cumplir pero se quedó revoloteando por mi cabeza.

—La próxima vez que escribas algo tiene que ser con otro formato: tienes que novelar.

—Pero soy un negado para la ficción —le dije—. Es más, la ficción me trae sin cuidado, no me interesa nada en absoluto.

—No importa. Tú puedes contar cosas reales, si es lo que te gusta, pero contarlas de otra manera.

El tercer y definitivo factor que me llevó a la novela es que llegó la liquidación del otro libro. Cuando leí la cifra, que era la que correspondía a un ensayo de cierto éxito, lo vi claro. Lo de la crisis del papel va en serio. Igual cambiando de género mejora la cosa. Al fin y al cabo, si uno escribe es para llegar a muchísima gente y hacerse inmensamente rico, ¿no?

Compartí mi ocurrencia con Anamari Mayoral, mi novia formal, y mis amigos Ana Navarro y José Miguel Utande, el escultor, que se conocieron una noche de Reyes y de copas en el Avión Club. Les pareció buena idea, porque, ya se sabe, nunca segundas partes fueron buenas y una novela siempre será más entretenida que esos libros que escribís los periodistas, que parecen todos iguales. Cuando se lo conté a Bere, la editora, también le pareció bien, pero me hizo una advertencia:

—Ojo, porque eso va a ser mucho más difícil.

—No tiene por qué —argumenté—. La idea es hacer una novela muy simple, como las de Galdós.

—¿Y de dónde te has sacado tú que las novelas de Galdós son simples?

—A mí me parecen simples y por eso me gustan. Unos personajes de ficción que van recorriendo la historia mezclados con personajes reales. Un local, como La Fontana de Oro, por donde pasan esos personajes ficticios que parecen reales y unos personajes reales que parecen ficticios. Una manera de

asomarse a la historia como otra cualquiera, más entretenida y menos comprometida que el ensayo.

Lo bueno de la historia, digo yo, es que no necesita planteamiento, nudo y desenlace. La historia transcurre, sin más. Yo no soy Pérez Reverte, sería incapaz de construir un enigma, pero contar historias forma parte de mi oficio. Además, con César lo voy a tener fácil: en los ochenta tenía la edad que tengo yo ahora, había visto mucho, sabía de la vida y llevaba cuarenta años, como poco, viendo, oyendo y callando.

12

Eso fue hace quince meses. Pobre de mí. Ignoraba que escribir una novela es complicadísimo, por muy reales que sean los elementos con los que la estás construyendo y mucha libertad que te permita el salvoconducto de la ficción.

Lo primero que he descubierto es que la vida real te da los enigmas pero no las soluciones.

Para empezar, César. Aunque lo traté a diario durante diecisiete años, ahora me doy cuenta de que no sé nada de él. Es increíble lo poco que puedes llegar a saber de una persona tan importante en tu vida. Pero es lo que hay.

¿Y cómo va a ser protagonista de la novela un hombre del que no sé nada de nada?

En los primeros capítulos estoy a dos velas. Como Julia.

13

Al cabo de medio año haciendo y haciéndose preguntas sobre el pianista, Julia está como empezó. Resulta que no es solo ella. En el Avión todo el mundo lo aplaude cada noche y todos lo llaman «maestro», pero nadie conoce su vida ni su historia. Solo conocen su nombre, César, al que muchos ponen el don delante: don César. Saben también que está tocando el piano por las

noches desde los tiempos de la Guerra Civil y que es un hombre «muy preparado, muy culto». Eso último lo dicen los pocos que han conseguido mantener con él una conversación de más de un minuto. Porque (esa es otra, y en esa están todos de acuerdo) César es un hombre de pocas palabras.

Una noche que estaba el local repleto y tuvo que quedarse en la entrada, con la cerillera, Julia descubrió que esas referencias a su cultura tienen fundamento académico.

—César hizo la carrera de piano, que muy pocos chicos estudiaban entonces. Pero tiene dos carreras más. No sé para qué le han servido, pero las tiene.

Poco más quiso contarle Aurora, que con el pianista casi no se habla porque «es un viejo verde» y porque al cabo de treinta años viéndose a diario ya se lo han dicho todo. Pero unos días después, Julia consigue charlar sin prisas con Leo Toral, la mujer de Manolo, que es una criatura encantadora. Aunque a ella y a sus amigas les parece muy mayor («Igual tiene ya los cincuenta»), también les parece muy guapa y elegante. Alta y delgada, con sus gafas de concha, su pantalón, su suéter de cuello alto ajustado y sus tetas bien puestas, como en los anuncios del cruzado mágico Playtex, tiene el saludable aspecto de una institutriz de película, pero, a diferencia de las institutrices de película, es dulce, amable y sonriente hasta decir basta.

Leo es una mujer feliz, salta a la vista, y está encantada con el público joven que en los últimos años ha llegado en masa al Avión. Nada que ver con los clientes de otros tiempos, cuando aquí había chicas de alterne y ella, para marcar distancias, tenía que tratar a todo el mundo de usted. Nacida en el Madrid más castizo, entre las calles del Sombrerete y Tribulete, es uno de los pocos habitantes de esta historia que sabe lo que es el hambre, el hambre de verdad, la que se pasó en esta ciudad en tiempos de la guerra y la posguerra.

—Quien no lo ha pasado no sabe lo que fue. A mí todavía se me saltan las lágrimas cuando recuerdo que nos tuvimos que comer el gato.

—Pero lo de comer gato no es tan raro. En el pueblo de mis abuelos, cuando yo era pequeña, los mozos se merendaban alguno de vez en cuando.

—No es lo mismo, hija mía. Mis padres tuvieron que matar el gato, mi gato, el de la casa, con el que yo me había criado, para que pudiéramos comer

algo de carne, después de muchos meses sin catarla.

14

Era una niña, con dieciocho años mal cumplidos, cuando entró de cajera en la Terraza Riscal, un restaurante de mucho lujo por el que pasó, dice, «la flor y la nata de Madrid». De Manolo, que era uno de los dueños, se enamoró el primer día y hasta hoy. A César también lo conoce desde aquella época.

—¿Es verdad que tiene tres carreras?

—Las tiene. La de piano la hizo en el Conservatorio Superior, antes de la guerra. Con catorce años la había terminado, con premio nacional extraordinario. Salió en los periódicos y todo. Luego hizo magisterio y biológicas, que entonces se llamaba ciencias naturales.

—¿Y cómo es que un tío con tres carreras se ha pasado la vida tocando el piano por las noches?

—Era de buena familia, como se decía entonces, pero lo atropelló un tranvía y se quedó cojo. Igual fue por eso o igual no, pero le picó el bicho de la bohemia, empezó a tocar en locales nocturnos y seguramente a sus padres les pasaba como a ti: no entendían que después de pagarle la universidad se metiera a pianista de cabaré. Pero, vaya, esas cosas pasan. Mira Manolo, mi marido, que también tiene carrera. César y él se conocieron en la facultad.

15

Otro que tal baila, Manolo. Ya le había contado algo Antonio Pacheco, el Chato, que es el camarero que lleva más tiempo con ellos. El Chato, que antes de ser barman fue cantante de coplas y antes de que existieran los gais era maricón, sueña con tener un local propio, que se llamará La Copla, y fundar una familia con su novio Jose, sin tilde, que es funcionario por oposición de la Biblioteca Nacional. Es alegre, bajito, rechoncho, gasta bigote y tupé.

—Manolo es de Salamanca y es biólogo, como el maestro, pero hace muchos años que colgó el título. A su padre, que era un agricultor rico, le pidió su parte de la herencia, se vino a Madrid y se la fundió.

—Pero después de la guerra un título era un seguro de vida. Tú hoy mismo le dices a mi padre que un licenciado se mete a poner copas y no se lo cree.

—Pues pregúntaselo a él y que te lo explique.

Se lo pregunta, en cuanto tiene ocasión, y Manolo se lo explica, muy amable.

—Entonces éramos muy pocos. En la facultad, las clases no las daban en un aula con pupitres, sino todos alrededor de una mesa. Estuve de profesor, igual que tú, en el instituto de Béjar. Pero solo duré un año. Aquello no era lo mío. Me volví a Madrid, que es donde había hecho la carrera, me metí en el Riscal, luego en esta aventura y... aquí seguimos.

—¿Por qué elegiste esa carrera si no te gustaba?

—Porque era una de las pocas que no se podían estudiar en Salamanca y yo estaba deseando marcharme de casa y conocer mundo. Pero, vaya, tampoco me disgustaba. En la universidad aprendí cosas muy útiles: «El flúor le dice al cloro, no me bromes que te yodo». ¿Sabes lo que es eso?

—Ni idea.

—La forma de aprendernos el grupo de los halógenos, que son unos elementos químicos muy importantes. Ahí tienes, todavía me acuerdo. Y ahí tienes a César, al que también conocí en la universidad. Luego lo convencí para que se viniera con nosotros a la Terraza Riscal. Yo era socio de Alfonso Camorra, que era un personaje muy conocido. Cuando empezamos a dar cenas en la terraza se convirtió en el sitio más elegante y concurrido de Madrid. Ahí es donde iban los extranjeros a comer paella a medianoche. Y los millonarios, claro, porque en esos años en un sitio así solo podían entrar los millonarios. Nosotros éramos unos chavales. César tenía veinticinco años, pero ya llevaba unos cuantos tocando en cafés cantantes. Tocó incluso en un cine.

—¿Y su historia es parecida a la tuya?

—Lo de César es más complejo. La mía es una historia simple: un estudiante de provincias que descubre Madrid y ni quiere ser funcionario ni quiere volver al pueblo. La suya es una historia más rara, creo yo, porque

César nació aquí, en el barrio de Salamanca, en una familia de mucho poderío. Pero, vaya, cómo se rompieron las relaciones con esa familia, por qué se rompieron o si se rompieron del todo, eso no lo sé ni yo. ¡Y mira que lo conozco desde hace cuarenta años!

—Tendré que preguntarle a él.

—Tiempo perdido. El maestro nunca cuenta nada de su vida. Si le preguntas por cualquier cosa te va a contestar con un sí o un no, pero si le preguntas por su vida va a salir por peteneras. César es muy raro. Lo conozco de toda la vida, es como de mi familia, cena en Nochebuena con nosotros, pero me pasa como a ti: muchas noches me quedo mirándolo, cuando no está tocando el piano pero está tamborileando con los dedos encima de la tapa del teclado o en una de las mesas... ¿en qué estará pensando?

Aquí hay pacto encerrado

16

En el rey. El maestro está pensando en el rey, como muchos españoles en estos días de marzo de 1981. Él con más razón, porque a él (cosa de familia) siempre le han interesado las historias de los reyes.

—¿Estaba el rey o no estaba el rey implicado en el golpe de Estado?

Desde la noche del 23 de febrero ha escuchado muchas veces esa pregunta. Casi tantas como ha oído decir que Juan Carlos de Borbón esa noche se ganó el sueldo.

—A ver si Juan Carlos I el Breve va a ser más listo de lo que creíamos.

A César lo que le gusta es eso: escuchar. A eso se dedica desde que hace cuarenta años, con veinte recién cumplidos, montó una orquesta para tocar en el restaurante Zalamea, en la calle Marqués de Leganés, junto a la Gran Vía. Un local distinguido donde solo unos pocos privilegiados podían pagarse la cena y las copas y donde las putas eran tan finas, tan finas, que a su lado las señoras bien casadas parecían simples ricas de pueblo. En ese restaurante, donde los músicos hacían el discreto papel de personal de servicio que siempre han hecho los músicos, él aprendió a oír, ver y callar. En la dictadura, callar era siempre lo más prudente, por mucha confianza que te dieran los parroquianos. La discreción con los años se convirtió en costumbre y con las décadas en manía.

«César es monosilábico», dice Jorge Lafora, un fotógrafo de aires agitanados (pelo largo y ensortijado, ojos grandes, piel morena) que está de camarero en el Avión y a Julia le gusta muchísimo, aunque él a ella no le hace ni caso. Tiene razón. César es monosilábico, desde hace muchos años y por decisión propia. Siempre ha pensado que una palabra de más, en un ambiente donde el alcohol y la oscuridad sueltan las lenguas, tarde o temprano se puede volver en contra suya.

Que sea monosilábico no quiere decir que sea gilipollas. Cuarenta años de confidencias nocturnas y charlas ajenas, maceradas con el sentido de la medida de un músico y la capacidad de observación de un biólogo, lo han convertido en un buen conocedor de Madrid, de España y de su gente. El suyo es el método científico de toda la vida: observación, experiencia y conclusiones. Aunque no las comparta, siempre tiene las respuestas que otros buscan. Incluida la respuesta a esa pregunta.

—¿Estaba el rey implicado en el golpe de Estado del 23-F?

Pues claro que no. No estaba implicado. Primero, porque si hubiera estado implicado, el golpe habría triunfado, tan sencillo como eso. Segundo, porque quienes están malmetiendo con esa implicación son precisamente los que odian al rey y simpatizan con los golpistas, y a esos él los conoce muy bien porque en este barrio, que es el suyo, se cuentan por millares; si al barrio de Salamanca lo llaman «zona nacional», no es por casualidad, es porque sigue lleno de franquistas. Tercera razón: a nadie en su sano juicio se le ocurriría dar un golpe de Estado contra Leopoldo Calvo-Sotelo, que es la investidura que se estaba celebrando cuando entró Tejero con sus guardias civiles en el Congreso. Cosa distinta sería si fuera la de Suárez. Contra Suárez estaba conspirando media España. Pero a Suárez ya se lo habían cargado.

¿Quién podría atentar contra un Calvo-Sotelo, que ya en el apellido lleva los vínculos con el poder más rancio y lo primero que hizo esa tarde fue anunciar la entrada de España en la OTAN? Solo un tipo extravagante y audaz, como Antonio Tejero, que, eso sí, ni estaba loco ni estaba solo: lo apoyaba la Hermandad de Excombatientes, varios generales y, hasta donde alcanza el conocimiento de César, media «zona nacional». O sea, todos esos franquistas que todavía creen que el franquismo es posible sin Franco.

Pero el rey, no. El rey bastante hizo con quitarse de encima a Suárez cuando vio que empezaba a tener ideas propias.

Si el rey hubiera estado en el ajo, a los rojos del Avi3n les habr3a servido de poco la ayuda del sargento Paloma en la noche loca del 23-F. Pero el rey hizo lo que ten3a que hacer y el sargento Paloma no tuvo que intervenir. A primeras horas de la madrugada, Milans del Bosch retir3 los tanques que hab3a sacado en Valencia y a media ma3ana del d3a 24, Tejero y sus guardias salieron tranquilamente del Parlamento y se fueron a sus cuarteles, que es donde detuvieron a los cabecillas.

El hecho de que no los arrestaran en el lugar del delito, como se hace siempre con los delinquentes, da una primera pista: aqu3 hay pacto encerrado. Mejor dicho, pactos. El que cerraron sobre la marcha a la puerta del Congreso y los que cierran en los meses siguientes. Sus resultados se ver3n cuando llegue el juicio, el a3o que viene. Tan solo unos pocos implicados se sentar3n en el banquillo y la sentencia del tribunal militar ser3 tan ben3vola que el Gobierno tendr3 que recurrirla para que se ajusten al alza las condenas.

No hace falta ser bi3logo para advertir que en esos meses hay pactos de toda especie ni hace falta ser int3rprete para interpretar que el rey y Calvo-Sotelo conocen la partitura. Muchos implicados (generales, civiles, jefes de batallones preparados para echarse a la calle, servicios secretos que no hicieron su trabajo) no llegar3n siquiera al banquillo. El 3nico civil encausado es Juan Garc3a Carr3s, un falangista con espolones a quien C3sar ha visto muchas veces por la plaza de Manuel Becerra, cuando todav3a la llamaban plaza de Roma. Tamb3en cree recordar a su padre, de los viejos tiempos del Avi3n, cuando sus clientes no eran precisamente estudiantes. De tal palo tal astilla. Los Carr3s creen que Espa3a es un bot3n de guerra. El hijo lo dir3 con todas las letras en el juicio, cuando cuente una reuni3n que tuvo con Milans del Bosch en v3speras del golpe.

—Le dije que el Estado del 18 de julio se hab3a derrumbado, que se hab3an tirado por la borda cuarenta a3os y que los que ganaron la guerra iban a ser ahora los vencidos.

En este barrio hay miles de individuos que piensan como 3l y varias

docenas que apoyaron a Tejero. Ninguno será juzgado. En el juicio tampoco se hablará de los vínculos entre esa operación fallida y las que se habían estado perpetrando en los meses anteriores para terminar con Suárez. Porque ahí sí que no. Ahí su majestad no saldría tan airoso.

19

Vivir para ver. Ahora tenemos de presidente a Leopoldo Calvo-Sotelo. Cuando mataron a su tío, el 13 de julio de 1936, César tenía quince años y cuatro meses. Lo recuerda como si fuera ayer. Hay quien dice que aquel asesinato provocó la Guerra Civil, que empezó cinco días después. Bobadas. El golpe militar lo estaban preparando desde varios meses antes y crímenes en esa época había todos los días. Aunque luego les diera por bautizar al difunto como «el protomártir», Mola y Franco no necesitaban excusas para un alzamiento en el que llevaban mucho tiempo trabajando.

El día que mataron al protomártir, su madre lo pasó recibiendo visitas en la salita de la entrada, la de los encuentros breves, y hablando en voz baja para que no se enterara el niño. Pero el niño, que ya había terminado los estudios en el conservatorio, sabía perfectamente lo que estaba pasando. Y lo que podía pasar. Calvo-Sotelo, que vivía en la calle Velázquez, era un viejo conocido de la familia y había estado más de una vez en casa. Difícil olvidarlo, porque era ministro con Primo de Rivera y no todos los días llega a casa un ministro. Ni siquiera a una casa como la suya, que era un constante ir y venir de gente importante, vinculada a la familia real y a los círculos monárquicos.

Don José, como lo llamaba su madre, quedó en su memoria como un señor amable y delicado. «Me han dicho que eres un gran pianista, ¿tendrás que demostrarlo!», le decía. Con la misma delicadeza hacía luego llamamientos al Ejército para poner freno a las hordas rojas y la masonería.

—Prefiero ser militarista a ser masón, a ser marxista, a ser separatista e incluso a ser progresista.

Así es la historia. Cuarenta y cinco años después de que lo convirtieran en protomártir de una dictadura, a su sobrino lo convierten en presidente de una democracia.

20

Leopoldo Calvo-Sotelo no parece un mal hombre y, desde luego, no es tan de derechas como su tío, aunque está casado con una hija de Ibáñez Martín, ministro de Educación cuando César estaba en la universidad, y en el franquismo nunca le faltaron buenos chollos. Fue presidente de RENFE y de la Unión de Explosivos de Riotinto, procurador en las Cortes y ministro en el primer Gobierno de la monarquía, lo que quiere decir que tiene tan buenos lazos con el rey como los tuvo con el dictador y el poder económico de la dictadura.

Franquista no parece, de todos modos. Aparte de que los monárquicos nunca fueron franquistas del todo, por parte de madre está emparentado con unos socialistas ilustrados, los Bustelo. Además, es un hombre preparado. Ha viajado, habla tres o cuatro idiomas y es ingeniero de caminos canales y puertos. César siempre recuerda un chiste de los años sesenta, ambientado en un velatorio:

—No somos nadie.

—Eso, usted. Yo soy ingeniero de caminos, canales y puertos.

El ingeniero Calvo-Sotelo es serio y circunspecto, como corresponde a su condición, pero con sentido del humor y con retranca, según los periodistas que desde el Parlamento vienen cada noche al Avión, cargados de información fresca. A diferencia de otros, lleva el cargo con naturalidad, dicen, y en alguna ocasión se ha tomado con ellos unos vinos, cuando se lo han encontrado saliendo del cine con la mujer. Veranea en Ribadeo y a los colegas que andan por allí los invita a tortilla de patatas, que la Ibáñez Martín prepara con buena mano.

A sus paralelismos vitales con César (nacieron en la misma época,

recibieron esmerada educación y pertenecen a familias pudientes que echaron raíces en un mismo barrio) se suman otros dos. Cuando salga de la Moncloa montará un despacho con vistas al Retiro en la calle de Alcalá, a cien metros de la casa de César. Y lo mejor de todo: es pianista, como él. Con su piano blanco toca delicadísimas sonatas.

Entre sonata y sonata, Calvo-Sotelo mete a España en la OTAN y echa el freno al estado de las autonomías, un invento infernal, dicen en su partido, que a Suárez se le estaba yendo de las manos. El ingreso en la Alianza Atlántica se consume en mayo de 1982 con el apoyo de toda la derecha, incluidos los nacionalistas vascos y catalanes. Los comunistas votan en contra y los socialistas se parapetan tras un lema equívoco: «De entrada, no».

Lo de echar el freno a las autonomías le lleva unos días más, pero lo hará en compañía del PSOE, que está soltando lastre: de su diccionario sale para siempre la palabra «autodeterminación», que hasta ahora usaba con desparpajo, y los grupos de «socialistas catalanes» y «socialistas vascos» (que incluía a los navarros) se funden en un único grupo parlamentario socialista. Nadie sabe si es por convicción o por miedo a unos militares que están todo el rato dando la tabarra con la unidad de la patria, pero les falta tiempo para «loapizar España». Lo de «loapizar» viene de una ley que en el nombre lleva la intención: Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico, LOAPA. Será una de las cosas que se recuerden del presidente pianista, junto con la entrada en la OTAN. Y lo de la colza, claro.

21

Julia llega espantada, después de dar sus clases de lengua y literatura en el turno de tarde del instituto de Fuenlabrada.

—Se está muriendo la gente a chorros. Los llevan a los hospitales y los médicos no saben qué hacer. Fue primero un niño, luego otro, después una mujer. Es como las epidemias de la Edad Media. Mi prima dice que los médicos no saben por dónde empezar.

Antonio el Chato ya ha oído campanas. Aunque él vive en la calle Duque de Sesto, cerca del Retiro, tiene parientes en Torrejón, donde cayó la primera víctima. Perico, que acaba de llegar de los toros, dice que en la plaza no se hablaba de otra cosa. Todo el mundo conoce a alguien que conoce a alguien que ha tenido que ingresar con prisas en el hospital, y los médicos, efectivamente, no tienen ni idea. Los periódicos, tampoco. Unos hablan de los tomates de Almería, otros de las fresas de Aranjuez, de las berenjenas de Almagro, de un pesticida de una multinacional alemana...

Pero no. El Gobierno sostiene que esa enfermedad no entra por el estómago sino por el aire, como la gripe, y no es más preocupante que una gripe. A un médico que ha dicho que la provoca un producto alimentario, lo echan «por agotamiento». Un zoquete que han puesto de ministro de Sanidad, y cuyo mayor mérito fue hacer carrera en el sindicato universitario de la Falange, tranquiliza a la población con unas palabras nada tranquilizadoras:

—Lo causa un bichito del que conocemos el nombre y el primer apellido, nos falta el segundo. Es tan pequeño, que si se cae de la mesa se mata.

Tardarán varias semanas en descubrir al causante: aceite de colza desnaturalizado, para uso industrial, que vendieron para consumo humano. Tardarán mucho más en poner en su sitio a los responsables, que actuaron por «desmedido afán de lucro», dirá el Supremo en 1989. Y tardarán muchísimo en encontrar solución médica para las personas afectadas.

22

En septiembre empieza a venir por el Avión Jorge Pedraz, un médico sevillano especialista en cuidados intensivos. Se ha trasladado a Madrid para trabajar en una unidad especial para el síndrome tóxico que han montado en el Primero de Octubre. Ese hospital debe su nombre a una jornada de exaltación de sí mismo que inventó Franco: cada primero de octubre se celebraba en la dictadura el día del Caudillo, cuya memoria sigue viva, años después de su muerte, en la denominación de este centro sanitario.

César se hace el encontradizo en La Villa cuando el médico se está metiendo entre pecho y espalda unos huevos fritos con chorizo y un tiesto de tinto con Casera. El espíritu científico del pianista lleva unos meses alterado: esto parece una epidemia medieval, efectivamente. El médico llega destrozado, después de unas guardias demoledoras. Aunque su oficio consiste en tirar de la gente cuando ya está en la frontera de la muerte, lo de la colza le supera. Lo compensa a golpe de cubalibres, que no le quitan la lucidez ni la angustia.

—Esa enfermedad destroza a los enfermos, órgano por órgano, hasta su destrucción total. Hacemos lo que podemos, pero no sabemos qué más podemos hacer. El otro día vi que unos familiares le estaban dando a una paciente pipas, ¡pipas de girasol, como las que comemos en el Avión! Alguien les había dicho que los frutos secos le podían sentar bien.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Nada. Mirar para otro lado y dejar que le dieran lo que quisieran. Esa mujer está ya condenada y esas pipas no le van a hacer más daño del que tiene. Las medicinas que le damos nosotros son paliativas, pero no tenemos ninguna certeza de que sean curativas.

—¿Y qué habría que hacer?

—Cambiar el sistema sanitario de arriba abajo. Porque el problema no es la colza: el problema es un sistema que no da para más. No hay previsión, no hay planificación, no hay medicina preventiva, no hay cultura sanitaria, no hay manera de gestionar una alerta, no hay recursos, no hay nada de nada. Estas cosas pueden pasar en Marruecos o en España, pero no podrían pasar en un país desarrollado.

Más de seiscientas personas morirán por lo que el Gobierno llamó primero «neumonía atípica» y después «síndrome tóxico». Más de veinte mil tendrán secuelas de por vida.

Entre los habituales del Avión hay un periodista que se llama Javier López, es de un pueblo de Teruel, tiene veintiséis años, ojos grandes, bigote, pelo negro, largo y lacio. Colabora con un periódico de Barcelona, *La Vanguardia*, y presume de tener los jefes lejos:

—El jefe y el mulo, cuanto más lejos, más seguro.

Está casi siempre con Miguel, Fernando, un tal Damián, que es el gracioso del grupo, y una población variable de la que Julia ya se sabe algunos nombres. María Jesús, a la que llaman la Reina; Olguita, que parece una reina de verdad; el doctor Melón, que saltará a la fama cuando un toro le meta veintitrés cornadas en los sanfermines; Julio Santo, que es uno de esos tipos que incluso cuando van en vaqueros parecen bien vestidos y los dejan entrar en todas partes; Anita y Josefina, que son majísimas. O las Hermanas Malasombra, que como su propio mote no indica son muy simpáticas las tres.

Al principio, Javier y sus amigos le caían gordos. Son de esos madrileños que cuando cantan flamenco parece que están cantando jotas segovianas y cuando hacen palmas parece que aplauden. Una noche, con la lengua suelta por las copas, se lo echó en cara.

—¿Qué os pasa a vosotros, que hacéis las palmas al revés?

Fue el principio de una larga amistad y, esporádicamente, otro tipo de relaciones casi tan entretenidas como la amistad pero menos duraderas.

Javier va por libre y Julia, más por libre todavía.

El 12 de enero de 1982 le sorprende que el aragonés, consumidor persistente de *gin-tonics*, levanta la mano cuando el Chato le está poniendo el primero de la noche.

—No, no le pongas limón.

—¿A ti qué te ha pasado en Navidades, que vienes raro?

—A mí, nada. Al limón.

Ha estado toda la tarde en el Senado con el equipo del doctor Muro. El doctor Muro es ese médico al que apartaron del servicio cuando sugirió que la epidemia que está llenando de enfermos los hospitales y de muertos los cementerios se debía a una intoxicación alimentaria. Cuando vieron que tenía razón, el doctor Muro recuperó el crédito perdido y esta tarde ha intervenido en la comisión parlamentaria que investiga el envenenamiento. Mientras

prestaba declaración, a puerta cerrada, Javier se fue al bar del Senado a tomar un *gin- tonic* con sus colaboradores, «que son de nuestra edad». Uno tras otro fueron pidiendo al camarero que no pusiera rodaja de limón en el *gin- tonic*.

—¿Qué pasa? ¿Que sois de estómago delicado?

—No. Es que, buscando la causa del síndrome tóxico, hemos seguido el rastro a productos que se vendían en mercadillos de las zonas afectadas y hemos descubierto cosas increíbles. Por ejemplo: las fresas de Aranjuez no son de Aranjuez.

—¿Eso que tiene que ver?

—Tiene que ver por lo sorprendente y por lo curioso. Día tras día estuvimos apuntando donde cargan y descargan los camiones: las fresas de Aranjuez vienen de Huelva.

—¿Y los espárragos, también?

—No. Los espárragos vienen del Perú.

—¿Y de dónde vienen los limones?

—Los limones, el problema no es de dónde vienen, que vienen todos de Murcia, sino cómo vienen. ¿No te has dado cuenta de que tienen una capa brillante? Pues es una cera que les dan. Al contacto con el alcohol, esa cera, que es una anilina, se diluye, pasa a la sangre y ahí se queda.

—¿Pero eso es peligroso, es cancerígeno?

—No lo sabemos. Lo que sabemos es que no se elimina. Y oye, por si acaso, para que se quede en tu cuerpo, mejor que se quede en el limón.

Esa noche la mitad de los clientes del Avión se toma las copas sin limón. Algunos mantendrán la costumbre unos días más. Pero no muchos. Si de algo hay que morir...

Los médicos, además, le han dado a Javier una información muy estimulante: el síndrome tóxico afecta a más mujeres que a hombres y una de las posibles explicaciones es que los hombres consumen más alcohol. Por lo visto, el alcohol tiene efectos defensivos frente a determinados tóxicos. Lo que le faltaba para pedir otro *gin- tonic*.

Cualquier excusa es buena para ponerse perdidos de copas. Eso lo advierte César a diario y no le parece mal. A este bar viene gente de todas las edades, todas las clases y todos los oficios con una cosa en común: están contentos. Él lleva toda la vida conviviendo con borrachos, pero nunca ha visto tanta gente tan contenta tantos días seguidos. En los años cuarenta y cincuenta el personal estaba siempre triste y los curas avivaban la tristeza con sus sermones.

—La vida es un valle de lágrimas, hemos venido al mundo a sufrir.

Esta tropa, que cada noche bebe y canta como si fuera la última, no ha venido al mundo a sufrir, evidentemente. Él tampoco. A sus años sabe muy bien lo que es el dolor, e incluso la tragedia, pero nunca se ha recreado en la tragedia ni ha pedido compasión por el dolor. Una vez, cuando tocaba en el Riscal, se lo dijo con cierta sequedad a uno de los millonarios del estraperlo que iban cada noche, acompañados por sus queridas o buscando una de recambio.

—Hay que ver, usted está siempre riendo.

—No, si le parece a usted, voy a estar siempre llorando.

Los clientes del Avión tampoco lloran, salvo que se trate de ocasionales barraqueras alcohólicas o pasajeras penas de amores (en el caso de Valeriano, las dos cosas). Lo que quieren es pasarlo bien y ya está. Hace unos años, no demasiados, estaban siempre tensos y a ciertas horas eran más sonoros los susurros que los gritos, como si estuvieran todos maquinando importantes operaciones de acoso y derribo del régimen. Eso se acabó. Entonces estaban peleando por la libertad. Ahora la están ejerciendo, sin más.

Miguel Ángel Fernández siempre lo dice. Miguel Ángel es un futbolista de Barcelona que ha estado jugando en el Español y viene mucho a Madrid porque está metiéndose en negocios de telefonía, que, por lo que cuenta, tiene mucho futuro. Siempre que anda por aquí se vuelve a dormir a su casa en un vuelo que llaman «el golfo» y sale a la una de la mañana.

—Aquí hay lo que no había: libertad. La libertad consiste en decidir. Un

día decides bien y otro decides mal, pero todos los días te lo pasas estupendamente.

Quien se ha criado en una dictadura lo que quiere es salir, respirar y que nadie le diga lo que tiene que hacer. La sociedad acaba de despertar de un mal sueño, se está desperezando y lo está procesando con alegría. Estos chicos (y estas chicas, que nunca ha visto César mujeres tan sueltas, en todos los sentidos) no tienen vergüenza, no le tienen miedo a nada y tienen pocos prejuicios, o ninguno. Aunque casi todos trabajan, viven como si estuvieran siempre de vacaciones, se apuntan a un bombardeo y hacen cosas que no habían hecho nunca y quizá nunca vuelvan a hacer, porque experiencias como esta solo se viven muy de tarde en tarde: el descubrimiento de la libertad, ni más ni menos.

A César, que lleva cuarenta años viviendo en esa zona franca que es la noche, incluso en las dictaduras, si hay algo que no le asusta es la libertad. Hasta hoy, él tampoco había podido disfrutarla a tiempo completo.

El agua no tiene esqueleto

25

Por este asunto han muerto millones de personas. Sobre este asunto han escrito los más sesudos ensayistas, los más sensibles novelistas, los más documentados académicos. Pero nadie lo ha explicado tan bien como Damián, el albañil de Huétor Santillán.

En Huétor Santillán, a un paso de Granada, mi cuñada Marta Wilhelmi comparte con sus hermanos un caserón familiar construido a principios del siglo pasado, en esa época en la que los niños se ponían malos de los pulmones y los padres los llevaban a la sierra, que les diera el aire.

Las casas antiguas son seres vivos, que necesitan permanentes cuidados, y la de mi cuñada es un ser vivo con tendencia maniaco-obsesiva: se pongan como se pongan, cuando llueve le entra agua. Los hermanos se han gastado una fortuna en arreglar las goteras, pero, reparación tras reparación, y sea cual sea su coste, el agua sigue encontrando el camino para meterse en la casa.

Hace unos meses, mi hermano Paco tuvo que ponerse serio con el albañil, que con su respuesta le dio una lección de física y, sobre todo, de metafísica.

—Esto no puede seguir así, Damián. Nos estamos gastando en esas goteras lo que no está escrito, te estamos haciendo rico y no has conseguido que deje de entrar el agua.

—Qué más quisiera yo, Paco, pero no hay manera: como el agua no tiene esqueleto, siempre encuentra el camino para meterse.

Eso mismo pasa con la libertad: como no tiene esqueleto, se cuela por todas partes.

Pese a los desvelos de Franco, la libertad comenzó a colarse por las rendijas del régimen en los años sesenta (la universidad, la iglesia, los sindicatos, las librerías, la poesía), empezó a entrar a borbotones en los setenta (el cine, el teatro, la prensa, el humor, las canciones, las aulas, las camas) y se ha desbordado en los ochenta. No hay dique capaz de frenarla.

La libertad pasa por los bares. Como todo. En los años ochenta, lo que no pasa en los bares, no pasa. César ha oído en la radio que según no sé qué estudio de no sé qué revista tan solo por la calle Atocha hay tantos como en toda la península de Escandinavia. En España hay entre ciento cincuenta mil y doscientos mil bares, según como se echen las cuentas. La media más alta del mundo, dicen: uno por cada ciento ochenta personas. De un tiempo a esta parte, esas ciento ochenta personas están todo el día en el bar que les toca: bebiendo, comiendo, hablando, cantando, gritando, bailando, ligando. Puede que no haya ninguno como el Avión, pero por todos pasa la vida, en todos se escribe la historia.

Muchos de los parroquianos que llegan a las tres de la mañana, cuando la persiana está a media asta, llevan en el cuerpo media jornada de barras, cada cual con su personalidad. Muchos de los que se van cuando ya está el cierre echado, a las cuatro, seguirán de marcha cuatro o cinco horas más, tras atender las elegantes sugerencias de Perico, el aragonés vocacional.

—Señoras, señores, ¡*veros!*

Cuando se pone fino intensifica el deje y los giros.

—¡Señoras y señores! ¡*A cascala!*

—¡*A cascala* de Milán o a *cascala* de la costa? —pregunta siempre algún gracioso.

—¡¡¡¡*A cascala de meneala!!!!*

Leo nunca ha entendido lo que quiere decir eso. Cuando una noche ella misma invita a los clientes a marcharse con un sonoro «¡*A cascala!*» y algunos muestran su asombro, siendo como es tan educada, pregunta:

—¿Pero no se llama Cascala el sitio ese adonde vais, en la calle de las Naciones?

No, no se llama Cascala. Se llama Tarot y, eso es verdad, van muchas noches para seguir cantando, bebiendo y soñando con algún milagro cárnico, que a esas horas es lo que pide el cuerpo. Para quienes salen a diario, la noche empieza a las doce y la locura a las tres y media. Luego, cuando los echen

también del Tarot, a falta de otras carnes se irán a comer una ternera en salsa a la tasca que está siempre abierta detrás del Palacio de los Deportes o cogerán el coche para un romántico conejo al ajillo en la venta de la carretera de Castilla o unas lentejas flamencas en El Palomar, el bar de los gitanos en la carretera de la Playa.

Deseando que no termine nunca la noche, con esa chica a la que acabas de conocer o ese viejo colega con el que estás en plena exaltación de la amistad, vendrán luego los churros, a saber dónde. Aunque Perico, que para estas cosas tiene una inteligencia superior, siempre hace una advertencia:

—A la cama hay que irse con luz pero sin sol. Si te pilla el primer rayo de sol por la calle, malo. Se te tuercen los cables y vete a saber dónde acabas.

27

Esos bares los retratarán como nadie unos músicos que vienen mucho por el Avión y han formado un grupo de exótica denominación: Gabinete Caligari.

*Bares, qué lugares
tan gratos para conversar.
No hay como el calor
del amor en un bar.*

Como «la noche ha sido larga y llena de inquietud», lo suyo es seguir juntos. ¿En la cama? No, en los bares, donde los camareros ya están «leyendo el *As*, con avidez» y sirviendo desayunos.

*Mozo, ponga un trozo
de bayonesa y un café,
que a la señorita
la invita monsieur.*

El *monsieur* ya no está para muchos trotes, pero se atreverá a decir lo que

piensa.

*Aunque a estas horas
ya no estoy muy entero,
al fin llegó el momento
de decir: te quiero.*

Y es que los bares son lugares muy gratos para conversar. Al fin y al cabo...

*No hay como el calor
del amor en un bar.*

28

Para contárselo a su prima, Julia rescata una expresión que usaban en las monjas de Valencia:

—Alucino por los Pekenikes. He conocido a los Gabinete.

Ha ocurrido en el último viernes de junio, justo el día que terminaba los exámenes. Sin moverse del metro cuadrado donde suele echar el ancla cada noche, no demasiado lejos de la entrada del Avión Club, le han presentado a Jaime Urrutia, cantante de Gabinete Galigari, y a Edi, el batería. Está entusiasmada.

—Van a tocar en Rock-Ola, que es un sitio muy moderno que hay por la avenida de América. Nos invitan.

—¿Te han dado la entrada?

—Nos invitan a ir, no a entrar. Pero no será caro.

Jaime es del barrio. Se ha criado aquí al lado, en Goya, y todavía vive en casa de su padre, que es crítico taurino.

—¡Estudia semíticas!

—Yo creía que eso solo lo estudiaban los curas.

—Pues estos, de curas, nada.

Jaime conoció a los otros miembros del grupo, Edi y Ferni, en la universidad, uno en la facultad de filología y el otro en la de periodismo. Estuvo primero con los Ejecutivos Agresivos, esos que cantaban «En la playa estoy *tumbao*, Mari Pili está a mi *lao*». Ahora hacen unas canciones muy raras («alucinantes», insiste Julia), que no tienen nada que ver con las de Leño, Obús o Barricada, que son los que molan, pero tampoco con esas tan blanditas que hace Nacha Pop ni con esas tan bobas de Mecano.

Al Avión los Gabinete no solo vienen a tomar copas. La otra tarde vinieron a grabar un vídeo, para un programa de la tele.

—El programa se llama *Pista libre*, tenemos que verlo. Es el sábado por la mañana.

—¿Cómo van a salir en la tele unos rockeros a esas horas?

—Creo que es un programa para niños. Yo alucino.

Julia, que está llamando desde el teléfono de fichas del bar, esa noche no hace más que alucinar. Más alucinógena todavía será la experiencia de Rock-Ola.

Nunca fui a Rock-Ola

29

Antes de entrar en Rock-Ola con Julia, Sara y Lola me gustaría decir una cosa: nunca fui a Rock-Ola. He pensado incluso que ese podría ser el título de este libro, con guiño incluido a Alberti, que nunca fue a Granada: *Nunca fui a Rock-Ola*.

La verdad es que estuve un par de veces, una para ver a Caco Senante, el de la salsa canaria, que era compañero de clase de solfeo. Pero alguien tendrá que defender de una vez por todas la memoria de los treinta y cinco millones de españoles que jamás pisaron esa sala y son tan protagonistas de los años ochenta como los que la pisaban cada noche.

Quisiera que este fuera uno de los ejes de esta historia de ficción basada en hechos reales: los protagonistas de los ochenta no fueron solo las dos o tres docenas de artistas y especies afines que aparecen en los programas de televisión sobre la época. Rock-Ola, que sale mucho en esos programas, es como el concierto de los Beatles en Las Ventas: si a ese concierto fue toda la gente que dice que fue, la plaza habría tenido una cabida de medio millón de personas. Si todos los que presumen de haber ido a Rock-Ola hubieran ido de verdad, todavía estarían haciendo cola, porque el aforo no pasaba de las trescientas cincuenta o cuatrocientas plazas.

Por la parte que me toca, las dos o tres veces que anduve por allí, entre vapores de muy diversa índole, no me pareció tan acogedora como El Sol, en la calle Jardines, ni tan especial como No se lo Digas a Nadie, en Ventura de la Vega, ni tan golfa como Elígeme en San Vicente Ferrer, ni tan alegre como el Ya'sta en Valverde. En Rock-Ola no bailé tanto como en el Estudio de Aguadulce ni me lo pasé tan bien como en La Calle de Almería ni se me cumplieron sueños imposibles como en el Chocolate, de Valencia, meca de la noche ochentera peninsular.

Lo que sí fue Rock-Ola en sus cuatro años de vida (entre 1981 y 1985) es

un buen resumen de ese Madrid donde todos, como en el Avi3n, se juntaban con todos: mods, rockers, punkis, siniestros, nuevos rom3nticos, torneros, fresadores, fontaneros, actores, enfermeras, arquitectos, taxistas, estrellas de la tele, camareros.

Pongamos que no, que nunca fui a Rock-Ola. Pero Julia y sus amigas s3 que fueron.

30

El v3deo que graban los Gabinete Caligari en el Avi3n Club para un programa infantil es como ellos: oscuro, siniestro, t3trico. Parece mentira que unos meses antes estuviera Jaime cantando lo de Mari Pili, tumbada en la playa, y parecer3 increíble que unos a3os despu3s ganen millones cantando «Camino Soria» o «La culpa fue del chachach3». Resulta que buscando novedades, como es costumbre en estos a3os, se han enganchado a la est3tica punk, que hace furor en Alemania y Londres. Les podr3a haber dado por la *new wave*, que tambi3n tiene mucho 3xito, pero han elegido la vertiente m3s dura y ah3 van ellos: brazaletes, insignias, guerreras, cinturones de cuero, gorras de plato. La idea es expresar de la manera m3s provocativa posible su independencia y su libertad. De paso, provocan equ3vocos. A Julia se le ponen los pelos de punta cuando el 23 de julio de 1981 ve a Urrutia presentar a su grupo en Rock-Ola:

—Somos Gabinete Caligari y somos fascistas.

No, no son fascistas. Pero la palabra produce sobresaltos porque en Espa3a todav3a quedan unos cuantos fascistas de verdad que est3n dispuestos a hacerse notar con extrema violencia. Lo comprobaremos enseguida. Antes tenemos que hacer un poco de historia.

31

El Avión Club no nació antes de la guerra, como dicen algunas crónicas apócrifas, ni estuvo frecuentado por aviadores republicanos, como dicen otras, ni tuvo nada que ver con el Atlético de Aviación, como afirman algunas. Si acaso el nombre pudo estar inspirado en el de uno de los primeros edificios del aeropuerto de Barajas, exquisita obra del arquitecto Gutiérrez Soto, que se llamaba precisamente así: Avión Club.

El Avión abrió sus puertas el domingo de Resurrección de 1950 como «sala de fiestas», «salón de té» y «barra americana». De las tres maneras se anunciaba en *ABC* y las tres significaban lo mismo: local moderno, caro y con chicas. Manolo Zapatero, que acababa de disolver la sociedad con Alfonso Camorra, el de Riscal, lo montó con un alemán recién llegado a España que llevaba a cuestas todas las leyendas propias de quien ha salido con prisas de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Se llamaba Pablo May Cooch, estaba casado con una española y, aunque no era especialmente serio, era un germano de manual para quien dos y dos siempre eran cuatro, dijeran lo que dijeran los españoles. Murió en la barra, con las botas puestas, más o menos cuando Franco.

Entre los primeros clientes había un grupo de americanos de la base militar de Torrejón a quienes Manolo cambiaba los dólares por pesetas con un cambio generoso. Para él. Todavía guarda esos dólares, por si vienen mal dadas. Ahora ya no viene nadie de Torrejón, al revés: muchos parroquianos van a Torrejón de vez en cuando, para protestar por la presencia de la base americana en territorio español.

Pero aquí nunca han faltado militares ni espías ni policías, de cuatro comisarías por lo menos: Cartagena, Buenavista, Príncipe de Asturias y Rafael Calvo. Ninguno ha venido jamás a trabajar y ninguno ha preguntado nunca nada. Por el contrario, todos largan siempre más de lo que deben, con la soltura que da el alcohol y la común convicción, confirmada por el tiempo, de que lo que se cuenta en el Avión, se queda en el Avión.

13 de octubre, 1982. Pedro Alberto Martínez, Perico, le da la cuenta a un grupo de treintañeros que sacan las billeteras, hacen un escote y pagan sin rechistar. Dos gastan bigote, otros dos llevan barba y pelo largo y los demás van vestidos con corbatas y trajes de baratillo. Mientras salen por la puerta, Leo Toral hace un aparte con el camarero y le echa la primera bronca desde que empezó a trabajar aquí, va para dos años.

—Dios mío, Perico, ¿sabes lo que has hecho? —No, no lo sabe, pero es evidente que la dueña del local sí lo sabe y se ha llevado un disgusto tremendo—. ¿Pero tú conocías a esos que acaban de marcharse? ¡Son policías! ¿Es que no te habías dado cuenta?

—Pues claro que me había dado cuenta, Leo. No veas como daban el cante. A los maderos, se pongan como se pongan, siempre se les nota.

—¡Pero les has cobrado! —Leo está realmente preocupada—. ¡A los policías no se les cobra!

—¡Aivá, Dios! ¡Resulta que ese era el problema!

Perico acaba de descubrir que en el Avión ningún policía ha pagado una copa en los últimos treinta y dos años. Manolo, que esta noche libra, le contará al día siguiente que eso ha sido siempre lo normal.

—Pero no solo aquí. Es igual en todos los locales nocturnos de la ciudad y en los de todas las ciudades.

—Pues eso se tiene que terminar. Ahora estamos en una democracia y aquí paga todo el mundo.

Desde entonces, en el Avión los policías pagan lo que beben.

Quienes siempre han pagado sus copas son los espías, mayormente porque nadie sabía que eran espías. A los espías no se les nota tanto como a los maderos. A uno de ellos, Miranda, a quien todos llaman por el apellido, le gusta pegar la hebra con el maestro, cada vez que se da un descanso en el piano, aunque sabe, o quizás porque lo sabe, que el maestro nunca va a

contestarle con más de dos palabras seguidas.

Este espía, antiguo oficial de uno de los múltiples servicios secretos de la dictadura y hoy abnegado agente del CSID, llegó al Avión dando un rodeo, que le está contando a César con detalle. Viajó primero a Estados Unidos, invitado por la embajada, en un viaje al que también fueron empresarios, abogados, altos funcionarios y algunos periodistas. El viaje incluía una visita turística a Phoenix, en Arizona, para ver el Gran Cañón del Colorado. En Phoenix, alguien le habló muy discretamente de una escuela de posgraduados «donde hay dos o tres colegas españoles que te puede interesar conocer». Decidió visitarlos.

Como estaban en clase, preguntó por la cafetería, se pidió un whisky y esperó hasta que bajaron los tres españoles, con quienes mantuvo una feliz conversación sobre distintos tipos de whiskies, distintos tipos de mujeres y, en fin, esos distintos tipos de asuntos de los que hablan los espías cuando no tienen gran cosa que decir y no conocen al interlocutor. También le preguntaron, claro, por ese país en continuo tránsito que llamamos España. Miranda tuvo respuesta para todo, salvo para la pregunta que le hizo uno de ellos, madrileño:

—¿Y qué habrá sido del Palacio de las Pipas?

—¿Y eso?

—Un sitio donde se tomaban copas y se comía pipas, en el barrio de Salamanca. Lo recuerdo con más nostalgia que a mi propia familia.

—En cuando llegue a Madrid, lo primero que haré será informarme y tomarme un whisky a tu salud en ese sitio que dices.

Llegó a España, cumplió su promesa y se incorporó, sin más, a la variopinta fauna del Avión.

Esta noche, además de contarle a César esa historia, entre whisky y whisky, le cuenta otra: los servicios secretos han abortado un golpe de Estado. Militares que ya han sido neutralizados por el Gobierno tenían prevista una asonada mucho más violenta que la del 23-F. Pensaban darla el 27 de octubre, víspera de las elecciones generales que van a convertir a Felipe González en el primer presidente socialista desde la República.

Como en todas las historias de espías, en esta hay un maletín. Uno de los comandantes que están preparando el golpe de Estado aparca el coche en las inmediaciones de un restaurante donde ha quedado con el notario Blas Piñar, editor de la revista *Fuerza Nueva* y fundador de la organización ultraderechista del mismo nombre. Ignorando que lo están siguiendo dos agentes de los servicios secretos, deja el maletín en el coche con toda suerte de documentos comprometedores. Los agentes abren el coche, sacan el portafolios, fotocopian su contenido y lo devuelven.

Durante los cinco años de Suárez y los dos de Calvo-Sotelo, el Gobierno no ha sido capaz de depurar el Ejército, plagado de militares que se siguen viendo a sí mismos como ganadores de una guerra civil. Pero en los servicios de inteligencia, donde hay oficiales jóvenes y viajados, parece que sí va entrando la democracia. Los de esta operación pertenecen a la AOME, que dirige un oficial llamado Javier Perote, y a la Sección de Contra-involución del CSID, que dirige un tal Santiago Bastos. Estudiando los ordenadores de las capitanías generales descubrieron movimientos sospechosos y siguiendo esos movimientos detectaron el intercambio de notas entre altos mandos y golpistas encarcelados por el 23-F. El comandante del maletín lleva un tiempo pasándose notas con Milans del Bosch, que está cumpliendo condena y se muestra muy cabreado con el rey. Empiezan a seguirlo. Sobre la marcha, deciden robarle el portafolios y fotocopiar su contenido. Es una decisión arriesgada, porque esas fotocopias no servirán como prueba judicial. Pero servirán para una cosa: para impedir el golpe.

Bastos y Perote ponen sobre la mesa del ministro toda la documentación que necesita para bajar los humos a los golpistas. Esos papeles, conseguidos de mala manera, no permitirán encarcelarlos, pero tampoco importa: el Estado Mayor de la intentona está ya en prisión, por su implicación en el 23-F. A esos los cambian de sitio y a los que están en activo los arrestan en sus casas, sin explicaciones.

—Suficiente para que se les quiten las ganas de involución —dice el

espía.

—No lo creas, Miranda —replica el pianista—. A esos las ganas no se les van a quitar nunca. Los conozco muy bien.

Aunque solo conseguirán juzgar y condenar a tres jefes, hay docenas y docenas de implicados. Gracias a los papeles del maletín se confirma que el golpe iba a ser cruento.

—Se han dado cuenta de que un golpista, para ser respetado, tiene que entrar dando leña. El miedo es lo único que deja paralizada a la gente.

Convencidos de que ese fue el error de Tejero, tenían previsto llevar a cabo ejecuciones, en las primeras horas, en todas y cada una de las provincias de España.

—Era la única manera de garantizar que, una vez dado el primer paso, el proceso fuera irreversible y no pasara lo que pasó otra vez, que muchos se apearon en marcha.

35

Nadie sabe que el Partido Socialista va a sacar más de doscientos escaños y la UCD va a ser borrada de la faz de la tierra, pero todo el mundo sabe que las elecciones las va a ganar Felipe González. La izquierda, que ya gobierna en ayuntamientos y comunidades autónomas, está a punto de gobernar en toda España. El 26 de octubre, a las once menos cuarto, cuando César se está tomando en La Villa el segundo café de la noche, llega Miranda con un hombre a quien le presenta como «Juan, un amigo de la policía». El espía, que es corpulento, barrigudo y de tez rojiza, forma una extraña pareja con el policía, que es canijo, de piel blanca y pelo negro, escaso, cabeza pequeña, nariz afilada y bigote. Los dos tienen edad parecida, unos cuarenta años. El pequeño lleva bajo el brazo un paquete voluminoso, envuelto en plástico.

—No he querido dejarlo en el coche, no vayamos a leches.

—Has hecho bien. Mientras nos comemos el bocata, y el mío va a ser de lomo con pimientos, se lo enseñamos al maestro, que le gustan estas cosas.

¡Mira, César!

Separa los plásticos y deja a la vista un tocho de papel de tres o cuatro kilos de peso.

—Es un recuerdo que Juan se ha llevado del ministerio. Ahí tienes las actas completas de todo lo que hizo Carrillo cuando volvió a España en 1976 y empezó a moverse en público. No se libra ni el apuntador. Hasta los nombres de los camareros que le ponían los whiskies aparecen.

—Pero esto ya no valdrá para nada...

—Claro que no, pero es gracioso. Si buscas, encontrarás a algún conocido.

Hojeando el tocho, el pianista encuentra, efectivamente, a varios conocidos, todos ellos comunistas del barrio, donde siempre ha habido una activa célula del PCE. Entre ellos está el gordo, Fernando Antigüedad. Aparece citado con pelos y señales en el famoso episodio de la bandera y en uno anterior, cuando convocó Carrillo una cumbre de dirigentes eurocomunistas y estaba en el servicio de seguridad.

—Se lo contaré al Antiquité, que le hará gracia. ¿Y para qué quieres tú esos papeles?

—Ya le ha dicho Miranda: de recuerdo. Los iban a quemar. Están sacando camiones enteros para cuando lleguen los rojos. Unos los trituran y otros se los llevan y los queman en una planta incineradora de Navalcarnero.

—O sea, que van a ganar los socialistas.

—No le quepa duda, maestro —dice el canijo, con tono compungido, mientras se saca un paquete de Ducados del bolsillo y enciende un cigarrillo, sin ofrecer.

36

No hay un músico en España que toque cada día tantas horas cara al público como César. Llega al Avión a eso de las ocho y media, empieza a tocar a las nueve y sigue hasta las dos, los días de diario, o hasta las tres, los viernes y los sábados. En cada hora se da un descanso de quince minutos que

emplea en tomar algo en La Villa o pasear por las calles de alrededor, con escala técnica frente al escaparate de Corsetería Lupe, que está en el número 13 de Conde de Peñalver. Le encanta. Ver esos maniqués, que cada vez se parecen más a las mujeres de carne y hueso, y ver esa ropa interior, que cada vez es menos ropa y menos interior, le alegra la noche. Hasta la expresión «lencería fina» lo pone cachondo: es como la puerta del paraíso. Los de la tienda, que lo saben, dejan iluminado el escaparate para que no pierda detalle.

Aunque el descanso de las doce menos cuarto suele emplearlo en estirar las piernas (un decir, porque piernas, lo que se dice piernas, solo tiene una), la noche de las elecciones se mete en La Villa para ver en la tele qué está pasando. Allí se han acercado también algunos habituales del Avión. Entre ellos, Julia, la profesora, que parece contenta, pero no entusiasmada.

—Me alegra que gane el PSOE, pero yo, maestro, las únicas elecciones que he ganado en mi vida son las municipales del setenta y nueve, cuando entró la izquierda en los ayuntamientos y no hacíamos distinciones entre socialistas y comunistas. ¿Y usted?

—No me hables de usted, hija mía, que somos del mismo siglo. Yo no sé si he ganado elecciones alguna vez, porque yo vivo la historia a mi manera, pero estas las has ganado tú, de eso no te quepa duda.

—Muy claro lo tienes.

—Y tanto. Porque la gracia de las elecciones no es elegir, es echar. Eso es lo bueno de la democracia: que puedes echarlos. Con Franco había votaciones de vez en cuando, pero no había manera de echarlo. Él llegó al poder a cañonazos, pero hay otros dictadores que llegan por las urnas y tampoco hay dios que los eche. Y ahí está: los habéis echado. ¿Cuántos diputados tenía la UCD?

—Ciento sesenta y cinco.

—¿Y cuántos le quedan?

—Doce.

—¿Y Fraga?

—Ciento seis, creo.

—Pues ahí tienes. Los que mandaban en el cortijo desde que ganaron la guerra ya no gobiernan, y sus hijos tampoco.

—Pero conservan su poder.

—Y lo seguirán conservando cuando tú y yo ya no estemos en este mundo, porque el poder, el poder de verdad, lo tienen siempre los mismos. De eso en este barrio sabemos mucho. Algunos lo consiguieron con la guerra, es verdad, pero otros, los más gordos, lo tenían ya de antes. Pero por lo menos ya no están en el Gobierno y por un rato no van a ser ellos los que hagan las leyes. Deberías estar contenta.

37

A César le pasa al revés que a Julia. No parece contento, pero está muy interesado por lo que está pasando. A él también se le hizo larga la dictadura, aunque viviera siempre en esa rara isla de libertad que es la noche, donde rigen códigos propios y las leyes se interpretan de otra manera. No se le quita de la cabeza lo que dijo Felipe González hace unas semanas, en un debate de televisión, cuando le preguntaron por el lema electoral de su partido.

—¿Qué es «el cambio»?

—El cambio es que España funcione.

No es mala idea. España siempre ha funcionado mal. Desde los tiempos de Larra, que si viviera hoy vendría cada noche al Avión y no haría tonterías con esa pistola que todavía guardan en el Museo Romántico. Y tampoco es mala idea, aunque sea más tosca, la de Alfonso Guerra, que es quien en estos momentos, medianoche del 28 de octubre de 1982, está dando por la tele los resultados de las elecciones.

—A España no la va a conocer ni la madre que la parió.

38

Por cierto, que esta chica que tanto se le arrima últimamente, Julia, es un pincelito. Y muy amable. Se ha interesado por él, le ha preguntado que si ya ha

cenado y se ha quedado muy sorprendida cuando le ha contestado que no, que cuando llegue a casa, a las cuatro de la mañana, lo estará esperando Rosario con la mesa puesta.

Jose, el de La Villa, le ha dicho que se apellida Ferrer y es valenciana. Cuando termine el descanso le tocará «Valencia», del maestro Padilla, que es un pasodoble precioso.

Qué arte tenía el maestro Padilla. Era de Almería, pero escribió las canciones más representativas de Valencia, de Madrid y de París.

E.T., Naranjito y Mecano

39

Les ha costado, pero ya se conocen. Para que se saluden con naturalidad y se hablen de tú han tenido que pasar dos años y un acontecimiento histórico. Felipe González ha sacado diez millones de votos y doscientos dos escaños. Y ahí están ellos dos, cambiándose palabras y sonrisas en un bar con mesas de formica, luz de fluorescente y olor a panceta, vuelta y vuelta.

César es un personaje real que pudo ser de ficción. Julia es un personaje de ficción que pudo ser real y quizá lo fue. Más alta que baja, morena de piel, menuda, pero no tanto, con el pelo negro, algo rebelde y no demasiado largo; esa noche lo lleva recogido con un coletero verde y de aquí a unos meses se lo cortará al ras por la parte de la nuca, aunque se dejará un potente flequillo. Calza tenis, con vaqueros azules, camiseta blanca y, por encima, una camisa de cuadros abierta que, por la colocación de los botones, parece de hombre. A César, que es un analista nato, le encanta advertir que tiene un buen pandero, sin llegar a culona, que va sin sujetador y que es de tetas menudicas, pero revoltosas.

—¿Y cómo una valenciana tiene ese acento tan andaluz que tú tienes?

—Es que tengo mezcla. Padre valenciano, madre granadina.

Su madre, que se llama Feli, nació en un pueblo de Granada cercano a la capital, Albolote, y ella ha hecho la carrera en Granada, donde se siente muy a gusto. Allí vive su abuela Paulina, varios tíos y dos docenas de primos, por lo menos. Sus dos hermanos no acusan tanto el germen andaluz. Han salido valencianos, como el padre, viven con él en un pueblo próximo a Valencia y a Granada no van ni en Navidades. Siempre encuentran una excusa para ahorrarse las visitas a la abuela: cada uno toca en una de las bandas de música del pueblo, las dos centenarias, todas las semanas les sale algún bolo y, si no les sale, se lo inventan. Su hermana Raquel, la menor, es de todas partes y no es de ninguna.

—A Raquel donde más le gusta estar es en el pueblo de mi otra abuela, Robledo de Chavela. La abuela Rosa, después de pasar toda su vida en Valencia, casada con un valenciano, cuando traspasaron la tienda y el abuelo se jubiló consiguió traérselo a Robledo. Y ahí viven los dos, tan a gusto.

40

Coincido con César: Julia es un pincelito. La vi muchas veces en la barra del Avión, a unos metros del lugar donde yo me hacía fuerte cada noche. A ella también le gustaba esa zona, cerca de la puerta, aunque de vez en cuando se iba sola hasta el fondo, allí donde se curva la barra, o se ponía de rodillas, si no había demasiada gente, en el diván de escay, frente al piano, de espalda a todos los demás, con los codos sobre el respaldo y la cara entre las manos escuchando a César durante horas, embobada.

Cuando eso pasaba, César tocaba mejor que nunca. Y no digamos cuando Julia le llevaba una flor, o un ramito, que se quedaba días y días sobre el piano. Esas noches no necesitaba mirar en el espejo para ver si estaba la gente pendiente de él. Sabía que ella estaba pendiente y con eso le bastaba.

41

El 2 de diciembre de 1982, jueves, el presidente Felipe González entra en el palacio de la Moncloa tras jurar el cargo delante de un rey, una Biblia y una cruz.

El 3 de diciembre, viernes, juran el cargo los ministros y el vicepresidente, Alfonso Guerra, que pide que quiten la cruz y la Biblia, pero del rey no dice nada.

El 4 de diciembre, sábado, el Gobierno anuncia una devaluación de la peseta del 8 por ciento que los ciudadanos, aunque pierden poder adquisitivo, reciben con entusiasmo.

El 5 de diciembre, domingo, doscientos militares vinculados a la extinta Unión Militar Democrática (UMD) cenan y brindan por la Constitución en el restaurante Biarritz, de Cuatro Caminos. Algunos seguirán brindando luego en el Avión. A estos militares demócratas les gusta muchísimo brindar.

En la noche del 6 de diciembre, lunes, el superministro de Economía, Comercio y Hacienda, Miguel Boyer, que se crio entre sábanas de seda en un piso señorial de la calle Velázquez, número 7, frente al hotel Wellington, se reúne con la Junta Superior de Precios para preparar una subida de la gasolina. Aunque parezca mentira, los ciudadanos también se lo tomarán a bien.

El 7 de diciembre, martes, César aprovecha su día libre para ir al cine. Como ya ha visto todas las pelis S que hay en la cartelera y hoy no tiene el cuerpo para intensidades españolas, se mete a ver una americana que han estrenado la víspera: *E.T.*

42

El cine es una de las pocas aficiones conocidas de César, junto con la música, las señoras, los problemas científicos, los libros, aunque no todos, y las conversaciones ajenas. Ni los toros ni el fútbol le han interesado nunca; no entiende que Manolo y Perico puedan pasarse horas hablando del Madrid y el Barça. Pero el cine siempre le ha gustado. En el cine hay creatividad, talento, vida. Y unas tías buenísimas.

Todas las semanas ve tres o cuatro películas, siempre solo. Aunque las que más le gustan son las guarras, no le hace ascos al cine de calidad, que últimamente abunda. Este mes ha sido de gran riqueza cultural. Para empezar, en una misma tacada se vio *El triángulo de las desnudas* y *Aberraciones sexuales de una mujer casada*, en una sala de Francisco de Rojas donde siempre programan con exquisito gusto. En el Felipe II, cerquita de casa, *Amor porno exótico*, y en el Cid Campeador de Goya, que tampoco cae lejos, *Lolita*. La semana pasada bajó a la plaza del Carmen a ver *La vida de Brian*,

que es la película más inteligente y divertida que ha visto en muchos años.

No hay en estos momentos en cartel estrenos españoles interesantes, y es una pena, porque de un tiempo a esta parte cada película española le sorprende más que la anterior. Hace unos meses vio en el cine Azul una que lo dejó boquiabierto: *Arrebato*. Habían estado en el Avión el director y uno de los protagonistas, que en los carteles se hace llamar Will More pero en realidad se llama Joaquín Alonso Colmenares-Navascues García-Loygorri de los Ríos. Pertenece a una de las familias con más pasta de San Sebastián, y el director, Iván Zulueta, también es donostiarra. Venían con otro actor, Fernando Tejada, que es del barrio; vive en unos apartamentos de O'Donnell y es vecino de Isabel Pantoja, la tonadillera. Él fue quien le dijo que no se la perdiera.

—No sé si te gustará, maestro, pero seguro que te sorprende.

—A mí ya sabes lo que me gusta, Fernando: el destape.

—Pues hasta el destape de esta película te va a sorprender.

Y tanto que le sorprendió. Tíos metiéndose juntos en la cama y una historia rarísima, de miedo, que lo tuvo hipnotizado durante dos horas y le hizo comentar esa noche, cuando volvió al trabajo:

—¿Qué se meten en el cuerpo estos directores de ahora antes de empezar los rodajes?

Lo mismo le pasó el año pasado con *Laberinto de pasiones* y le pasará el año que viene con *Entre tinieblas*, de Pedro Almodóvar, que también ha venido alguna vez por el Avión. Un fuera de serie, el tal Almodóvar. Es de un pueblo de La Mancha y trabajaba de administrativo en Telefónica, pero en Madrid se soltó el pelo, empezó a cantar vestido de mujer y ahora hace unas películas que no tienen nada que ver con nada lo que se ha hecho nunca en España. Qué desparpajo, qué desahogo, qué tío. Desde la primera vez que apareció un muslo en una película española, y ya han pasado más de diez años, César no se ha perdido ninguna. El destape es, en su opinión, una de las mejores cosas de la democracia. Pero lo de este elemento es otra cosa. Es una manera de ver la vida y de contarla que no se había visto jamás en este país. Monjas yonquis, lesbianas, una tía que se mete con dos tíos en la cama y se aburre, otra que se acuesta con su padre, un tío que se la chupa a otro tío. Lo nunca visto.

—¿Pero lo que hace es comedia? —le preguntará Perico—. Porque ya sabes que a mí el cine intenso no me gusta.

—Bueno, está en la tradición de la comedia española. Es cine costumbrista, lo que pasa es que las costumbres de ahora no son las de antes. O igual sí, son las de antes, pero antes nadie las contaba. Eso es lo que tiene este tío. Cuenta lo que nadie se ha atrevido a contar, y lo cuenta con gracia y con un color y un lenguaje propios. Habrá que ver. O le dan un Óscar y lo llevan al Museo de Arte Moderno de Nueva York o por su culpa vuelven a poner la censura.

43

Esta noche, casi por casualidad, *E.T.* Increíble. Aunque es día de diario y la dan en la sala grande del Palafox, está hasta los topes. Pero lo increíble no es eso. Lo increíble es que una película pueda tener tanta imaginación, tanta delicadeza, tanta emotividad. César llora como un niño, igual que todos los demás adultos que han ido a esa sesión. Para compensar, al salir se toma un sándwich mixto y una cerveza en la cafetería Yalta de Bilbao y otra cervecita, ya que le cae de paso, en el bar de Gregorio Monje en la calle Colón, junto a Fuencarral.

Gregorio es un viejo amigo, carnicero, que no quiere que sus hijos se críen con un cuchillo en la mano, como él. Se ha quedado con la bodega La Ardosa, una de las muchas que había por Madrid con ese nombre, creadas en su día por vinateros manchegos. Las demás las están cerrando, por muerte natural del negocio, de los dueños o de la clientela, pero la de Colón está cogiendo un aire nuevo, gracias al carnicero y a sus chicos. Se ha llenado de jóvenes, como el Avión, que beben cerveza de importación y mueren por la grandiosa tortilla de patatas que cocina Conchita, la mujer de Gregorio.

Animado por las dos cervezas que comparte con su amigo, César decide tomarse otra más en un club de alterne de Augusto Figueroa, que también le cae de camino. El club, donde ni invita a las chicas ni se deja meter mano (a

una rubia que está poniendo demasiado interés tiene que separarla con el bastón), se llama El Naranjito. Es uno de los pocos recuerdos que quedarán en España del Mundial de Fútbol de 1982 y de su tontorróna mascota, que se llamaba así, Naranjito, y a César le parece impropia de un país donde últimamente das una patada a una piedra y sale un diseñador. Además, queda un genial bando del alcalde, Enrique Tierno, una canción horrible de Plácido Domingo y una pasarela que pusieron entre el palacio de Congresos y el Bernabéu, que acaban de partir en dos cachos: uno lo van a poner en La Elipa y otro en el Piramidón, que es como llaman todavía los castizos a la ciudad sanitaria Ramón y Cajal. No se le quita de la cabeza la ocurrencia de Damián, el contable ese tan gracioso que viene por el Avión, cuando todavía no habían eliminado a España y los mundiales despertaban cierta ilusión:

—Como dice el Gobierno que los Mundiales van a crear empleo, en la mitad de la pasarela podemos poner un puesto de anís de Chinchón y que los jugadores se tomen algo, camino del estadio. Negocio seguro.

Al recordarlo, le da la risa. Damián tiene gracia, el *joío*. Se pide otra cerveza.

¿Y por qué no va a dejar que esta muchacha tan maja, que pone tanto interés, le haga un lavado de cabeza, marcado y mechas?

44

Plenamente reconfortado por la parada técnica en El Naranjito, César decide seguir andando hasta casa en vez de coger un taxi. No serán más de veinte minutos o media hora. Esta zona de Madrid es peligrosa, pero no para él, que tiene más horas de vuelo de las que tienen juntos todos los que se va encontrando por el camino: putas, maricones, vendedores de droga, compradores de droga, consumidores de droga que piden sin demasiada convicción «un duro para un bocata», camareros que, terminada la faena, dan trabajo a otros camareros, borrachos cantarines por libre o en pandilla, parejas que se dan el lote en plena calle, sin molestarse siquiera en buscar lo

oscuro, adolescentes con cara de haber olvidado la dirección de sus casas, adultos solitarios que aún piensan que se les puede arreglar la noche y dos municipales, jovencísimos, que le están pidiendo los papeles, pistola en mano, a dos moritos con cara de susto.

Aquí al lado, en Barbieri, hay un restaurante donde dan de cenar hasta las dos de la mañana y viene mucha gente del teatro y del periodismo, La Chocolatería. Lo conoce muy bien porque en la inauguración estuvo él, acompañando al piano a un tipo muy feo, muy simpático y muy golfo que, si se cuida, llegará lejos. Le dijo que sí, que se cuida, y que incluso va a un foniatra para educar la voz. Se quiere ganar la vida con la tele, «que es donde está la pasta», dice, pero lo que le gusta es tocar en público, como a él. Se llama José Miguel, lo llaman el Gran Wyoming, y habitualmente hace pareja artística con un pianista al que apodan Reverendo.

A César le cae muy bien Wyoming y es admirador confeso de Reverendo. Hijo de Adolfo Muñoz-Alonso, el falangista que fue rector de la Complutense y procurador de las Cortes de Franco, se hace llamar Ángel con jota, como Juan Ramón Jiménez, y toca como los ángeles, con ge. Más de una vez ha tocado en el Avión, aprovechando sus descansos y con su mismo estilo: un vaso sobre la tapa del piano y un cigarrillo entre los labios. Es muy bueno. ¡Parece que hubiera nacido en Nueva Orleans y no en un pueblo de Galicia!

Reverendo, que por las noches actúa (lo que son las cosas) en el Riscal, por las tardes está de organista en la iglesia de San Antón, la de Hortaleza, donde cada 17 de enero llega gente de toda la ciudad con sus perros, sus gatos y sus loros, para que los bendiga el santo. Como Ángel Muñoz suele vestir de negro y gris, tiene el pelo blanco, con raya al lado, y gruesas gafas de concha, la gente piensa que es cura. De cura no tiene nada: al Avión va en ocasiones con una morenita guapísima que se llama Adela y es pianista, como él, y a veces con una cría, también guapísima, a la que llama «Laurito» y con la que dice que está casado. Pero a él no solo no le importa el equívoco sino que lo alimenta, con su nombre artístico.

En la acera contraria de La Chocolatería está Casa Salvador, donde se come una merluza estupenda, y estaba el tablao de Manolo Caracol, Los Canasteros, donde los últimos años había más policías que flamencos. En Augusto Figueroa, frente al mercado de San Antón, que a estas horas parece un gigantesco panteón, sombrío y maloliente, continúa El Comunista. Venía de vez en cuando con Manolo, en los tiempos de Riscal, y siempre lo han llamado así, El Comunista, aunque el letrero pone «tienda de vinos».

Un poco más abajo, en el número 2 de la calle de Góngora, hay un local con escasa iluminación y un pequeño rótulo, Tiza's, de donde sale y entra un reguero de hombres.

—¿Qué hay ahí, putas? —pregunta sin demasiada curiosidad, mientras enciende un cigarrillo apoyado en la muleta, a un cincuentón calvo, con bigote y una insignia del Atleti en la solapa.

—No, putos. Bueno, tampoco es eso. Si quieres entra y pregunta por Suso, que es el dueño, es gallego y es amigo mío. Es un sitio donde nos reciben con cariño, nos podemos soltar el pelo y nos sentimos a gusto, ya me entiendes.

No, no lo entiende. Se morirá sin saber que ese discreto local, en la misma calle donde están las mercedarias gongorinas, de las que habla Galdós, y otro convento de monjas que se anuncia como «Cachito de cielo», es el primer lugar de encuentro de homosexuales de una zona sin nombre, cercana al metro de Chueca, que muchos años después será el barrio gay más popular de Europa.

Esta noche, la del 20 de diciembre de 1982, Julia cambia los tenis por unos botines plateados, con taconazo afilado, y los vaqueros por unos pantalones negros ajustadísimos, que le suben hasta más arriba del ombligo y le resaltan las piernas, finas, prietas y bien torneadas, como dirían los

clásicos. Por encima, una blusa blanca ajustada con mucho escote, que también resalta lo que tiene que resaltar, y una torera negra con brilli brilli y hombreras, que no falten. El pelo cuelga lacio salvo el flequillo que, con un toque de fijador, efecto mojado, pega un respingo hacia arriba. Aunque no es su intención, con eso y los tacones parece medio metro más alta.

—Estás impresionante, pero ¡vas a asustar a los tíos! —le dice Lola, que va tan *hippie* como siempre, con zapatillas planas, falda larga de vuelo, estampada con colores naturales, y blusa negra, larga y caída por fuera. De estatura media, tirando a baja, y rellenita sin llegar a gorda, es ese tipo de chica que le gusta a los hombres de más de cuarenta años y hace lo que quiere con los de menos de treinta.

—¡Mejor! —contesta—. Así se me arriman menos y puedo elegir yo con más tranquilidad.

Con lo que sí ha sido comedida, como siempre, es con las pinturas de guerra, aunque para un concierto de Mecano lo suyo sería ir pintada como una puerta. Al fin y al cabo, están todo el rato cantando eso de:

*No me mires, no me mires, déjalo ya,
que no me he puesto el maquilla-je-je...*

Es una de las canciones más pegadizas de ese grupo que, con un solo disco, se ha convertido en el más popular del pop español. Y el más discutido. Quien no los ama, los odia. Julia es más de rock que de pop, y los Mecano le parecen unos pijos de mucho cuidado, pero le hacen gracia. Más que a Lola, que en ningún momento deja de chincar.

—Son un bluf, ya te lo ha dicho Javier. Los llevaron a la tele por equivocación.

—Eso es lo que le han contado en el periódico, pero no fue una equivocación. Los llevó Carmen Maura a su programa porque le habían fallado los Calchakis, que son unos folclóricos peruanos, o chilenos o lo que sean. Fue una solución de emergencia y ellos la aprovecharon. Bien hecho.

Serán un bluf o una equivocación, pero hasta hoy ninguna de las tres amigas había visto un grupo español tocando con ese despliegue de medios y

ese juego de luz y sonido. Ni tampoco un láser tan activo, que en los barridos sobre el público causa razonable inquietud.

—Cuidado, que no te dé en los ojos, que te puede dejar ciega —dice Sara, que se ha venido con un mono amarillo galáctico, lleva el pelo recogido en un moño hacia arriba y en toda la noche no se quita las gafas de sol.

No serán muy rockeros, pero son finos y muy profesionales, incluso cuando cantan las tonterías que cantan:

*La vi pasar
y me escondí.
Con su traje transparente
iba provocando a la gente.
Ella me vio y se acercó,
el flechazo fue instantáneo
y cayó entre mis brazos.*

O el estribillo de esa misma canción, que corean todos.

*Ahí me colé
y en tu fiesta me planté.
Coca-Cola para todos
y algo de comer.
Mucha niña mona
pero ninguna sola.
Luces de colores,
lo pasaré bien.
Yo me preguntaba...*

Llegado ese punto, es Lola quien rompe el encanto, como siempre, con ese punto suyo de mala follá, que es la particular versión granadina de la retranca gallega, la ironía castellana y, según Javier, la somarda aragonesa.

—Ahí estamos, Julia, otro drama de la vida cotidiana,

—Ya, pero tienen gracia. Oye, y esas cosas pasan. Anda que no nos hemos colado nosotras en fiestas.

—Y anda que no llevamos flechazos en el cuerpo —recuerda Sara—. Esas

cosas también pasan.

Es verdad, esas cosas pasan. Hoy también.

47

Se llama Juan, es un joven abogado que trabaja en una gran empresa y tiene pinta de joven abogado que trabaja en una gran empresa. Traje azul marino, ajustado, camisa de tenues rayitas azules, con gemelos y mocasines castellanos, y pelo castaño, con raya al lado y breve melena, moldeada con gomina. Ni siquiera se le va esa pinta cuando se quita la corbata y la guarda en el bolsillo para que Julia pueda ver el abalorio africano, con un colmillo de león, que lleva colgado del cuello.

Se han conocido en una de las barras, mientras esperan que unas niñas monas les pongan las cervezas. Tardan muchísimo.

—Mira que son pesadas.

—Y encima estarán calientes.

—Eso seguro. Y las cervezas, también.

Lo último que podía pensar Julia es que esta noche iba a caer en brazos de un abogado gracioso. Pero cae, casi sin cruzar palabra.

—Os podéis ir vosotras al Avión, que ya iré yo luego —dice a las amigas cuando termina el concierto.

—Tú hoy no vas ni al Avión ni a casa, ya te lo digo yo —augura Lola.

—Ya veremos. No se te ocurra decirle nada a Javier.

—¿Pero no hemos quedado en que Javier es solo un amigo?

—Tú no le digas nada. Y al maestro, tampoco.

—¿Al maestro? Estás loca.

—Pues claro.

48

La locura no durará más de treinta y seis horas. Del concierto se irán a un bar de la parte alta de la Castellana, luego a una discoteca de Bilbao, que a las seis de la mañana del martes está hasta arriba, y, ya de día, después de un chocolate con churros y un chupito de anís en la calle Escorial, a un chalé de Aravaca donde se meterán en la cama a las nueve y se levantarán a media tarde, para tomarse cuatro cervezas y una barra de pan con fuet y ver una peli en la tele, tirados en un sofá, donde, ya puestos, se dan un revolcón antes de volver a la cama.

Los padres de Juan, a quien no volverá a ver en su vida, están unos días fuera. En la cama, el abogado es de dos erres, repertorio y resistencia, pero le falta la te de ternura. Cuando se acaba el pan, el fuet, la cerveza, las ganas de follar y los temas de conversación, que tampoco son muchos, Julia le pide que le preste una camiseta y la lleve a la ciudad.

—Cuando quieras. Ayer me fumé el trabajo con la excusa de ver a unos clientes, pero hoy tengo que pasar por la oficina.

Por el camino, hablan poco. Ella va liando una plumilla de hachís mientras él, buscando música en la radio, va a dar con un sonido hipnótico: el sonsonete del sorteo de la Lotería Nacional de Navidad.

El Gordo, que termina en 15, sale a las diez menos diez.

—Joder, qué tarde.

—Según para qué.

Para ir a casa, darse una ducha, meter las cosas aprisa y corriendo en la maleta y correr a la estación. A las dos sale el tren que en seis horas y media la pondrá en Valencia. Ahí la esperan su madre, sus hermanos y la abuela, que este año se viene de Granada a pasar la Nochebuena con ellos.

Y su novio, claro.

Totus Pub

49

Juan se va a la oficina, Julia se va a Valencia, César enciende el primer Peninsulares del día, mirando al Retiro, Leo prepara el equipaje para pasar con Manolo y los chicos un par de días en Salamanca y los niños del colegio de San Ildefonso cantan y cantan números premiados de la Lotería de Navidad, ya sin emoción, porque el premio gordo salió a primera hora.

Treinta y cuatro años después yo me quedo clavado frente a la pantalla. ¿Qué viene ahora? Ni idea. Quién me mandaría a mí contar los años ochenta con una novela. Si esto fuera el típico libro de periodistas, estaría tirado: terminado 1982 viene 1983 con las primeras reformas del Gobierno socialista, la privatización de Rumasa, que hizo pensar a muchos españoles que esto del cambio iba en serio, los programas de la tele, las ocurrencias de Tierno... y así, hasta llegar a finales de año y al incendio de la discoteca Alcalá 20.

Pero una novela no es un catálogo ni un manual ni un anuario. ¿Qué viene ahora? Ni puta idea.

—Pero si tú eres periodista. ¿Por qué te ha dado por contarlo con una novela? —me pregunta Antón Sagarra, que después de ejercer muchos años como guionista de Tele 5 se ha metido a hostelero y junto al Museo Romántico, en la calle de San Mateo, ha abierto Casa Antón, taberna romántica.

—Porque me llegó la liquidación del otro libro, que era un ensayo, y entendí la cruda realidad de los hábitos de lectura contemporáneos. Aunque fue uno de los libros de no ficción más vendidos de la temporada, no te quepa duda: si hubiera sido una novela, esa liquidación habría tenido más gracia.

—No me puedo creer que te hayas pasado a la novela por dinero.

—Es una manera muy grosera de decirlo. Yo prefiero creer que me he pasado a la novela para llegar a más gente. La gente se fía más de lo que cuentan las novelas que de lo que contamos nosotros, los periodistas.

—Pero las novelas requieren una intriga, un planteamiento, un nudo, un

desenlace.

—Ya me dirás dónde está todo eso en *El Quijote*. *El Quijote* era lo que en el cine llaman una *road movie*, con quinientos años de adelanto, y la mía va a ser una *bar movie*, como *La colmena* o *La Fontana de Oro*, salvando las distancias.

Antón suspende la cata que estamos haciendo de vinos blancos de diferentes denominaciones de origen, acompañados por ensaladilla de Huelva, anchoas del Cantábrico y longaniza de Graus. Va a la trastienda, vuelve con un libro, saca un boli, firma una dedicatoria y me lo da.

—Ahí tienes. Yo también he escrito una novela. Pero yo, que llevo media vida escribiendo para otros, la he escrito para poder decir: sé escribir. Me ha salido bien, la verdad. La vendo por catorce euros porque creo que merece la pena.

—Tú eres un héroe. Yo, ya ves, me puse a escribir una novela porque vi la liquidación del ensayo que había escrito antes. ¡Y para que le pongan tapas duras!

Se ríe. Sigue pensando que es una broma. Dice que deberíamos hablar un día, sin prisas, del proceso creativo. Pero en lo que queda de noche hablamos de la soledad, de la vida, del Godello. De cosas así.

Ya en casa, sigo a lo mío: construir una novela en el sentido elemental de la palabra: un relato. Y rumiando la razón suprema que me dio Ramón Pernas mientras nos arrimábamos un vino, en ese caso tinto, y unos garbanzos con pulpo:

—¿A alguien le hubiera interesado la biografía de un fundador de la Falange escrita por un erudito? A nadie. Sin embargo todo el mundo se la ha leído gracias a Javier Cercas y sus *Soldados de Salamina*.

Probablemente tiene razón y probablemente siempre ha sido así. La novela cuenta el mundo como nunca lo contarán los libros de historia. La historia la escriben los vencedores y la novela los perdedores y los que no tiene nada que perder. Los novelistas (como los poetas, los cantantes, los artistas) cuentan la historia de verdad, la que no contarán los académicos: la que está en la mirada de la gente. Por eso, en tiempos de dificultad, cuando las declaraciones de los políticos suenan a cosa sabida, volvemos la mirada hacia los creadores. Y es

entonces cuando un grafiti pesa más que un discurso, una escultura cuenta más que un diario de sesiones, una película tiene más crédito que un manual y una novela es más convincente que un periódico.

Bien mirado, yo casi todo lo que sé es porque lo he visto en películas o lo he leído en novelas.

Pero aquí estoy, parado, sin saber qué hacer.

A ver qué están haciendo ellos. A ver qué cuenta César.

50

Manolo Zapatero, que en Navidades fue un par de días a Salamanca, su tierra original, vuelve con noticias.

—¿Te acuerdas, César, de cómo se llamaba ese bar donde estuviste tomándote una cervecita, en Augusto Figueroa?

—Claro que me acuerdo: El Naranjito. No se puede ser más ridículo.

—Sí se puede. En las afueras de Salamanca, en Santa Marta, hemos visto al pasar un bar de señoritas y mira el nombre que le han puesto: Totus Pub.

—¡Coño, como al papa! Para que luego digan que en España se está perdiendo la fe.

Hace un par de meses, poco después de que ganara las elecciones Felipe González, pasó por España Juan Pablo II y fue recibido con el lema «Totus tuus». Todavía hay carteles por todas partes. Diez días pasó de un lado para otro haciendo severas advertencias a los nuevos gobernantes sobre el aborto, que se ve venir, el divorcio, que ya ha venido, y la política educativa, donde la Iglesia católica se juega mucha influencia y muchos cuartos.

Al hilo del homenaje que en Salamanca le han dado con el Totus Pub al papa, César recuerda que en la calle Calatrava, a un paso de la basílica donde habita la virgen más popular de Madrid, hay un puticlub que se llama Whiskería La Paloma. En fiestas, las trabajadoras sacan un puesto a la calle, se visten de chulapas y ponen el cuadro de la Virgen.

—Está claro que a los pecadores nos gusta tener buenas relaciones con

quien puede perdonarnos.

—Eso dicen los irlandeses, que son todavía más católicos que nosotros: «Me dé Dios cien años para pecar y un minuto para arrepentirme».

No parece que este papa sea de los que perdonan con facilidad. Nada que ver con Juan XXIII, a quien llamaban el Papa Bueno, ni con Pablo VI, el que ponía de los nervios a Franco. A primeros de febrero de 1983 visita Nicaragua, que por fin ha conseguido terminar con la dictadura. Nada más bajarse del avión le echa una monumental bronca a Ernesto Cardenal, que es cura, poeta y ministro de Cultura del Gobierno revolucionario. Impresiona la imagen del sacerdote con boina, de rodillas, frente a un señor vestido con faldones blancos que lo amonesta con grandes aspavientos, delante de las cámaras, para que todo el mundo se entere.

51

No ha terminado febrero cuando Ernesto Cardenal visita Madrid y aparece por el Aviión. Con sus cincuenta y pocos años, su barba y su pelo blanco bien cuidado (una de las primeras cosas que hizo al llegar a España fue comprar el producto que le ayuda a tenerlo blanco-blanco y no gris descolorido), es un tipo ciertamente atractivo. Con él viene Edén Pastora, el Comandante Cero que dirigió el asalto al Parlamento de Nicaragua, en el inicio de la revolución. Casi todos sus acompañantes, ocho o diez, son antiguos guerrilleros y altos cargos del Gobierno revolucionario.

En América Latina, que es el patio trasero de Estados Unidos donde la guerra fría da sus últimos coletazos, abundan los dictadores con gorra de plato. Algunos le deben el cargo a la CIA y todos son alimentados por el Gobierno de Ronald Reagan, que ve en esas dictaduras un freno al comunismo. Los nicaragüenses son de los pocos que han conseguido librarse de su dictador, a las bravas, y de la influencia de los gringos.

Cardenal y Pastora llegaron los primeros, al caer la tarde, en un Mercedes plata con matrícula diplomática que han dejado en el vado de Talleres

Carrión. Se pasarán seis horas de reloj conversando y bebiendo vino. Cuando Julia llega a medianoche, no se lo puede creer.

—¿Si está aquí la revolución sandinista en pleno! ¿Ese de la barba blanca es Ernesto Cardenal? ¿Cómo es posible?

—¿Conoces a Fernando Antigua?

—¿El gordo del PCE?

—Está de chófer de la embajada de Nicaragua, querían tomarse un vino y los ha traído aquí. Son todos poetas y guerrilleros. Ya han venido más veces. El otro día estuvo Carlos Mejía Godoy, el de los Palacagüina.

—El que canta «Tus pechos, cántaros de miel»...

—El mismo.

—¿Y ese cochazo que hay en la puerta?

—Lo compró el embajador de Somoza, antes de que lo echaran.

A lo largo de la noche en la mesa de los revolucionarios caen varias botellas de tinto peleón que guardaba Manolo por ahí, en un bar donde casi nadie bebe vino. Solo él, cuando se pone flamenco, se toma una copita de jerez. Aquí el rey de la noche es el vaso largo: los cubatas, que casi siempre son de ginebra, el *gin-tonic*, el whisky con Coca-Cola y la cerveza, claro. La gente pide Mahou, pero la cerveza de la casa es la San Miguel. Cuando esa compañía de origen filipino montó la fábrica en Cervera, en los años cincuenta, uno de sus primeros clientes de España fue el Avión Club. Fidelidad a la marca, se llama eso.

A medianoche, el Comandante Cero desaparece un par de horas: lo espera «una amistad» en Callao. Los demás continúan con la conversación. Y con el vino. Alguno, de vez en cuando, se da una cabezadita con el vaso bien agarrado.

—En la guerra aprendimos a dormir de pie, sin soltar el arma, y ahora nos resulta de utilidad. Podemos dormir sin soltar el vaso —explican.

Perico aprovecha un claro para hacerle una pregunta a Cardenal, mientras pasa la bayeta por la mesa.

—Vaya bronca te echó el papa.

—Bueno, este papa es sucesor de san Pedro, que negó a Cristo, y no le gusta que seamos los cristianos los que hemos hecho la revolución. Si hubiera

sido una revolución anticristiana como la de su país, Polonia, le habría gustado más.

52

Al papa polaco le gusta echar broncas. Una de las más gordas se la ha llevado el cardenal Tarancón, que es una de las personas que más hicieron por la reconciliación de los españoles y la construcción de la democracia. En el barrio todavía queda alguna de las pintadas que le dedicaban quienes soñaban con la continuidad eterna del franquismo: «¡Tarancón al paredón!»

El año pasado, Karol Wojtyła lo cogió por banda en su despacho y le leyó la cartilla.

—Si el catolicismo retrocede en España, mientras nosotros nos esforzamos por doblegar al comunismo, tú serás el responsable.

Tarancón salió espantado de la audiencia. Este papa no solo ha venido al mundo para darle la puntilla al comunismo soviético, que ya empieza a caer por su propio peso. Además, pretende que la Iglesia vuelva a las tinieblas previas al Concilio Vaticano II.

De aquí a unos meses, Tarancón oirá en la radio la noticia de su cese como presidente de la Conferencia Episcopal. A César, que también se entera por la radio, le apena que salga de la vida pública un personaje con tanta personalidad. Fuma Picadura Selecta, un tabaco de liar que está en un escalón inferior a los Peninsulares, no hace ascos a una «Partita» de Bach, una mesa bien servida, una copa de coñac o una buena conversación. Es uno de estos raros conversadores que, además de hablar, escuchan.

Con su marcha se desvanecerá el «espíritu evangélico» que, junto con el marxismo, engrasó ideológicamente la Transición. A César lo del marxismo le trae sin cuidado, pero lo del espíritu evangélico lo siente. No es hombre de religión, pero le preocupa que las iglesias (y las primeras las de su barrio, eso seguro) vuelvan a ser factorías de la moral más rancia y que los curas vuelvan a ser un ejército volcado en la eficaz defensa de unos intereses.

Esa eficacia la está advirtiendo el Gobierno de Felipe González al negociar con la jerarquía eclesiástica la nueva ley de educación. Mientras los obispos agitan los pulpitos en contra de la educación laica, el divorcio y el aborto, los socialistas intentan templar gaitas. La más famosa frase apócrifa de *El Quijote*, «Con la iglesia hemos topado, Sancho», no estará en *El Quijote* pero sí está en los despachos del poder. Felipe no quiere topar con la iglesia. Tampoco, como se irá viendo, con eso que en la Transición llamaban «los poderes fácticos». Las reformas militares y financieras las harán con la misma cautela.

53

Demasiada cautela, para el gusto de Julia.

—¡Con quien tienen que negociar estos tíos es con nosotros, los profesionales de la enseñanza, y no con los curas! —brama cuando Javier, que está siguiendo la información para el periódico, le cuenta que las negociaciones de la ley de educación van bien y que están a punto de cerrar un acuerdo.

—Los curas les dan más miedo que vosotros. Pero no te preocupes, que quien está negociando es Rubalcaba.

—Ni puta idea.

—Pues apunta el nombre, que este va a dar que hablar: Alfredo Pérez Rubalcaba. Químico, madridista como yo y listo como él solo. A ese no lo engañan. Otra cosas es que se deje engañar, que todo puede ser.

La Ley Orgánica de Educación (LODE) entra en vigor año y medio después de la llegada de los socialistas al poder. Supone un adelanto con respecto a la enseñanza del franquismo, nadie lo duda. Cualquier cosa que se haga es un avance en un país que viene de las cavernas y donde hasta 1984 ni siquiera está implantada la enseñanza mixta. Pero los socialistas españoles no tienen el menor ánimo revolucionario. Mantienen la obligación del Estado de impartir enseñanza religiosa en los centros públicos y establecen un sistema

de educación concertada que ya no solo mosquea a Julia, que es profesora, sino también a Damián y a Fernando, que por no ser no son ni padres.

—Tiene cojones. Creíamos que la izquierda iba a montar la mejor enseñanza pública del mundo y ahora resulta que su preocupación es ver cómo sostienen a la privada.

—Tranquilo, Dami, que es una solución transitoria —contemporiza Javier—. Mientras construyen los centros públicos, subvencionan a los privados, para que puedan prestar ese servicio.

—Te apuesto lo que quieras a que eso es para siempre. Cuando los curas pillan el negocio, no lo sueltan. Vamos a ver: el colegio del Pilar, donde fabrican los ministros, ¿va a ser también concertado y va a recibir subvenciones?

—Si quiere, sí.

—Pues estamos aviados. Entre los curas, que afianzan posiciones en el campo de batalla ideológico, y los que entienden la enseñanza como negocio, ya me dirás qué sitio queda para la enseñanza pública de verdad. Felipe terminará por pasar el cepillo para la Iglesia.

Todo se andará. En los próximos años a los socialistas no les temblará la mano a la hora de doblar el pulso a los sindicatos, con una reconversión industrial tan brutal como necesaria, pero pondrán buen cuidado en no enfadar más de la cuenta a los obispos. Tan preocupada por el ruido de báculos como estaba en la década anterior por el ruido de sables, la izquierda gobernante establecerá un mecanismo de financiación que dejará perplejos a sus votantes. En la declaración de la renta pondrá una casilla para que una parte de los impuestos vaya directamente a la Iglesia católica. Lo contará la revista *Cambio16* con ocho palabras: «Los socialistas pasan el cepillo para la Iglesia».

La profecía que acaba de hacer Damián Ruiz, en la barra del Avión, no tardará más de cinco años en cumplirse.

Los angelotes de Francisco Gutiérrez

54

Por el Avión vienen cada noche administrativos, periodistas, jueces en activo, putas retiradas, policías, delincuentes, abogados, catedráticos de universidad, agricultores, maestros de escuela, ferroviarios, compañeros del metal, bibliotecarios, barrenderos, ujieres del Congreso, diputados, secretarias, celadores, enfermeras, médicos, practicantes, militares, inspectores de Hacienda, banderilleros, reventas, cantantes, actores, estudiantes, aviadores, azafatas, taxistas, músicos, dependientes de comercio, vendedores de la ONCE, mancebos, boticarias, guardacoches, porteros de fincas urbanas, físicos, novelistas, escultores, camareros, representantes, parados, empresarios, cantantes de boleros, guitarristas de rock, ecologistas, geólogos, analfabetos funcionales, meteorólogos, espías, funcionarios de prisiones e incluso un jugador profesional de póquer, el Timbas, que es el último tahúr superviviente en un país cuyos bares se han llenado de maquinitas tragaperras.

Pero curas, lo que se dice curas, vienen poquísimos. A poco que se espabilen, los curas siempre encuentran lugares más idóneos. Salvo que vengan con ánimo evangelizador, claro. O con el ánimo del padre Dorronsoro.

—La moto es instrumento de perdición, hija mía. Si te agarras, pecas, si te sueltas, caes —dice con dulzura, posando suavemente su mano izquierda sobre el antebrazo, el hombro o la rodilla de la interlocutora mientras sostiene la copa con la derecha.

Tiene marcado acento aragonés, pero por el apellido y las cosas que cuenta parece navarro, quizá de la ribera, quizá carlista, quizá las dos cosas. Una noche, a muy altas horas, lo oyeron cantar con una voz preciosa, muy entonada y muy pulida, mientras se daba fuertes golpes en el pecho:

*Cantad valientes,
hijos de Artajona,*

*cantad a la Virgen de Jerusalén,
en el cinto, la pistola
y en el corazón
¡la fe, la fe, la fe!*

Es rubio, lleva el pelo corto y lacio, con la raya al lado y unas gafas de montura dorada, muy finas. Suele vestir pantalón de tergal gris marengo, camisa blanca y jersey de pico azul marino que con frecuencia lleva sobre los hombros. A las personas que le caen simpáticas (casi siempre chicas) les regala escapularios, que él llama «detente bala» y ponen en el reborde, con letra pequeña: «Detente, bala. El corazón de Jesús está conmigo».

—Úsalo sin recato, hija mía. Están hechos por las canonesas regulares del Santo Sepulcro, unas monjas de Zaragoza que se rigen por la regla de San Agustín y están en el monasterio de la Resurrección.

Además de los escapularios y la pinta, tiene melosidad y voz de cura, mucho más varonil que la media.

—En ese monasterio está la iglesia de San Nicolás de Bari, santo patrón de los marinos, los pescadores y las prostitutas.

Tiene también esa desatada capacidad de improvisar parábolas que distingue a los sacerdotes:

—Estaba el millonario Morgan solazándose en la cubierta de su yate, cuando...

A las treintañeras de esta parroquia, bregadas en muchas liturgias nocturnas, este cura parlanchín las descoloca, las hipnotiza, las encandila. Las seduce, en fin, que es de lo que se trata. Cuando descubren que no es cura, sino marino mercante, suele ser demasiado tarde.

Es el padre Dorronsoro quien da a Julia una primera pista sobre la misteriosa vida del pianista del Avión, que cada día la tiene más obsesionada. Estamos en pleno invierno y a las siete y media es noche cerrada. Julia

comentó ayer que lleva unos días baja de moral (la verdad es que está pensando en mandar a freír puñetas al novio), y el cura, que es un cielo, ha quedado con ella en la cafetería La Flecha para merendar un café con leche y unas tortitas, «que las hacen muy buenas y por eso van todas las señoras de la calle O'Donnell».

Cuando terminan con las tortitas y el café con leche, hablando de todo un poco, Dorronsoro baja el tono para hacerle una propuesta.

—Te voy a enseñar una cosa. Vamos al coche.

—Vale.

Le da morbo el cura, para qué negarlo. Se monta en su coche, un destartalado Citroën GS, celeste, que parece de cuarta o quinta mano, y se deja llevar por la calle Alcalá, rumbo a la Puerta del Sol. Al pasar junto a la Puerta de Alcalá, Dorronsoro señala hacia arriba.

—Ahí vive César.

—¿En lo alto de la Puerta de Alcalá?

—En el piso último de ese bloque.

Está señalando unos casoplones decimonónicos que hay entre la calle de Alcalá y la de Alfonso XII, frente a Serrano. Es uno de los chaflanes con el precio por metro cuadrado más alto de España.

—¿Cómo va a vivir ahí César? ¿Tanto le paga Manolo?

—Luego te cuento, que lo primero es lo primero.

56

Sube la música. Es una canción de Police que se titula «Message in a Bottle» y aviva las sospechas en la filóloga: para mí que este cura tiene de cura lo que yo de obispa. La escuchan en silencio hasta el viaducto que hay sobre la calle Segovia, a un paso de las Vistillas. En la mitad del puente, Dorronsoro sube medio coche sobre la acera y la invita a bajarse. La noche es infernal. El viento frío y húmedo, que ahí pega muy fuerte, mueve los árboles de manera enloquecida y trae gotas de agua hasta la cara. Se sube las solapas y

la cremallera del tabardo y Dorronsoro la del jersey, que hoy no es de pico sino de cuello vuelto y con cremallera, como los que usa Marcelino Camacho, el dirigente de Comisiones Obreras.

—Asómate.

Se asoma. El paisaje es sombrío y están a una altura más que considerable. Abajo, los coches parecen minúsculos.

—Más, asómate más, como yo —insiste Dorronsoro, metiendo medio cuerpo por encima de la barandilla.

—¡Anda ya! Asómate tú. Yo paso.

—¿Es que tienes vértigo?

—Es que no quiero. Es desagradable.

—¿Sabes que aquí viene la gente a suicidarse? ¿No te dan ganas de tirarte?

Julia lo mira espantada y da un paso atrás, para tomar distancias. ¿Ha salido a tomar un café con un loco? ¿Pero qué se cree este tío?

—No, no me dan ganas de tirarme ni de aguantar bromas estúpidas. Yo lo que quiero es irme de aquí.

—O sea, que no quieres suicidarte.

—Pues claro que no, ¿tú eres gilipollas?

Nunca había llamado gilipollas a un cura, pero se queda muy a gusto.

—Es que como me habías dicho que tienes problemas...

—Sí, pero no son para tanto.

—Pues si no son para tanto, no son problemas. Vámonos a cenar a un sitio muy simpático que conozco cerca de aquí. Ya sabes —le guiña un ojo— que el seminario está ahí enfrente.

57

O sea, que era un truco, un psicodrama, una parábola escenificada para quitarle importancia a sus preocupaciones. Este tío está como una puta cabra, pero sabe lo que hace. Porque la verdad es que no, que sus problemas no son para tanto. En realidad, son solo un problema, con nombre propio: Kiko

Molina Sierra, un capullo de mucho cuidado, que está en Valencia y ahí se puede quedar. Desde luego, esta noche no piensa dedicarle ni un segundo más a ese problema ni a ningún otro. Mejor dejarse llevar por este perturbado.

Cenan en un restaurante del barrio de los Austrias, junto a la plaza de la Paja, con pocas luces y muchos objetos colgando por las paredes. Primero comparten una ensalada muy sofisticada, con frutos secos y hojas verdes que Julia no identifica, y luego ella se pide unos canelones de espinacas y él un filete strogonoff, que es como llaman a unos cachitos de carne nadando en salsa y acompañados por arroz blanco. Se arriman entre los dos una botella de cava, que es (se lo recuerda el camarero) como se llama ahora el espumoso catalán y media de Rioja tinto. Al lado, en una mesa grande, hay una reunión de pijos jovencísimos, dieciocho o veinte años, observados de cerca por dos hombres mayores, con impecables trajes negros y auriculares en los oídos.

—Es la infanta Elena, con unos amigos —les explica el camarero—. Están celebrando un cumpleaños.

—A esta infanta le gusta más la calle que a nosotros —comenta Julia—. Aunque es tan grandota, debe tener poco más de veinte años, si los tiene. El otro día me la encontré también con unos amigos en Las Batuecas, en Cuatro Caminos.

—Me encanta Las Batuecas. ¿Conoces a Jose, el dueño? Es uno de los tipos más inteligentes con los que he topado en mi vida.

—Conozco a Jose, sí, y ya veo que no te pierdes una.

—El trabajo pastoral es lo que tiene. Y las alcachofas de Las Batuecas son un manjar celestial.

—El otro día le pregunté el secreto a Jose, precisamente.

—No creo que te lo diera.

—Me lo dio: «Empiezas a quitarles capas y, cuando creas que ya están, les quitas una más».

—Ya te digo yo que ese hombre es un sabio.

Como fuera hace frío y el restaurante es acogedor, deciden seguirle quitando capas a la noche allí mismo y se piden un par de copas, antes de ir al Avión.

Pero no, esta noche no van al Avión. Casualmente, Dorronsoro lleva encima las llaves del piso de un amigo, que vive allí al lado, en la calle Seminario, y que es donde él se aloja cada vez que viene a Madrid. Casualmente, el amigo está estos días fuera.

—Podíamos subir a ver si le queda algo de whisky. Es un piso pequeñito pero muy cálido, porque está encima de la panadería.

—Vale, padre. Como tú quieras —contesta Julia.

—Por cierto, no me llames padre. Me llamo Luis y soy de Zaragoza.

Efectivamente, no es cura. Es marino. No hay más que ver cómo lleva la caña del timón.

Al día siguiente le falta tiempo para preguntarle a Perico por el sorprendente lugar de residencia del pianista. Eso le permitirá, de paso, esquivar asuntos más escabrosos.

—¿Qué tal te fue con el padre Dorronsoro? —pregunta el camarero nada más verla, con mucho recochineo—. ¿Te dio la primera comunión o la confirmación?

—La confirmación te la voy a dar yo a ti en toda la jeta como sigas por ahí. Me dijo una cosa rarísima: que César vive en un pisazo de la plaza de la Independencia, en la mismísima Puerta de Alcalá. ¿Cómo va a vivir ahí? ¿Será en un interior o en una buhardilla!

—De eso nada. Vive en un pisazo, tú lo has dicho. Un ático con una terraza enorme que mira hacia la Puerta de Alcalá y el Retiro. Ahí es donde nació, ahí vivían sus padres y ahí ha vivido él toda su vida. Aunque yo lo he llevado muchas veces a casa con el coche, no me ha invitado a subir nunca, y conste que lo he intentado. Manolo dice que tiene más de catorce habitaciones, casi todas condenadas porque él no necesita nada más que un par.

—¿Es suyo o es de alquiler?

—¿Y eso que más da? —interviene Damián—. Lo importante no es la propiedad, es el usufructo.

Damián es un tío simpatiquísimo al que Julia se arrima cada vez más para que le quite las penas, porque es la alegría de vivir hecha persona. No es el gracioso del grupo, como ella creía al principio: es un tipo con encanto, inteligencia y gracia natural. Nada más verla, con los taconazos, las medias negras y la minifalda de cuero negro, le ha dicho muy serio:

—Bájate de esas piernas inmediatamente.

Pelirrojo, gordito, con barba, con un cigarrito en la mano y una copita en la otra (él habla de sus vicios en diminutivo, incluso cuando sale a darse una cenita y se pone hasta las tranquilas), y con esa expresión que tienen los gorditos simpáticos cuando están contentos, que en su caso es casi siempre, aunque él dice que no está gordo.

—Yo soy el doble de Alain Delon, exactamente el doble —proclama, mientras abre los brazos a lo ancho, para indicar que, efectivamente, sus dimensiones físicas doblan las del actor francés, que sigue siendo un paradigma de belleza masculina.

Aunque cada vez tiene menos pelo, tampoco va para calvo.

—Es que soy donante de flequillo.

Damián Ruiz, que a veces se presenta como «D punto Ruiz» y cuando estaba en el paro presumía de estar «en Parasa, el *holding* con más asalariados de España», nació en la portería que llevaban sus padres, junto al parque de Eva Perón, es administrativo en una empresa de la construcción y lleva un llavero con la hoz, el martillo y las siglas del PCE. Sabe de la vida.

—Hazme caso: el usufructo. La propiedad no da más que problemas. Lo importante es el usufructo, y no digamos si el usufructo tiene cuatrocientos metros cuadrados, una terraza de sesenta y está mirando al Retiro.

—De todas formas —dice Pedro—, ahí no puede alquilar un cualquiera. Esos edificios son todos de gente de la nobleza, porque esos terrenos antes eran del Retiro y de la familia real. Si César vive ahí es porque su familia estaba emparentada con la realeza.

—Su mujer se llama Rosario, ¿no?

—¿Qué mujer? César nunca ha estado casado ni ha tenido mujer fija, que yo sepa.

—Pues el otro día me dijo que Rosario lo esperaba con la mesa puesta.

—No es su mujer. Es su ama de llaves, la gallega.

60

Qué tío, César. Resulta que es soltero y vive como un marqués en uno de los pisos más caros de Madrid, ¡y con ama de llaves! Nadie lo diría, viéndolo fumar negro sin boquilla y dejándose invitar a los cafés en un bar tan cochambroso como La Villa.

Lo primero que hará esta noche al llegar a casa es mirar las páginas azules de Telefónica, donde los teléfonos no vienen por nombres sino por direcciones. En los números 8, 9 y 10 de la plaza de la Independencia, que son los que corresponden a esos edificios, no hay ningún Martínez, que es como le ha dicho Pedro que se apellida el maestro, «Martínez, igual que yo». Pero, efectivamente, abundan los títulos nobiliarios (marqués del Viso, marqués de la Scala, conde de Villagonzalo), junto con apellidos de mucha sonoridad, como Madariaga, Figaredo, Blasco, Sartorius, Gil de Santibáñez...

Encantada con el descubrimiento, empieza a mirar apellidos en otros edificios de la zona. Ahí están todos. La guía telefónica confirma que el barrio de Salamanca es como la gente cree que es: un lugar lleno de condes, marqueses y otros personajes cuyos sonoros nombres coinciden con los de algunas calles de la ciudad. Estas guías serán muy útiles si algún sociólogo quiere hacer en el futuro un estudio sobre la propiedad urbana en el siglo xx. ¿A quién pertenece Madrid, en la novena década del siglo? A los de siempre.

Va a tener razón César, cuando dice que nos vamos a morir y ellos seguirán siendo los dueños del cortijo.

61

En la segunda década del siglo XXI, cuando César Martínez es solo un recuerdo, la plaza de la Independencia está llena de oficinas y negocios muy potentes. En la esquina con Serrano hay un edificio que la prensa describe como «la comunidad más exclusiva de la capital». Solo media docena de millonarios, muy millonarios, pueden permitirse el lujo de echarse un cigarrillo mirando al Retiro con la Puerta de Alcalá en primer plano. Entre ellos está el constructor Villar Mir, el financiero Alberto Alcocer, el empresario Jorge Massa, «uno de los más ricos de América Latina», dicen las crónicas, la familia Gervás, «propietaria del imperio cervecero Mahou-San Miguel» y, por un tiempo, Carlo Ancelotti, entrenador del Real Madrid.

El metro cuadrado en esta plaza supera los ocho mil euros. El ático de César valdría actualmente más de cuatro millones de euros, los que habría podido ganar si hubiera estado tocando el piano todas las noches, sin un solo descanso, durante ciento ochenta años, aproximadamente. Los propietarios e inquilinos de la plaza son gente de natural discreto y no suelen compartir las emociones que para ellos supone vivir en este lugar. Tan solo el entrenador del Real Madrid compartió las suyas.

—En cuanto visité esta casa supe que quería ver esos angelitos todos los días al despertarme.

Esos angelitos, que César llamaba angelotes, son los querubines que el escultor Francisco Gutiérrez colocó en lo alto de la Puerta de Alcalá a finales del siglo XVIII, en la reforma que dirigió Sabatini.

62

Una tarde de abril de 1983, cuando ya empieza a coger fuerza la primavera, Julia pasa por la plaza de la Independencia y se acerca a su número 8, el que cae más cerca del Retiro. Por las señas que le ha dado Perico, ese debe ser el portal donde vive el maestro. El 9, que está cerrado a cal y canto, es exactamente igual. Los dos tienen portones inmensos, de madera muy gruesa y cinco metros de altura, por lo menos. En esos portales, que en

tiempos fueron entrada de carruajes, no cabe una calesa: cabe un coche de bomberos, con la dotación entera encima y la escalera desplegada.

Las Casas Salabert, que así se llaman, son edificios de vecinos con vocación de palacios. Julia ya ha tenido tiempo de informarse en la biblioteca del instituto. Las construyó Narciso Salabert, marqués de Torrecilla, con un arquitecto que también tenía título de marqués, Francisco de Cubas. Las levantaron, efectivamente, en unos terrenos que hasta mediados del siglo XIX pertenecían a la familia real, propietaria del Retiro. De ahí pasaron al Estado, a familias afines al poder y a la especulación.

Es lo que hay. El pianista del Avión, que es un bar divino pero cutre, vive en uno de los pisos más caros de Madrid. Julia se arma de valor para preguntarle al portero.

—Buenas. Me han dicho que aquí vive César Martínez, el músico.

—Lo siento, señorita, no me suena, y que no me suene siendo músico es chocante, ¿no le parece? —el portero ha salido chistoso—. ¿En qué planta le han dicho a usted que vive?

—En el ático.

—¿En el ático? Ni hablar. En el quinto A, que es el ático, quien vive es don Álvaro Fernández Villaverde, marqués de Santa Cruz. ¿Le suena a usted la calle Raimundo Fernández Villaverde? Pues así se apellida este señor, como la calle. Don Álvaro podría vivir en el palacio, con su familia, pero aquí está más a gusto. Una familia estupenda. Son los nobles más antiguos de España, tanto como los Medinacelli, que son parientes suyos, pero a estos no los verá usted nunca en el ¡*Hola!* Es una familia tan discreta, tan reservada y tan respetuosa con todo el mundo, que... No me preguntes más, que para unos ricos discretos que tenemos en España, no voy a ser yo el indiscreto.

¡No me preguntes más, dice el tío! Solo con preguntarle la hora te cuenta el *Gotha* de la nobleza española.

Menudo vecindario tiene el maestro. A la vuelta de la esquina, el pueblo de Madrid rinde homenaje «al gran filósofo español José Ortega y Gasset» que nació aquí, hace exactamente un siglo: el 9 de mayo de 1883. No contará a César sus pesquisas, pero esta misma noche le hará una pregunta.

—¿A Ortega y Gasset lo conociste, maestro?

—Claro que lo conocí. Y lo conozco: Ortega y Gasset, antes Lista.

Claro que lo conoció. Nació a unos pasos de su casa, en el número 4 de Alfonso XII, y murió el mismo año que su padre en el número 28 de Montesquín, a unos pasos de la Terraza Riscal, donde él pasó tanto tiempo tocando. Al entierro de su padre no fueron ni las palomas, que eran quienes tenían más motivos, pero la muerte de Ortega y Gasset la aprovecharon los estudiantes para hacer notar su creciente incomodidad con el franquismo. Ortega no era precisamente un rojo peligroso, pero era un faro para quienes buscaban algo de luz en las penumbras de la dictadura.

Siempre ha habido profesores de universidad que han hecho el papel de espejo crítico. Los de ahora se están relajando. Se ve que tienen la sensación del deber cumplido y han delegado en los tertulianos de la radio, que se pasan la vida opinando. El género periodístico de moda es la tertulia, que básicamente consiste en navegar en la espuma. Sí, tertulia. Como las del café Gijón o las del Lyon, al lado de casa.

Ortega no fue un muerto cómodo para Franco, no. Aunque al padre de César *ABC* lo despachó con un suelto y al filósofo con varias páginas, la prensa del régimen (en esos años toda la prensa era del régimen) eludió referencias a su exilio, su escaño en las Cortes republicanas, sus problemas con la dictadura de Primo de Rivera o el artículo que publicó en *El Sol* en 1930, titulado «El error Berenguer», que terminaba con un profético latinajo: «*Delenda est monarchia*». Su muerte fue el primer aviso de un tímido movimiento estudiantil que unos meses después, en febrero de 1956, se haría notar con algo más de estrépito.

A César de esas cosas no le gusta hablar y menos si tienen que ver con su familia. No es que tenga secretos, como puede pensar Julia cuando responde con evasivas a sus preguntas: es que no le importa un pimiento el pasado. Hay gente de su edad que encuentra cierto deleite en los recuerdos, pero a él los únicos recuerdos que le producen deleite son los musicales. En una cabeza llena de música no hay sitio para nostalgias. El pasado es solo eso: pasado.

Cualquier día todos seremos pasado, donde está el Avión pondrán un hipermercado, de esos que están apareciendo por todas partes, y alguien recordará que allí había un bar y quizá también que había un pianista que formaba parte del mobiliario. No es mala idea, pasar a la historia como un mueble. Los muebles duran más que las personas y, si son buenos, más que la memoria de las personas. Vete a saber si en el futuro no se hablará de muebles cesarinos para referirse a los pianistas de cabaré igual que se habla ahora de mesas isabelinas.

Conste que no le importa que esta chica, Julia Ferrer, se acerque tanto a él últimamente con cualquier excusa. Por el contrario, le encanta. Pero no le hace gracia que le haga preguntas que no quiere responder y un día se lo tendrá que decir con todas las letras: «¿Por qué te interesa tanto mi historia si a mí no me interesa nada en absoluto?».

De momento, sale del paso con un chiste. No hay un taxista en Madrid que no diga «Ortega y Gasset, antes Lista» cuando se cita esa calle tan popular del barrio de Salamanca.

65

En agosto morirá en San Sebastián uno de los intelectuales más raros que España ha dado al mundo: José Bergamín. Si será raro que siendo hijo de andaluces, criado en Madrid y madurado en el exilio, los últimos años de su vida ha decidido pasarlos en el País Vasco, por afinidad con la izquierda independentista. Aunque su padre fue ministro con la monarquía, o quizá por eso, seguirá siendo republicano hasta el fin de sus días. Uno de sus últimos

escritos se titula *Mi mundo no es de este reino*. Dice que la única izquierda verdadera es la vasca, esa que nace y crece alrededor de la ETA, que sigue matando una o dos personas por semana. Mientras los intelectuales se arriman a los socialistas, que han llegado al poder repartiendo ilusiones y subvenciones, él escribe en el periódico de ETA.

Cuando lee su necrológica en *El País*, advierte Julia que se crio en el mismo bloque que César: en el número 8 de la plaza de la Independencia. En cuanto vuelva de las vacaciones, lo primero que hará será preguntarle.

—¿Conociste a Bergamín, maestro? ¿Lo recuerdas?

Tiene más suerte que cuando le preguntó por Ortega.

—Lo conocí y lo recuerdo. Era muy flaco, con la nariz enorme y la mirada melancólica, a medio camino entre Bécquer y don Quijote. Su padre, que había sido ministro, vivía en el portal de al lado de mi casa y él vivió allí hasta que se casó con la hija de Carlos Arniches. Lo que son las cosas. El tío más triste del barrio se casa con la hija de Arniches, que era el rey del sainete y que también vivía cerca, en Jorge Juan. Yo era muy pequeño, seis o siete años. No volví a verlo. En casa decían que andaba pistola en mano por las calles, pero eso en mi casa lo decían de todos los rojos.

Con pistola o sin ella, Bergamín fue el más activo agente cultural de la República. Fue él quien publicó *Poeta en Nueva York* de Lorca, nada más terminar la guerra, y quien encargó el *Guernica* a Picasso para la Exposición de París de 1932.

66

El *Guernica* lo trajeron a España el año pasado, cuando todavía gobernaba la UCD. Desde París llegó en avión y desde el aeropuerto lo llevaron en un interminable camión, escoltado por la policía, hasta el Casón del Buen Retiro, a doscientos metros de la casa de César.

El maestro se acercó a ver cómo lo bajaban. Siempre le ha gustado ese edificio, en la confluencia de Maura y Alfonso XII. El original lo construyó

Alonso Carbonel en el siglo XVII, pero la fachada actual es de Velázquez Bosco, un arquitecto de Burgos que en el XIX repartió por la capital media docena de joyas: en Chamberí la Escuela de Minas, con su preciosa cenefa de colores; en Castellana 61 el edificio de la Institución Libre de Enseñanza, que la institución nunca llegó a usar porque se arruinó y se lo quedó el Ejército; en Atocha, el Ministerio de Agricultura, que parece un palacio parisino. En el Retiro, el Palacio de Cristal, el de Velázquez (que a él y no al pintor debe su nombre) y el remate de este Casón, que nació como sala de baile y César no sabe por qué quedó descolgado de los edificios vecinos. Ahora lo van a usar como alojamiento provisional del cuadro más importante del siglo XX.

Impresionante su descenso del camión en su enorme caja de madera. Más impresionante será verlo, como lo verá unos días después Javier, el periodista, en una inmensa urna de cristal blindado y escoltado por guardias civiles con tricornio. A saber qué habría dicho Picasso, que murió diez años antes. La reconciliación nacional es lo que tiene.

Una silueta en la niebla

67

César hojea cada día *El País* o el *ABC*, según tenga el ánimo, y casi todas las noches alguien lleva al Avión algún ejemplar fresco de *Diario16*, recién sacado de la rotativa. *El País* y *Diario16* nacieron tras la muerte de Franco. *ABC* colaboró en el golpe militar de 1936, nadó entre las aguas del franquismo y las de don Juan durante la dictadura y ahora, en lugar de apoyar con entusiasmo al rey, se limita a guardar las formas y a dirigir toda su artillería contra el socialismo gobernante. Hay un periódico más, *El Alcázar*, que en el nombre lleva la Guerra Civil y está a punto de cerrar por inanición.

A ninguno de esos periódicos le falta materia. Los socialistas están poniendo el país patas arriba. Nada más llegar, y después de subir la gasolina y devaluar la peseta, abrieron la verja que separaba España de Gibraltar y restablecieron relaciones con Gran Bretaña. El grito «¡Gibraltar español!» que tanto gustaba a los franquistas y da nombre a calles en varias ciudades, ha sido sustituido por llamadas al entendimiento. Dos meses después, el 23 de febrero, nacionalizaron Rumasa, grupo de empresas del jerezano José María Ruiz Mateos que se estaba convirtiendo en una gran estafa y una amenaza para el sistema financiero. A partir de ahora, a quien amenazará Ruiz Mateos será al ministro Boyer, con frases que se harán muy populares: «¡Que te pego, leche!».

La nacionalización de Rumasa la aplauden por igual los banqueros y los votantes de la izquierda más radical. Lo mismo pasa con las demás reformas, que se suman a las que socialistas y comunistas están haciendo desde hace cuatro años en los ayuntamientos y afectan a todos los órdenes de la existencia: urbanismo, educación, sanidad, consumo, trabajo, defensa, relaciones diplomáticas, seguridad, empleo...

Hasta en el cine se están notando los cambios. Felipe ha nombrado directora general de cine a Pilar Miró, que es una realizadora amiga suya y fue una de las últimas víctimas de la censura. Merche Martínez Lías es también

amiga de Miró, trabaja en la tele y frecuenta el Avión. Cuenta que la primera orden que dio la nueva directora general de cine a su secretaria es que llamara a Enrique Herreros, un periodista que conoce como nadie los secretos de Hollywood.

—¿Cuánto cuesta un Óscar?

—Así, a bulto, no sabría decirte.

—Pues te lo estudias y me lo dices. Nos presentamos con *Volver a empezar*, como bien sabes, y ya va siendo hora de que nos lo llevemos. Dime qué hay que hacer.

68

Cuando el 13 de abril de 1983 le dan el Óscar a José Luis Garcí por *Volver a empezar*, lo que le extraña a César no es que un español se lleve el premio, que es un premio a la nueva etapa que está empezando el país. Lo que le extraña es que todo el mundo entienda a la actriz que abre el sobre y dice:

—*And the winner is...*

En España nadie sabe ni papa de inglés. Aquí lo que ha habido siempre son muchas academias de corte y confección y de mecanografía. El domingo pasado escuchó en el Retiro a unas niñas que, jugando a la goma, cantaban:

*Escribiendo máquina
con más color,
ya verás la cara
de tu profesor.
Cambias de carrete
cuando quieres tú,
con el rojo, negro,
verde y azul.*

Donde esté una máquina de escribir, con su carrete, que se quite el inglés. A los españoles no les gusta torcer la boca para hablar en lenguas raras y los

anuncios de trabajo piden «carné de conducir y servicio militar cumplido», pero ni una sola referencia al bilingüismo o cosa parecida. Sería inútil. De aquí a tres o cuatro años, cuando el inglés se incorpore a los planes de estudio, faltarán profesores para enseñarlo. Julia contará que en su instituto las clases las da la de gimnasia, que no sabe una palabra de esa lengua. Se llama Coral, pero los alumnos la llaman Feitaima, porque un día, leyendo un texto donde aparece un personaje llamado Fátima lo leyó así, Feitaima, y se lo endosaron para siempre.

Cada vez hay más padres que quieren que sus hijos estudien lenguas, pero no tienen demasiado éxito. Los rockeros del grupo Topo lo cuentan en una canción.

*En Madrid, en mi barrio, en un billar,
una banda de chicos con un cigarro en la boca
arreglamos el mundo a golpes de futbolín.
A la salida del curro a la academia nocturna,
a aprender el inglés, que es de gran porvenir,
y si tu padre no lo hizo, tú sí.
Mis amigos, con los que jugué,
¿dónde estarán mis amigos,
con los que hice la revolución?
Mis amigos en un tresillo se aplastarán.*

Tras recordar los buenos tiempos de «manifestación, palos y carreras» y cómo «al final en un bar nos bebíamos el mundo», esos jóvenes revolucionarios arreglan ese mundo en la sala de billar y esperan el porvenir aplastados en un tresillo. Todo ello, como es costumbre, «con un cigarrillo en la boca».

—Conmigo que no cuenten para diputado —irrumpe César, hecho una fiera.

—¿Qué te pasa, maestro? ¿Es que tenías pensado meterte en política? — pregunta el Chato, que está preparando los platos de pipas para cuando empiece a llegar el personal.

—Ni lo tenía pensado ni creo que se le ocurra a ningún partido contar con un tipo como yo, pero, por si acaso les da por ahí, como representante de los artistas cojos o de los disminuidos físicos, como nos llaman ahora: ¡al Congreso que vaya su abuela!

—¿Pero qué te han hecho? —insiste el Chato, que nunca lo había visto tan cabreado.

—¿Pero no lo has oído? Peces-Barba ha cerrado el bar del Congreso y ha prohibido fumar. ¿Qué se han creído?

—A ti lo que te mosquea es que cierren la Taberna del Cojo —entra en conversación Manolo—, que es como llamaban a ese bar desde los tiempos de Romanones.

—A mí lo que me mosquea es que a estos les dé por perseguir a la gente. ¿Es que se han vuelto locos?

—Tranquilo, hombre, que solo ha prohibido fumar en el salón de plenos. En los pasillos y los despachos seguirán fumando todo lo que quieran, hasta porros.

—Que no, Manolo, que no. Por ahí empiezan, pero ya verás como a este paso van a prohibir fumar hasta en los bares.

Puede estar tranquilo César, que él va a poder fumar donde quiera el resto de sus días. La prohibición, de la que ha sido pionero Gregorio Peces-Barba, tardará en llegar. Por el momento, se sigue fumando en todas partes, aviones, taxis, trenes y hospitales incluidos. En los aviones fuman hasta los pilotos y... ojalá solo fumaran tabaco. En los bares no es que se fume: es que se va a los bares para fumar. Nada más pedir la copa, se enciende el cigarrillo. Igual pasa en los taxis y los coches particulares. Lo primero, el pitillo. En los hospitales, los médicos fuman mientras dan el diagnóstico a los pacientes, salvo que sean pacientes de cáncer, que no se enterarán de su dolencia porque la palabra cáncer es tabú y jamás se pronuncia delante de quien lo padece.

En el Avión todo el mundo fuma todo el rato. Empleados y clientes viven en una densa neblina que identifican vagamente con la felicidad, como en esas

imágenes clásicas de Dios y sus arcángeles envueltos en vapores. Nadie puede imaginar cómo sería este local sin humos y nadie tiene interés en imaginarlo. Julia, tampoco. Hace unos meses le dio por dejar el tabaco, y los alumnos, que habitualmente fuman en el aula, le pusieron sobre la mesa un cartón de Fortuna con una nota: «Fuma un poco, que se te está agriando el carácter».

Sospechando, como César, que se está estrechando el cerco, varios músicos harán apología del tabaco en un disco titulado *Todos por el humo*. Todos han pasado por el Avión: Wyoming; Moncho Alpuente, a quien César ve como «el Quevedo del siglo xx»; Hilario Camacho; Luis Pastor... Uno tiene aquí su cuartel general: Jaume Sisa, que se ha venido de Barcelona, convertido en cantante de boleros, y ahora se hace llamar Ricardo Solfa.

—Me gusta Madrid —dice— porque es una ciudad llena de camareros, periodistas, taxistas y gente así.

Cuando lo ve entrar, César ataca una vieja canción de Sara Montiel que suena como himno de combate para los adoradores de la noche y sus vapores.

*Fumar es un placer
que Dios me dio...
Fumando espero
al hombre que más quiero...*

Sara Montiel, estrella de los años cincuenta que todavía no se ha bajado del papel cuché, vive en un ático con piscina de la calle Goya, esquina Núñez de Balboa. César la llama Sarita, como todos los de su generación. Aparece en la tele y en las revistas con el pelo recogido, la raya en medio, los labios de un rojo intenso y fumándose un puro. Sacará un disco, *Purísimo Sara*, en el que además de clasicazos suyos como «La violetera», del maestro Padilla, que César toca con frecuencia, hay canciones de Sabina, José María Cano, Carlos Berlanga y otros músicos actuales. Los modernos la llevan en andas, como al alcalde.

Entre las canciones que César toca cada noche hay una que solo puede haber compuesto alguien que se ha pasado la vida envuelto en humo. Se titula «Una silueta en la niebla». Imposible escucharla sin trasladarse a los años cuarenta y sin imaginar esa silueta saliendo del Avión, como en una película de espías, y dejando atrás la neblina cálida de los cigarrillos para perderse en la neblina húmeda de la noche.

Javier tiene claro que esa silueta es la de una mujer, con una cintura de avispa, un vestido ajustado, un abrigo rojo igualmente ajustado, unos zapatos con tacón de aguja, un breve sombrero rojizo, ladeado, el bolso bien agarrado colgando del hombro izquierdo y un pitillo encendido en la mano derecha.

Para Julia, es una silueta de hombre la que se pierde en la noche, con un Borsalino y una gabardina, las solapas bien subidas. Sale mirando hacia los lados (ella no, ella se fue sin mirar) antes de darle una chupada al cigarro, que brilla por un instante en la oscuridad, y de cruzar con prisas hacia la otra acera, donde lo esperan las sombras.

Julia creía que esa canción era de alguna banda sonora y Javier que era un estándar de *jazz*; le recuerda vagamente la «Sophisticated Lady», de Duke Ellington. Los saca de su error Rudy Armstrong, un músico sabio de la ribera navarra, con aire de seminarista en fuga, que sabe de música lo que no está escrito y es una de las pocas personas a las que César deja tocar su piano cuando libra o está descansando.

—Esa canción la compuso el maestro. Es verdad que parece música de cine, pero es suya. Como esa otra rusa que toca de vez en cuando: «Ta, ti, tatati, tatati, tatati...».

—Ah, sí, como el Kasatchock de Georgie Dann.

—Esta es bastante mejor que la de Georgie Dann. Y tiene algunas más. Valentina Granados, que es una amiga mía, documentalista de la Orquesta Nacional, preguntó el otro día en la Sociedad General de Autores. A su nombre hay registradas por lo menos cuatro canciones: «Luna sobre el Neva», que es la rusa; «Atlántico»; «Noche de agosto» y «Tus ojos». Con un tal Juan José Rubio Til tiene registradas dos: «Ojos verde mar» y «Recuerdo». Y hay otra, «Tú eres mi amor», de la que son autores César, Juan José y dos más: Víctor Olcina Blasco y Juan Martí Rams. Igual eran músicos que tocaban con

él.

—¿Y están las partituras?

—No, solo los datos elementales del registro. La «Luna sobre el Neva» es la única que incluye un apunte con notas y la fecha de estreno: «3 de marzo de 1954 en el hotel Menfis».

—Ese hotel está en la Gran Vía, cerca de la plaza de España.

—Exacto. Junto al cine Azul. Cuando lo inauguraron, en los años cincuenta, era lo más moderno del mundo mundial.

71

Se llama Fernando Palacios y su nombre artístico está inspirado en un trompetista español de los sesenta, Rudy Ventura, y el trompeta número uno del *jazz* americano, Louis Armstrong. Es el líder del Rudy Armstrong Quartet, que empezó a tocar en La Fídula de la calle Huertas y ahora toca en Clamores, un local que abrieron hace poco por la plaza de Olavide. El pianista de la banda es Reverendo, a quien César tiene confesa admiración. El contrabajo, que en realidad no es un contrabajo sino un instrumento inventado por ellos, el *contrabalde*, lo toca Tom Mingus, que de día se llama Tomás Garrido y toca barroco o música contemporánea con las mejores orquestas. Al de la tabla de lavar lo conocieron una noche helada a la puerta del Palacio de los Deportes. Salían de un concierto del festival de *jazz*, lo vieron tocando en la calle y Rudy le preguntó cómo se llamaba.

—Hund, doctor Hund.

—Tenemos un grupo. ¿Te gustaría tocar con nosotros?

—Cuando queráis. Toma mi teléfono.

El tal Hund (perro, en alemán) es un ejecutivo agresivo de una multinacional holandesa, cobra un sueldazo, y toca en la calle porque le da la gana.

—Fíjate si tendrá pasta, que en verano se va de vacaciones a Suiza, para quitarse el estrés.

—Y tú tocas la trompeta, ¿no?

—La trompetilla de plástico. No es por presumir, pero estás hablando con el mejor trompetillista de plástico del mundo conocido.

El grupo se presentó en el colegio mayor San Juan Evangelista, conocido como El Johnny. Alejandro Reyes, que dirige su club de *jazz*, organizó un fiestón para celebrar que habían acabado las obras del metro de la estación Metropolitano.

La estrella es el pianista Tete Montoliu, uno de los más grandes de todos los tiempos. Cuando le presentan a los teloneros, les pregunta:

—¿Qué hacéis?

—Parodia.

—Entonces toco yo primero.

Mientras Fernando le está contando a Julia esas cosas vuelve César de dar su paseíto.

—Toca «Una silueta en la niebla», maestro —le pide Rudy—, que tienes aquí a la presidenta de tu club de fans.

Viéndolo de perfil y envuelto en humo, con el cigarrillo entre los dientes, no cabe duda: esa canción es autobiográfica. Esa silueta, engarzada en la neblina de la noche y el tiempo, es la suya.

72

Al terminar esa canción, el maestro hace un inesperado quiebro y enlaza con una de Serrat, que Rudy canturrea:

*La mujer que yo quiero
no necesita
bañarse cada noche
en agua bendita.*

—Madre mía. ¿Y esa modernidad? —pregunta Julia.

—Son unas partituras que le ha regalado Ricardo Cantalapiedra. ¿No le

has oído «Penélope»?

—Sí lo he oído, sí. Y el «Viaje con nosotros», de la Orquesta Mondragón.

—¿Y no has visto con qué gracia las toca?

—Como si fuera el pianista de una peli del Oeste.

—Para ser precisos, como si fuera el pianista en una peli de gánsteres. Como si fueran *ragtimes* de los años veinte. Esas partituras también se las ha regalado Cantalachina.

De todos los parroquianos a los que acompaña César con el piano, Ricardo Cantalapiedra es el único que sube con él al escenario. Un decir, lo del escenario. Es un metro cuadrado que comparten, detrás de la barra, con varias cajas de cerveza, la banqueta y la pata de palo. Cantalapiedra, a quien los amigos llaman Cantalachina y por nombre artístico se ha puesto Rocky Bolero, tiene cuarenta años y es profesional, con varios discos grabados. Su canción más celebrada en los directos es «El camino verde», una de esas que cantaban las madres, a la que él pone mucha personalidad.

*Por el camino verde
que va a la ermita,
desde que tú te fuiste
lloran de pena
las margaritas...*

Por lo que cuentan (él es como César: cuenta poco), fue primero cantautor cristiano y luego cambió el cristianismo por el comunismo, el día por la noche, las iglesias por los bares, el incienso por humos más placenteros y la canción protesta por la canción más canalla: el bolero. De su etapa eclesiástica queda una rareza: la versión castellana, que aún se canta en las iglesias, del «Blowing in the Wind», de Bob Dylan. Canta muy bien, pero tiene tendencia al *rubato* y prolonga las sílabas todo lo que le da la gana. A César no le cuesta seguirlo. A César, cuando toca, se le notan más los años de club nocturno que los años de conservatorio.

Le cae estupendamente Ricardo. Y le cae estupendamente Jorge Lafora, el fotógrafo, que es amigo suyo. Son como él, tipos independientes que van a su

aire, no se meten con nadie y ni dan explicaciones ni las esperan. Eso sí, los dos son afectuosos y cordiales, que una cosa no está reñida con la otra.

73

Ricardo ha llegado esta noche contando una de esas historias que solo pueden pasar en este barrio. Viene del Joc, que es un pub que está a unos metros del Avión, en el pasaje del 101 de Hermosilla, ya en la esquina con Alcántara.

—Venía hacía aquí y había una manifestación de ultras por la calle de Alcalá. En la Cruz Blanca de Goya vi a Tip, el de Tip y Coll, saludando a los manifestantes con el brazo derecho en alto y una caña de cerveza en la otra mano. No pasa nada. Tip es un genio, salude como salude, y, desde luego, no me lo imagino pegando cadenas en un bar y pidiendo a los clientes que canten el «Cara al sol».

—¿Por qué dices eso?

—Porque eso es lo que ha pasado después. Estábamos en el Joc y ha entrado una gente de Fuerza Nueva, con cadenas, exigiéndonos eso, que cantáramos el himno de la Falange.

—No me digas que venía Tip con ellos.

—No, claro que no, ya te digo que no es de esos. Pero es peor: venía mi hermano. ¡Mi hermano en plan chulo, diciendo que cantáramos el «Cara al sol»!

—¿Y qué has hecho?

—Me he levantado, me he ido para él y le he dicho: «Vamos, Carlos, déjanos en paz». Y se han marchado.

—Tiene delito.

—Y tanto que tiene delito. A estos tíos no sé qué les pasa. Les molesta la modernidad. Venga, César, vamos con ese «Camino verde».

Ricardo termina de cantar, bajo una lluvia de aplausos y prolongando hasta el infinito el último verso con los brazos abiertos de par en par.

*Camino, camino,
camino, camino, camino,
camino ve-e-e-e-e-e-e-e-er-deeeeeeeeeeeeeee.*

Inmediatamente después se pone a cantar Yordi, que es catalán de Cádiz, con i griega, y que no abre los brazos de par en par porque solo tiene uno, el derecho. Con gran éxito de crítica y público resuelve el pasodoble «Mi jaca», que «galopa y corta el viento cuando pasa por El Puerto camini-chin-pón-to de Jerez». Del pasodoble, el maestro deriva a la copla. Ha visto junto a la barra a Mariano, que es un tiarrón con gafas de concha, bigote, pelo ensortijado y cara de buenísima persona. Nadie podría imaginar por su aspecto profesoral el arte que tiene para cantar por Concha Piquer. A diferencia de Ricardo y Yordi, canta siempre con los dos brazos cruzados.

*Era hermoso y rubio
como la cerveza,
su pecho tatuado con un corazón
y en su voz amarga había la tristeza
doliente y cansada del acordeón.*

Mariano es un hombre feliz y un empresario con futuro. Es uno de los socios de un local de moda, El Vaivén, en la travesía de San Mateo, donde deben de estar ganando una fortuna porque está siempre de bote en bote. A César le ha contado que se ha enamorado de una mujer ¡con cuatro hijos! y se han ido a vivir juntos a un pueblo de Guadalajara. Intenta alejarse de la noche y sus peligros.

Mariano conseguirá alejarse de la noche, pero no de sus peligros. Unas de esas noches se mata con el coche camino del pueblo de Guadalajara donde lo espera con sus cuatro niños la mujer de la que se ha enamorado. La noticia es recibida con estupor en el Avión, donde poco después llega otra similar: Xabier Recalde, especialista en música africana a quien Juan Madrid immortalizó en sus novelas como Rekalde el Vasco (los dos escriben en *Cambio16* y los dos vienen de vez en cuando por aquí), se estrella con el coche después de cerrar el café Barbieri, su local de Lavapiés. También se había ido a vivir al campo.

A César le espanta advertir que la muerte en carretera se está convirtiendo en una suerte de muerte natural. Rara es la semana que no llega noticia de algún accidente grave. Miles de españoles, en su mayoría jóvenes, se dejan la vida en el asfalto. Las cifras no dejan de aumentar. En el último año de la década los periódicos hablarán de nueve mil trescientos cuarenta y cuatro muertos. No, no es errata: nueve mil trescientos cuarenta y cuatro muertos. César, que tiene una cabeza matemática privilegiada, no necesita una calculadora para echar las cuentas: setecientos setenta y ocho al mes, ciento ochenta por semana, más de veinticinco cada día.

La muerte tiene ideas propias y, cuando quiere, es esquiva. A los protagonistas de esta historia les faltan todavía muchos años para que sean frecuentes las visitas al tanatorio de la M-30, que el alcalde inaugurará el mes que viene. Aún les cae lejos ese momento de la vida en el que, como dice Fernando Antigüedad, «las balas te pasan cerca», y como dice César, «se muere gente que no se había muerto nunca».

Este sábado, ya en la madrugada del domingo, Javier, Julia, Lola, Damián y Sara bajan por el paseo de Recoletos en el R5 del periodista. Han cenado en

La Chocolatería, de la calle Barbieri, que cerró como siempre a las dos, y ahora van camino del Avión dando un rodeo que a Javier le gusta mucho: Hortaleza, Alonso Martínez, Génova, Colón y Cibeles, donde tuerce a la izquierda para enfilarse la calle de Alcalá. En el casete del coche suena a todo trapo una canción de Medina Azahara que también le gusta mucho.

*Necesito respirar
y vivir cada momento
y sentir cada mañana
que soy libre como el viento.*

Al llegar a la Cibeles ven en la calzada a una rubia espectacular, con el pelo largo y ondulado, vestida con una gabardina amarilla. Javier echa el freno, baja la ventanilla y pregunta.

—¿Vicky?

Sí, es Vicky, colaboradora del diario y novietista (él es de los pocos que lo saben) de uno de los jefes.

—¿Qué haces en medio de la calle a estas horas? ¡Sube!

—¡Si vais hasta arriba!

—Donde caben cinco caben seis, móntate delante con Dami.

Así es como llegarán al Avión. A la puerta, mientras Julia lía el tercer canuto desde que salieron de La Chocolatería, Vicky cuenta lo que le ha pasado.

—Iba con unos colegas a Alcalá 20, pero no me gustaba el rollo que llevaban, sobre todo uno, que no me lo quitaba de la chepa. Total, que me mosqueé y en plena Cibeles les dije que me bajaba del coche. Y ahí me habéis encontrado.

No lo sabrán hasta el día siguiente, pero las llamas están empezando a devorar la discoteca Alcalá 20, que quedará completamente destruida. Más de ochenta personas pierden esa noche la vida quemadas, asfixiadas o aplastadas.

La muerte no solo es esquiva cuando quiere, sino también selectiva. En el incendio de Alcalá 20 no muere ninguno de los amigos de Vicky, pero en la lista de fallecidos está Pepe, el marido de Helena, con hache, que trabaja en

una librería de Diego de León. Hace un mes iniciaron los trámites para el divorcio, que ha pedido ella, harta del tal Pepe que, cuentan en el bar, «es un facha y la maltrata». Cuando unos días después le digan «Te acompaño en el sentimiento», será un sentimiento agrídulce el que compartan. Como el divorcio no ha llegado a consumarse, Helena cobrará una pensión de viuda el resto de sus días.

Pero eso todavía no lo sabe. Esta noche su marido se ha largado por ahí, vaya usted a saber con quién, y ella está en el Avión tan contenta, rodeada de buenos amigos y aplaudiendo las jotas de Jesús el Maño.

77

Algunas de las jotas que canta Jesús el Maño, jaleadas por jóvenes a los que triplica la edad, parecen venir directamente del siglo XIX. Como esta:

*Quando nos veremos, maña,
como los pies del Señor
uno encimica del otro
y un clavico entre los dos*

O esta, que es una rareza de cinco versos:

*Vas pregonando tu orgullo
porque anoche no atiné,
esta noche me pondré
un farol en el capullo
y en cada huevo un quinqué.*

Otras deambulan entre el fetichismo y la escatología, como la muy celebrada «Jota de las bragas», que los chavales le piden con ese título y que termina diciendo:

*Y no hay braga de mujer
que no tenga su hermosura.*

Jesús, que ya no cumple los ochenta, ha debido ser un gallo de pelea. Tiene el pelo blanco y abundante, cortado a cepillo, y unos ojos azules muy vivos que se ven incluso en la zona de umbría donde suele sentarse, a ser posible rodeado de tiernas adolescentes. En su tiempo bebía vino tinto, coñac y anís, ahora bebe vasos de leche.

*No puedo pasar a verte
porque está el Ebro crecido,
mientras no pongan por puente
los cuernos de tu marido.*

No necesita que se lo pidan para cantar la siguiente. Basta con que César dé las primeras notas: Fa, la, do, fa...

*Tuvo la culpa tu madre
por dejar la puerta abierta,
la tuve yo por entrar
y tú por quedarte quieta.*

Al tercer vaso de leche, y con el público entregado, de la jota erótica pasa a la irreverente.

*Al Santo Cristo La Seo,
que ya no le crece el pelo,
que le crecen los cojones
pa' darle por culo al clero.*

Esta noche tiene suerte. No viene a buscarlo su hija, que siempre llega con prisas y con un adolescente de la mano.

—A casa, papá, que ya no son horas.

A veces no es su hija, sino el adolescente quien entra.

—Que dice mamá que nos vamos a casa, abuelo.

—Tómame una Coca-Cola conmigo y nos vamos enseguida.

—Ni hablar, abuelo, que nos mata mamá a los dos.

El adolescente se llama Manuel y en la universidad se ganará el sobrenombre de Manolo el Apóstata. Catorce años le llevará conseguir que la Iglesia lo borre de la lista a la que lo incorporaron el día de su bautizo, sin preguntarle. De mayor será un espléndido editor: Manuel Fernández Cuesta. Morirá de infarto con cincuenta años, entrado el tercer milenio.

Se va el Maño, pero seguimos en Aragón. Sale de la barra y entra en escena Perico con otro de los camareros, Felipe, que de día trabaja en el Instituto Nacional de Meteorología, y con Ramón, portero de finca urbana.

*Uno de Mallén
se compró un camión
y a medias con otro
va a acarrear madera.
Y todo fue bien
hasta Zaragoza,
que en el Puente Piedra
se jodió un palier.
La culpa la tuvo
el que lo guiaba,
que le dijo al otro:
tú eres tonto el haba.
Y el otro le dijo,
con educación:
si soy tonto el haba,
tú eres maricón.*

A Javier, que es aragonés pero no canta nada, le fascina esa letra tan surrealista.

—Si los oye Buñuel les hace una película —comenta a Julia.

Al loro

78

Lo de Javier no lo entiende ni ella. Ni Javier. Mucha gente piensa que son novios, pero la verdad es que siempre llegan por separado y rara vez se van juntos. Javier anda muy metido en sus cosas, su diario, su parlamento, y cuando llega la noche le gusta volar solo. Nunca, ni una sola vez en su vida, ha ido directamente del periódico a su casa. Nunca, ni una sola vez, ha llamado a Julia para quedar. Ella a él, tampoco.

Algunas tardes van juntos al cine; se han visto todas las de Woody Allen. Algunas noches van juntos al *jazz*; Javier ha descubierto un sitio junto a la plaza de Santa Ana, el café Central, donde todos los días hay actuaciones en directo. Algunas madrugadas acaban juntos en la cama y echan unos polvos de muchísimo mérito si se tiene en cuenta que nunca ocurre antes de las cinco y con menos de cinco copas por cabeza.

Pero siempre es un encuentro fortuito, casual. Siempre le dice uno al otro, como con desgana:

—¿Vamos mañana a ver *Zelig*, que la ponen en el Princesa?

—Vale.

O, simplemente, cuando la juerga no da para más:

—¿Te vienes?

—Vale.

Alguna vez han batido récords de permanencia y han dormido juntos dos o tres días, por algún viaje que han hecho solos o en compañía de otros. Los viajes inesperados forman parte de la vida nocturna cotidiana. Lo mismo amanecen en una playa de Valencia, después de haber tomado la última de la noche en Chocolate, que en casa de unos amigos sevillanos, tras pasar por su caseta de la feria, que en un concierto de Doctor Feelgood en Alicante, que comiendo pollo asado en una acera en las sanjuaneras de Soria. O en Sigüenza, en la boda de un notario amigo de Quique, el novio de Merche, la de

la tele, cuyo nombre no logra recordar ninguno de los dos. Lo que sí recuerdan es que fue en mayo y que cuatro meses después apareció el notario por el Avión.

—¿Qué tal va la vida de casado?

—Se acabó. Ya hemos echado los papeles para el divorcio.

—¿Y eso?

—La tía, que cuando le dije que me iba de vacaciones con los amigos dijo que no, que las vacaciones teníamos que hacerlas juntos. Hasta ahí podíamos llegar. ¿Cómo me voy a ir de vacaciones con una mujer que no es ni de mi familia?

79

Pero, vaya, aparte de los viajes, las pelis, el *jazz* y los polvos fortuitos, el resto del tiempo cada uno va a su bola. Julia no le ha contado todavía a Javier que ha roto definitivamente con Kiko, su novio de Valencia. Javier no le ha contado todavía a Julia que Beatriz, su novia de Zaragoza, decidió volverse con su novio de siempre la noche que le pidió que se casara con él. Ni se lo ha contado ni se lo contará, porque es uno de los ridículos más espantosos que ha hecho en su vida.

Primero le dice que sí, con entusiasmo, después de que él le abra la mano derecha y se la vuelva a cerrar, con las dos suyas, tras ponerle en la palma una alianza de plata que le encargó a un amigo *hippie* que se llama Javier, como él, y vive en un pueblo de la Alpujarra. Están los dos en la barra de Pascualillo, su taberna preferida del Tubo de Zaragoza. Javier siempre ha pensado que una unión sellada en la barra del Pascualillo, con unos tintos y unas madejicas de cordero, tiene que ser por fuerza duradera. Para que el ritual sea completo se tomaron primero unas anchoas en Bodegas Almau y unos champis en el de la esquina.

Pero la unión duradera dura solo unos minutos. Tres vinos después de dar un sí apasionado, Bea le dice que no puede ser, que qué pena más grande, que

si se casa con él a su novio de siempre le va a dar algo y ella no le puede hacer eso a su novio de siempre.

—Te quiero muchísimo, pero no, no y no.

Mientras Bea se marcha del bar, llevándose el anillo («Quédatelo de recuerdo, por lo menos»), por toda Zaragoza suena un estruendoso grito:

—¡¡¡¡¡¡Goooooooooooooooooool!!!!

Juan Señor, que es un futbolista del equipo local, acababa de marcar el gol número doce del partido de la selección de España contra la de Malta.

Era una misión imposible. Para clasificarse en la Eurocopa, España tenía que ganar ese partido por once goles de diferencia, como mínimo. A las diez y diez de la noche del 21 de diciembre de 1983, mientras Beatriz se va con el anillo, hecha un mar de lágrimas, y Javier se queda con cara de gilipollas en la barra del Pascualillo, Señor logra el milagro.

—No llevan ni un año los socialistas en el Gobierno y España ya funciona —comenta el camarero, probablemente de cachondeo.

Javier se pide otro vino. Vaya viaje le están dando. En menos de cinco vinos y doce goles se ha quedado sin novia, sin anillo, por el que su amigo el *hippie* le sacó cuatro mil pelás, y lo peor de todo: sin ver el partido.

80

Igual porque los gatos escaldados del agua huyen, Javier y Julia no se han dicho jamás una palabra que pueda ser confundida con una palabra de amor. Aunque desde hace dos años sus encuentros casuales son cada vez más frecuentes, no hay un solo indicio, ni uno solo, de que de esa relación pueda llegar más allá de una entretenida amistad. Muy entretenida, incluso.

El 28 enero de 1984 van juntos a la Gran Fiesta del Estudiante y la Radio, organizada por el programa *Tiempo de universidad*, de Radio 3, en el Palacio de los Deportes. Los organizadores han invitado al alcalde Enrique Tierno a inaugurar la fiesta, y él, encantado, da una breve arenga que termina con una invitación:

—¡Rockeros! ¡El que no esté colocado, que se coloque y... al loro!

El loro es la radio, en la jerga juvenil vigente. Si un joven dice a otro: «Me han *chorao* el loro del *buga*», le está diciendo: «Me han robado la radio del coche». Estar *colocado* es experimentar los efectos del alcohol o el hachís, que ningún consumidor llama hachís sino *costo* o *chocolate*, se compra por *talegos*, que son porciones de mil pesetas, y se consume en cigarrillos que algunos llaman *petas*, los listillos *joints* y los demás *porros* o *canutos*.

Los canutos y la radio son elementos importantes de ese movimiento artístico, cultural y, sobre todo, lúdico que algunos empiezan a llamar «la Movida». La música, que se está convirtiendo en un buen negocio, incluso para los músicos, también. Pero el elemento determinante es que en la política hay individuos como Tierno que apoyan las iniciativas de los jóvenes entendiéndolo que quien se gana la simpatía de un joven, a poco bien que se lo monte, la conservará para siempre. Con su arenga, Tierno solo está haciendo algo que los gobernantes del futuro olvidarán hacer: buscar la complicidad de los jóvenes y apoyar sus actividades lúdicas, asumiendo que son una manifestación cultural como otra cualquiera.

81

En el Palacio de los Deportes tocan este fin de semana más de cincuenta grupos y cantantes, desde el aragonés José Antonio Labordeta hasta el extremeño Pablo Guerrero, que cuando salga se tomará una copa en el Avión, pasando por Teddy Bautista, Burning, Barricada, Medina Azahara, Joaquín Sabina, Alaska o Loquillo, que cuando salga no irá al Avión sino al Balmoral, en el número 8 de la misma calle.

El concierto cuenta con el espectáculo añadido de unas carreras entre policías y estudiantes. Entre ellos están Julia y Javier, que a las dos y media de la madrugada buscan refugio en el Avión Club. A las dos tuvieron que desalojar el Palacio de los Deportes por una amenaza de bomba, y cuando intentaron volver, no había manera. En el Avión tampoco lo tienen fácil: está

repleto. Se hacen un hueco junto a las mesas, en el pasillito que hay camino del servicio de chicos. Catorce horas llevan ya fumando canutos y bebiendo cerveza. Están muertos de risa y apretados como sardinas. Les gusta. Les gusta muchísimo. Les gusta tanto que no oyen a los que a su alrededor están empezando a cantar, a voz en grito, «Granada», de Agustín Lara.

*Granada, tierra soñada por mí,
mi cantar se vuelve gitano
cuando es para ti...*

Javier está pegado a Julia, por detrás, sostiene la cerveza con la mano derecha y la agarra a ella con la izquierda, a la altura de la entrepierna. Como muchos cantan gesticulando y abriendo los brazos, el espacio se estrecha más todavía. Lo que faltaba. Coge la mano derecha de Julia, tira hacia el servicio y ahí va ella, con su cerveza en la otra mano. Es un retrete antediluviano, con el techo muy alto y, en lugar de taza, un agujero en el suelo. Mejor, así hay más sitio, aunque tampoco necesitan tanto. Casi ni se besan. Se meten mano frenéticos, a Javier se le pone como el pescuezo de un cantaor y Julia, sin soltar la cerveza, se agacha, le baja la cremallera, se la saca y se la chupa. A la altura de su cara, en la puerta, entre innumerables letreros hay uno en rotulador que la desconcierta: «¡Aquí estuvo el Caballero de Orión!». Debajo alguien ha escrito: «Tú lo que eres un orionazo de mucho cuidado».

Para ser la primera vez, ha sido habilidosa. Javier se queda sin gota de rencor antes de que ahí fuera terminen de cantar «Granada». Salen como si no hubiera pasado nada, se abren paso hasta la barra y se piden otra cerveza. Tan amigos.

*Granada, tu tierra está llena
de lindas mujeres,
de sangre y deeeeeeeee.....¡sooooooooooooooooooooool!*

Cuando al día siguiente le pregunten a Tierno por los líos del concierto, responderá:

—En el rock duro suele haber una gran excitación, pero los incidentes fueron provocados por el deseo de participar.

82

La excitación y el deseo contribuyen a la explosión lúdico-cultural que se está viviendo en España y de la que ya empiezan a tener noticia en el extranjero. Lo comprobará Julia cuando visite París en verano, con un novio peluquero que se llama Fermín, se crio en Bélgica y habla perfectamente francés. Una de las cosas que más le sorprende es que uno de los amigos del peluquero le pregunta por Benito Pérez Galdós, ¿en la tierra de Zola han descubierto a Galdós! Pero la pregunta que más veces escucha es otra:

—¿Qué está pasando en Madrid?

Fermín, que es joven pero viajado, lo tiene claro. Lo que está pasando es que una nueva generación está descubriendo de golpe la vida y la libertad. Es como si a todos les hubieran dado de repente el pasaporte, después de muchos años confinados. Viven sin preocuparse por el pasado ni por el futuro. Viven, simplemente, sacándole a la vida lo que pueden. En Madrid cuentan con el apoyo añadido de un alcalde marxista y sexagenario que sabe donde hay que invertir: en los sectores más dinámicos y menos maleados de la población. Los gestos que les hace son suficientes para que lo conviertan en un mito. Ignoran que, para él, esos gestos son solo una parte del trabajo.

—Mediavilla, ¿adónde vamos? —pregunta a Constantino Mediavilla, joven periodista de su equipo, un día que no ha tenido tiempo de mirar la agenda.

—Al motín de Aranjuez, alcalde.

—Ah, interesante. Muy interesante.

A él lo mismo le da. Esa noche asistirá con igual entusiasmo a una de las fiestas que se celebran en cada uno de los barrios de la ciudad o a un concierto de *heavy metal* o *punk*, que es la máxima expresión de modernidad musical en esos barrios, donde el pop, que es más pijo, de gente con más

pasta, no entrará así como así. De camino, volverá a preguntar:

—¿Por qué los cantantes de ahora llevan cresta, señor Mediavilla?

Se pasa la vida interpretando al personaje. Aunque se morirá sin entender que a un hombre no le gusten las mujeres (hasta hace poco decía que la homosexualidad «es una desviación que habría que corregir») cuando advierta que en esa juventud cuyo aprecio persigue abundan los homosexuales, se adaptará a las circunstancias y contribuirá a teñir de rosa la Movida. Por él, que no sea. Cualquier cosa menos ponerse dramático.

—Si elimináramos nuestra capacidad de dramatizar la vida, esta sería menos ingrata de lo que es —le oye decir Fermín en la radio justo el día que salen de Madrid.

Si a la desdramatización de la vida se le añade una dosis de creatividad, otra de morro y unas cuantas subvenciones, ya está listo ese cóctel que llaman la Movida, que adquiere incluso importante dimensión económica. Los pintores venden cuadros, los rockeros venden discos y todos los ayuntamientos, no solo el de Madrid, se gastan una pasta en fiestas que dan de comer a mucha gente de la farándula.

Dirán de Tierno que es un cínico, que se ha arrimado a los socialistas para pillar cacho, pero no tiene nada que ver con ellos, dirán que es más machista que marxista, que se ha inventado una imagen e incluso una biografía. Dirán lo que quieran, pero nunca tantos vecinos se han sentido tan representados por un alcalde. Se ha rodeado de un potente equipo de gestión, encabezando por un bancario llamado Juan Barranco, que se encarga de que el agua salga de los grifos, el autobús llegue a su hora y las calles estén presentables. Eso le permite pasar el día de acá para allá, en un Renault 12 verde del que se baja para hablar con todo el mundo, empezando por los más jóvenes, a quienes pregunta, escucha y da paternales consejos.

Julia lo ha visto alguna vez desayunando en el café Comercial, de la glorieta de Bilbao. Saluda al camarero como si fuera un amigo de toda la vida, aunque hablándole siempre de usted, compra un décimo de lotería al limpiabotas y le pide que compruebe si tiene premio el que lleva doblado en la billetera. Mientras hojea el periódico, se toma «un té bien caliente, como los beduinos, que la jornada promete ser tórrida» y aparenta escuchar con

atención a los espontáneos que se acercan para plantearle quejas.

—Si quiere usted, don Enrique, les decimos que lo dejen tranquilo — propone el municipal que lo acompaña.

—Nada más lejos de mi ánimo, amigo. Es menester recibir con interés las quejas. Quien no se queja porque piensa que no será atendido queda irremediablemente desengañado.

De vez en cuando demuestra con sus bandos que tiene cultura y sentido del humor, cosas de las que pocos políticos pueden presumir. Convencido de que un personaje público debe ofrecer siempre la misma imagen, en invierno y verano usa traje cruzado, corbata y chaleco.

Aunque tiene tres años más, físicamente es igual que César. Exactamente igual. Mismo pelo, escaso y hacia atrás, mismas gafas, de montura ligera, mismo aliño indumentario y misma mirada de pájaro, más pícara la del músico, más altiva la del político. Además del parecido, tienen otras cosas en común. A los dos les gustan muchísimo las señoras (cuando el Viejo Profesor se va «de librerías» la expresión admite muchas lecturas) y los dos se sienten muy a gusto con esos jóvenes que se han echado en masa a la calle.

83

El pianista y el alcalde se conocen de antiguo. Se saludaron por primera vez en el hotel Menfis, en el número 74 de la Gran Vía, el último edificio con el que se remataron las obras de esa calle esencial. «Se hará famoso el Menfis, realizado con capricho», vaticinó el *ABC* cuando en 1953 dio primera noticia de su apertura. Todo en ese edificio es innovación. Obra de los hermanos Cabanyes y Mata, tiene ciento veinticinco habitaciones con vistas a la calle, bar americano, parrilla, sala de fiestas, tres restaurantes y una cocina que, dice *ABC*, «habrá de satisfacer la demanda del más exigente comensal».

El Menfis tiene además un excelente pianista, que antes estuvo en la prestigiosa Terraza Riscal y, sin hacer ascos a la música clásica, se mueve con soltura en los géneros de moda: *boogie*, *swing*, mambo, chachachá, *rockabilly*.

Tiene treinta y ocho años, viste impecable esmoquin y se llama César Martínez, aunque eso no lo sabe casi nadie, porque a nadie le interesa nunca el nombre de los pianistas de los hoteles. Tan solo a los camareros, a los clientes más habituales, a las señoritas que al caer la noche revolotean por el *hall* y a un tipo exactamente igual que él que pasa por su lado con otros caballeros, se para en seco y espera paciente que termine la pieza.

—Disculpe mi intromisión y permítame antes de nada que le dé mi enhorabuena por su excelente ejecución del ¿«Claro de luna», de Chopin, creo adivinar?

—Exacto. Tiene usted un oído excelente.

—Y cierta formación musical, aunque menos de la que hubiera deseado. Ese «Claro de luna» chopiniano siempre me ha parecido más sutil y delicado que el de Beethoven, como más femenino, diría yo, aunque, puestos a elegir, yo me quedaría con el de Beethoven. Pero tampoco dé usted importancia a mi criterio, que en esta materia tiende a ser escaso. Le saluda Enrique Tierno Galván. ¿Con quién tengo el gusto?

—Con César Martínez Rodríguez, para servirle.

—Habrá reparado usted en el asombroso parecido que nos alumbra y me han hecho advertir mis acompañantes.

—¡Como para no reparar! Si usted me lo permite, lo primero que he pensado al verlo es ¿qué habrá estado haciendo mi padre por ahí, que no me había enterado?

Enrique Tierno, a quien llaman el Viejo Profesor, aunque tiene cuarenta recién cumplidos, se despide con una sonrisa forzada (se ve que no le ha gustado la broma sobre la paternidad) y se aleja con la mano derecha metida entre la chaqueta y la camisa, como Napoleón. Es el 26 de enero de 1959. Esa noche, en ese hotel, se celebra la primera cena política de oposición a Franco desde que terminó la Guerra Civil. Casi todos los asistentes son simpatizantes de don Juan, el hijo de Alfonso XIII, que está exiliado en Portugal. Por la organización de esa cena a Tierno y a Jaime Miralles, el abogado, los multarán con veinticinco mil pesetas y a Joaquín Satrustegui con cincuenta mil. Eso no lo gana César en cuatro años.

Ha llovido mucho desde entonces. Franco está completamente muerto, Tierno es alcalde de Madrid y César toca el piano en el número 99 de la calle Hermosilla, junto a un bar con luces fluorescentes y un portón de hierro con un cartel: «Talleres Carrión». El periodista Javier López, a quien acaba de dejar tirado el coche, entra esta gélida noche de febrero en el bar con luces fluorescentes y pregunta al pianista si ese mecánico, el de Talleres Carrión, es un buen mecánico.

—¿El Sinatra? No sé si era bueno o malo, pero te vas a tener que ir buscando otro: desde que lo mataron está para pocos trotes.

—¿Hablas en serio, maestro? ¿Lo mataron? ¿Y qué es eso del Sinatra?

—No me digas que no conoces al Sinatra. Claro, eres un pipiolo. Que te lo cuente Perico, que tiene más tiempo libre que yo.

Se lo contará Perico, mientras viene y no viene la grúa. Entre los artistas más reputados del Avión Club estuvo durante años Antonio Carrión, el mecánico, a quien todos llamaban el Sinatra porque le gustaba cantar, en un inglés muy suyo, canciones del *crooner* americano. Cuando le dieron matarile y tiraron el cadáver en un descampado de Fuenlabrada, la policía tardó dos meses en encontrar al asesino.

—En el barrio decían que unos periodistas le pagaron a unos ultras para que le dieran una paliza y poder dar la exclusiva, a los ultras se les fue la mano, lo mataron e intentaron quemar el cadáver.

—Joder, qué cosas pasan en el Avión.

—Eso no es nada. ¿No sabes lo del Jarabo?

No, tampoco lo sabe. El más famoso asesino de la dictadura estuvo en el Avión horas antes de cometer los crímenes por los que fue condenado a muerte y ejecutado con garrote vil. Se llamaba José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris, lo llamaban Jarabo y, con el tiempo, el Jarabo, con artículo.

—Los asesinatos los cometió cerca de aquí, en Lope de Rueda y Sainz de Baranda.

—Él no era del barrio, pero venía casi todas las noches —precisa Antonio, el Chato, que a partir de ahí se suma a la narración.

—Mató al dueño de una casa de empeños y a su familia, para intentar recuperar una joya de una amante que él mismo había empeñado.

—Tenía dos o tres años menos que César, lo que quiere decir que cuando lo ejecutaron, en 1959, no pasaba de los treinta y siete.

—Venía siempre con un traje distinto y un buen fajo de billetes en el bolsillo.

—Le gustaban mucho las mujeres y siempre se iba con alguna, a veces incluso con más de una.

—Pero las chicas no lo podían ni ver. Les pegaba. Si iban con él era por miedo, no por dinero. Más de una volvió marcada. Aquí dentro nunca hizo nada raro, pero contaban que era muy violento. Brindaron el día de su ejecución.

—¿Y cantaba?

—¡Qué coño iba a cantar ese hijoputa!

En fin, que nada que ver con el pobre Carrión, a quien todos recuerdan con simpatía. El día que lo mataron el Avión perdió a un buen vecino, un regular mecánico (es lo que más siente en estos momentos Javier) y un gran artista.

85

Hoy el artista más popular del local es don Antonio, conocido como el Chevalier. Unos dicen que es notario y otros que registrador de la propiedad, y de las dos cosas tiene pinta: sesenta y tantos años, traje gris, camisa blanca, corbata negra, zapatos también negros, de cordones, barriga voluminosa, pelo blanco, peinado hacia atrás. En realidad, es inspector del Instituto Nacional de Previsión. Se lo dijo él mismo a Julia, que no le tiene ninguna simpatía. Es un guarro, basta oír las canciones que canta y ver la baraja que enseña, que poniendo las cartas al trasluz se ven mujeres desnudas.

Aurora, la cerillera, dice también que César es un guarro, pero lo dice por

celos, porque siempre le han gustado muchísimo las tías y a ella la mira como si fuera un armario. César es un viejo verde, vale, pero don Antonio es de más difícil catalogación; un superviviente de las tinieblas franquistas que llega siempre bien cebado, con la corbata floja y algún botón de la camisa suelto. A veces se echa la mano al bolsillo, la saca llena de gambas y ofrece.

—¿Una tapita?

Eso es que ha estado tomando unas cañas en la Cruz Blanca de Goya, donde venden las gambas cocidas a peso de oro, y se ha echado un puñado al bolsillo.

Tiene su público. Y su carisma. Dicen que si los ultras no han atacado nunca el Avión es por él, que los pone firmes. La autoridad le viene de la División Azul, donde estuvo de joven echándole una mano a Hitler. Esta noche se lo comentará al maestro, delante de Julia.

—¿Cómo se titula esa canción tan bonita que estabas tocando ahora, César?

—«Luna sobre el río Neva».

—Esa es tuya, ¿no?

—Sí, señor.

—En ese río se ahogó Rasputín e intentó suicidarse Trotsky. ¿Es que tú también estuviste en la División Azul?

—No jodas, Antonio. Ni en la División Azul ni en Rusia. También tengo una que se titula «Atlántico» y nunca he ido a América en barco.

—Pues yo sí fui a Rusia, ya ves. La mayor gilipollez y la mayor aventura de mi vida. Acababa de hacer la mili, tenía veintidós años, pidieron voluntarios y me apunté. Aquello fue un horror. Pues no sé quién me contó que habías tenido una mujer rusa y que habías perdido allí la pierna.

—Sobre las mujeres que he tenido ya sabes que a mí no me gusta hablar, y yo la pierna no la he perdido, Antonio. Si la hubiera perdido, ya la habría encontrado. —A César le toca las pelotas que usen el verbo «perder» para referirse a su pata chula—. Seguro que cuando pierdes las llaves no dices: «Me las han amputado».

—Es una manera de hablar, hombre. Pero, vaya, después de todo, somos tipos con suerte. Aquí estamos los dos, haciendo lo que nos gusta. Tú tocar y

yo cantar.

86

César, a quien le gusta más don Antonio cuando canta que cuando habla, ataca el tango «A media luz», de Gardel. Don Antonio empieza a moverse en plan vedete de un lado para otro, entre las mesas, como si estuviera en el barrio de San Telmo, en un teatrillo de París o en un escenario de Broadway. Es una versión propia, más chusca que la original, que no empieza en el número 348 de la calle Corrientes, de Buenos Aires, sino en el 114 de la calle Atocha, de Madrid.

*Atocha, ciento catorce,
segundo piso, ascensor,
la mejor casa de putas,
no hay en Madri otra mejor.
Pisito que puso un chulo
con el cazo de la Clotis,
hay bidé sin estrenar
camas limpias y lavabos
para el que quiera...*

Llegado este punto el público grita «¡follaaar!», pero don Antonio hace un pícaro quiebro de cupletista:

Para quien quiera... la cosa americana esa.

Luego pasa al estribillo, coreado con estrépito por todos los parroquianos.

*Y todo a media luz
y sin ventilación,
mujeres en pelotas,
y vaya usté con Dios*

El verso de las mujeres en pelotas es el que tiene más éxito. La canción se la suelen pedir con ese título.

—¡«Mujeres en pelotas», don Antonio!

Cuando termina con el tango, César ataca su otro éxito seguro: «Se va el caimán».

*Una señora casada
se sentó en un obelisco
y en suspiros decía
no te conozco, Francisco.
Se va el caimán,
se va el caimán,
se va para Cercedilla...*

Julia empieza a pensar, no sin inquietud, que le está tomando cariño también a don Antonio. Otros, a su edad, estarían en casa viendo la tele o haciendo el crucigrama del periódico.

Es lo que tiene este bar, que te cambia hasta la vida.

Qué bonito sería vivir como vivimos

87

Por el Avión vienen algunos periodistas, corresponsales de periódicos de Barcelona y Bilbao, reporteros del Grupo Zeta y jóvenes redactores de *Diario16*, como Nieves Concostrina o Javier Torrónategui, que son los dos amigos de Javier López. Cuando intentan entablar conversación con el pianista, los rehúye cortésmente.

—Yo, de eso, qué quieres que te diga.

Cuando intentan abrirse camino por la vía de los elogios y le dicen que tiene unas manos prodigiosas, también los para en seco.

—Lo importante es la cabeza, el resto es *pa* empujar.

Desde el año pasado viene con ellos uno que no es tan joven ni es redactor sino jefe de la sección de nacional, o algo así. Se llama Fernando Reinlein, lo llaman el Capi, y antes de ser periodista fue militar, pero lo expulsaron del Ejército y Juan Tomás de Salas, editor del Grupo 16, le ha dado cobijo en su empresa. Es uno de los fundadores de la UMD, el grupo de capitanes demócratas que se creó en España tras la revolución portuguesa de los claveles. Tiene cuarenta años, cuatro hijos y una capacidad de resistencia al whisky jamás vista en este local, donde mira que se ha visto. Al principio venía, se tomaba una copa y se iba a su cuartel general, el Oliver, en Conde de Xiquena. Luego fue prolongando sus estancias hasta convertir el Avión en su puesto de mando.

Una ocurrencia del Capi, un jueves de noviembre de 1984, cambiará para siempre la vida de Julia Ferrer.

—Tú has hecho románicas, ¿no? —le pregunta, mientras hace juegos malabares con el hielo de su whisky, que tira al aire y vuelve a recoger con el vaso sin salpicarse la corbata.

—Bueno, ya no se llama así. He estudiado filología hispánica, que viene a ser lo mismo: lengua y literatura.

—¿A ti te gustaría escribir en un periódico?

—Nunca se me ha pasado por la cabeza semejante cosa.

—Llévate estos libros. Si te gusta alguno, me escribes una reseña de veinte o treinta líneas. Ha habido unas bajas en la sección de cultura y estoy buscando refuerzos.

Con las mismas pone sobre el mostrador, entre las copas y los platos de pipas, una bolsa de plástico llena de libros recién editados, entre los que hay de todo: *De la olla al mole* de Xavier Domingo, *La Regenta* de Clarín, *Coto vedado* de Juan Goytisolo, *Historia de Mayta* de Vargas Llosa y *El Robinsón urbano* de Antonio Muñoz Molina.

88

El año se le ha dado bien. Lo empezó rompiendo para siempre con Kiko, a quien no ha vuelto a ver. Continuó estrechando lazos con Javier (un decir, lo de los lazos) en el retrete de un bar, salto cualitativo de enorme interés porque una cosa es irse a la cama con un amigo y otra pegarse un arrimón urgente en un retrete. En verano fue a Francia con Fermín, el peluquero, que es más majo que las pesetas, trabaja en el cine y le ha presentado a gente de la Movida. Todos van por casa de Pablo Pérez Mínguez, el fotógrafo, que solo saca fotos a partir de la medianoche porque, dice, «es cuando la gente empieza a manifestarse como es». Allí ha conocido a Pepe Rubio, el diseñador, las hermanas Dominguín, Fanny McNamara, que en realidad se llama Fabio, es pareja artística de Almodóvar, vivía con su madre en la Alameda de Osuna y se ha ido a vivir con Tino Casal. Le encantan las Costus, Enrique y Juan, que han escrito un tratado de modernidad titulado *Chochonismo apliqué*. Son novios, pintan juntos. Son malísimos, pero modernísimos. Eso es lo que importa.

Sigue la buena racha. En otoño, feliz reencuentro con Javier, que se había marchado en agosto con no sé quién al Machu Pichu, mientras ella andaba por *la France*, y a punto de llegar el invierno la invitan a escribir crítica literaria

en el periódico que compran su padre y sus hermanos. Increíble. Se pasa el fin de semana leyendo y subrayando. Ninguno de los cinco libros que le ha dejado Reinlein le produce especial emoción, pero no piensa dejar escapar la oportunidad y se agarra como una lapa a sus palabras: «Si te gusta alguno...».

—La verdad es que me gustan los cinco —miente el lunes por la noche, cuando vuelven a encontrarse en el mismo punto de la barra, nada más entrar, a la izquierda.

—¿Me traes ya una reseña?

—Te quería consultar primero. Había pensado en *La Regenta*. Me parece fantástico que en España hayamos contraatacado al 1984 de Orwell recordando que es el centenario de *La Regenta*, que es un novelón.

—De acuerdo, pero tú lo has dicho: es un novelón. Cosa del siglo pasado. Está muy visto.

—Entonces *Coto vedado*, de Goytisolo. Quien tuvo, retuvo.

—Demasiado intenso, Goytisolo.

—¿Y Vargas Llosa?

—Leído uno, leídos todos.

—Pues ya está: *El Robinsón urbano* de Muñoz Molina. Es poco conocido, pero escribe como dios y tiene una visión muy personal y muy crítica de las cosas. Puntito barroco, para mi gusto, pero tiene muchísimo futuro.

—Vale. ¿Cómo se llama la novela?

—No es una novela. Es una recopilación de artículos que ha escrito en *El Ideal de Granada*.

—¿Artículos? ¿De otro periódico? Ni hablar. Artículos ya tenemos de sobra en el nuestro.

—Pues solo queda Xavier Domingo, pero se me hace un poco raro estrenarme con un libro de cocina.

—¿Raro? ¡La cocina es la ciencia del futuro! ¡Algún día los cocineros de España serán más famosos que los toreros, ya verás! Xavier Domingo es un monstruo y, además, es de la casa, fundador de *Cambio16*.

—O sea, que hago ese, ¿no?

—¡Pues claro! ¿Es que lo dudas? Has hecho una elección estupenda.

Los militares son primarios, pero resolutivos. Es lo que más le gusta de Fernando. Aunque se ha metido a periodista, sigue siendo militar, y aunque sea militar demócrata (*rara avis*, todavía), practica las técnicas de la academia y los trucos del cuartel, se deja llevar por el instinto a la hora de tomar una decisión y, una vez tomada, no hay quien lo baje del burro. ¿Por qué está convencido de que la cocina española tiene futuro? Por eso, por instinto. Porque un alférez de navío amigo suyo, que se llama Rodrigo y está en la Capitanía General de Cartagena, le contó lo que le contó.

—Yo no sé si es porque tus amigos han llegado al poder, pero algo está cambiando en España, Fernando.

—No son mis amigos. Si fueran mis amigos y fueran la mitad de demócratas de lo que dicen que son, ya nos habrían vuelto a admitir en el Ejército a los de la UMD.

—Pues no serán tus amigos, pero algo está cambiando. Tuvimos una cena de oficiales en Capitanía y mira —le dice, mientras saca un menú del bolsillo.

Sopa fría de melón.

Lubina en salsa de ostras y con escamas.

Solomillo María Estuardo a la salsa de uvas.

Postre: helado de queso.

—Ahí tienes. Así se come ahora en los cuarteles. Con dos cojones.

—Tú bebiste más de la cuenta.

—Eso además, pero comer, comí. Hay destinados en la cocina de Capitanía dos catalanes que cocinan como bestias. Uno se llama Ferrán y otro Fermí. A Fermí lo llaman Fermín, claro, pero a Ferrán en vez de llamarlo Fernando que sería lo suyo, igual que a ti te llamamos Fernando aunque seas de Barcelona, lo llaman Ferrán, tal cual. Es la leche.

—Si en la Marina lo llaman por su nombre es que se ha hecho respetar.

—Respetar es poco. La mujer del Liberal Lucini está enchochada. Ella es

de pico fino, como el almirante. Dice que ni en España ni en el extranjero han visto cosa igual. Con lo que le pongas hace magia.

—Pues nada. Ahora ya solo falta que nos readmitan a los de la UMD y esto es Jauja.

Por si alguna vez monta un restaurante en Madrid o por si viene a cuento hacer un reportaje en el periódico, apunta el nombre: Ferrán. Rodrigo no recuerda el apellido.

90

Igual —piensa Julia— no le falla la intuición al Capi. Desde que llegó a Madrid sus experiencias gastronómicas han sido tan importantes, tan variadas y, desde luego, tan abundantes como las experiencias sexuales. Ya lo dice Damián.

—En España, donde hasta hace cuatro días el único homenaje que te podías dar era ver en el NO-DO a Cándido, el de Segovia, rompiendo el plato sobre la espalda de un cochinito, ahora hay nueva cocina e incluso alta cocina, como en Francia.

En *El País*, *Diario16* y *Cambio16* publican críticas de restaurantes que lee todo el mundo y recetas que todo el mundo recorta. No conoce a nadie que no tenga en su casa el libro con las *1080 recetas de cocina* de Simone Ortega, y los martes, que es el día que libra César en el Avión, se planta frente al televisor para ver *Con las manos en la masa*. Lo presenta Elena Santonja, que cada semana cocina con algún personaje popular: el escritor Torrente Ballester, el actor Fernando Fernán Gómez, artistas inclasificables como Pedro Almodóvar y cantantes modernísimos como Alaska o Joaquín Sabina, que canta con el dúo Vainica Doble la sintonía del programa.

Siempre que vuelves a casa

me encuentras en la cocina,

embadurnada de harina,

con las manos en la masa.

A la primera estrofa, que cantan Gloria van Aerssen y Carmen Santonja, contesta Sabina con la segunda:

*Niña, no quiero platos finos,
vengo del trabajo
y no me apetece pato chino,
a ver si me aliñas
un gazpacho con su ajo y su pepino.*

Ahí, justamente ahí, comienza un debate que durará décadas entre la cocina moderna y la tradicional, que Sabina defiende reclamando gazpacho, aguardiente de Ojén y dando la vuelta a España en nueve versos.

*Papas con arroz,
bonito con tomate,
cochifrito, caldereta,
migas con chocolate,
cebolleta en vinagreta,
morteruelo,
lacón con grelos,
bacalao al pilpil,
y un poquito perejil.*

Esa convivencia de la nueva cocina con la tradición es prometedora. En el programa de Elena Santonja no le hacen ascos a la modernidad, pero la

tradición va por delante. En la primera entrega, el 10 de enero de 1984, cocinaron un solemne huevo frito. Es el huevo de Colón de la cocina española contemporánea. Sobre ese huevo se levantará un imperio.

91

La gastronomía se está democratizando. Contribuyen intelectuales de izquierda como Manuel Vázquez Montalbán, que le quita las connotaciones elitistas. Estaría bueno que solo los ricos puedan echar un buen rato alrededor de una buena mesa con unos buenos vinos y unos buenos amigos. Eso se acabó. En pocos años sube varios enteros el gusto de una sociedad en la que, como dice Utande, el escultor, «hace cuatro días la gente le echaba piropos a las merluzas en los escaparates de las casas de comidas». Por todas partes hay cocineros peleando por salir en la Guía Michelin que Javier, como mucha gente de su edad, lleva en la guantera del coche. El soldado catalán que tanto entusiasmaba al alférez de navío amigo de Reinlein se apellida Adrià y cada vez sale más en los periódicos. También salen Juan Mari Arzak, Pedro Subijana o Ramón Ramírez y Ramón Roteta, los de El Amparo. Juanito, el de Baeza, recorre España con garrafas de aceite de oliva, virgen extra, y convence a los más listos para que vayan alejándose de la afrancesada mantequilla. En pocos años pasamos del menú turístico al menú degustación, del coñac al whisky, del carajillo al chupito y del vino peleón al de crianza. Aunque seguirá siendo imbatible el tinto con Casera, que tanto le gusta a César, se multiplican por cinco las denominaciones de origen vitivinícolas. En el Avión, los cumpleaños ya no se celebran con sidra El Gaitero, sino con cava. Freixenet, que es la firma más poderosa, ficha para sus anuncios a los actores con más caché de la tierra: Liza Minelli, Gene Kelly, Shirley MacLaine, Raquel Welch, Jacqueline Bisset, Paul Newman. Los alterna con artistas locales como el cantante Miguel Bosé, que causa sensación por su ambigüedad sexual; el tenor Plácido Domingo, que causa sensación por su voz; o la bióloga Ana Obregón, que no se sabe por qué causa sensación, pero

la causa. Una botella de cava vale entre doscientas y dos mil pesetas, según. Para quien la paga de su bolsillo es «la socialización del lujo», dice Utande. Para quien paga con la tarjeta de crédito de su empresa, una miseria. Se disparan las comidas de negocios, que cada vez duran más. Chavalotes cuyos nombres aparecen en la Guía Michelin cocinan para otros chavalotes que dirigen el país y hacen cosas que sus padres no podían ni soñar, como comprarse un piso, cambiar de coche cada cuatro años y salir a cenar sin esperar las fechas señaladas.

Javier y Dami, acompañados a veces por Utande, Antigüedad, el Capi o un amigo taxista que llaman el Súper, llevan a Julia a sitios increíbles. «Vamos a tomar un caldito y un filete», suelen decir, como quitándole importancia. La expresión se la cogieron a unos banderilleros andaluces que, cuando tienen corrida en Madrid, se alojan en un hostel de don Ramón de la Cruz y toman copas en el Avión.

—*Vamo' a tomannos un cardito y un filete.*

—*¿Y er mataó?*

—*Er mataó s'ha peío un pepito.*

Ellos nunca se conforman con el caldito y el filete. Ni con el pepito de ternera, que es el bocadillo más prestigioso de la gastronomía popular contemporánea. Cuando se quedó Dami en el paro, hace un par de años, se gastó las cuarenta mil pesetas que le dieron en llevarlos a todos a un restaurante de muchísimo tronío, en el callejón de Puigcerdá.

—Se llama El Amparo. He leído en *El País* que estuvo comiendo el rey hace poco.

Comieron como reyes, la verdad. Consomé frío de cigalas, sopa de paloma, raviolis de erizo, ensalada de brotes tiernos con lengua, sesos y carrillera, pichón a las tres pimientos... Llegaron al Avión todos, Julia incluida, fumando unos enormes habanos Partagás 898. En el momento de encender el suyo, con máxima ceremonia, dijo Damián una de esas cosas que dice siempre Damián y valen por un tratado de filosofía:

—Qué bonito sería vivir como vivimos y podérselo permitir.

En 1986, cuando readmitan a los expulsados de la UMD en el Ejército, donde les seguirán haciendo la vida imposible, lo celebrarán en El Amparo con el Capi vestido de uniforme, que le entra a duras penas, atendidos por la dueña, Carmen Guasch, que es una mujer para llevársela a casa, y por el mejor *maître* del mundo conocido, Eduardo Navarrina.

—De postre póngame algo suave, ligero y refrescante.

—Le voy a traer un postre que no es suave ni ligero ni refrescante, pero está riquísimo.

Unos meses antes, para celebrar que Dami vuelve a tener trabajo, como administrativo en una ingeniería, van al restaurante más pijo de Madrid, el Horcher, en la calle Alfonso XII, a unos metros de la Puerta de Alcalá y el ático de César. Lo fundó en 1943 un alemán, Otto Horcher, cuya familia tenía un famoso local en Berlín; se llevaba muy bien con los nazis, pero cuando cayeron las primeras bombas decidió salir a conocer mundo. En la guerra mundial, mientras los espías aliados se reunían en Embassy, del paseo de la Castellana, los espías nazis se reunían en el Horcher.

—Pues tú dirás lo que quieras, Capi, pero aquí se come cojonudamente — le contesta Dami a Reinlein, que está recordando esa historia, mientras se abalanza sobre un faisán en su jugo, que le acaban de extraer, con una prensa dorada, sobre un plato de plata junto al cual ha puesto Damián su llavero del PCE, con la hoz y el martillo refulgentes, sobre fondo rojo.

—A mí me pone usted una tortillita francesa, unas alcachofitas y un Dyc con Coca-Cola —ordena Superjuán, el taxista, antes de empezar a liar canutos, mientras el camarero le pone un escabel bajo los pies para que se sienta a gusto.

—A ver si nos van a echar de aquí —dice Julia, bajando mucho la voz.

No, no los echan. Los camareros se pelean por servir esa mesa, y uno de ellos, que parece que es el que manda, les declara amor eterno.

—Me llamo Pedro, pero vosotros podéis llamarme Pedrito.

Con Javier conocerá también Julia un delicioso bistró que está por la

Costa Flemig, Botillería Sacha, donde van los jefazos del Grupo 16. Lo regentan dos personajes extraordinarios, la gallega Pitila y el vasco-catalán Carlos Hormaechea. Cenar ahí es como cenar en París. Una noche de abril van a parar los dos, con unos redactores del diario, a un local con manteles de cuadros rojos, en la calle Fundadores, regentado por un toledano que escribe las cartas a mano, se llama Abraham García y tiene tanta imaginación para la cocina como para la escritura. Le ha puesto nombre cinematográfico: Viridiana. Esa noche conocerá Julia una faceta sorprendente del maestro.

93

Son las tres de la mañana. La persiana del Avión está a media asta y dentro quedan solo los amigos de la casa. Se ha abierto un debate de última hora sobre la velocidad de la luz y su destino final. Unos dicen que va hacia la nada y otros que va hacia el infinito. ¿Discusión de borrachos? Según se mire. Einstein, que solía estar sobrio, le dedicó muchas horas a este grave asunto.

En el debate participan Perico, el camarero; Superjuán, el taxista; Manolín, el sindicalista de Comisiones Obreras, que desde que expulsaron a Carrillo del PCE anda como un alma en pena; Miguel Ángel Blanco, el librero; Concha y Rafa Luján, los del café Salamanca; y Salvador Bellido, el de la tienda de vaqueros Aquilino Ruiz, que está en la calle Alcalá desde mucho antes de que se descubriera el salvaje Oeste.

César los escucha en silencio, mientras toca sobre un velador, con las dos manos, un teclado imaginario. A las tres y diez se cansa de tocar y de oír bobadas.

—A ver, Pedro, déjame un papel y un bolígrafo.

Sin quitarse de la boca el cigarrillo, empieza a echar cuentas.

—Vamos a ver. La velocidad de la luz en el vacío es de 299.792.458 kilómetros por segundo. El Sol está a ciento cincuenta millones de kilómetros de la Tierra y la luz tarda ocho minutos y veinte segundos en recorrer esa distancia. ¿Me seguís? —Hasta ahí, sí, lo siguen, aunque se han quedado

alucinados al ver que guarda en la cabeza semejantes datos—. La luz está compuesta por partículas, los fotones. ¿Por qué estas partículas pueden viajar a la velocidad de la luz y otras, como los electrones, no pueden? Muy fácil...

A partir de ahí ya solo lo siguen con la mirada; imposible seguir el hilo lógico o verificar las cuentas que va echando, en el papel y en alta voz. Durante veinte minutos rellena cuartillas y cuartillas mientras habla de fotones, de electrones, de masa, de aceleración, de velocidad, de la dilatación del tiempo, del espacio, adornándose con comentarios colaterales y extravagantes reflexiones en voz alta.

—Como sabéis, la luz siempre viaja a la misma velocidad en el espacio, o sea, en el vacío. Uno de los elementos más importantes de la relatividad es ese: que la velocidad de la luz es una constante. Es curioso, ahora me doy cuenta de que el tiempo transcurre 0,007 segundos más lento para los astronautas que están en una estación espacial, que se mueve a 7,66 kilómetros por segundo con respecto a la Tierra, que para nosotros, que estamos en la calle Hermosilla.

De vez en cuando los mira pidiendo su aprobación:

—Está claro, ¿no? Si los objetos pudieran viajar más rápido que la luz, estarían desobedeciendo las leyes fundamentales del universo. Y eso no es posible, claro.

—No, claro —asienten todos, de viva voz o con rápidas inclinaciones de cabeza.

Julia asiste perpleja al espectáculo.

—¿No sabías que el maestro es un monstruo para las matemáticas? —le pregunta Pedro.

—Ni idea.

—No hay problema que se le resista. Lo que le pongas. Los resuelve todos de memoria, en unos segundos. Si hoy ha cogido lápiz y papel es para que lo entendamos mejor, y porque, claro, uno no puede explicar la teoría de la relatividad de Einstein sin lápiz y papel.

—No me puedo creer que eso que está explicando ahí es la teoría de la relatividad.

—Te lo puedes creer.

—¿Y al final dónde va la luz, a la nada o al infinito?

—Ni puta idea, pero no me digas que no lo está explicando bien.

Animado por la incorporación de Julia al corrillo, César pone las cosas en su sitio.

—La luz no va hacia ningún sitio en concreto. Va en todas las direcciones. No es tan difícil de entender. Como los fotones son partículas pero también vibran en forma de ondas, viajan en forma radial, esférica. La luz de los primeros cuerpos cósmicos se va alejando en todas las direcciones según las tres dimensiones del espacio, es decir, arriba y abajo, derecha e izquierda, adelante y atrás, y además la cuarta dimensión, que es el tiempo y solo va hacia adelante. A eso lo llamaba Einstein el «continuum espacio-tiempo», el universo de cuatro dimensiones.

Pedro ha perdido el hilo, pero Julia lo ha cogido.

—Entonces, esos primeros cuerpos celestes de donde salió la primera luz del universo... ¿voy bien, maestro? —El maestro le hace un gesto para que siga—. Vale, esos primeros astros debían estar muy cerca unos de otros.

—Muy bien, Julia. Por supuesto. Tan cerca que inicialmente todo el universo cabía en una cabeza de alfiler. ¿Qué digo? En un volumen muchísimo más pequeño que una cabeza de alfiler. Eso es lo que el cura Lemaître, belga, a principios de siglo, llamó «huevo cósmico inicial». Hoy lo conocemos como Big Bang. Pero no me preguntéis qué había antes del Big Bang porque esa respuesta no tiene sentido.

—¿Cómo que no?

—Bueno, no tiene sentido porque el tiempo y el espacio, o sea el universo entero, aparece en el momento mismo del Big Bang. Y si el tiempo nace ahí, antes no había tiempo; o sea, no había «antes de».

Rafa y Miguel Ángel hacen gestos de sorpresa. Manolín y Superjuán, de disgusto. Julia empieza a verlo claro.

—¿Me da tiempo a pedir otro *gin-tonic*, Perico?

Al día siguiente, que es viernes, ha quedado a comer con Dami y Superjuán, que nació en la Puerta Toledo y antes de dedicarse al taxi pasó por múltiples oficios. Tiene inquietud intelectual y gustos refinados, como indica su tarjeta de visita: «Superjuán. El taxista de moda». Lo confirma el lema que aparece en el reverso: «Sea elegante, llegue en taxi».

Han quedado en Casa Mariano, en la calle Lope de Vega, frente al Congreso. Una casa de comidas de las de siempre, con azulejos y manteles de cuadros. Antes se llamaba Casa Paco, ponían unos huevos fritos con jamón que se salían del plato y el dueño tenía las manos grandísimas, aunque no tanto como las del dueño de Pereira, otro clásico de ese barrio, que le llegaban de un lado a otro del mostrador. El año pasado Paco se jubiló y le ofreció que se quedara con el local a Mariano, que era jefe de sala en Casa Sixto, ese que se anuncia en la radio diciendo: «Al buen comer llaman Sixto».

—Mis hijos no quieren saber nada del negocio y a mí me da no sé qué que quede en manos de cualquiera. Seguro que tú lo haces bien.

Mariano, que es de La Lastra del Cano, provincia de Ávila, se ha quedado con la casa de comidas, ha puesto en el cartel su nombre y en la cocina a su mujer, Carmina, que lo hace estupendamente: los callos, las croquetas, el bacalao al pilpil, el cocido...

95

Superjuán, cuyo nombre de bautismo es Juan Ignacio Jordana, tiene debilidad por las croquetas de Carmina y se lo hizo saber, con sus mejores maneras, la primera vez que las cató.

—Señora, esto está fino de cojones.

Tiene una secreta querencia hacia la tierra de esta familia. Viene de años atrás, cuando trabajaba en el sector porcino, como conductor de una empresa familiar de lema inolvidable: «Cuantos más cerdos vendamos, más ganamos».

Su sueño es llegar una noche a la discoteca Pachá, en la plaza de Barceló, o a Joy Eslava, en Arenal, con el camión cargado de cochinos vivos, parar en

doble fila y tirarle las llaves al guardacoches.

—Apárcame eso, chaval.

Ese sueño todavía no lo ha cumplido, pero otros sí. Con Dami alquiló una buhardilla en Malasaña y para amueblarla fue con una novia a Salamanca, su tierra de origen, a coger algún mueble de la casa del abuelo. Volvió a Madrid con una cama de hierro y un colchón de enormes dimensiones sobre la baca del coche. Al pasar por la provincia de Ávila, buscando carreteras secundarias por si la Guardia Civil le ponía problemas al ver semejante aparejo, sufrieron él y la novia un repentino impulso amoroso, vulgo calentón.

En lugar de hacérselo en el asiento de atrás, como era costumbre, el Súper se desvió de la carretera, se metió por un camino de tierra, se adentró en un pinar y no paró hasta llegar a la orilla de un río. Con mucha tranquilidad sacó entonces la caja de herramientas, bajó la cama de hierro, la montó y le puso el colchón y las sábanas, que también llevaba un juego, porque nunca se sabe.

No existe constancia documental de que nadie más, del Cid a esta parte, haya echado un polvo sobre una cama de hierro, junto a un río, en un pinar de Castilla.

96

Superjuán no solo es un manitas y un romántico. Es muy creativo. Ahora está escribiendo dos libros.

Para uno, evidentemente autobiográfico, ya tiene el título: *Mi taxi y yo*.

El otro es una novela de ficción, que no tiene título todavía, pero ya tiene escrita la primera línea: «Era un robot, enjuto en valvulinas».

Acaba de inventar, sin saberlo, el micro-relato.

97

Tengo un amigo, Juan Ignacio Solana, que casualmente es taxista,

casualmente iba por el Avión en los años ochenta, casualmente tenía unas tarjetas donde invitaba a ser elegante y llegar en taxi y casualmente escribió la primera línea de una novela que aún no ha publicado. Cuando le cuento que estoy reconstruyendo la historia de esos años, solo me da un consejo:

—Que sea divertida.

Otro viejo cliente del Avión llamado Antonio Moral, que entonces era enfermero y ahora es número uno de la gestión musical en España, pero sigue viviendo entre el barrio de Salamanca y la Guindalera, ha sido igual de preciso en su consejo:

—Que no sea larga.

Ignacio Elguero, poeta, escritor y director de la radio donde me gano el pan, me dice también: «Que no sea larga», pero me deja margen de maniobra cuando añade:

—Que sea *tu novela*. Haz tu novela. La tuya.

El compositor Alfonso Casanova, mi amigo y maestro, apunta en la misma dirección:

—Tienes que poner tu alma.

Cuando se lo comento a Agustín Molina, que entonces era profesor primerizo y ahora es catedrático universitario de hacienda pública, y le explico que he decidido escribir una novela porque la gente se cree más lo que cuentan los novelistas que lo que contamos los periodistas, me alaba el gusto y matiza:

—No sé si te creerán más, pero es más entretenido, para ti y para quien te lee.

Algo parecido opina José Núñez, mi cuñado, que es profesor titular de lengua y literatura, cuando le hago notar que la novela histórica tiene últimamente más crédito que los libros de historia.

—Yo la novela tampoco me la creo, pero me gusta.

José María Íñigo, Manuel Campo Vidal y Joaquín Araujo, que han escrito cientos de libros, me advierten que una novela es mucho más arriesgada que un ensayo. Araujo tiene tres a medias, «porque exigen una técnica muy compleja», dice. Teresa Viejo, buena escritora, buena periodista y buena vecina en la radio, se alegra al saber que he elegido la ficción, como ella hizo

hace unos años, con éxito de crítica y público.

—¿Es autobiográfica?

—No. Yo siempre he pensado que el fotógrafo no tiene que salir en las fotos.

—Pues no te importe que sea autobiográfica, que las tendencias actuales lo admiten.

—O sea, que también está de moda el *selfie* en la literatura.

La periodista Chiky Trillo, que hasta bien entrado el siglo XXI ha tenido como parte de su oficio enseñar el «Madrid de la Movida» a visitantes extranjeros, me avisa.

—El problema de contar los ochenta es que pasaban muchas cosas que no se pueden contar.

Mi amiga Paloma, la jueza, que pese a su juventud acumula trienios, en la carrera y en la relación con Damián Ruiz, me anima.

—Tú escribes bien, será una buena historia. Hay muchas cosas que contar de los ochenta. Hay que darles caña.

—¿A quiénes?

—A los que echaron a perder aquello.

Bueno. Vamos a seguir mirando, a ver qué pasa.

Nuevos ricos

98

Julia siempre ha pensado que el periodismo es una profesión poco seria y los periodistas unos oficinistas presuntuosos. Ese pensamiento devendrá convicción a medida que vaya conociendo por dentro las redacciones. Lo primero que advierte es que predominan dos especies: los salidos y los creídos. Unos dan por hecho que, nada más conocerlos, ella va a sentir una necesidad irrefrenable de echarse en sus brazos. Otros dan a entender que fueron ellos, personalmente, quienes terminaron con Franco y con la dictadura. Unos y otros tienen una cosa en común: les encanta ponerse perdidos de copas.

—Buenas, he quedado con Fernando Reinlein —le dice a la secretaria del director, que se llama Mari Carmen y es la eficacia hecha carne, cuando pisa por primera vez *Diario 16*.

—Fernando no ha llegado, pero su mesa es aquella. ¿Ves ese de la barba? Pues al lado. Coge un periódico, si quieres, y siéntate donde puedas, que está al caer.

Ese hombre de pelo rizado y barba interminable se llama Manolo Quintero. Parece feliz. No pertenece a ninguna de las dos especies citadas. Está escribiendo con una máquina encadenada a la mesa, como todas las de la redacción, mientras da sorbos a un vaso de whisky, con la botella mediada a la vista, y canturrea la canción «Me estoy volviendo loco», del dúo Azul y Negro, gloria y prez del tecno-pop patrio, a la que va poniendo letra propia.

*Me estoy cogiendo un pedo,
me estoy cogiendo un pedo,
poco a poco, poco a poco.
Me estoy cogiendo un pedo,
me estoy cogiendo un pedo,
lentamente, lentamente...*

Julia asociaba esta canción con la Vuelta Ciclista a España, que la usó como sintonía el año pasado. Desde hoy la relacionará con este momento. Y con los que vendrán después, cuando se sume con entusiasmo a la botella de whisky y le den las claras del día en compañía de Fernando, Manolo y Alberto Otaño Zubiri Barandiarán y Larraz, periodista donostiarra fuera de serie, ni creído ni salido, de quien dice Reinlein:

—No es redactor jefe, es *el* redactor jefe. El mejor, el único.

99

De esta primera visita no olvidará a un tío interesantísimo con aire de poeta, expresión lánguida, pelo negro, muy largo, muy lacio, que está doblado sobre la máquina de escribir y ni la mira, a pesar de que ella hace todo lo que puede por meterse en su campo visual.

—Se llama Benjamín Prado —le dice Mari Carmen, la secretaria, cuando advierte su interés.

Y no olvidará, desde luego, que ese día libra y pierde su primera batalla por un salario digno.

La parte contraria se llama Justino y es el subdirector del periódico. La recibe en su despacho sentado sobre un sillón tan alto que a ella le parece un trono. Por el lado de fuera de la mesa, en una silla más baja, se sienta Fernando Reinlein que, aunque no será su jefe directo (ella dependerá de Cultura), se siente responsable de su suerte.

—¿Y dónde me siento yo?

—Arrima esa butaca del rincón.

La butaca del rincón tiene una altura aproximada de veinte centímetros y más parece un elemento ornamental que un mueble, pero obedece y se sienta, a ras de suelo. Desde ahí abajo tiene que negociar, en manifiesta desigualdad de condiciones, con quien desde las alturas le dice:

—¿Cómo has dicho? ¿Veinte mil por una colaboración fija? Ni hablar. ¡Eso aquí no lo cobra ni Pedro Jota Ramírez!

Sale del despacho con la tercera parte de lo que pensaba y encima dándole las gracias a Justino, que es un genio para este tipo de tratos.

Aunque ella tiene empleo en el instituto y nunca vivirá de las colaboraciones de prensa, ha aprendido la primera lección del sector: nunca conseguirás que te paguen conforme a lo que tú crees que vales.

100

Su madre, a quien llama esa noche a Valencia desde una cabina, le da la segunda lección.

—Tú no sabes lo que tienes. ¿Te han ido a ofrecer trabajo al bar y encima les pones pegas?

—No me entiendes, mamá. Escribir en un periódico es una responsabilidad muy grande. Si digo una tontería, se entera toda España.

—Estás ya diciendo tonterías, Julia. Tienes veinticinco años, un puesto fijo y encima con esto vas a sacar unas perras extra. Tus amigas están trabajando, tus hermanos están trabajando. ¿De qué os quejáis los jóvenes, si están poniendo el país en vuestras manos? Esto que está pasando no había pasado nunca y no volverá a pasar. Aprovecha y no seas lela.

101

Igual mamá tiene razón. Al día siguiente, camino del instituto, se fija en la edad de la gente. El conductor del autobús es más joven que ella, un chaval; los municipales, el conserje y la mayor parte de los profesores no llegan a los treinta y cinco años. Hojeando el periódico, mientras desayuna en el bar de enfrente, repara en que eso mismo pasa con los políticos, los directores de los diarios, los hospitales, los directivos de las empresas públicas y las privadas. Recuerda un comentario que hizo la otra noche Damián, que es muy observador.

—En mi empresa hay siete jefes y dos empleados, la secretaria del director y yo. Los siete jefes son más jóvenes que yo, que soy un niño.

—¿Y el dueño qué edad tiene?

—Al dueño no lo conozco, no aparece por allí. Las empresas ya no las dirigen solo los dueños: les pagan a otros para que las dirijan. Las ponen en manos de profesionales con títulos universitarios, cuantos más mejor, aunque sean unos imberbes. Será por la democracia, será por el *baby boom*, será por lo que sea, pero están empezando a mandar los jóvenes. Se ve que somos más.

Es verdad. Hasta los camareros son jóvenes. Antes eran todos como su padre, que es representante de productos farmacéuticos: estirados, repeinados, bien afeitados y con esos andares tan particulares que han tenido siempre los camareros, que se les distingue a un kilómetro aunque no lleven la chaquetilla blanca. En Madrid todavía quedan algunos de ese estilo, pero la mayoría son tíos con camiseta, pantalón vaquero, barba y pelos largos como Jorge, el fotógrafo que echa horas en el Avión. Cuando ella estaba estudiando, los camareros, los profesores, los conserjes, los municipales y los conductores de autobús eran todos señores mayores, con el pelo corto y la raya meticulosamente cincelada en el lado izquierdo. Todos los policías tenían bigote y barriga y pesaban más de ochenta kilos. Y los periodistas y los políticos, no veas. Desde que murió Franco, hasta los viejos parecen más jóvenes. Y, puestos a rizar el rizo, hasta los jóvenes parecen más jóvenes que nunca.

102

En el instituto el único viejo es el director, pero no es un problema de edad: es de nacimiento.

—¿Ha sido niño o niña? —preguntó su madre al médico cuando nació.

—Adulto, señora. Ha tenido usted un adulto.

Se llama Alfredo, era canónigo en Toledo y tuvo que colgar la sotana con prisas porque dejó embarazada a una feligresa. Pero el paso a la vida civil no

le ha cundido tanto como a otros curas. Cuando Julia empezó a dar clases con vaqueros, cazadora de ante, camperas, pendientes de mercadillo y pañuelos de colores, la llamó al despacho.

—Deberías cuidar más tu aspecto externo, porque vestida así tus alumnos no te van a respetar.

—¿Qué pasa? ¿Que no te gusta como visto yo? Pues que sepas que a mí tu corbata tampoco me gusta. Ni me impone respeto, desde luego.

103

A algunos políticos les pasa como al director del instituto. Son más jóvenes que los de antes pero la actitud y el uniforme los hace parecer mayores. En los primeros momentos de la democracia, la izquierda metió un toque de color e inconformismo indumentario en las instituciones, pero, a medida que pasa el tiempo, con sus trajes convencionales y sus corbatas, cada vez se parecen todos más a los dependientes de El Corte Inglés.

Por el Avión vienen muchos diputados socialistas, que son los que más abundan, pero también otros como Antonio de Senillosa, que estaba con Fraga y ahora anda con el Duque. Senillosa, que ama por igual el whisky, la conversación y las damas, morirá en accidente de coche, llevándose por delante, con 3,8 gramos de alcohol en las venas, a uno que viene de frente. El Duque es Adolfo Suárez. Lo llaman así con cierta sorna desde que el rey, días después de darle la puntilla, le dio el título. Él nunca ha venido por aquí, pero quien sí vendrá es su fiel cirineo Agustín Rodríguez Sahagún, a quien llaman Pelopincho por su singular tocado capilar. Tiene una obsesión que cuenta a todo aquel que lo quiera escuchar: quiere ser alcalde de Madrid. El Duque, que desde que salió de la Moncloa se pasa la vida criticando a la banca y los demás poderes fácticos, a finales de la década dará un quiebro y pactará con Fraga para agradar a su amigo Pelopincho que, efectivamente, será por unos años alcalde.

También ha venido alguna vez Javier Moscoso, que fue diputado con la

UCD y ahora es ministro de la Presidencia con el PSOE. Felipe, el camarero, que es funcionario del Instituto Nacional de Meteorología, quería pedirle un autógrafo, pero Pedro lo disuadió: a la gente que se está tomando una copa hay que dejarla en paz. Los funcionarios veneran a Moscoso como se venera a un santo. Cuando solo llevaba unos meses en el ministerio firmó una orden por la que daba seis días extras de libranza al año. Él, no lo sabemos, pero esos días, popularmente conocidos como *moscosos*, seguro que pasan a la historia.

Una noche César llega a contar hasta siete presidentes autonómicos, acompañados por un tropel de alegres diputados, periodistas y empleados del Congreso. Entre ellos hay nuevos ricos del poder, como descubrirá días después gracias a una señorita valenciana a la que ha echado el ojo desde el primer instante. Es muy de su gusto: morenaza, entrada en carnes, facciones anchas, sonrisa fácil, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, dulce, bondadosa, amable.

—Si vuelve algún día, me la presentas —le dice a Javier López, el periodista, que los conoce a todos.

104

Su señorita valenciana vuelve dos semanas después y Javier se la presenta, con nombre y apellidos, aunque ella ofrece enseguida la vía rápida.

—Lina. Los amigos me llaman Lina.

César, cosa rara, le propone tomar un café en La Villa, en su tercer descanso de la noche, aunque a la hora de pagar, eso ya no es tan raro, será él quien se deje invitar con elegancia.

—Hay que ver qué bien te manejabas con toda esa patulea de presidentes. Parecían buenos chicos.

—No creas, casi todos son todavía muy machistas. Aunque estén todo el rato diciendo «compañeros y compañeras», son un poco patosos. No sé si contarte.

No sabe si contarle, pero le cuenta. La noche que estuvieron todos juntos la

última copa la tomó con uno de ellos, titular de una céntrica comunidad. Al día siguiente, recibió una llamada telefónica.

—Hola, Lina, soy Margarita, la secretaria del presidente.

—Sé quién eres, Margarita.

—Me dice el presidente que si podrías cenar con él el jueves por la noche.

—Dile al presidente que cuando quiera cenar conmigo que me llame él.

Consciente de la torpeza, el presidente patoso corrió con un ramo de flores al hotel Inglés, que es donde Lina se hospeda cuando viene a Madrid.

—¿Con el coche oficial?

—No sé. Él no tiene coche propio, creo. Igual fue andando. El ramo lo encontré al llegar, con una nota a mano, en la que me pedía disculpas y una cita. Eso ya es otra cosa.

—¿Y el ramo lo pagó de su bolsillo?

—Pues tampoco lo sé, supongo que sería de su bolsillo, claro. Desde luego, los vinos que nos tomamos esa misma noche en La Venencia, que está enfrente de mi hotel, los pagó, uno por uno, y la cena en el Platerías, de la plaza de Santa Ana, también. La verdad es que es un encanto. Muy culto, muy leído, muy sensible. No he tenido más remedio que perdonarlo.

105

César no ha estado nunca en ese hotel ni en ese restaurante, pero conoce de antiguo La Venencia. Está en Echegaray, que en tiempos era de paso obligado para los flamencos y, por extensión, para los profesionales de la noche. Decía Manuel Machado que esa calle era «una sucursal de Sevilla en la capital». Ahora está de moda el flamenco, que tiene incluso un dios llamado Camarón de la Isla. Cuando el 16 de mayo cante en el Palacio de los Deportes el barrio volverá a llenarse de gitanos, que llegarán a bordo de Seat 124 azules, con matrícula de Valencia. Nadie sabe por qué, pero a los gitanos de Madrid les gustan muchísimo los Seat 124 azules, matrícula de Valencia. Todos llevarán la foto de Camarón en la cartera, como si fuera una estampa, y algunos le

pondrán delante a los niños, para que los bendiga.

A César no lo pillarán en ese tumulto. Él ya se metió en el cuerpo todo el cante que se tenía que meter en su juventud primera. La zona de la plaza de Santa Ana estaba entonces llena de *colmaos*, donde los señoritos contrataban al mismo tiempo y con el mismo desprecio a los cantaores, los guitarristas y las putas. En Echegaray, Los Gabrieles, con sus cuartos oscuros y sus azulejos. En la plaza de Santa Ana, Villa Rosa, donde se juntaba Primo de Rivera con su amante, la Caoba. Hace esquina con el callejón del Gato donde está el espejo que sirvió a Valle-Inclán para definir el esperpento: «La realidad española reflejada en el espejo cóncavo del callejón del Gato».

A César no le gusta demasiado el jerez, que es lo único que sirven en La Venencia, pero en esos años le daba a todos los palos, como los flamencos, y le gustaba conversar con Juan, el dueño, que no era de muchas palabras, pero siempre decía las adecuadas. Tenía estudios superiores, como él, y se había educado con la Institución Libre de Enseñanza. Saltó de la universidad a la bohemia veinticinco años antes de que Manolo y él dieran el salto. Abrió la taberna unos meses después de que naciera César, en 1922, y murió hace poco, en 1980, según acaba de contarle Lina.

—La taberna se la han quedado unos chicos majísimos, muy modernos. ¡Uno lleva coleta! Fíjate, maestro, un chico con coleta. Lo nunca visto.

—La echarán a perder.

—No creas. La han dejado como estaba. Su barra de madera, sus pipas de vino, sus carteles de la feria de Jerez. Yo creo que no le han quitado ni el polvo. Solo venden vinos de Cádiz, los de siempre. Ni cervezas, ni copas, ni tinto. ¡Ah! Y es el único bar de Madrid donde a medianoche no está la música puesta a todo volumen.

Yo también conozco La Venencia. Conocí incluso a Juan, unos meses antes de que colgaran en la puerta el cartel de «cerrado por defunción». Era mi

primer día libre en Madrid y lo pasé vestido de marinero. En el cuartel nos habían dicho que no debíamos quitarnos el uniforme bajo ningún concepto, y mi amigo Javier Hernández Guasch, y un servidor, picamos como idiotas. Claro que, para hacer lo que hicimos, lo mismo daba ir de marineritos o de paisano. Quedamos en el kilómetro cero de la Puerta del Sol, empezamos a callejear por los alrededores y nos metimos en esa taberna. A su derecha, un restaurante japonés, Don Zoko, el primero que vimos en nuestra vida y probablemente el único que había entonces en Madrid. A su izquierda, una casa de comidas asturiana, El Garabatu, donde esa noche cenamos potaje y cebollas gobernadas. De La Venencia salimos con hambre. Menos mal que no existía la costumbre de fotografiarlo todo y mandarlo por guasap o colgarlo en tuiteer. Habría sido *trending topic* la imagen de aquellos dos capullos, vestidos de marineros, trasegando vino de Jerez en la penumbra de una taberna en la que, aquella tarde, no entró ni un cliente más. Juan tampoco nos dijo ni una palabra, aparte de las iniciales:

—¿Qué van a tomar los señores?

Qué secos son los jerezanos, comentamos, sin saber que ni era jerezano ni era seco. En completo silencio nos fue poniendo, una tras otra, las ocho medias botellas de fino que nos bebimos sin rechistar.

La última vez que estuve en La Venencia, hace unas semanas, Jose Criado, que no se ha cortado la coleta, me confirmó que se quedó con el bar con su hermano Nacho «para poder seguir disfrutándolo». Eran clientes habituales y no querían que desapareciera tras la muerte del dueño. «No teníamos visión de futuro ni de negocio; solo queríamos poder seguir yendo al bar que nos gustaba; por eso lo dejamos como estaba».

El local está exactamente igual y, aunque van muchos extranjeros porque lo han visto recomendado en internet, mantiene a la parroquia de los ochenta: el cocinero Sacha, que entonces era fotógrafo; el crítico taurino Jorge Laverón, que entonces escribía en *Diario16*; el francés Didier Claisse, que viene cada año en San Isidro, o la investigadora del CSIC Carmen Baudín, que sigue siendo una niña.

Jose, que nació en Lleida hace sesenta años, ha escrito una novela. Se titula *El libro de Marcelo*, la dedica a su «admirado Oscar Wilde» y empieza

así: «La casa está llena de fantasmas».

La tengo a mano, sobre la mesa donde estoy escribiendo ahora mismo, junto con la de Antón Sagarra, el de Casa Antón, que está dedicada «a los amigos muertos, que duran siempre» y empieza así: «Se despertó tres veces antes de salir de la cama con la noche dentro».

Conforta vivir rodeado de taberneros que escriben novelas. Si Manolo Zapatero hubiera escrito la suya, me habría ahorrado muchas horas de ordenador.

Menos mal que Julia se ocupa del trabajo de campo.

Deprisa, deprisa

107

Julia está jodida. Por primera vez en su vida ha tenido que ir al entierro de una persona más joven que ella. Todos nos acostumbramos a que mueran los mayores. Es ley de vida, decimos. Pero nunca nos acostumbraremos a ver morir a alguien más joven y menos en las circunstancias en las que muere Javi. Casi no lo conocía, pero al entierro han ido todos los colegas del diario, donde lleva ya unos meses publicando reseñas, y tenía que estar con ellos.

Cuando se lo contaron, tuvo que hacer un esfuerzo para ponerle cara: poquita cosa, muy delgado, mirada tímida, pelo alborotado, escaso para su edad. Trabajaba por las noches como redactor de platinas. Estaba en el taller, trayendo y llevando pruebas de imprenta y resolviendo problemas de redacción que pudieran surgir sobre la marcha, a la hora de montar las páginas y ajustar los textos. El mismo trabajo que hace Nieves Concostrina, que es quien le dio la noticia y quien lo vio vivo por última vez.

La noche del viernes, Nieves salió del periódico a eso de la una y media. Como jefe de cierre estaba Jesús Ramos y por allí andaba también Rosa Campos, la fotógrafa. Salieron los tres juntos y al ir apagando luces vieron sobre una mesa, junto a la puerta abatible, el casco y la cazadora de cuero negro.

—Son de Javi, no se las habrá dejado...

—No, es que todavía no se ha ido. ¿Cómo se va a ir en moto sin el casco y la chupa?

El sábado a mediodía el casco y la chupa estaban en el mismo sitio y había unos policías preguntando. Javi, que lleva unos meses casado, no volvió anoche a casa. Es Melchor Miralles quien atisba la tragedia. Se mete en el baño, seguido por los policías, va directo a la única puerta cerrada, intenta abrirla y, como no hay manera, la revienta de una patada. Detrás está el cadáver, con la jeringuilla al lado.

Lo han enterrado el lunes, después de la autopsia, y en el informe médico aparece la palabra maldita: «Sobredosis».

108

Los médicos son muy simples. Cuando muere una persona mayor ponen «muerte natural» y cuando muere un consumidor de heroína con una jeringuilla al lado ponen «sobredosis». Pero no es la sobredosis, es el veneno. Miles de jóvenes mueren cada año con una jeringuilla en la mano sin saber lo que se están metiendo en el cuerpo. Lo llaman *caballo* y a ellos los llaman yonquis, cuando ya están tan enganchados a la droga que no pueden disimular sus efectos y cuando ya nadie se cree, de tanto oírla, su cantinela:

—Me estoy quitando.

No es el exceso de droga lo que los mata.

—Es la mierda. Los mata la mierda que les venden.

Lola y Sara, que en el hospital han visto pasar a muchos, antes de que el médico escriba la palabra «sobredosis» en el parte de defunción, lo tienen claro.

—Los análisis son impresionantes. Esa mierda que venden por la calle solo lleva un porcentaje mínimo de heroína y, a veces, ni mínimo. La cortan con todo: Cola-Cao, yeso, canela, almidón, Nescafé, azúcar, bicarbonato, ladrillo...

—¿Recuerdas la panadería de Malasaña donde hemos estado alguna noche comprando pan caliente, entre Divino Pastor y San Andrés? Siempre hay tíos rascando la pared. De ahí, directamente, a la papelina.

—A más colgados y más arrastrados que están, más pasta necesitan para poder seguir metiéndose.

—Los camellos a gran escala lo que meten son productos farmacéuticos: excitantes, sedantes, hipnóticos, que en el hospital conocemos bien. Lidocaína, noscapina, procaína... Unos dan somnolencia, otros euforia, otros gusto, color...

—La procaína falsifica el sabor a vinagre de la heroína y es la culpable de las resacas que sufren esos pobres: temblor, escalofríos, excitación, hipertensión, arritmias...

Cada vez que oye contar esas cosas, con horror, a sus amigas enfermeras, Julia se acuerda de Paquito.

109

Hace mucho que no sabe nada de Paquito y hace mucho que no viene por Madrid. La última vez, han pasado más de tres años, vino con los coleguitas granadinos al concierto de los Rolling. Qué día más guapo. El titular del *Diario16*, a toda plana, lo resumía: «*Sa-tis-fac-tion*». Fue como una romería, una merienda campestre, con todos en el césped del Vicente Calderón alrededor de una neverilla de playa comiendo bocatas de chorizo, bebiendo cerveza y fumando canutos. Cuando llegaron al Avión a tomar la penúltima, Paquito estaba como unas castañuelas. ¡Y no se había metido nada!

—Me estoy quitando, Julita. Llevo ya unos meses limpio. Estoy contento.

Paquito, que a veces escribe su nombre con k, Pakito, es de Baza, donde Julia pasó unos meses haciendo una sustitución nada más terminar la carrera. Lo recuerda siempre con esa sonrisa tristonca, esa cara morena y delgaducha, como todo su cuerpo, y esa manera de mirar de frente con la cabeza inclinada hacia abajo, como los toros antes de embestir. Recuerda también las noches en las que venía a su casa con el mono, que es como llaman los yonquis a la terrible resaca de la heroína, que les urge a meterse un nuevo chute. Ella solo podía darle calor, arroparlo con una manta, abrazarlo, ofrecerle agua que él rechazaba y, aunque estaba asustada por la tiritona, intentar animarlo como a un niño.

—Vamos, Paquito, que ya va pasando.

Nunca tardaba menos de ocho horas en pasar. No tenía entonces ni dieciocho años y en su casa contaba que era una gripe. Para aliviar los síntomas se tomaba unas pastillas llamadas Sosegón que machacaba. Pero

nada le aliviaba más que un nuevo chute. Poco a poco, como todos, iba subiendo la dosis.

—¿Qué sientes? —le preguntaba Julia, que si no llegó a probarlo fue probablemente por miedo a las agujas.

—Un subidón muy grande. Una sensación muy buena. Te quedas muy a gusto. Te quita las penas.

—¡Pero si tú no tienes penas!

—Ya, pero me las quita.

Vete a saber cómo estará ahora. Ha llamado alguna vez a casa de su madre, pero no han sabido darle razón.

—Anda por Granada —le dicen— y en su casa no tiene teléfono.

Ojalá esté bien. Ha pasado tanto tiempo y ha oído tantas veces eso de «Me estoy quitando».

110

El caballo no solo corre desbocado por los barrios de Madrid, de donde llegan al centro sus víctimas y andan de un lado para otro, como zombis, o te esperan a la vuelta de una esquina para pedirte algo, con un tono que intenta ser amenazante, o se quedan tiradas por el suelo en rincones de la plazuela de Chueca o Marqués de Santa Ana. También corre por Fuenlabrada. En mayo morirán dos alumnos de dieciséis años en los retretes del instituto. En todas las ciudades y en todos los pueblos hay adolescentes que se meten en el cuerpo todo lo que pillan.

Es tal su poder destructor que circulan historias increíbles sobre su origen. Dicen que fueron guardias civiles los primeros en meter la droga en el País Vasco y que en Madrid fue un policía, a quien llamaban el Indio. Dicen que es un arma para desactivar a la juventud y que la probaron primero en Sausalito, en los Estados Unidos. Serán leyendas sin fundamento, pero lo cierto es que entró de un día para otro con extrema virulencia. Para poder conseguirla unos venden hachís que no es hachís y otros jaco que no es jaco.

Los amigos de Julia, en Granada, trapichean con *costo* que traen de Marruecos, amasan con rodillos de cocina y venden en *posturas* «a cien duros», quinientas pesetas, que es la mitad de un talego. Con eso se costean el caballo, que pueden comprar por todas partes. Tienen alrededor de veinte años, son malos estudiantes pero buenos chicos, con escasa formación, poco conocimiento y ninguna afición al trabajo. A todos les gusta la música, casi todos tocan algún instrumento. Se pasan horas tocando, fumando, leyendo comics. Son golfos y son listos, pero no son delincuentes. Lo que más les alegra en este mundo es ir al huerto del Tío Manuel a beber vino con torta y habas o subir juntos a la sierra con las sartenes para hacer una lumbre y cocinar algo, o llevar barras de pan y filetes empanados, para pasar la noche cantando, con la guitarra y los bongos, que ellos acentúan en la primera o. Los domingos, aunque no puedan con el cuerpo y se hayan acostado a las nueve de la mañana, se levantarán para ir a comer a casa de los padres o de la abuela.

111

Tras el concierto de los Rolling, Paquito aguantó unos meses sin ponerse, pero ha vuelto. Todos vuelven. Todos engañan a la gente que los quiere y se engañan a sí mismos. No son conscientes de que están cada vez más enganchados ni toman ninguna precaución a la hora de comprar la droga ni en el momento de consumirla. Se chutan lo que cae en sus manos y se lo chutan como caiga, compartiendo con otros la jeringuilla y la cucharilla.

Pronto empezarán a aparecer los primeros estragos físicos. A Paquito se le caerán los dientes, a Antoñico le saldrán granos en la cara, a todos les irán saliendo ojeras y se les irá poniendo la cara huesuda, la espalda encorvada, la mirada irremediamente triste. Empezarán a cortar el hachís, a adulterarlo con cualquier cosa, para sacar más pasta, porque necesitan meterse más caballo en el cuerpo. Alguno pegará algún palo por ahí, robando el bolso a una mujer o los ahorros a su propia madre. Después de muchos subidones y muchos monos empezarán a pensar que igual tienen razón quienes dicen que el

jaco es peligroso, pero será demasiado tarde.

—El caballo mata.

—¿Y qué? —responde Pitu, el más infeliz de todos, a Chus del Barco, antigua profesora suya, amiga de Julia, que se lo encuentra tirado en una calle de Granada y le ofrece ayuda.

Paquito es más vital. Le gusta este mundo y, aunque es tímido, le gusta la gente. Vive en Granada, pero de vez en cuando baja al pueblo a comer con su madre, que es viuda y va tirando con una pensión miserable. Cree que el chico trabaja de mecánico. Él le cuenta, y es verdad, que se ha enamorado, que se va a casar, que quiere tener hijos. Los tendrá, pero uno de ellos nacerá con la enfermedad que termina con su vida y con la de su mujer. Sigue siendo tierno, cariñoso y listo, pero no tan listo como para advertir que se ha metido en un camino sin retorno y que no vale de nada seguir diciendo:

—Me estoy quitando.

Morirá muy joven. Igual que morirán el Pitu, el Tato, el Antoñito, Pepe el Nota, el Chus...

Pero eso Julia todavía no lo sabe, y ellos tampoco.

Son unos buenos chicos, unos críos. Pero su mundo, del que no podrán salir, es cada día más pequeño.

112

Han pasado más de treinta años y he quedado, para vaciar unos cubos de cervezas que ahora venden así, por cubos, con viejos rockeros del periodismo y de la vida, todos en activo de ambas cosas, con quienes trabajé hace siglos en la revista *Cambio16*. Les cuento que estoy escribiendo una historia de los ochenta y les pregunto, sin anestesia:

—¿Qué recordáis?

El primero en responder es Javier Montoya.

—Algo que no podrán decir quienes alguna vez tengan que contar la época en la que estamos ahora: que nada más salir de la facultad tenías trabajo.

—¿Y qué más?

—Que nos los pasábamos muy bien. Que nuestros padres cada vez tenían menos preocupaciones y que nosotros no teníamos ninguna.

—¿Si tuvieras que describir la década con una frase?

—El estado del bienestar.

Papitu asiente y añade detalles escénicos.

—El humo. Había humo por todas partes. En las redacciones, en los restaurantes, en los hospitales. Menos en las iglesias, que se conformaban con el de las velas y el incienso, había humo de tabaco por todas partes. Y también había muchos guardias de seguridad.

Esos guardias empezaron a aparecer a finales de los setenta. La preocupación por la seguridad, cosa curiosa, llegó con la libertad.

—En *Cambio16* había un segurata muy gordo, se llamaba Teo. Un día, al levantarse, se le disparó el revólver. Todos nos quedamos clavados y empezamos a tentarnos, a ver si nos había dado. Menos mal que la bala había ido hacia abajo y se había incrustado en la tarima.

—Otra cosa que estaba en todas partes era la radio —recuerda Huesa—. Entrabas en el taller o en una tienda y la radio, a tope. Abrías la ventana y se oía la radio del vecino. Te metías en el coche y la ponías tú. Por la mañana Luis del Olmo, por la tarde Julio César Iglesias, luego Herrera, con *Las coplas de mi Ser*, y por la noche José María García, *Hora 25*, *El Loco de la Colina...*

—Yo oía *Los 40* —dice Olivares.

—Yo ya era de Radio Tres —precisa Papitu.

—Radio Clásica, que primero era Radio 2, nació en esos años —añade Juan Lucio.

—Nosotros también tuvimos una, Radio Minuto, que luego se convirtió en Radio 16 —recuerda Ángel Carchenilla—. Ahí empezaron Iñaki Gabilondo, Ana Blanco y Constantino Mediavilla. Gente grande. Salas no tuvo suerte, pero inventó el grupo de comunicación: periódico, revistas de información general, de historia, de moda, de viajes y... una radio.

—En esos años la tele empezó también a emitir por la mañana. Yo creo que el primero fue un paisano tuyo, Martínez Soler. Como no había costumbre,

casi nadie la veía.

—Pero, el resto del día, en casa todo el rato estaba la tele puesta. Son los años de Victoria Prego, Arozamena, Aberasturi, Felipe Mellizo, Tola, Carmen Maura...

—Y los de *La bola de cristal*, y Paloma Chamorro, claro. Y los de Rocío Jurado cantando en un programa espectacular que presentaban Bibi Andersen y Carlos Herrera, *Sábado noche*. Y los de *El precio justo*, con Joaquín Prat, con todo el mundo loco por pillar el coche y el apartamento en Torre vieja y él diciendo... ¡A jugaaar!

De los recuerdos risueños Luis Rubio nos lleva a la parte más ingrata de la fiesta.

—El caballo y el sida. No se puede hablar de los ochenta sin hablar del caballo y del sida.

—En mi portal —recuerda José Manuel Huesa— murieron tres por sida.

—Yo tuve suerte —dice Papitu—, pillé tuberculosis y me quité de todo lo malo. A mi alrededor, en mi barrio, caían como chinches.

—En mi pandilla tuvimos también suerte —apunta Javier Olivares—. Nos concentramos en el fútbol, las chicas, las cervezas y... ahí seguimos.

Mariano Casado brinda con cerveza por nuestra propia fortuna:

—Menos mal que a la redacción de *Cambio* no llegó. Los jóvenes fumaban porros, los viejos bebían alcohol.

113

En los primeros años de la década se hablaba poco del sida. César recuerda que Fernando Tejada, el actor, volvió a España en marzo de 1983, después de una gira por los Estados Unidos, con una historia extraña.

—En Nueva York cuentan que hay una enfermedad que está matando maricones.

Nadie le dio importancia. Cosa de americanos. Mucho más interesante su otra experiencia.

—He conocido a Michael Jackson.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Julia—. ¡Hasta mi hermana sueña con él y con los zombis de su vídeo!

—Pues créetelo. Estábamos en San Antonio, comiendo en una terraza, al lado de un río pequeñito. San Antonio es donde está El Álamo, de David Crockett. Como era tarde, para la hora que comen allí, estábamos solos. A eso de las tres y media llegan tres o cuatro con un foco y unas pantallas de luz. Montan un set y aparece otro grupito con un negrito flaquito. Mi compañera Paloma lo identifica.

—¡Es Michael Jackson!

—¿Ese quién es?

—¡El pequeño de los Jackson Five!

Primero le hicieron una entrevista y luego se acercó y los saludó, dándoles la mano uno por uno. Paloma, que se maneja en inglés, empezó a preguntarle cosas. Cuando le comentó que eran actores, se mostró muy interesado y preguntó qué espectáculo hacían.

—Teatro clásico español.

—Qué interesante. Siento no poder ir a veros. Estoy de promoción y hoy mismo nos vamos de aquí.

—¿Y tú en qué andas?

—Promocionando un disco con un vídeo precioso: *Thriller*.

Se ve que la entrevista era en directo para la televisión porque del otro lado del río empezaron a llegar enseguida masas de indígenas pidiendo autógrafos. Los del equipo se llevaron en volandas al pequeño de los Jackson Five.

A lo largo de ese año, en el que *Thriller* suena en todas partes a todas horas, empiezan a hablar los periódicos de «la enfermedad de las cuatro haches»: ataca a hemofílicos, homosexuales, heroinómanos y haitianos. Hasta

finales de 1984, cuando empiezan a morir personas conocidas, o hasta 1985, cuando se identifica el virus causante, el sida no se incorpora al catálogo de preocupaciones cotidianas.

La droga, sí. De la droga se habla con preocupación todos los días. Miguel Ríos, que ya está en su tercera década de popular rockero, advierte de sus riesgos en una canción.

*No montes ese caballo,
pa' pasar de la verdad,
mira que su nombre es muerte,
y que te enganchará.*

El jaco galopa por páramos sociales desolados donde no se advierte el tránsito de la dictadura a la democracia ni el del blanco y negro al color, donde muchos se han caído del tren en marcha y han quedado descolgados de la historia. Viven al límite, no creen en nada y no saben adónde van, pero van *Deprisa, deprisa*, como dice el título de una película de Carlos Saura, se convierten en *Navajeros*, como en la peli de Eloy de la Iglesia o actúan como los *Perros callejeros* de José Antonio de la Loma, que fue la primera del género. Si hace falta, roban coches para ir más deprisa todavía por un universo de paredes desconchadas, bombillas descarnadas, lavabos mugrientos, jergones ensangrentados, miradas asustadas que intentan parecer desafiantes, chupas de cuero, escapes libres y amores salvajes que se tornan destructivos, como todo alrededor, a medida que se van perdiendo las fuerzas para compartir siquiera las soledades, en la búsqueda de paraísos imposibles que convierte en un infierno tu vida y la de los demás: amigos, familiares, vecinos.

O la del primero que pase por allí. Rara es la noche que no llega al Avión alguien contando que ha sufrido un atraco, él o algún familiar, o que ha pasado un mal rato cuando un yonqui se le ha echado encima con las manos temblorosas y la navaja en las manos. Elena Pañeda, que es abogada, sobrina de Reinlein, rubia, menuda y bajita, aparece una noche espantada de lo que ella misma acaba de hacer.

—Ahí mismo, a la vuelta de la esquina, en la calle de Alcalá, me han salido al paso dos tíos malencarados, con una navaja cada uno. Dos tíos enormes, como legionarios. He empezado a gritarles, a llamarles de todo, a decirles que por qué coño me atacan a mí, que qué santos cojones tienen para meterse con una tía...

—Y les has tenido que dar todo lo que llevabas encima

—¡Y se han marchado corriendo, sin llevarse nada! Eso es lo que me tiene acojonada.

Ocurre todos los días, a todas horas, en toda la ciudad, pero no siempre con un final como ese. Casi siempre se sale del paso dando unas monedas al atracador que quizá muera, después de meterse en las venas cualquiera cosa, esa misma noche.

Aunque el Aviión es un oasis, algunas procesiones van por dentro. A Luis, el zaragozano, a quien las damas toman por cura hasta que es demasiado tarde, se le ha muerto de sida la única mujer de la que ha estado enamorado, Carmen. Perico ha perdido también de mala manera a dos de sus hermanos, que eran gemelos. Marina, la hermana de Javier, está desde hace dos años en una cárcel de Canarias: la cogieron en el aeropuerto cuando volvía de Colombia con doscientos gramos de cocaína que traía para costearse la heroína.

115

Se rodarán docenas de películas y se escribirán centenares de libros, pero nadie lo contará con tanta delicadeza como Joan Baptista Humet, en una canción que está sonando desde 1980.

*Clara, distinta Clara,
extraña entre su gente, mirada ausente.
Clara, a la deriva,
no tuvo suerte al elegir la puerta de salida.
Clara, abandonada
en brazos de otra soledad.*

*Esperando hacer amigos por la nieve,
al abrigo de otra lucidez,
descubriendo mundos donde nunca llueve,
escapando una y otra vez.*

El destino es caprichoso. Joan Baptista Humet morirá de cáncer con cincuenta y ocho años, en 2008. Poco antes tendrá noticia de que la chica que inspiró esa canción logró salir de la droga y sigue felizmente viva. Ahí queda, en la memoria de una generación, «achicando penas, para navegar» mientras «estrellas negras vieron por sus venas y nadie quiso preguntar».

*Clara se vio atrapada,
abandonó el trabajo,
se vino abajo.
Recorriendo aceras dicen que la vieron,
ajustando el paso a los demás,
intentando cualquier cosa por dinero,
para hincarse fuego una vez más.*

No es la historia de una persona. Es la historia de una generación a la que nadie sabe dar abrigo ni respuesta.

116

Encuentro la letra de «Clara» en internet el 28 de noviembre de 2016. Acabo de llegar a casa después de pasar unas horas muy agradables con buenos amigos con los que he ido a ver *La suite emocional*, un delicioso espectáculo del actor Roger Álvarez en el teatro Lara. Después hemos echado unas horas y unos vinos en Aió, de la Corredera Baja. Cuando ya estábamos hartos de deshacernos en elogios sobre el buen trabajo de Roger y hartos de mostrar nuestra perplejidad sobre la actualidad política de este año, que ya va terminando, echamos la vista atrás y hablamos de los ochenta, que todos vivimos con diferentes edades pero con uso de razón.

Juanan, que es el más pequeño, lo primero que recuerda es a *Mazinger Zeta*, Mecano, la época dorada del camping, los filetes empanados con pimientos, el Ford Fiesta, el R-5 y «las chapitas, precursoras de los pines».

Silvia, que es de los mayores, recuerda la fiebre de las sevillanas —«¡En Bilbao llegaron a abrir cuarenta academias!»—, junto con cosas mucho menos gratas.

—Yo, con veinte años, trabajaba en publicidad. Un día mi jefe nos propuso a mí y a otras compañeras que nos fuéramos de putas, quiero decir, como putas, «con unos navieros, unos grandes clientes de la compañía, que quieren conocer chicas nuevas». Lo mandamos a tomar por el culo, claro.

María, que siendo jovencísima participó en una de las primeras pelis de Almodóvar, no tiene que esforzarse para recordar.

—Follar. Cuando te has pasado la juventud con Franco solo quieres hacer lo que antes no te dejaban hacer. Los ochenta nos los pasamos follando. Yo no sabía lo que era un condón. Follar y follar, sin dar explicaciones a nadie.

A Luis, que regenta una administración de loterías, lo primero que le viene a la mente son los problemas con el servicio militar obligatorio.

—Tuve suerte. Me hago objetor de conciencia, llego al campamento sin saber qué va a pasar porque en esa época, una de dos: te mandan a tu casa o al calabozo. En esos años hay muchísimos insumisos. Yo tengo ya destino en León. Me mandan a Capitanía y me piden que rellene un impreso, pero tengo suerte: se han acabado los impresos. Me dicen: «Váyase a su casa y ya veremos qué hacemos». Hasta hoy.

Juan, que es periodista y está casado con Juanan, lo primero que recuerda es a «los nuevos románticos, Duran Duran, Spandau Ballet, el mariconeo encubierto, las hombreras, los calentadores que pone de moda Eva Nasarre con su programa de gimnasia en la tele y, sobre todo, la mezcla: de todas las tribus, de todas las clases. En los ochenta, mucha mezcla».

Como se crio en el barrio de San Blas, vivió también el horror del caballo desde otra dimensión: la de los vecinos que tienen que convivir con quienes van «deprisa, deprisa».

—Robo de coches, asaltos, calles por las que no podías pasar, tramos donde te jugabas la vida. Si no te habían levantado el coche te habían

levantado el casete y si no te habían levantado el casete ni el coche era porque el yonqui estaba dentro, picándose o durmiendo. Al final todos dejábamos los coches abiertos, para que, por lo menos, no rompieran los cristales. Por la mañana tenías que enfrentarte al tío para que se fuera con el mono a otra parte.

Algunos jóvenes del barrio habían convertido sus vidas en un continuo desafío. Como Kung Fu y el Pirri, que llegaron a ser muy famosos. Y muchos más, cuya fama no saldría del barrio pero tampoco ha salido de su memoria.

—Vivir en el extrarradio, para alguien con sensibilidad un poco especial, era un problema serio. Era un problema para ellos, claro, pero también para los demás.

117

El reguero de jóvenes enganchados al caballo que llega cada día al hospital está convirtiendo a Lola y Sara en expertas, muy a su pesar. Julia está cada vez más preocupada por lo que ve en Fuenlabrada y por lo que le van contando.

—O sea, que lo grave no es la droga, sino las cosas que le añaden.

—Pues claro. Las drogas son como las medicinas, si ajustas las dosis no hay problema. Pero cuando no sabes lo que te metes en el cuerpo... Pasa también con el chocolate. No es lo mismo el polen que viene de Marruecos, y se deshace en la mano sin calentarlo, que la goma o el doble cero ese que dicen que viene de Afganistán. Es más caro y más potente, pero vete a saber qué te estás metiendo. En el costo, como hay menos negocio, hay menos fraude. Con el jaco, como corre más pasta, mucho más. Y con la *farlopa*, más todavía. ¿Tú has visto ese adormecimiento de la lengua que deja? Lo consiguen metiéndole anestésicos locales.

Esa es otra: la *farlopa*. No circula con tanta alegría como el hachís, pero circula, y no es verdad que sea droga de ejecutivos, como dicen. Los ejecutivos la consumen, desde luego, pero no solo los ejecutivos. Hace poco estuvieron en una discoteca, junto a la Torre de Valencia, y había docenas de

chavales haciéndose las rayas a la vista, encima de un pequeño mostrador, camino de los servicios. En docenas de pubs han visto salir del baño a cuatro o cinco a la vez, muertos de risa y quitándose de la nariz los restos de polvillo blanco. A diferencia de la heroína, que es droga privada, la coca es droga social. Hasta los chicos del instituto se compran de vez en cuando medio gramo, reuniendo entre varios las seis mil pesetas que cuesta, «para seguir la fiesta», dicen, después de muchas horas de copas y canutos.

Julia y sus amigas también la han consumido así, en pandilla, pero procuran marcar distancias. Los tíos se ponen muy pesados con la coca. Hablan sin parar, se ven guapísimos y listísimos y, lo peor: creen que si te invitan a una raya el polvo está asegurado. Al subir al coche, lo primero que hacen es sacar la billetera, poner encima un montoncito de cocaína y preparar una o dos líneas, con una tarjeta de crédito. Luego enrollan un billete y te lo ofrecen.

—Anda, pruébala. Es muy buena.

Si no la pruebas, seguirán insistiendo. Si consiguen que subas a su casa o subir ellos a la tuya, la insistencia será insoportable. Imposible quitárselos de encima.

118

Es sorprendente la cantidad de gente que le da a la *farlopa*. Gente que no podrías ni imaginar. Un compañero del instituto, especialista en ensayo del siglo XVIII y autor de una tesis impresionante sobre Jovellanos, dejó a Julia de piedra cuando por primera vez se vieron a solas, camino de la cena de Navidad, y nada más subir al coche sacó el billetero.

—¿Una alegría?

Igual de sorprendida se quedó Sara cuando el jefe de su departamento del hospital, en otra de esas cenas de compañeros donde todos se sueltan tanto el pelo, le hizo una confesión.

—De vez en cuando voy a Málaga, me hago una cura de desintoxicación y

vuelvo. —Es un tío muy directo—. ¿No quieres tú una?

—No, gracias.

—¿Y follar? ¿Quieres follar?

—Tampoco.

—Pues nada.

Lo malo de los tíos directos es que cuando la siguen la consiguen. Una tarde de diciembre, cerca ya de las Navidades, la siguió y la consiguió. Se presentó en el piso de la calle Ibiza con dos drogas autóctonas a la vista que a Sara le tocaron el corazón: una caja de mantecados de Estepa y una botella de anís del Mono. Un detalle romántico, pensó Sara, que estaba sola en casa, mientras se dejaba empujar hacia la cama con un polvorón en una mano y una copita de anís en la otra, cumplido el ritual de las dos líneas sobre la mesita de cristal del comedor. Mientras terminaban la copa y el mantecado, que duraron algo más que el polvo, hizo la pregunta más estúpida que una puede hacer en esa situación.

—¿Y tu mujer?

—Abajo, en el coche, le he dicho que venía a consolar a la viuda de un paciente.

Desde ese día, Sara no volvió a catar la *farlopa* y el doctor no volvió a catar a Sara.

—Solo faltaba. A mí me gustan los canallas, como a todas, pero una cosa es ser un canalla y otra ser un hijoputa. La coca los vuelve locos.

Lo de Lola es distinto. Lola una mañana se despertó anormalmente triste, deprimida, melancólica. Ella, que siempre amanece contenta y con ganas de poner el flamenco a tope. Cuando se dio cuenta de que era la resaca que le había dejado en el ánimo el colocón de la noche anterior, le dijo con todas las letras:

—Hasta aquí hemos llegado.

Algo parecido dice Julia cuando en el *parking* del instituto ve a los dos profesores más guapos y más modernos, Carlos y Marga, forcejear y discutir violentamente.

—¡Te la has metido tú, hijo de puta!

—Me meto lo que me sale de los cojones y tú no eres nadie para controlarme.

Son pareja, viven juntos desde hace años, se dejan el sueldo en droga y, cuando no les llega, se sacuden. Piensa, con horror, que si le hubiera seguido el rollo a Kiko podrían haber terminado igual. La verdad es que ella se fue alejando del *visio*, como llamaban a la cocaína los colegas de Valencia y Granada, a medida que su novio se iba metiendo más y más.

No fue de un día para otro. Desde que se vino a Madrid, va para cinco años, empezaron a ir con el paso cambiado. A medida que ella iba creciendo, él se iba quedando pequeño. Nunca llegó a tener un comportamiento animal, como el de Carlos y Marga en la escena del *parking*, pero cada vez tenía un comportamiento más vegetal.

El último verano que pasaron juntos, el del ochenta y tres, fue un desastre. Aunque estuvieron en sitios que les gustan a los dos, entre el cabo de Palos y el de Gata, y dedicaron tiempo a las cosas que siempre les han unido (el mar, el sol, la música, el baile), era como vivir a velocidades diferentes. Cuando volvieron a verse, en Nochevieja, eran dos desconocidos. Esa noche terminó todo. Y hasta hoy.

Una parte de ella sigue enamorada del valenciano. Todavía se le rompe algo por dentro cuando se acuerda de él. Si la necesitara, ahí estaría. Si él le dijera «ven», lo dejaría todo, como en ese bolero que toca César cada noche.

*Si tú me dices ven,
lo dejo todo.
Si tú me dices ven,
será todo para ti.*

Pero él nunca dirá ven ni dará muestras de necesitar a nadie. Los vegetales no saben expresar afectos y menos cuando se abonan a sí mismos con polvo

blanco.

Conversación en el Lyon

120

Javier, con quien Julia se mete en la cama de vez en cuando pero no ha vuelto a meterse en los aseos después de la noche de Tierno, el loro y el Caballero de Orión (no consigue que se le quite de la cabeza aquella gilipollez que leyó en la puerta del váter, mientras le hacía el regalo a su amigo), dice que si alguna vez le toca la lotería va a comprar el Avión.

—Además, voy a patrocinar una escuela de pianistas que se llamará Maese César, para garantizar la continuidad de la especie.

—Qué ocurrencia. Esto de la hostelería es el trabajo más esclavo que hay. Peor que el instituto.

—Qué va. Mira qué contentos están siempre Leo y Manolo. Y Perico. Y Antonio el Chato. Esto se parece mucho a la idea que yo tengo del paraíso terrenal. Lástima que no venga por aquí Galdós para describirlo con detalle, como hizo con *La Fontana de Oro*, y que alguien pueda reconstruirlo dentro de un par de siglos. En la calle de la Victoria, con las descripciones de Galdós, van a volver a abrir La Fontana de Oro y van a poner un bar irlandés.

—También tiene delito. Tomarse el trabajo de reconstruir La Fontana de Oro para poner un pub irlandés. No sé yo qué diría Galdos.

—Diría que le gustan los pubs y que qué le vamos a hacer, si eso es lo único que consiguen exportar los irlandeses.

¿Qué habría contado Galdós si hubiera venido al Avión? Habría empezado diciendo lo mismo que de La Fontana de Oro: que «entre los numerosos defectos de aquel local, no se encontraba el de ser excesivamente espacioso» y que «era el centro de reunión de la juventud ardiente, bulliciosa, ardiente por la impaciencia y la inspiración, ansiosa de estimular las pasiones». Luego contaría que, nada más entrar, apartando un cortinón de plástico negro que la gente conservará en la memoria como terciopelo rojo, a la derecha hay un mueble de madera azul de un metro de altura, dos de largo y un palmo de

ancho sobre el que cuelga una cortina negra que también es de plástico por más que la mella del tiempo lo disimule. En la parte superior de ese tinglado, detrás de la cortina, cuelga la cerillera los abrigos. En la mitad inferior, detrás del mueblecillo, guardan los camareros las cajas de cerveza. Para cogerlas tienen que correr el mueble hacia el fondo, contra la puerta del servicio de señoras, que abre hacia afuera. Habría contado que ese servicio, que suele estar más limpio que el de caballeros y tiene taza, es el que utiliza el pianista del establecimiento, que aprovecha las visitas para echarse un cigarro recordando una letrilla que leyó años atrás, en el W.C. de Terraza Riscal.

*Cuando vayas a cagar
lleva el cigarro encendido,
fumarás, cagarás
y estarás entretenido*

Y habría contado que una noche, cuando ya solo están los clientes más recalitrantes y Perico ha corrido hasta el fondo el mostradorcillo, para reponer las cervezas, se oyen unos golpes tremendos en la puerta del retrete. Es César, golpeando desde dentro con el bastón. Lo han dejado encerrado y lleva un rato pidiendo socorro. Cuando retiran el mueble, pregunta a grito pelado, con la puerta entreabierta:

—¿Qué queréis? ¿Que me mate a pajas?

Es el preciso instante —escribiría Galdós— en el que la hermosa Julia, subyugada por el festivo humor del músico y animada por la reiterada ingestión de espirituosos, da un suspiro profundísimo, que parece sacar al espacio los misterios encerrados en el Santa Sanctorum de su pecho, y decide que ni Kiko ni Juan ni Javier ni el padre Dorronsoro: este tío tan raro tiene más gracia que todos los demás juntos. Le tiene que romper la cáscara. Como sea.

Será de la manera más convencional.

—¿Podía quedar una tarde contigo, maestro? Estoy pensando en estudiar algo de música y te quiero pedir consejo.

—Quedamos cuando quieras. A mí por las tardes lo que más me gusta en el mundo es quedar con tías que están tan... que están tan, ¿cómo te diría yo? — pregunta, mientras mira de arriba abajo a la profesora, que le echa un cable.

—¿Que están tan qué, maestro?

—Que están tan inteligentes como tú.

122

Quedan en el café Lyon, entre la Cibeles y la Puerta de Alcalá, según se sube a la izquierda. En el Avión, César solo bebe Coca-Cola; cuando tiene sed toca la canción de la película *Mi tío* y los camareros ya saben lo que tienen que hacer. Hoy se pide una cerveza «grande y fresquita». Se pedirá dos más, mientras la profesora se toma sin prisas un *gin-tonic*.

—Aquí siempre hubo tertulias literarias y políticas. Aquí han tenido tertulias Cossío, Bergamín, García Lorca... Yo los he visto a todos. Siempre he vivido aquí al lado.

—¿Dónde, exactamente? —aprovecha Julia—. ¿En el edificio que hace esquina con Alfonso XII?

—El que está en medio, el número 9. Ahí, en la quinta planta, tiene usted su casa.

—Era la casa de tus padres, ¿no?

—Yo siempre he sido huérfano —contesta, con su media sonrisa de sátiro, antes de darle una calada al cigarrillo y seguir contando historias del café—: Debajo, en el sótano, estaba La Ballena Alegre, donde se juntaba José Antonio con sus amigotes, antes de la guerra. Si quieres, luego bajamos. Es una sala muy parecida a la zona de mesas del Avión, con un asiento corrido alrededor. Aquí venía José Antonio con su Chevrolet amarillo, aquí compusieron sus amigos el «Cara al sol» y aquí lo detuvieron una noche, harto de whisky.

Se lo había dicho Perico: César es un libro abierto que solo se abre cuando él quiere. Es la parrafada más larga que le ha escuchado desde que se conocen, va para cinco años.

—Un poco más para arriba, llegando a la plaza, estaba El Sotanillo, un café lleno de recovecos, escondites y rincones oscuros, propicio para la conspiración y el amor discreto. Yo era amiguete de Ángel, el hijo del dueño, y vi muchas veces a Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus, tomando natillas y chocolate con sus discípulos, todos muy jovencitos.

Se conoce todos los secretos de Madrid. Cuando Julia comenta que viene de recoger unos libros de un taller de encuadernación en la calle Serrano Anguita, le cuenta una historia curiosísima.

—Esa calle, que ahora llaman así, se llamó toda la vida con el nombre de un santo que no existe: san Opropio.

—¿Cómo que no existe?

—Busca en el santoral y me dices. Es que ahí, a finales del siglo XVII, no había ni calles, se terminaba la ciudad, salía la carretera de Cuatro Caminos, había una cárcel, unos conventos y las tierras de un noble, el marqués de Abrantes, que harto de que pasara la gente por su finca puso un cartel: «Uso propio». Con el tiempo el uso se quedó en ese, y de ahí al san Opropio, un paso. En los años sesenta lo contó Serrano Anguita, que era cronista de la villa, y le pusieron su nombre.

A Julia le encanta el recorrido por el callejero, pero toca cambiar de terreno.

—¿Siempre te han llamado así, el maestro?

—Siempre. Cuando empecé a tocar en el restaurante Zalamea, donde todos los clientes me doblaban la edad, ya me llamaban el maestro, supongo que de cachondeo. Ahora algunos, a los que yo doblo la edad, me ponen delante un don que no me ha sacado de pobre.

—Al alcalde le pasa como a ti: que desde joven lo llaman el Viejo Profesor.

—Ya, pero yo no tengo nada que ver con Enrique Tierno Galván. Él siempre ha sido mucho más viejo que yo, porque él es viejo desde que era un niño y yo sigo siendo un niño, aunque vaya para viejo.

—Tú no vas a ser nunca viejo.

—Eso es verdad, pero también es verdad que los jóvenes cada vez tenemos más años.

123

Increíble. El maestro está hablando por los codos. Y no para.

—Tierno siempre ha sido más viejo que yo, ya te digo, y mucho más raro, dónde va a parar. Eso no quiere decir que yo no sea raro. Lo soy, y lo sé. Y por si no lo supiera, me lo decís a diario con la mirada. Tú también, no te rías: «Es un bicho raro». Lo que pasa es que vosotros también sois bastante raritos, a Dios gracias, y por eso me encuentro en mi salsa: cada uno de su edad, de su sexo, de su condición, de su padre y de su madre, de su pueblo. ¿Tú sabes cuántos pueblos hay en España?

—Cincuenta provincias, a cien por provincia... ¿cinco mil?

—Ocho mil cincuenta y dos, lo he leído esta mañana en el periódico. Pues yo en estos años he visto pasar a gente de cada uno de esos ocho mil cincuenta y dos municipios. Por el Avión pasa gente de todos los pueblos. Yo no soy nada patriota, pero, si existe España, seguro que se parece al Avión. Cada uno con su rollo, como dirías tú, con sus ilusiones, con sus tonterías y con sus penas auestas, que se manifiestan según se vaya dando la noche y según vayan entrando las copas, pero todos apechugando con sus rarezas igual que yo apechugo con las mías. Me gusta.

—Yo eso siempre lo he pensado, maestro: que te gustamos.

—Unos más que otros y unas más que otras, ji, ji. —El maestro tiene la voz muy fina, algo cantarina y un poco atiplada, más propicia al ji ji que al je je—. Pero claro que me gustáis. Los de ahora. Los que venís ahora no tenéis nada que ver con los que venían antes. Para empezar, antes solo venían hombres, las mujeres que había estaban al descorche. Y si quedabas con una en una cafetería, como hemos quedado tú y yo, te esperaba a la puerta y entraba contigo. Y solo quedaba si eras su novio, claro. Las mujeres ni

entraban solas en los bares ni pagaban las consumiciones ni salían con hombres que no fueran sus novios formales.

—Los tiempos cambian, menos mal.

—Cambian de un día para otro. En los últimos años se ha visto mucho ese cambio. No sé si sabes que a principios de los setenta nos cerraron el bar.

—No, no sabía.

—En el Avión había señoritas.

—¿Putas?

—No exactamente. Chicas que se buscaban la vida, sin más. Entre los años cuarenta y los sesenta eso pasaba en todos los locales nocturnos, empezando por las salas de fiesta y los restaurantes más finos. Yo no las llamaría putas.

—Pero, vaya...

—Ahora las mujeres vais a la universidad y trabajáis, pero dime tú después de la guerra cómo se podía ganar la vida una mujer, a la que igual se le habían muerto todos los hombres de la familia. La única manera era ponerse a servir, por una miseria, o arrimarse a un hombre, ya fuera para unas horas, para una noche o para todas las noches de su vida.

—¿Y qué pasó en el setenta?

—Que los mismos que antes iban a echar el rato con esas chicas empezaron a hacernos la vida imposible. Pero no hay mal que por bien no venga. Manolo puso anuncios en el *ABC* para traspasar el local, pero como nadie mostró interés tiró para delante, ya sin señoritas, y aguantamos el tirón.

—¿Y tú?

—Yo pasé muchas noches tocando solo, con Valeriano, el Sinatra y los demás bolingas del barrio, pero poco a poco empezaron a venir estudiantes y... hasta hoy.

César está contento con su suerte y con los cambios de los últimos años.

—Estoy contento, es verdad, pero no creo que sea solo yo. Yo nunca había

visto en España tanta gente tan contenta. Parece como si todos llevaran veinte duros en el bolsillo y estuvieran dispuestos a echarse la mano al billete para decir: «A esta invito yo». Eso nunca se había visto aquí. Sí, son buenos momentos. Y conste que a mí, ahí donde me ves, siempre me ha tratado muy bien la vida. No me puedo quejar.

—¿Y por qué dejaste las ciencias?

—No las dejé. A mí me sigue interesando la ciencia, que es, como la música, una mezcla de emoción y de razón. Me interesa saber en qué consiste el mundo, cómo empezó, cómo evoluciona, hasta dónde llega, hacia dónde camina. Pero una misma persona no puede tirar para adelante, en una sola vida, con la ciencia y con la música. Sería demasiado. Sería llevar a sus máximos extremos la curiosidad intelectual y la curiosidad de los sentidos. Terminarías loco. Había que elegir y yo creo que acerté, eligiendo la música.

—¿Y qué dice tu familia?

—¿Qué familia? Yo no tengo familia —responde, poniendo cara de pocos amigos por primera vez en toda la tarde.

—Me han dicho que vives con una mujer y que dices que es tu ama de llaves.

—Es que es verdad. Vivo con una mujer y digo que es mi ama de llaves porque es mi ama de llaves. Se llama Rosario, es gallega. Cocina como una mula. Pero la casa es muy grande y pueden pasar semanas sin que nos veamos.

—¿Y no hay más mujeres en tu vida? En el Avión he visto a más de una haciéndote ojitos.

—¿Lo dices por Margarita, la India? Esa está loca, pero no creo que sea por mí.

—Es por ti, lo sabes perfectamente. A quien le lleva siempre flores es a ti, desde luego.

—Nada, nada. Desde que vienen chicas tan jóvenes, en el bar prefiero el amor platónico. Veo una entre el público, me enamoro, toco para ella y sigo tocando para ella cada noche, aunque ella no se entere, hasta que se me pasa. A partir de cierta edad hay dos cosas que no se deben hacer porque son antiestéticas. Una es hablar de la salud...

—¿Y la otra? ¿Hablar de dinero?

—No. La otra es echar los tejos a una mujer a la que doblas la edad. Lo único que puedes hacer, y más con el ganado actual, es ponerte a tiro. Ahora sois vosotras las que decidís, esto ya no es como era. Y yo eso es lo que hago, ponerme a tiro, y alguna cae, no creas, aunque otras no me hacen ni caso, claro. ¿Sabes una que me gusta mucho y ni me mira? Esa morenaza del periódico que viene siempre sola, con un coche amarillo chillón.

—¿Nieves Concostrina?

—Exacto. Nieves Concostrina. Está de muerte.

125

Ha llegado el momento de pisar terrenos pantanosos.

—¿Yo te gusto, maestro?

La repasa de arriba a abajo, con mirada de ida y vuelta, como si fuera la luz de una fotocopidora.

—Estoy cojo, pero no estoy ciego. Claro que me gustas.

Se acabó su turno de preguntas. A partir de ahí quien pregunta es César. Sobre el instituto, sobre los gustos literarios de Julia, sobre su abuela de Granada, sobre el divorcio de sus padres. Le llama la atención que gente de esa edad, con los chicos crecidos, se haya apuntado a esa ley del divorcio que tanto critican.

—Mis padres siempre han sido muy progres. Se conocieron en movimientos de cristianos comprometidos y se metieron juntos en el Partido Comunista. El problema es que se casaron de penalti y yo creo que nunca han estado enamorados.

—¿Y qué pasó? ¿Se fue él con una más joven?

—No. Se fue ella primero, con uno mayor; se llama Sergio, es diseñador gráfico y tiene tres hijos adolescentes. Un tío majísimo. Tiene ya sus años, pero es muy moderno. Se llevan muy bien, pero no solo mi madre. Mi padre, que ahora sale con una clarinetista de la banda donde toca, se lleva también muy bien con Sergio. Lo llama *cuñao*.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo, porque todos nos llevamos muy bien con todos. Cuando quieras te los presento. Hay reuniones familiares a las que viene Sergio con sus hijos, que tratan a mi madre como si fuera la suya. Hace unos meses nos vimos todos aquí, en Madrid, estuvimos de cañas por la costa del Retiro, y mi padre vino con Nuria...

—La clarinetista.

—La hija de la clarinetista, que es de mi edad. La clarinetista se llama Miriam y tiene más de cuarenta. También está separada, aunque creo que no llegó a casarse nunca, y la hija vive en Madrid, con su padre, aunque de vez en cuando sale también con el mío.

—¿Y tus hermanos y tú no habéis tenido trauma?

—Yo, para nada. A mí ya me ha pillado mayor y lo veía venir desde antes que ellos. Lo único que ha cambiado es que antes teníamos una casa y ahora tenemos dos, bueno, tres, porque Sergio tiene casa también aquí, en Madrid. A mí siempre me han gustado las familias numerosas. Mis hermanos ni se han enterado, ellos van a su bola, los dos. Raquel, mi hermana, estaba en una edad peor, pero tampoco lo lleva mal. Al principio le daba no sé qué contarle en el colegio, pero cuando se lo dijo a sus amigas se le quitaron los problemas y ahora... ahora la mitad de sus compañeros están igual. De todos modos, Raquel es muy suya, es alta y grandota, parece mayor de lo que es y también va siempre a su bola.

126

Cuando se separaron los padres, Julia ya andaba por Madrid, pero Raquel vivía todavía con ellos. Recordará de por vida que el 23-F estuvieron poniendo dibujos toda la tarde en la tele y que su padre estaba cabreado como una mona: había tanques por la calle, y mamá, que se había ido a la oficina por la mañana, ni había vuelto ni había llamado. Se separaron cuando no había cumplido los diez años. Hasta que los dos fueron asentándose con sus nuevas

parejas siguieron viajando juntos en vacaciones y celebrando en familia los cumpleaños. Fue un tránsito natural. Habría sido perfecto si no fuera por las monjas.

—Mi hermana, para ir al cole, unos días cogía la ruta en el pueblo donde vive mi padre, al lado de Valencia, y otros en el barrio de mi madre, Los Cármenes. Siempre tenía que estar buscando excusas y mintiendo como una bellaca, porque las monjas no lo sabían y no les cabía en la cabeza que nuestros padres estuvieran separados.

—Las monjas para qué se meterán en esas cosas.

—Ya, pero se meten. Cuando se enteraron, le echaban la culpa a mi hermana. «No habéis hecho lo que teníais que hacer para mantener la familia —le decían—. No os habéis esforzado. La culpa de esa ruptura la tenéis todos».

—A los curas y las monjas siempre les ha gustado buscar culpables.

—Pues yo, si alguna vez tengo hijos, no irán a un colegio de monjas si no es pasando por encima de mi cadáver. Son horribles. De pequeña me vengaba llevando calcetines deportivos con rayas rojas, en lugar de llevarlos blancos, que eran los del uniforme, o me remangaba la falda en la cintura para que subiera por encima de la rodilla.

—Ahora te vengas de otra manera.

—Ahora me vengo haciendo todos los días lo contrario de lo que las monjas me recomendaban. Lo que me da la gana.

—Yo creía que también había monjas progres...

—Las mías, no. Las mías son de las que salen a manifestarse contra los socialistas, como locas, diciendo que están rompiendo la familia. Ellas, que en lugar de crear una familia se han metido en un convento. Yo sí tengo una familia, más familia que nunca: mi padre, mi madre, el novio de mi madre, la novia de mi padre, los hijos de unos y de otros. ¿Querían familia? Pues toma familia.

Al pianista le hace gracia lo que le cuenta la profesora. Le gustaría decirle que le da envidia, que a él también le habría gustado tener una familia así y no la que le tocó. Que cuando él era un niño los divorcios eran de otra manera: el padre se marchaba por tabaco y no volvía o le montaba un piso a la querida en el otro extremo del barrio y solo lo veían por casa de higos a brevas. Aunque la mitad de la familia lo sabía y la otra mitad lo sospechaba, nadie decía nada. Lo importante era mantener las apariencias y los ingresos regulares. En familias como la suya esas dos cosas, las apariencias y los ingresos, las tenían todos en muy alta estima. Ya le habría gustado a él poder ir de cañas con su madre, con su padre y con la novia de su padre, como Julia.

Pero no. A él no le gusta hablar de su familia. Como mucho, una leve referencia a la doble moral que, aún hoy, sigue vigente en su barrio.

—Aquí, en el barrio de Salamanca, se están divorciando todos los que salían a manifestarse contra la ley del divorcio. Delante de mi casa pasaban gritándole a Fernández Ordóñez: «¡Nos has quitado el dinero y ahora nos quieres quitar a las mujeres!». Ya sabes que Fernández Ordoñez, que ahora está con los socialistas, fue el que hizo la reforma fiscal con Suárez y la ley del divorcio con Calvo-Sotelo.

—Fraga votó en contra, ¿no?

—Fraga siempre vota en contra. Se desgañitaron él, los obispos y muchos de la UCD de tanto decir que se rompía la familia. Y ya ves lo que ha pasado: en lugar de romperse las familias, ahora son más numerosas, como la tuya.

—A este paso se divorcia Fraga.

—Antes se divorciará la hija de Franco, que ya está en camino —aventura el pianista antes de dar un quiebro y preguntarle por Javier.

—Majo ese chico con el que andas. ¿Es tu novio?

—No, solo somos amigos.

—Ya me parecía a mí. Mucho arroz para poco pollo.

Luego, como si estuviera hablando solo, se pone a divagar sobre la noche. Una de las cosas buenas de la noche, dice, es que tarde o temprano cada cual se manifiesta como es. De noche todos los gatos son pardos. Las penumbras te ayudan a disimular defectos, a parecer mejor de lo que eres y, sobre todo, a esconder tu timidez. Pero cuando son muchas las noches y muchas las copas, la noche nos hace a todos transparentes.

—Incluso a mí. Por mucho que digan que el maestro es un tío raro, yo soy como parezco, no hay más que rascar. Un tío que se gana la vida tocando el piano en un rincón de un bar que por sí mismo tiene algo de rincón. Y un tío que vive la vida a su manera, lo que no quiere decir ni mucho ni poco; quiere decir vivir, que ya es bastante. A mucha gente, empezando por gente de mi familia (porque yo no tengo familia, pero la tuve), mi trabajo le parece deleznable, pero a mí me parece el mejor del mundo. ¿Habría algo mejor para un músico que tocar cada noche para gente que lo escucha?

—Ya sabes lo que dicen los periodistas: «No le digas a mi madre que soy periodista, ella piensa que toco el piano en un burdel».

—Sí, tiene gracia, periodistas y pianistas de burdel disputándose el último escalafón del prestigio social. Tiene gracia pero es una gran gilipollez. La música y la palabra escrita están entre las actividades esenciales del ser humano. Y entre las más entretenidas, desde luego.

129

De eso también quería hablar con él: de la música. Es verdad que anda pensando en aprender a tocar algún instrumento, quizá el piano. Se lo comenta.

—Ni se te ocurra. El piano son muchas horas de soledad y tú eres una mujer muy sociable. Mejor estudia violín, o chelo o flauta, y enseguida te puedes poner a hacer música de cámara con otra gente. Como si quieres tocar la guitarra eléctrica, que ya hay mujeres que la tocan, pero el piano, no. El piano es la continua soledad, salvo que tengas la suerte de tocar en burdeles, como yo.

—Vale, me lo pensaré. Más consejos.

—Que si quieres aprender a tocar algo, tienes que tocar todos los días. Hora y media diaria, por lo menos. Y que no te hagas trampas a ti misma: no pases al siguiente compás si no te has aprendido el anterior. Y un consejo más: sea cual sea al instrumento que elijas, toca a Bach. Bach es el rey de la creación, el número uno de los Cuarenta Principales. En Bach está toda la música. En Bach encontrarás esa mezcla de música y de ciencia, de razón y de emoción, de la que te hablaba antes. Bach es Dios.

—Tiene gracia que digas eso, César. Nunca te he oído tocar nada de Bach.

—En el bar, nunca. Ni el público ni el piano se prestan. En casa, todos los días. En el bar, con *La marcha turca* de Mozart, el *Claro de luna* y la *Polonesa*, van que chutan. Si yo me pusiera a tocar cada noche a Bach no diríais que soy un tío raro, diríais que soy un coñazo. A Bach me lo guardo para casa. Toco a Bach cuando estamos Bach y yo a solas.

130

Algún día, dice Julia, en su casa colocarán un cartel como el que tiene Ortega y Gasset a la vuelta de la esquina.

—Seguro que ponen algo así como: «Aquí vivió el reputado artista del piano César Martínez».

—Con lo de reputado me bastaría: «Aquí vivió el reputado Martínez». Yo no soy artista, soy un artesano de la música. Toco canciones porque unos se han tomado la molestia de componerlas y a otros les gusta escucharlas. Yo también he compuesto algunas, que no pasarán a la historia de la música, pero las pongo todas las noches en el estadillo de la Sociedad General de Autores para que a final de año me den unas perras. Ahí empieza y termina mi negocio. No soy bueno, pero tampoco debo de ser malo. Me gusta lo que hago.

—¿Y no te da no sé qué estar tocando a veces sin que nadie te haga caso?

—¿Quién te ha dicho que no me hacen caso? En el Avión siempre hay alguien que hace caso. Si no, tampoco pasaría nada. Es un privilegio saber

que, mientras tú tocas, la gente esté haciendo lo que más le gusta hacer: charlando, metiéndole mano al novio, pensando a ver cómo le mete mano a la novia, dándole vueltas a sus cosas, rumiando decisiones importantes, intentando olvidar. ¿Cuántos primeros besos se habrán dado mientras yo toco la canción de *Casablanca*, que no hay noche que no me la pidan dos o tres veces? Yo toco para los demás. Si los demás quieren cantar, toco para que canten. Si quieren besarse, toco para que se besen. Si quieren conversar, toco para que conversen. Tú sabes que a mí me gusta el cine, ¿no?

—Sí lo sé, sí.

—¿Se te ocurre algo mejor que ponerle banda sonora a la vida de la gente? A eso me dedico yo.

131

A Julia se le arremolinan en la memoria todos los músicos que han ido poniendo la BSO de su vida sin que ella les haya echado cuenta. Los pianistas de los hoteles, los tríos de *jazz* de los pubs, las charangas de las fiestas, las bandas de los pueblos, los flamencos del Sacromonte o los músicos que tocan por la calle o, de un tiempo a esta parte, en el metro. No siempre les ha prestado atención, la verdad. Y nunca se le había pasado por la cabeza que detrás de cada uno de esos músicos hay muchísimas horas de estudio y detrás de cada uno de ellos hay, seguro, una historia como la de César.

—¿A ti nunca te han hecho ningún desprecio?

—A los músicos siempre nos hacen alguno. Lo que no me ha pasado nunca es lo que le pasó aquí al lado a mi amigo Ángel Alegre, que es pianista como yo y andaluz como tú, de Málaga. Ahora se ha vuelto a su tierra y gana una pasta tocando en hoteles de la costa.

—Lo de Ángel Alegre será nombre artístico.

—No, qué va. Siempre se ha llamado así. En los sesenta venía por el Avión, como cliente. Luego estuvo unos meses tocando muy cerca de aquí, en el Sportman, donde vienen carcamales, militares de alta graduación y señoras

muy mayores y muy mandonas, de esas que también tienen alta graduación. Un ambiente muy del barrio de Salamanca. Un día que estaba el local tranquilo y estaba él tocando, entraron unas de esas señoras y se sentaron en una mesa cerca de la barra, sin verlo. Oyó como una le pedía al camarero: «¿Por favor, podría bajar la música?». Yo creo que fue eso lo que hizo que se volviera para Málaga.

132

Son las ocho. El pescado, por hoy, está vendido. César tiene que irse a trabajar y ella tiene que echar un par de horas en casa, corrigiendo exámenes. Se confirman las sospechas: el pianista es un fuera de serie, un compendio de historia y un misterio andante. No concuerda que tenga la cultura que tiene, viva en uno de los pisos más caros de Madrid y se pase la vida tocando entre cajas de cerveza. ¿Y qué pasa con esa familia que «tuvo y ya no tiene»? Vete a saber. De momento consigue sacarle una cita para pasear por el Retiro, aprovechando al vuelo un comentario.

—El Retiro es el jardín de mi casa. Lo conozco al milímetro.

—Me lo podrías enseñar.

—Vale, si no me haces andar mucho, vale, pero mejor en primavera, cuando no haga frío ni calor. Y si quieres traerte a Nieves, te la traes.

¿Será cabrón?, piensa. Pero en lugar de decirlo, dice:

—¿Primavera? Largo me lo fiáis, maestro.

—¿Y qué prisa tenemos, si de aquí a entonces nos vamos a ver todas las noches? Yo ahora mismo me voy al bar y a eso de las once y media, poco antes de que repartan las bengalas para tocar los villancicos, aparecerás tú.

—¡Los villancicos! No me acordaba. Si ya lo dice mi prima Lola: en cuanto te descuidas, es Navidad.

—Nosotros la empezamos antes que nadie, porque a la gente le gusta mucho eso de los villancicos y las bengalas. Increíble, que le gusten los villancicos a gente de tu edad, pero se los saben todos. Por cierto, ¿cuántos

años tienes tú?

—Veinticinco.

—Nada, imposible. Lo nuestro es imposible. ¿Qué iba a decir la gente?

—¿Cómo que qué iba a decir la gente? ¿A tus años te preocupan esas cosas?

—Yo tengo mi prestigio. Imagínate lo que dirían: ¿qué hace César con una de veinticinco habiendo de dieciocho?

Julia no sabe si está hablando en serio o en broma. El maestro, que ha parado un taxi y se está subiendo, remata instantes antes de cerrar la portezuela:

—Tendría que explicarles que soy así de generoso.

Gato negro, gato blanco

133

A veces pienso que me estoy equivocando, que esta historia no le interesa a nadie, que son demasiados elementos deslavazados. La editorial me va a echar para atrás el original, por más que explique que esos elementos son necesarios para hacer un mosaico; o un caleidoscopio, como diría Ruiz Zafón, que vende millones. Ymelda Navajo, la superjefa, me dirá muy amablemente que mejor me vuelva al periodismo, que es lo mío, y Teresa Mazario, de administración, me pedirá en un correo que devuelva la pasta del adelanto. Pero cuando me asomo al café Lyon y veo a César hablando con Julia, como si fueran una pareja de novios, o viejos amigos, o dos personas, sin más, que juegan a conocerse, a pesar de la diferencia de edad, pienso que igual vamos por buen camino. Que estos dos personajes son tan reales como los de cualquier ensayo, tan ficticios como los de cualquier novela y, desde luego, tan representativos como el que más de la época que me han pedido que cuente.

Porque yo no quiero contar la historia de César Martínez. Ni la del Avión, que, al fin y al cabo, era uno más de los doscientos mil bares que en esos años había en España. Lo que quiero es contar una historia de los ochenta, que es en lo que quedamos. Qué le voy a hacer, si esa historia pasa por los bares. Qué le voy a hacer, si en uno de esos bares está tocando César, con sus misterios a cuestas. Oyendo lo que le cuenta a Julia pienso que menuda suerte, disponer de un testigo presencial de esos años, en los que hubo de todo y en los que personas de ocho mil cincuenta y dos pueblos distintos podían pasar por un mismo local. Ni los protagonistas de los setenta fueron Torcuato Fernández Miranda y el rey, como dan a entender algunos libros sobre la Transición, ni los protagonistas de los ochenta fueron Almodóvar y Alaska, como dan a entender algunos programas de la televisión. Los protagonistas fueron, fuimos, los habitantes de esos ocho mil cincuenta y dos pueblos, Madrid incluido.

Acabo de leer una crítica de José Carlos Mainer, que fue mi profesor en la

Universidad de Bellaterra, a la novela *Patria*, de Fernando Aramburu, que es uno de los libros más vendidos del 2017. «La tradición del género —dice Mainer— lleva incluida la virtud de explicar a sus contemporáneos algo del mundo que les ha tocado vivir: amalgamar evocación y análisis. Lo hicieron los *Episodios nacionales*, de Galdós, y lo hizo *Guerra y paz*, de Tolstoi».

No sé si es por la tradición del género o por el oficio de periodista, pero es la única virtud que persigo: amalgamar evocación y análisis para explicarte a ti, y de paso explicármelo a mí, el mundo que nos tocó vivir en los ochenta. Hace unos meses, hablando en la radio con la primatóloga Jane Goodall, me cuenta de que su trabajo y el mío son parecidos: «Estudiar unos valores, unos comportamientos, un sistema de relaciones, una civilización». Dicho de otro modo: un bar.

¿Y por qué con una novela? Porque todo lo que yo sé sobre determinadas épocas no lo sé por los manuales ni por los ensayos. Lo sé por Galdós; por Baroja, todavía más simple que Galdós; por Valle-Inclán, que le metía más caricatura pero tampoco se dejaba llevar más de la cuenta por la fantasía; o por Max Aub, que lo miraba todo desde esa media distancia que da una inteligencia superior y esa segunda inocencia que da el no creer en nada. En todos los casos, los personajes eran sus ojos, sus espejos, las cámaras con las que recorrían la historia.

Vale. Vamos a intentarlo. Vamos a provechar que César es, o fue, un personaje real que parecía de ficción. Vamos a aprovechar que Julia pudo existir y tal vez existió, como César, y vamos a aprovechar que en todo caso existieron las circunstancias de sus existencias. Vamos a aprovechar, en fin, que en la neblina de los ochenta la realidad convive alegremente con la imaginación y que, como dice Doris Lessing, «la literatura y la historia son dos ramas de la memoria».

No será esta una novela tan armada como *Patria*, ni falta que hace, y espero que nadie me pregunte nunca si es una metanovela, porque no sé a ciencia cierta lo que es eso. Pero será un relato pegado a la realidad, como las crónicas periodísticas que tantas veces me han dado de comer, y muy vivido, con las dosis de ficción justas para hilar los elementos reales. Al fin y al cabo, la realidad es lo interesante. En el año que empieza, 1985, más interesante

todavía.

134

«Gato negro, gato blanco, da igual. Que cace ratones». De todo lo que oirá César a lo largo de este año se quedará con esa frase. La pronunciará el 7 de septiembre Felipe González, durante un viaje a China. Se la dice a él primero Deng Xiaoping, líder de la China comunista, que se está empezando a convertir en potencia capitalista. Tras cincuenta minutos de conversación, Felipe repetirá por dos veces esas palabras, que los periódicos recogerán con cierta sorpresa porque, hasta hace cuatro días, Felipe era el paradigma del idealismo.

Nos estamos volviendo prácticos, piensa César, cuando descubre en la crónica de Félix Bayón, en *El País*, la conversión de González a la doctrina de Confucio. En tres años hemos pasado de los sueños a las realidades, del romanticismo al pragmatismo, del idealismo a la economía de mercado. Ya no importa el color de los gatos, solo que sean eficaces a la hora de cazar ratones.

Nada nuevo bajo el sol. Entre los cinco mil libros que hay en su biblioteca, todos leídos y casi todos subrayados, hay algunos de Aristóteles, que hace veinticuatro siglos escribía esas mismas cosas: «No hace falta un Gobierno que sea perfecto, solo que sea práctico». A principios del siglo que va terminando Max Weber escribió lúcidas reflexiones sobre la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción y hace cuatro días Winston Churchill decía cosas parecidas aunque con adornos democráticos:

—El político se convierte en estadista cuando empieza a pensar en las próximas generaciones y no en las próximas elecciones.

El siguiente paso de los políticos españoles, ya verás, será aplicar la versión europea de la filosofía de los gatos, esa que unos atribuyen al italiano Maquiavelo, otros al francés Napoleón y algunos al alemán Hermann Busenbaum:

—El fin justifica los medios.

135

En esas andan los jóvenes gobernantes de la joven democracia española, en actuar como estadistas que trabajan para las futuras generaciones y como gatos que van perdiendo color pero cazan ratones con denuedo. Al personal, que se está comiendo esos ratones con alegría (el salto económico es espectacular, sobre todo en la segunda mitad de la década) no le parece ni bien ni mal: les deja hacer. Quienes tanta energía emplearon en la construcción de una democracia ahora se conforman con verlas venir. Han delegado en esos políticos, piensan que son de fiar y dejan que hagan lo que les parezca mientras cacen unos cuantos ratones cada día. ¿Están permitiendo que engorde la clase política? Sí, pero también están engordando ellos. A esa clase política la vestirán de fiesta, con tres mayorías absolutas. ¿Y por qué no, si lo están haciendo bien?

Muchos de los jóvenes que en los años setenta se echaron a la calle, en movimientos sindicales, estudiantiles o vecinales, son quienes ahora están tomando decisiones en los despachos. Hasta José Barrionuevo, que es uno de los ministros menos populares, estaba en las asambleas de «La Vaguada es nuestra», hace diez años, reclamando para uso público un espacio donde querían construir un centro comercial. Hagan lo que hagan, siempre será mejor que lo que hacían los ministros de la dictadura o lo que harían franquistas residuales como Fraga, que ahí sigue, con cien escaños, pegando voces por todo y poniéndole pegas a todo.

Desde la distancia, César lo tiene claro: los socialistas están haciendo cosas. El país cada vez se parece más a los vecinos europeos y más que se va a parecer de aquí a unos meses, cuando entremos en el Mercado Común. La calidad de vida mejora de un día para otro, vivimos como nunca habíamos vivido. Todos los días están anunciando reformas. Aquellas «escuelas gratis, medicinas y hospital» que reclamaba hace siete años Carlos Cano, en una

copla muy popular, lleva camino de hacerse realidad. Los jóvenes ya no se marchan a Francia y Alemania, como sus padres. Empiezan a encontrar aquí lo que antes buscaban allí.

Algunos usan la palabra «desencanto», pero casi todos parecen encantados. Demasiado, para el gusto de César, que en la juventud aprecia la rebeldía. Él solo pudo ejercerla eligiendo el oficio que eligió. Esos chicos que ahora están siempre tan contentos, bebiendo como cosacos y follando como posesos, hace diez años eran un torrente de ilusión y se jugaban la vida por la libertad.

—Como os quedéis con el bolo colgando, en el futuro no os dejarán meter baza —le comentará a Perico en la noche del 16 de octubre, después de ver juntos en la tele de La Villa un fragmento del debate sobre el estado de la nación.

—No digas eso, maestro, ahora que están gobernando los nuestros.

—Serán los vuestros, pero como no los marquéis de cerca, se olvidarán de vosotros. Mira los diputados que vienen por aquí. Son majos, son decentes, hablan bien. Cuando le cojan el gusto al despacho, no los echáis ni con agua caliente.

—Ya verás como sí.

—Yo ya he visto mucho, Pedro. Cuando yo era un chaval se usaba una palabra: pancista. Los falangistas, que eran quienes la usaban para criticar a los demás, terminaron por convertirse en los más pancistas de todos. A vosotros, que hace cuatro días erais unos revolucionarios, os puede pasar lo mismo. A medida que se vaya profesionalizando la política os irán dejando fuera de juego y solo se acordarán de vosotros una vez cada cuatro años, para pedir el voto. Es ley de vida.

—No seas agorero, maestro.

—¿Agorero? Acuérdate de lo que te digo: cuando empezasteis a venir por el Avión, la política la hacíais vosotros en la calle. Ahora la hacen los políticos, en los despachos.

Perico se acordará muchas veces de ese augurio. Para empezar, de aquí a un año, cuando los socialistas, que en 1981 hicieron campaña contra el ingreso en la OTAN, convoquen un referéndum en favor de la permanencia y pongan a

tope la maquinaria del Estado para salirse con la suya. Pero ni por esas perderán apoyos. Como diría César, los ciudadanos con memoria están dispuestos a cualquier cosa con tal de que no vuelvan a gobernar los dueños del cortijo.

136

Cuando los gobernantes son tan pragmáticos que ya no importa el color del gato, solo que cace ratones, tampoco importa el método de caza que utilizan.

—Ya me contarás, Miranda. Vaya semanita llevan tus colegas del GAL.

—Eso no lo digas ni en broma, César. Esos no son colegas míos. Algo te puedo contar, pero es un tema muy delicado. Vamos a pedirnos un vino y a sentarnos ahí, al fondo.

Desde finales de 1983 están pasando cosas raras. Alguien está acosando a los etarras en el sur de Francia, eso que los periodistas llaman «el santuario de ETA». A los crímenes de los separatistas vascos se han sumado los de aquellos que se están tomando la justicia por su mano. No es la primera vez. Desde los tiempos de la UCD hay una guerra sucia contra los terroristas, protagonizada por individuos vinculados a las fuerzas de seguridad o los servicios secretos. La novedad es que esas actuaciones ahora se presentan amparadas con unas mismas siglas, GAL, Grupos Antiterroristas de Liberación, los atentados los hacen mercenarios bien pagados y quien los organiza maneja muchos fondos y mucha información.

Hoy es lunes, 2 de abril de 1985. La última semana de marzo los GAL atacaron dos bares frecuentados por refugiados vascos, en dos pueblecitos franceses, y mataron a un periodista, Xabier Galdeano, que vivía en San Juan de Luz. Era corresponsal del diario *Egin* y según la policía estaba relacionado con «el aparato de finanzas de ETA».

A Miranda, que trabaja en el departamento de informática de una empresa de seguridad, aunque César sabe perfectamente que es teniente coronel de infantería y agente del CSID, estos atentados le recuerdan una iniciativa que un

compañero puso sobre la mesa de Adolfo Suárez, en 1979.

—Esto se parece mucho al proyecto del comandante Cortina. No era suyo sino del Mosad, de los servicios secretos israelíes: atacar a los terroristas en su propia madriguera. La idea era sacudirle a ETA en el sur de Francia, con ejecuciones y secuestros. Pero los israelíes decían que eso había que hacerlo con agentes especiales, no con mercenarios.

—¿Y qué pasó con ese informe? —pregunta César, a quien apasionan las historias de espías cuando son reales.

—Que lo pararon en seco. Suárez y Gutiérrez Mellado no lo veían claro y el general Bourgón, que era entonces el director del CSID, les dio el argumento definitivo: «Esas cosas se sabe cómo empiezan, pero no cómo terminan».

Nadie sabe cómo va a terminar lo de los GAL, ni siquiera cómo han empezado, pero ahí están. Han nacido en el caldo de cultivo adecuado. Los crímenes de ETA, que a lo largo de este año matará a treinta y siete personas, entre ellas nueve civiles y un niño, indignan a una franja de población cada vez más ancha. Desde la tribuna del Congreso voces airadas invitan a responder con dureza, entre ellas la de quien en tales ocasiones se presenta como «el teniente Fraga», recordando sus tiempos en las milicias universitarias. En la prensa, influyentes analistas invitan a mirar hacia otro lado ante los atentados de los GAL. Algunos de esos analistas se pondrán luego en primera fila de defensa de los valores democráticos, cuando eso sirva para debilitar al socialismo gobernante.

Mientras los GAL cometen sus tropelías, que a César le parecen poca cosa comparadas con los horribles crímenes de la ETA, tan solo algunas publicaciones vascas y algunos periodistas por libre señalan su posible relación con «fondos incontrolados» del Ministerio del Interior. Será en el declive del felipismo cuando periodistas y jueces hurguen en esas conexiones, contribuyendo a acelerar ese declive. Faltan muchos años para eso.

El 20 de mayo de 1985, un día con más claros que nubes y temperaturas frescas pero agradables, el nuevo secretario general del PCE, Gerardo Iglesias, expulsa a los últimos carrillistas que quedaban en las Juventudes Comunistas; ochenta mil personas se manifiestan en Barcelona en defensa de la enseñanza pública; *El País* se queja en un editorial de que seis años después de la entrada en vigor de la Constitución todavía no se han reformado las estructuras policiales heredadas del franquismo; el obispo de Bilbao condena el asesinato de un taxista, que era primo suyo; una multinacional asegura en un anuncio que «La revolución del hombre acaba de empezar» porque «Apple ha inventado Macintosh» y el locutor Iñaki Gabilondo dice en otro anuncio, con un purito en la mano, «Yo sintonizo con el sabor de Capote», mientras Julia y Javier van al Rastro, que es una de las mejores cosas que uno puede hacer en Madrid un domingo de primavera por la mañana.

Quienes van al Rastro a buscar gangas, antigüedades o discos viejos (todos los discos se están empezando a quedar viejos, porque se ha puesto de moda el CD, que suena mejor, ocupa menos y no se raya tanto) llegan a primera hora. Pero ese no es el caso de Julia y sus amigos, que los sábados rara vez se acuestan antes de que salga el sol. Cuando en el último tramo de la noche alguno pregunta: «¿Vamos mañana al Rastro?», siempre hay otro que precisa:

—A las cañitas, claro.

—Claro, claro. Nos vemos en La Bobia a las dos y media

Las cañitas empiezan cuando la actividad del mercadillo decae y los vendedores empiezan a dismantelar los puestos. Es la hora de llegar sin prisa a las inmediaciones de la Ribera de Curtidores, donde el Madrid de finales del siglo XX le habla de tú al del siglo XVII. Para elegir la salida del metro adecuada, en Tirso de Molina, Javier recuerda la regla nemotécnica que le enseñó su padre, que hizo la mili en Madrid:

*Magdalena nunca es buena,
Romanones, de cojones.*

Al pasar junto a los almacenes Palomeque, en Duque de Alba, Julia

recuerda que este es el barrio donde Leo y su familia se comían los gatos en la Guerra Civil, mientras caían los obuses que Franco lanzaba desde la Casa de Campo. Javier le contesta que tenga cuidado con el bolso, que ya no caen obuses, pero este es el barrio donde trabajan a estas horas quienes tienen por oficio el de buscarse la vida.

Van ellos dos solos porque Lola se ha ido a Valencia, a arreglar no se sabe qué asuntos con el novio, Sara está de guardia en el hospital y la pandilla de Damián no está para nadie: van todas las tardes a los toros, se quedan luego tomando copas hasta las tantas y se levantan con el tiempo justo para comer y volver a la plaza. Anoche, además, pensaban ir a Las Vistillas, a las fiestas de San Isidro, el santo patrón, que se han puesto de moda como todas las fiestas de todos los santos patronos de España.

138

Tomada la primera caña y encendido el primer canuto a la puerta de La Bobia, en San Millán, se van abriendo paso entre la gente hacia San Cayetano, donde hay una cervecería muy popular, de esas que subrayan la presunta frescura del género tirando al suelo las cáscaras de las gambas. Ahí los espera Alfonso, un colega del Avión, obrero de la Pegaso, que cada día está más cabreado con el Gobierno.

—Ya veis lo que han hecho vuestros amigos —les dirá nada más verlos, como siempre.

Ellos, como siempre, contestarán que los socialistas no son amigos suyos, pero están haciendo cosas.

—Claro que están haciendo cosas, solo faltaba. Pero a mí no me preocupa lo que están haciendo sino cómo lo están haciendo: de arriba abajo, como si nosotros no estuviéramos aquí. Estos tíos, sobre todo Boyer y Solchaga, me recuerdan al despotismo ilustrado: todo para el pueblo, pero sin el pueblo.

—Tú lo dices por la reconversión industrial, que a los sindicalistas os tiene como hienas.

—Cada vez voy menos a las reuniones del sindicato, porque el orden del día es siempre el mismo: «A ver a quién echamos hoy». Lo que digo lo digo de mi cosecha. Y no digo que no haya que hacer una reconversión, pero digo que hay que hacerla con sensibilidad hacia las personas que la sufren.

—Están metiendo pasta a punta pala, para no dejar a nadie tirado. Por lo menos las presiones de los sindicatos están sirviendo para eso: para que salga la gente en condiciones —replica Javier.

—No es cuestión de pasta, es cuestión de sensibilidad. A los militares, los policías, los banqueros y los jueces franquistas, que ahí siguen todos, además de darles pasta les dan coba. A los trabajadores, como son terreno conquistado, que se jodan. Mira lo último: decretan la libertad de horarios comerciales. Hay muchas familias que pueden irse a la mierda, porque no podrán competir con El Corte Inglés. ¿Les han preguntado? No. Estos solo le preguntan al gran capital: a Isidoro Álvarez, a Polanco, a Botín, a Oriol. A los trabajadores, que les den. El problema no es lo que hacen, es cómo lo hacen. Y hay otro problema: lo que no hacen y tendrían que hacer.

—A ver.

—Lo que tendrían que hacer es una democracia en la que los ciudadanos tengan más protagonismo, que cada vez tienen menos. Con todo lo importante que fue la sociedad civil en la Transición, ahora está acallada y amansada. No le dan juego. Ni se lo darán. Con la excusa de fortalecer la democracia, lo único que están haciendo es fortalecer las instituciones que han heredado de la dictadura, dándoles una mano de barniz, engordando la burocracia, blindando el poder político y dejando las sobras para los sindicatos. Pero la democracia no está solo en las instituciones, está en las personas.

—Pues las personas, ya ves: tan contentas.

—Ya se arrepentirán cuando vean que los políticos hacen lo que les sale de las pelotas.

—Siempre nos quedará el PCE.

—Ni eso. Del PCE ya no queda nada. Entre los *zorrocotroc* y «los renovadores de la nada», como los llamaba Carrillo, se lo han cargado. A mí no me cae mal Carrillo, pero han hecho bien en echarlo. Los comunistas se habían quedado colgados de la brocha. Mientras tenían expectativas de poder,

todavía. Pero ahora, como no inventen algo, no levantan cabeza.

—Anda, no seas cenizo. Peor nos iría con Fraga.

—En eso estamos de acuerdo. ¡A ver, otras tres cañas!

139

Al pasar por Cascorro, camino de la cervecería, Javier había parado en seco ante un puesto improvisado de libros viejos.

—Mira esto, parece un anuncio del Avión —dijo mientras le alargaba a Julia un folleto sepia, con una coctelera acompañada por notas musicales en la portadilla.

Es, efectivamente, parecido a las tarjetas del bar donde van cada noche, que son las mismas que en los años cincuenta. En unas aparece un aeroplano sobrevolando la plaza de España, con el Edificio España a la derecha pero sin la Torre de Madrid, que todavía no existía; por el aire baja en paracaídas una azafata con generosos muslos al aire, escoltados por un texto: «El ambiente más simpático y acogedor de Madrid». Otras usan el lema: «Vivir bien sin edad», acompañado por una coctelera y unas notas musicales, como en este librito.

—¡Joder! ¡Pero si es el Zalamea! ¡Ahí estuvo César trabajando en los años cuarenta! ¿Cuánto vale esto? —pregunta Julia al vendedor, que es hombre de piel oscura, largas patillas y cicatrices en la mirada.

—Esto es una preciosidad, mi alma, una rareza. Por ser para ti, mil duritos y te lo llevas.

—Te doy veinte duros y vas que chutas.

—Por veinte duros no te llevas ni las buenas tardes, reina. Ni que a mí me lo regalaran.

Tras un regateo breve, pero intenso, se llevan el folleto por mil pesetas. En la portada, con las notas musicales y la coctelera, dos copas de cóctel, unos cubiertos y un arco moruno. En la primera página «Zalamea. Restaurant. Bar Americano» y, encima, un escudo coronado dividido en cuatro partes: un

madroño, una cruz potenziada, un jarro y una Puerta de Alcalá.

—¡Toma ya! Donde va César va la Puerta de Alcalá. Este tío vive en el kilómetro cero de la historia.

—Por lo menos de la historia de Madrid. Mira la dirección: Marqués de Leganés, 7. Ahí está el Talismán, de Lucía Bosé.

—Estaba. Ha cambiado de dueños y le han vuelto a poner el nombre que tenía antes: Sala Morocco.

Así es la vida. Resulta que César empezó tocando en uno de los sitios más modernos de la ciudad, donde ellos han estado hace poco viendo a Paquito Clavel, que es un ramo andante de colores tan exuberante como modernísimo. El Morocco, que se llama así desde 1950, lo cogió a finales de los setenta Lucía Bosé, la actriz italiana que se casó con el torero Luis Miguel Dominguín, y a principios de los noventa lo comprará Alaska y lo convertirá en la casa madre de la modernidad más absoluta.

En el folleto no aparecen referencias a César ni a su orquesta. Solo un violinista llamado Siro Suter con magnífico aspecto de galán en blanco y negro, pelo engominado, bigote, esmoquin, camisa blanca y pajarita. Entre dibujos, fotos y lemas comerciales, todos muy parecidos a los del Avión Club («Alegría», «Elegancia», «Distinción», «El sitio más acogedor de Madrid»), aparecen las letras de varias canciones. Solo les suena una: «Amar y vivir», un fox-bolero, dice el folleto, con la letra y música de Consuelo Vázquez.

*Se vive solamente una vez,
hay que aprender a querer y a vivir,
hay que saber que la vida
se aleja y nos deja llorando quimeras.*

Julia se acuerda de Vázquez Montalbán, el intelectual español más lúcido y más crítico. Siempre ha dicho que ese bolero resuelve en unos versos lo que a Cesare Pavese le llevó varios tomos:

*No cabe arrepentirse después
de lo que pudo haber sido y no fue.*

—Impresionante —dice Javier—. Es como asomarse al mundo de César cuando tenía nuestra edad.

—A mí lo que me impresiona es ver cómo el maestro, que hoy parece el pasado, entonces parecía el futuro. El foxtrot, el *swing*, el mambo, la rumba... Todo eso era la modernidad más rabiosa, el pop de entonces, la vanguardia musical de la época. Que César colgara los títulos universitarios, aparcara la ciencia y dejara la música clásica para tocar esas cosas es como Almodóvar cuando deja la Telefónica para dedicarse al cine. Y que César tocara en sitios como el Morocco, o el Zalamea, que es como se llamaba entonces, o el hotel Menfis, que dice Rudy que era lo más moderno de su época, es como cuando los Gabinete van a tocar a Rock-Ola.

—Cuando iban, porque el Rock-Ola lo van a cerrar, si no lo han cerrado ya.

—Lo han cerrado ya. En marzo. Es lo que tienen las modas, que duran poco.

—Y es lo que tiene el futuro: enseguida se convierte en pasado.

—Es verdad, el futuro está sobrevalorado. Pero el pasado siempre se queda ahí, nunca pasa. Ya ves, cierran Rock-Ola al cabo de cuatro años pero el Avión y el Morocco siguen abiertos al cabo de cuarenta.

—Ese es el secreto de los clásicos y César es un clásico, siempre en la vanguardia.

—Y tú y yo con él.

—Anda, vamos a por esas cañas, que nos estamos poniendo estupendos.

Es Alfonso quien deja las cosas en su sitio cuando entre caña y caña comparten con él estas elevadas reflexiones y le enseñan el folleto del restaurante Zalamea.

—Ni pasado ni futuro. César es el presente, como nosotros. Eso es lo que importa: el presente. Para modernos nosotros, que vivimos cada día como si fuera el último.

Ese noche, como todos los domingos, vendrá Giggi a cantar al Avión. Es flaco, más que delgado, tiene el pelo blanco, largo, ensortijado, la cara afilada, las manos largas y finas. Es de una delicadeza especial. Quien no sepa que es corrector de pruebas en el Boletín Oficial del Estado, pensará que es pianista, director de orquesta, violinista. O actor, porque, más que cantar, interpreta. Viene los domingos por inercia: antes de que lo trasladaran al BOE trabajaba en el diario *Arriba*, que no salía los lunes, y esta era su noche de libranza. Hoy llega un poco más tarde de lo habitual y da la impresión, cosa rara, de que se ha tomado alguna copa. En lugar de ir directamente hacia el piano, como acostumbra, se va al fondo de la barra, donde está Leo, que enseguida se da cuenta.

—A ti te pasa algo.

—Estoy triste, porque se ha muerto mi mujer.

Entre caras de sorpresa, echa mano al bolsillo y se pone a repartir recordatorios. La ha enterrado esta tarde y el funeral será el miércoles. Julia, Javier y Alfonso, que se ha venido con ellos desde el Rastro, lo abrazan. Tenía treinta y cuatro años, seis menos que él. Se la ha llevado un cáncer que no le detectaron a tiempo. No cuenta más. Carraspea, da un sorbo al cubalibre y se pone mirando al piano, entre las mesas. Nunca lo habían visto cantar con tanto sentimiento.

*Si supieras
que aún dentro de mi alma
conservo aquel cariño
que tuve para ti.
Quién sabe si supieras
que nunca te he olvidado,
volviendo a tu pasado
te acordarás de mí.*

Es «La cumparsita», un tango de Gerardo Matos Rodríguez popularizado

por Gardel. Tristísimo, como todos los tangos.

*Los amigos ya no vienen
ni siquiera a visitarme.
Nadie quiere consolarme
en mi aflicción.
Desde el día que te fuiste
siento angustias en mi pecho,
decí percanta: ¿qué has hecho
de mi pobre corazón?*

Se ha hecho el silencio más absoluto, solo roto por la voz y el piano. César está tocando también con mucho sentimiento. Quienes estaban en la calle, huyendo del humo y del calor, que ya aprieta, han vuelto a entrar. A Giggi se le ha muerto su mujer y está cantando.

*Ya ni el sol de la mañana
asoma por la ventana,
como cuando estabas vos.
Y aquel perrito, compañero,
que por tu ausencia no comía,
al verme solo, el otro día
también me dejó.*

Terminado el tango, Giggi hace un ademán de retirarse pero mira alrededor, se ve reflejado en docenas de miradas, mira al cielo, lanza un beso y empieza otro: «Yira».

*Cuando la suerte, que es grela,
fallando y fallando
te largue parao.
Cuando estés solo en la vía,
sin rumbo y desesperao.
Cuando no tengas ni fe
ni yerba de ayer
secándose al sol.*

Escuchar esta letra, en esta circunstancia, resulta, más que emotivo, sobrecogedor.

*Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás,
buscando un pecho fraterno
para morir abrazao.
cuando te dejen tirao
después de cinchar
lo mismo que a mí.
Cuando manyés que a tu lado
se prueban las ropas
que vas a dejar...*

Docenas de personas, tan apretujadas como emocionadas, lo acompañan en el estribillo:

*Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa,
Yira, Yira.
Y aunque te quiebre la vida
y aunque te muerda un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.*

Repara Julia en que todas las canciones de Giggi hablan de ausencias, de despedidas, de finales. También «Caminito», que es la última que canta:

*Desde que se fue,
triste vivo yo,
seguiré sus pasos,
yo también me voy.*

César esta noche no remata el «Caminito» con un alegre *chin-pón*, como

suele hacer cada domingo, sino con un delicadísimo arpegio al que siguen unos segundos de silencio. Giggi llena ese silencio con una sonrisa triste, responde con otra sonrisa triste a la cerrada ovación que viene después y sigue sonriendo, ya algo más alegre, entre la gente que le aprieta el brazo, le da palmadas en la espalda y le acaricia el pelo, camino de la calle. Giggi sonrío y sonrío mientras se marcha, convertido en un espejo de afectos.

Dejará el recuerdo de esa sonrisa con la que responde a los aplausos, las miradas apesadumbradas y los abrazos. No volverán a verlo por el Avión.

142

Cuando se despide Alfonso, que mañana tiene que estar en la fábrica a las seis, Julia y Javier piden una copa más. Los dos saben, aunque ninguno de los dos lo haya dicho, que esta noche van a terminar en la misma cama. Pero justo cuando están pidiendo la cuenta llega Sara.

—No pensareis marcharos ahora. Acabo de salir de una guardia de treinta y seis horas.

—Pues nadie lo diría —dice Javier, dándole un repaso con la mirada. El pelo rubio, cortito, una camiseta de tiras granate, con las tetas bailando a su aire, una faldita de algodón de tono arenoso, muy ligera y muy pegada a las piernas, largas y fibrosas, las sandalias romanas, con hebillas por encima del tobillo.

—He pasado por casa a darme una ducha y me ha sentado muy bien. Vengo dispuesta a todo.

—¿A todo? —pregunta Javier con un tonillo que enciende las alarmas de Julia.

—Nosotros nos íbamos —dice, pero es inútil. Javier no tiene ninguna intención.

—Ni hablar, cómo vamos a irnos, ahora que ha venido Sarita.

Sara tampoco tiene intención de dejarlos marchar.

—Venga, la penúltima, para acompañarme. Luego si queréis os vais, que

ya me quedo yo por aquí.

Se toman la penúltima y dos o tres penúltimas más. Javier está más sociable que de costumbre y parece que tiene más manos que de costumbre. Las mueve en todas las direcciones y todo el rato encuentran el brazo de Sara, el hombro de Sara, la pierna de Sara. Julia, que atisba el peligro, intenta marcar el territorio con regular fortuna. Dos horas después subirán juntos a casa, con Sara al lado en el ascensor liando un canuto. Dos horas y cuarto después darán las buenas noches a Sara, entrarán en la habitación, se quitarán mutuamente la ropa en un suspiro y se meterán en la cama comiéndose *a bocaos*, como dice Javier, que es dado a las redundancias. Dos horas y media después, preguntará Javier:

—¿Y por qué no llamamos a Sara? Con lo a gusto que estábamos los tres, da no sé qué haberla dejado sola.

En lugar de decir lo que piensa, ¿cómo puedes tener tanto morro?, se sorprende a sí misma diciendo:

—Vale.

A Sara no hay que insistirle. Vive a su aire y nunca ha tenido que darle explicaciones a nadie. Ella no tiene un novio en cada puerto, como sus compañeras de piso, pero se enrolla con quien quiere y cuando quiere. Eso sí, a las fiestas solo va cuando la invitan.

Con su incorporación esta fiesta ha ganado mucho, la verdad. Aunque un verano, en Motril, se acostó con dos colegas en una noche de muchas copas, Julia nunca ha sido partidaria de los tumultos. Pero hoy descubre que le gustan más de lo que pensaba. Juntos y revueltos, se enrollan sin saber quién se está enrollando con quién y se parten de risa luego, cuando juegan a *piedra, tijera y papel*, para ver quién se levanta a darle la vuelta al casete, donde están sonando las últimas canciones de Radio Futura.

*Ese beso entregado al aire es para ti,
fruta que has de comer mañana.
Guarda la semilla porque estoy en él
y hazme crecer en una tierra lejana.
Si me llevas contigo,
prometo ser ligero como la brisa*

*y decirte al oído
secretos que harán brotar tu risa.*

A Julia le gusta el aire caribeño de esas canciones, y las letras, aunque no sean nada del otro mundo, las encuentra sugestivas.

*Abre las puertas al sol de poniente,
tribus ocultas cerca del río,
esperando a que salga la noche.
Hace falta valor,
ven a la escuela de calor.*

Cuando salte de la cama con prisas, para ir al instituto, Javier ya habrá desaparecido y Sara estará tomándose un café en la cocina, con una camiseta que le llega por la mitad de los muslos y tarareando «Semilla negra».

—¿A qué hora sales del instituto? —le pregunta.

—Hoy pronto. A las seis.

—Pues vas a tener que volver corriendo. Acuérdate de que Perico nos ha invitado a los toros. Javier ha dicho que también viene.

Lo que faltaba. Que una de tus mejores amigas se meta en la cama contigo y con uno de tus mejores novios, vale. Pero ir los tres juntos a los toros, demasiado. Encima, ella no ha ido nunca a los toros ni tiene ningún interés en ir. Piensa, como Fernando Antigüedad, que son un espectáculo salvaje y tercermundista.

143

Camino de Las Ventas recuerda el artículo que escribió hace un par de años en *Diario16* Ricardo Cantalapiedra, cuando fue por primera vez a una corrida. A Ricardo tampoco le había interesado nunca semejante salvajada, pero qué remedio: la plaza, como todas las de España, se ha llenado de progres y modernos que reivindican la lidia como un valor cultural, intentando

quitarle la caspa del franquismo y recordando a Goya, Picasso, Lorca o Alberti, que ahí sigue, con ochenta y tres años, hecho un chaval. Ricardo cree que es un espectáculo anacrónico, pero también cree que algo tiene el agua cuando la bendicen. El artículo, que estuvo un tiempo colgado en la pared del Avión y es el único artículo de toros que Julia ha leído en su vida, le quedó muy chulo. «Y sin embargo te quiero», se titulaba, evocando a la copla:

*Eres mi vida y mi muerte,
te lo juro, compañero.
No debía de quererte,
no debía de quererte,
y sin embargo te quiero.*

Ese artículo le cambió la vida a Cantalachina. Cuando lo leyeron en Radio El País, que acababa de empezar a emitir, lo contrataron y desde entonces el cantautor cristiano y comunista, reconvertido en cantante de boleros, es también periodista. ¿Le cambiará la vida a ella?, piensa Julia, mientras va apiñada en el metro junto a un hombretón de magnífico aspecto, con chaqueta clara y sombrero Panamá, a quien identifica enseguida: es Eduardo Arroyo, el pintor, que volvió hace poco de su exilio parisino. Al salir, el primer conocido que se encuentra es Jaime Urrutia, que le presenta a Joaquín Sabina y a uno de los hermanos Carmona, los de Ketama, uno de esos grupos de nuevo flamenco que están siguiendo, con éxito, la senda del Camarón. Ketama toma el nombre de una comarca marroquí famosa por su hachís y antes de que termine la década sacará una rumba, «Kalikeño», que con cuatro versos resume una época.

*No estamos locos,
que sabemos lo que queremos.
Vive la vida
igual que si fuera un sueño.*

Julia nunca sabrá distinguir a los Carmona, porque todos tienen la misma nariz de ave, el mismo flequillo negro y el mismo aire, pero siempre se

encuentra a alguno por la calle, en el Rastro, en conciertos de pop, de flamenco, de *jazz*. Cuando venga Prince, que es uno de sus ídolos, en el Vicente Calderón estarán ellos de teloneros.

144

Camino del bar donde han quedado con Perico, en la calle de Alejandro González, se cruza con Ramón Mendoza, el presidente del Real Madrid, que viene en un cochazo, con Paco Nieva, el director de teatro, que llega caminando, con pajarita y capa española, y con Federico Jiménez Losantos, que está saliendo de un Seat Panda, conducido por uno de los chóferes de *Diario16*. Federico es catedrático de instituto, está en la sección de Opinión del diario y escribe en la de toros. El chófer es un personaje. Rubio, de ojos azules, tiene el pelo cortado a cepillo, como los nazis de las películas, y lleva siempre una toalla en la mano, como los boxeadores. En el periódico cuentan que de vez en cuando se pierde con la toalla para tumbarse al sol, en un banco de la calle o en las raquetas de las autopistas.

Además, le gusta Kant.

Julia recordará de por vida el espectáculo que contempló en directo hace un par de semanas, cuando fue a llevar la reseña de *La sonrisa etrusca*, de José Luis Sampedro, que le ha entusiasmado. En un recoveco del pasillo estaba el chófer, concentrado en la lectura de un voluminoso libro.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó Alberto Otaño, «el» redactor-jefe.

—*Kritik der reinen Vernunft*, *La crítica de la razón pura* —contestó, enseñando la portada, en alemán.

—¿Y qué te parece?

—Entretenido.

Desde ese día mira a ese chófer de otra manera. Que tenga aspecto de oficial nazi, vale, que vaya siempre con una toalla, ea, que tome el sol en las raquetas de las autopistas, allá él, que lea a Kant en alemán, todavía.

Pero que lo encuentre entretenido, ni hablar. Este tío está como un

cencerro.

145

Tiene suerte. Ha ido a parar junto a Damián, a la derecha de Perico, en la última fila del tendido siete. Sara está una fila más abajo y Javier unos metros para allá, lejos de las dos. Mejor. Lo de anoche conviene dejarlo reposar. Los toros son de Victorino Martín, los legendarios *Vítorinos* de los que tanto habla todo el mundo. Los toreros son también muy populares, aunque sus nombres no le dicen nada: Francisco Ruiz Miguel, Tomás Campuzano y un tal Ortega Cano, de Cartagena.

Le sorprende el sonido. Siempre había oído hablar del color de la fiesta, pero el sonido es impresionante. En la plaza hay veintitrés mil personas y todas se están expresando todo el rato: con los pitos, las palmas, el silencio, los gritos, los consejos al torero en alta voz, para que los oiga todo el mundo.

—No señor, no señor.

—Eso no es así.

—Esa pata *p'adelante*, ¡hay que cargar la suerte!

Por lo visto aquí saben todos muchísimo de toros. Y de todo lo demás. Cuando Ortega Cano mata al tercero, con una alevosa cuchillada en el costado, en el tendido vecino se levanta un grupo de turistas con sombrillas blancas y piel amarilla.

—Mira, ya se van a cenar los chinos —dice uno al lado, con deje castizo.

—Son japoneses —corrige otro.

—Pues, eso: chinos.

Lo que más le gusta de este lunes al sol es la mezcla. Entre los amigos de Perico que desde hace años vienen juntos a las Ventas hay empresarios, parados, obreros industriales, inspectores de policía, médicos, albañiles, arquitectos, artistas plásticos, pintores de brocha gorda y de pincel fino, administrativos, enfermeras, catedráticos de universidad, profesores de instituto, estudiantes, jubilados, investigadores del CSIC, periodistas,

camareros, cantantes de boleros, estrellas del rock, militares, pensionistas, diseñadores, concejales del Partido Comunista, cargos intermedios de ministerios. Detrás de ella, en la delantera de grada, se sientan el senador Arévalo, de Valladolid, y Pepín García-Velasco, el jovencísimo director de la Residencia de Estudiantes. En las escaleras vio a Nicolás Dueñas, el actor, y delante, entre las piernas, tiene a un guapísimo veterinario de Colmenar Viejo que se llama Federico Moreno y viene con una morenaza impresionante, Eva García-Vaquero, que es licenciada en derecho y funcionaria del ayuntamiento.

—Estas cosas solo pasan en Madrid —le comenta a Damián—. Ni en Londres ni en París, que son las dos únicas ciudades europeas donde yo he estado, serían posibles.

—Ni en ninguna. En todas las capitales del mundo cada cual se junta con los de su clase. Los ingleses se diferencian hasta en los acentos. En Madrid todo el mundo se junta con todo el mundo, todos se hablan de tú, todos se hacen respetar y el más tonto hace relojes.

—Y todos, como dice César, están siempre dispuestos a echarse la mano al bolsillo, sacar veinte duros y decir: «A esta invito yo».

—Todos, menos él. César no se echa la mano al bolsillo ni en el Polo Norte.

146

Dami es el tipo más gracioso del mundo. Y el que mejor vive. Este verano se va de vacaciones a Rusia, Turquía y Grecia; el pasado estuvo en Kenia, el anterior en Egipto y el de antes, en Cuba. Gana la mitad que ella, que tampoco gana mucho, pero se lo gasta con mucha más gracia. Viene con una chica muy joven, Paloma, que lleva un corte de pelo muy moderno, con una trencilla delgada que le cae por delante de la cara:

—Te presento a la jueza. No es una jueza cualquiera, pertenece al cuerpo más importante de la judicatura, el West Point de los jueces: lo contencioso-administrativo.

—Déjate de cachondeo, Dami —sonríe ella.

—Lo malo es que Fraga no la va a fichar nunca para Alianza Popular porque no es número uno de su promoción. Quedó la segunda. Una vergüenza.

Es lista, rápida, inteligente, divertida, directa, no te suelta ningún rollo, solo te contesta cuando le preguntas y entre toro y toro la pone al día de lo que está pasando en lo suyo.

—Están haciendo reformas, pero no las suficientes.

—¿Por ejemplo?

—Además de atar corto a los jueces franquistas, que son el 80 por ciento, hay que democratizar el sistema judicial. He dicho democratizar, no politizar, aunque la política tiene que estar presente en los órganos del poder judicial, que son órganos políticos, claro. El juez es independiente en su labor jurisdiccional, pero como funcionario público debe atenerse a las reglas del sistema parlamentario. ¡Solo faltaba!

—Pues ya ves. Con los jueces y los curas, se la cogen con papel de fumar.

—En lo del laicismo todavía son más tibios. Este es un Estado laico, pero solo en teoría.

—A Guerra se le hace el culo Pepsi-Cola cuando visita un convento de clausura y las monjas lo dejan pasar para que vea los cuadros. Igual piensa que las puede conquistar.

—Si te das cuenta, es un concepto de poder como el del cacique de siempre, que aspira a que todos le coman en la mano, unos por miedo y otros por cariño. Les produce especial deleite que quien les coma en la mano sea justo el que está a mayor distancia ideológica. Pero con esas cosas hay que tener cuidado. Entre un caciquismo naif y un pragmatismo feroz acabas por perder la perspectiva, entras con unas ideas y terminas por caer en las contrarias.

hora de «las cañitas» (así las llaman, con falsa modestia), que se prolongarán hasta la madrugada, con cenita incluida, carajillo de anís y las últimas copas en el Avión.

—Lo mejor de los toros son las cañitas de después —le ha dicho muchas veces Damián.

—Eso digo yo de los conciertos —suscribe Rudy, el músico, que también ha venido a ver los *Vitorinos*.

Junto a ese bar pasa en dos horas el mundo. El gitano que toca la trompeta, negro como un tizón, parece recién sacado del Rajastán.

—Ahí tienes —dice Dami—. La prueba viva de que el flamenco no viene de África sino de mucho más lejos. De la tierra de Rabindranath Tagore, el famoso poeta gitano.

—Tagore era indio, ¿no?

—Indio, no sé. Gitano, fijo.

Cuando van por la tercera caña se acerca un hombre a quien Julia ha visto alguna vez pidiendo por la plaza de Santa Ana. Viste americana, jersey de cuello alto, lleva un periódico bajo el brazo y los zapatos, aunque no son nuevos, están relucientes.

—Mil duritos *pá* la finca.

—El año pasado pedías para un Mercedes.

—Me lo he *comprao* ya.

Las cañitas son mucho más interesantes que los toros, que Julia nunca llegará a entender. Le hablan con entusiasmo de Curro Romero, «que torea bien o sale corriendo, pero no sabe torear mal», de Antoñete, que tiene más de cincuenta años «y es de izquierdas» o el Yiyo, que tiene veintiuno «y es una bellísima persona». Le explican que en la plaza buscan «una verdad, una pelea de igual a igual entre un hombre y un animal poderoso», pero admiten que esa verdad rara vez ocurre, que quien abusa siempre de su poder es el hombre y que por eso ellos buscan refugio en el fundamentalismo y defienden el toro íntegro.

—Si los toros no son toros de verdad —le explica Federico, el guapo veterinario de Colmenar— y los toreros, los ganaderos y los empresarios hacen trampas, no hay verdad que valga y esto no tiene sentido.

Julia no sabe distinguir las mentiras y no acaba de encontrarle el gusto a la única verdad evidente: cada tarde mueren seis toros mientras el público se zampa monumentales bocatas de chorizo. También mueren toreros, es verdad. Ese Yiyo del que hablan palmará a finales de agosto en la plaza de Colmenar Viejo, precisamente, y el año pasado murió en un pueblo de Córdoba Paquirri, que era uno de los más populares porque estaba casado con la tonadillera Isabel Pantoja y además de andar por las plazas andaba por las revistas del corazón. Julia recuerda su imagen en la tele camino de la enfermería, desangrándose, con los ojos bien abiertos y hablando. También recuerda las explicaciones del médico.

—Una cornada con dos trayectorias, una por aquí y otra por allá.

Isabel Pantoja anda desde entonces por aquí y por allá, con un niño muy lindo de la mano, llorando al torero muerto. La viuda de España, la llaman.

Carta de ajuste

148

Cumplido el ritual de las cañas, la cena y el carajillo, los supervivientes van al Avión caminando a buen paso, no sea que echen el cierre. Es durante ese paseo cuando Julia se entera de que Matilde, que ha estado con ellos toda la tarde, se apellida Fernández Jarrín y es la realizadora de *La bola de cristal*.

—Madre mía, cuando se lo cuente a mi hermana. No es su programa de televisión favorito: es su vida.

—Pues ya te presentaré a Lolo Rico, la directora, que a veces va por el Avión. También ha ido alguna vez Carlos Fernández Liria, que es uno de los guionistas y es un cielo. Y Pacheco, el ilustrador, que es el que diseñó los electroduendes. Y Alaska, claro. La conoces, ¿no?

Pues claro que la conoce, cómo no la va a conocer. Todo el mundo conoce a Alaska, que además de ser la presentadora del programa infantil más singular de la tele es la cantante más moderna del mundo mundial. Unos creen que es argentina, por una extendida tendencia a pensar que todos los sudamericanos que llegan a España son argentinos, y otros piensan que es una mujer hecha y derecha, porque la veían por la tele cuando no habían terminado la primaria, pero nació en México y es jovencísima: veintitrés años. Sus canciones son himnos. Como esa cuya protagonista atropella a su pareja en una calle desierta.

*No me arrepiento,
volvería a hacerlo,
son los celos.*

O esa en la que todo el mundo balancea los brazos en el aire, mientras baila y corea el estribillo.

*Mil campanas suenan en mi corazón,
qué difícil es pedir perdón,
ni tú ni nadie, nadie,
puede cambiarme.*

O esa otra que describe la realidad contable del país.

*Bailando, me paso el día bailando,
y los vecinos mientras tanto
no paran de molestar.
Bailo todo el día,
con o sin compañía.
Tengo el cuerpo muy mal,
pero una gran vida social...*

Se baila mucho, es verdad, y todo el mundo baila las canciones de Alaska, que tocan hasta en las verbenas de los pueblos. Otra cosa es conocer a la cantante.

—No, personalmente no la conozco. Sé que es amiga de Jaime Urrutia y que salía en el vídeo que grabaron aquí los Gabinete, pero no he hablado nunca con ella.

Cuando llegan al bar hay todavía un ambientazo. A la puerta, Fernando Reinlein y Ángel Ballesteros, el falso chino de Toledo que trabaja en el restaurante de al lado, charlan animadamente con el senador Rafa Estrella y el diputado Ángel Díaz Sol, los dos de Granada. En el ambigú, departiendo con Aurora y con una muchacha guapísima, que lo escucha embobada, está Juan Luis Cano, que trabaja en Antena 3 Radio y se ha hecho famoso con el Dúo Gomaespuma; vive en Don Ramón de la Cruz, viene mucho por aquí y unas noches le da a la zarzuela y otras al fandango, según tenga el cuerpo. Dentro está cantando Guillermo de la Torre, un chaval alto y desgarbado, con

flequillo y con buenas maneras, que ha llegado a grabar algún disco.

*Yo sé que estoy ligado a ti
más fuerte que la hiedra...*

El bolero «La hiedra» lo canta sentado, mirando a los ojos a la chica que lo acompaña. Para la siguiente, se pone de pie.

*Que el mundo fue y será
una porquería, ya lo sé.
En el quinientos seis,
y en el dos mil, también.*

Es «Cambalache», el tango de Santos Discépolo. Una de las canciones más clarividentes que se han escrito en este siglo que ya va terminando y que habla, precisamente, del siglo.

*Siglo veinte, cambalache
problemático y febril...
El que no llora no mama
y el que no afana es un gil.*

Se retira Guillermo, despide César la sesión con su popurrí, y reanuda Julia su conversación con la realizadora de *La bola de cristal*. Si se hubieran inventado ya los teléfonos móviles y los guasap le mandaría un *selfie* con Matilde a su hermana, Raquel.

—No sabes cómo es. Vive pegada al televisor. Cuando no sabía hablar se pasaba horas y horas viendo la carta de ajuste, completamente hipnotizada.

—Eso es normal —interviene Javier—. Tres millones de españoles ven cada día la carta de ajuste.

—No me lo creo.

—Me lo contó Antonio Garrigues Walker. ¿Os acordáis cuando se pegó el castañazo como candidato a alcalde, con la Operación Roca?

—Tú te tienes que acordar más que nosotros —dice Damián—, porque tu

periódico lo apoyaba y también se pegó un castañazo.

—Mi periódico no, mis jefes. En la redacción somos todos de izquierdas. Pero los jefes tienen miedo de que el PSOE se quede gobernando de por vida y quieren inventar una derecha nueva, que no sea franquista. Y que no sea Fraga, claro.

—Pues tienes unos jefes bastante gilipollas. Justo cuando diez millones de personas votan a los socialistas se ponen a inventar una derecha con personajes como Miguel Roca, que es nacionalista catalán, o con Garrigues, que es de la trilateral, o sea, del capitalismo más capitalista. ¿En qué país viven?

—En un país donde tres millones de personas ven a diario la carta de ajuste. Garrigues, que quiere montar una televisión privada, se gastó una pasta en un estudio de mercado y uno de los datos más sorprendentes fue ese: tres millones. Una muestra del poder de la televisión.

—O mejor —matiza Julia—, una muestra de que quien tiene la televisión tiene el poder. Que lo sepas, Mati, la vida de mi hermana está en tus manos. A ver cómo te portas.

Mati se ríe, mientras se recoloca la mata de pelo rojizo, abundante y ondulado.

—Si solo es la carta de ajuste y *La bola de cristal*, no va tan mal la cosa. Si ve los demás programas ya no te prometo nada.

—Eso es lo malo, que lo ve todo, se sabe todas las letras de las canciones de Hombres G y está todo el día dándole el coñazo a mi madre y a mi abuela para que le compren ropa de marca. Todo eso por culpa de la tele. Lo malo no es que una niña se aprenda las letras de Hombres G, que son bastante tontorronas. Lo malo es que una niña de un barrio de Valencia quiera ser tan pija como un pijo de Madrid.

cuatrocientos kilómetros de distancia, lo tiene clarísimo: el mundo sin *La bola de cristal* y sin Hombres G sería mucho menos interesante. Entre sus primeras amistades de verdad está la Bruja Avería, que al principio, cuando era pequeña, le daba un poco de miedo, pero ahora le hace muchísima gracia, sobre todo cuando canta la canción de la lavadora:

*Si se ríe usted, mi señora,
romperá la lavadora,
si se ríe usted, señor,
romperá el televisor.*

Gracias a *La bola de cristal*, desde los ocho años es una mujer de mundo. En ese programa lo mismo aparece Frankenstein que Pablo Carbonell, el de los Toreros Muertos. Tiene una canción preciosa en la que cuenta que el pis de las cuarenta cervezas que se ha bebido va del váter a la alcantarilla, de ahí al río y del río al mar, donde se convierte en lluvia, que cae sobre el campo y la ciudad.

*Moja las calles,
moja a tu padre,
tu madre lava la vajilla
con mi agüita amarilla.
Moja el patio del colegio,
moja el ayuntamiento
mi agüita amarilla.*

Dice el profesor de geografía, aunque ella no entiende muy bien lo que quiere decir, que los Toreros Muertos «explican como nadie, de una tacada, el ciclo del agua y la gestión de residuos líquidos urbanos». Son buenísimos. También le gustan *La pequeña pandilla*, *Los Monster* y *Embrujada*, con Samantha tocándose todo el rato la nariz. A ella, que ya es mayor para ver *Barrio Sésamo*, le entusiasman unos personajes que le dan consejos increíbles.

—Si no se te ha ocurrido nada, a lo mejor tenías que ver menos la tele.

Además de la Bruja Avería siempre se ha llevado bien con el Hada Vídeo y la Bruja Truka, esa que dice: «Lo mío es el ciiiiine». Con todos los electroduendes ha pasado momentos estupendos y todos seguirán en su memoria para siempre, enredados con Carlos Mata y Jeannette Rodríguez, de la telenovela *Cristal*, cuyo amor arrebatado enganchará hasta tal punto a los vecinos de Robledo de Chavela, el pueblo de la abuela, que en Semana Santa tendrán que retrasar el viacrucis para que todo el mundo pueda ver el episodio.

Raquel nunca se ha leído un libro entero, pero es verdad que se sabe todas las letras de los Hombres G, un grupo de madrileños especializados en dramas de nuestro tiempo.

*¡Sufre... mamón!
Devuélveme a mi chica
o te retorcerás
entre polvos pica pica.*

No sabe por qué, pero le impresionan vivamente sus letras.

*Marta tiene un marcapasos
que le anima el corazón,
no tiene que darle cuerda,
es automático,
puedes oír sus pataditas,
está vivo, creo yo.*

¿Y a quién le hace daño ella, con esas aficiones? Los Hombres G y *La bola de cristal* son de las mejores cosas que le han pasado en su vida, aunque ni su madre ni su abuela lo quieran entender.

Con los vaqueros no hay manera. No hay manera de que entiendan que si no llevas unos Levis 501, como los de David Summers, el cantante de Hombres G, no vas a ningún lado. En Robledo de Chavela, el pueblo de la yaya Rosa donde pasan las vacaciones, todas las niñas llevan Levis 501 y sudaderas de Privata. Se lo dice, pero ni caso.

—Míralas, yaya. Van todas guapísimas.

—¡Tú no vas a ser menos por no llevar marca!

—Claro que soy menos. Soy una hortera. Me lo dicen todas y me lo dicen muchas veces.

Hasta hace cuatro días en Robledo se estrenaba ropa una vez el año, el Domingo de Ramos. Ahora, a la niña que no lleva vaqueros de moda la esquivan, para desgracia de Raquel, que va a tener que cortar por lo sano: no volverá a juntarse con la pandilla del pueblo. En verano no saldrá de casa. Será ella quien las esquive y que llamen hortera a su prima.

Para compensar, buscará refugio en la tele y en la religión, que también mola. Igual se hace misionera. En las catequesis se aprendió el catecismo y ahora le ha dado por recitarlo, para alegría de la abuela y desconcierto de la madre, poco dada a religiones.

—¿Quién es Dios?

—Dios es nuestro padre, que está en los cielos, creador y señor de todas las cosas.

Al principio, cuando se lo empezaron a enseñar las monjas, llegado ese punto se añadía:

—Que premia a los buenos y castiga a los malos.

Desde este año, justo cuando los Hombres G entran en su vida con los polvos pica pica y el marcapasos de Marta, Dios deja de castigar y de premiar. Mejor. Así podrá seguir viendo la carta de ajuste y *La bola de cristal* sin remordimientos.

Europa, Europa

152

Cuando escribí *333 historias de la Transición* pregunté a medio centenar de personas por los grandes momentos de la década de los setenta que se les habían quedado en la memoria. Todas contestaron con momentos históricos enhebrados con sus vidas personales.

—El día que mataron a Carrero yo estaba en un taller de Portugalete...

—Yo volvía de la universidad, con mi R8...

—El día que murió Franco cerraron el colegio y nos mandaron a todos a casa...

—Pues yo estaba en la cárcel de Yeserías.

—Cuando asesinaron a los abogados de Atocha, en el partido nos dieron instrucciones muy precisas: «No respondáis a las provocaciones».

Las referencias históricas llegan hasta el golpe de Estado de 23 de febrero de 1981. Todo el mundo recuerda lo que estaba haciendo ese día.

—Yo acababa de salir del cine y me extrañó no ver a nadie por la calle.

—Yo estaba en el colegio. Nos mandaron a casa.

—Yo estaba en la mili.

—Yo me pasé el día viendo dibujos animados en la tele.

—Yo me fui al Aviión, precisamente.

—Yo estaba haciendo el doctorado con Caro Baroja en el CSIC, enfrente del Congreso —recuerda Pilar García Mouton—. Nos mandaron a casa y al salir le comenté a uno de los guardias civiles que tenía que coger mi coche, que estaba aparcado cerca, saliendo a la izquierda. Y el guardia, jovencito, me dijo: «En este país a la izquierda ya no va ni dios».

A partir de ahí, los recuerdos se difuminan. Cuando pregunto ahora por los grandes momentos de los ochenta todos me dicen: «Nos lo pasamos muy bien», y me hablan de vivencias personales, dejando en segundo plano, o simplemente olvidando, las colectivas.

—Yo saqué las oposiciones.

—Yo empecé a dar clases.

—Yo entré a trabajar en Campsa.

—Yo empecé a criar hijos.

—Yo me vine a Madrid, al terminar la mili.

—A mí me destinaron a Salobreña.

—Yo empecé a salir con Ana.

—Follábamos como locos.

—Creo que me la pasé fumado.

—Creo que me la pasé bailando.

—Nos pasa como a los sesenteros del LSD y la marihuana: que por lo visto nos lo pasamos cojonudamente, pero no conseguimos acordarnos.

Los que estaban en la infancia o la adolescencia recuerdan sobre todo programas de una televisión única y omnipresente.

—*La cometa blanca*, *La bola de cristal*, donde aparecía Pedro Reyes hablando de Edipo Rey o criticando el capitalismo. Cosas impensables, ahora.

—¡Espinete! Yo no sería quien soy si no fuera por *Barrio Sésamo*.

—*Verano azul*, claro. La noticia más importante de esa década fue la muerte de Chanquete.

Los que andaban ya por la adolescencia, recuerdan marcas de coches:

—El Ford Fiesta.

—El R-5. Lo primero que se me viene a la cabeza: un R-5.

—El Simca Mil. Ya sabes lo que cantaban Los Inhumanos: «Qué difícil es hacer el amor en un Simca Mil...».

Todos, sin excepción, hablan de la música, como un elemento de liberación colectiva e individual, y todos hablan de músicos: desde No me pises que llevo chanclas hasta The Cure, desde Ilegales y Golpes Bajos hasta Bob Marley y Bruce Springsteen, pasando por Los Ramones, Eurythmics, Simple Minds, Madonna, Residence, The The, Katherine and the Waves o Luz Casal, «que iba de telonera en los conciertos de Miguel Ríos». Y todos subrayan la importancia del *disc-jockey*, que entonces no se llamaba «dijí» sino pinchadiscos, o simplemente «el pincha». Y la importancia del disco, como valor de cambio y motor de un gran negocio: cincuenta y nueve compañías

discográficas llegó a haber en España, a pleno rendimiento. Los pocos que ya andaban metidos en la música clásica recuerdan que solo había dos grandes orquestas, la de RTVE y la Nacional, y que en esos años empezaron a venir músicos que se habían negado a pisar España durante la dictadura: Christian Zacharias, Maurizio Pollini, Alfred Brendel...

He hablado con jueces, catedráticos, taxistas, obreros industriales, periodistas, parados, empresarios. Para todos, esos años fueron como unas largas vacaciones, muy activas. A casi todos tengo que tirarles de la lengua para que recuerden el triunfo de los socialistas («Bueno, ya, eso, claro»), la entrada en la OTAN, el referéndum, la implantación de la sanidad universal, los avances en la educación o en infraestructuras («En esos años llegó a mi pueblo la carretera y empezaron a tener las casas agua corriente»), la reconversión industrial o el espectacular avance de la economía.

Con excepción de Josep María Sanmartí, que estaba en el Palacio Real como corresponsal de *Avui* cuando se firmó el acta de adhesión, nadie se ha acordado de citar en primer lugar el mayor acontecimiento histórico, económico y social de ese periodo: el ingreso de España en la Unión Europea que entonces se llamaba Comunidad Económica Europea y los más viejos del lugar seguían llamando Mercado Común.

Incluso los que subrayan la trascendencia de ese episodio se lían con las fechas y piensan que el referéndum de la OTAN fue anterior al ingreso en la CEE porque, dicen, «es la condición que le pusieron a Felipe González».

153

A César también le llama la atención la frialdad con que sus compatriotas reciben la entrada en la Comunidad Europea, que él sigue llamando Mercado Común. Varias generaciones de españoles se han pasado la vida soñando con ese momento y él tiene claro que es lo más importante que ha ocurrido aquí desde la muerte de Franco. Pero no ve a nadie descorchando botellas de champán para celebrarlo. Tampoco ve masas desfilando delante de su casa

como ha visto tantas veces por la muerte de un torero o el triunfo de un equipo de fútbol. El 12 de junio de 1985 se firma el Acta de Adhesión a las Comunidades Económicas Europeas, que cambiará nuestras vidas para siempre. Los ciudadanos no salen a la calle a pregonarlo y muchos ni siquiera recordarán la fecha.

Naturalmente, tampoco recordarán que unos días antes unos militares estuvieron a punto de cometer el mayor magnicidio de la historia. ¿Y por qué no lo recordarán? Porque no lo saben. El Gobierno de Felipe González oculta una información que, sin embargo, ya está circulando por el Avión y por el bar vecino, La Villa.

César se acerca a la mesa más alejada de la entrada. Miranda, el espía, y Fernando Reinlein, el periodista, bajan la voz, pero no tanto como para que no pueda oír con nitidez:

—No me jodas. Eso es peor que lo del 23-F y el 28-O juntos.

—Si no llegamos a pararlo, es una carnicería: el Gobierno y la familia real, figúrate.

—¿Y el Gobierno por qué no quiere contarlo?

—Porque no quieren que se ensucie la imagen de España, justo cuando estamos a punto de entrar en Europa. El día 12 firman y el 1 de enero somos europeos. Contar historias de golpistas terroristas podría ahuyentar a los inversores, que es lo que necesitamos ahora.

—¿Y qué pasa si lo cuento yo?

—Que te lo vas a comer con patatas, te lo van a desmentir, te van a llamar de todo y, en mi opinión, le vas a hacer un daño al país. Además, no puedes, porque no tienes una sola prueba ni la vas a tener. Yo mismo saldré diciendo que se te ha ido la cabeza, si hace falta.

—¿Qué? ¿Interrumpo una buena historia de espías?

—No, maestro —le contesta Reinlein—, pero te voy a dar una buena noticia: si es verdad lo que me está contando este elemento, hoy se ha acabado la Transición.

—¿Pero no se había acabado ya?

—No, hazme caso. ¿Qué día es hoy?

—2 de junio de 1985.

—Pues se ha acabado hoy, justamente hoy. Por primera vez los buenos les han parado los pies a los malos, creo yo que para siempre. Y, hala, me voy para el periódico, que igual tengo suerte y alguien me da un poco más de chicha que este cenutrio. Dejo pagados los vinos.

154

—Ya me dirás —ataca César cuando se queda a solas con el agente del CSID—. Tú ya sabes que soy una tumba.

—No te preocupes, maestro. Si le he contado algo al Capi es porque él no publicará una línea mientras no tenga pruebas y no las va a tener porque las hemos destruido, una por una.

—¿Y qué ha pasado?

—Lo importante no es lo que ha pasado, sino lo que ha podido pasar. Hoy había un desfile en La Coruña, por el día de las Fuerzas Armadas. Había un plan para volar la tribuna donde estaban la familia real, el presidente, los ministros más importantes del Gobierno y la cúpula militar entera.

—La ETA, claro.

—No, no era la ETA, aunque el procedimiento era el mismo que usó ETA para matar a Carrero Blanco; un túnel bajo la calzada y explosivos a punta pala. Eran militares y ultras. Los de siempre. Los mismos que nos están tocando los cojones desde que murió Franco. Diez años llevan ya buscándonos las cosquillas. Algunos están en la cárcel, pero ahí siguen, erre que erre. Lo bueno es que ya los tenemos a todos anillados como pájaros, que es lo que son. Y la decisión que ha tomado el Gobierno de no detenerlos ni hacer pública la información es la más inteligente. A estos tíos se les controla mejor así que armando un alboroto y llevándolos a juicio. Puedes estar seguro de que esos no vuelven a dar guerra.

—¿Y cómo lo habéis parado?

—Por un infiltrado. Un sindicalista de derechas que nos pasó la información.

—Pues va a ser verdad que se ha terminado la Transición.

—Eso creo yo. En realidad se terminó en Semana Santa, aunque ese detalle no se lo he querido dar a Reinlein. Fue en Semana Santa cuando se dieron cuenta de que lo sabíamos todo y abortaron la operación. Pero esta noche, viendo el desfile en la tele, no he tenido más remedio que acordarme.

A César le parece raro que un gobierno democrático no comparta con los ciudadanos informaciones tan importantes. Lo entiende como una señal de fragilidad de una democracia que, después de todo, todavía está en pañales. Miranda comparte esa impresión.

—Es verdad, está en pañales. Acuérdate cuando a Calvo-Sotelo y a sus ministros los militares los sentaron en sillas de tijera, en un desfile. O cuando Felipe y Narcís Serra fueron a la División Acorazada, les hicieron tragarse una misa y mientras ellos se quedaban de pie los generales se ponían de rodillas para dejar claro que ellos a quien obedecen es a Dios, no al Gobierno. Esos generales son los de siempre, los socialistas ahí tienen todavía mucha plancha y tienen que andar con tino. Yo creo que hacen bien en no darle tres cuartos al pregonero.

Aunque los demás españoles tarden muchos años en enterarse de estas cosas (los nombres de los implicados en el atentado de La Coruña no se conocerán hasta el 2016), César está encantado de que se las cuenten a él. Los magnicidios están ligados a su más íntima peripecia vital.

155

Han pasado sesenta y cuatro años y tres meses desde el 8 de marzo de 1921. Ese día, tres anarquistas catalanes, montados en una moto con sidecar, le pegaron veinte tiros al presidente del Gobierno, Eduardo Dato, en la plaza de la Independencia. Acababa de salir del Senado y el coche oficial, un ARM-121 que aún conservan en el Museo del Ejército, lo llevó por la Puerta del Sol, la Cibeles y la calle de Alcalá. Al llegar a la Puerta de Alcalá, torció a la izquierda para coger Serrano. Justo en ese instante iniciaron los pistoleros su

ataque, que no duró más de quince segundos. Suficientes para vaciar los cargadores.

Hasta el ático del capitán de infantería César Martínez Sánchez y su mujer, María del Carmen Rodríguez, en la quinta planta del número 9 de la plaza de la Independencia, llegaron al caer la tarde los gritos que estaban sonando por todo Madrid.

—¡Han matado a Dato! ¡Han matado a Dato!

No se enteraron. Ellos ese día solo tenían oídos para el llanto de su primer hijo y para las palabras de la comadrona:

—Ha nacido sano, es un niño precioso. Enhorabuena. ¿Han elegido ya el nombre?

—César. Lo llamaremos César, como su padre.

156

No es completamente seguro que César naciera el mismo día que mataron a Dato a la puerta de su casa. Sí es completamente seguro que nació en esa casa, donde vivió el resto de sus días, y que nació en ese año, 1921. Pero ni en los registros del Real Conservatorio, donde estudió, ni en los de la Sociedad General de Autores, de la que fue socio, ni en la tumba sin nombre donde reposa desde 1994, hay referencias precisas a su fecha de nacimiento.

El 8 de marzo. ¿Por qué no? El 8 de marzo es un día mucho mejor para nacer que para morir, y no digamos en su caso: el de 1921 cayó en martes y los martes fueron siempre su día libre. A mí no me hace falta saber más. Ignoro la iglesia donde lo bautizaron y se me partiría el alma si tuviera que rebuscar entre los papeles de la residencia donde murió. Prefiero quedarme con esa fecha, que a nadie molesta. Ventajas de estar escribiendo una novela y no una biografía.

Fue el 8 de marzo de 1921, sí, cuando la comadrona anunció el nacimiento de «un niño precioso» en la casa a cuya puerta acababan de acribillar a Eduardo Dato.

Algún día será ese niño precioso, ya crecido, quien cuente a Fernando Reinlein pormenores de otro magnicidio que les atañe a los dos directamente. A punto estuvo la noche que Luis, el marino aragonés, se presentó en el Avión con Antonio Morral, un juez de Barcelona a quien conoce porque todos los años, en Semana Santa, tocan juntos el tambor en Andorra de Teruel.

—¿Morral? —pregunta enseguida Reinlein—. No tendrás nada que ver con Mateo Morral, el que puso la bomba en la boda de Alfonso XIII...

—Hombre, pues no, no tengo nada que ver porque yo soy un juez pacifista y él era un anarquista que ponía bombas. Pero, vaya, era mi tío abuelo.

—¡Pedro, ponme otro biberón! —grita desafortadamente el Capi mientras se bebe de un trago el whisky «con hielo y agua hasta arriba» que tenía en la mano—. Se presenta Fernando Reinlein, sobrino nieto de Roberto Reinlein, segundo teniente de la guardia del rey que murió ese día, en ese atentado, en el que palmaron veintitrés hombres y veintidós caballos.

—Joder, tío, cómo es la historia.

—Y qué delicado era tu pariente. Eso de envolver la bomba en un ramo de flores no se le ocurre a cualquiera.

—Si estás esperando reparación, lo único que se me ocurre es invitarte a comer un día en Casa Ciriaco. Ya sabes que...

—¿Que Mateo Morral tiró la bomba desde la azotea? Claro que lo sé. Y que en Ciriaco ponen una gallina en pepitoria cojonuda, también lo sé. O sea que, cuando quieras, te acepto la invitación.

Si no fuera porque César no quiere saber nada de esa familia que tuvo, y ya no tiene, se apuntaría a la comida y les contaría que su tío Emilio, el hermano mayor de su padre, fue quien sacó a pulso, arrastrándolo como pudo hasta la ambulancia, el cuerpo destrozado del teniente Reinlein. Se llamaba

Emilio Martínez Sánchez, era capitán de infantería de Marina y activo miembro de la Cruz Roja.

La trágica boda real fue el 30 de mayo de 1906. Ese día, en la calle Mayor de Madrid, se cruzaron las tres Españas que hoy vuelven a encontrarse. La del anarquista catalán, la de la familia adinerada, bien relacionada con la realeza, y la de los Reinlein, cinco generaciones de militares con una veta liberal que en tiempos de Franco derivó hacia la democracia; el comandante Guillermo Reinlein es uno de los fundadores de la UMD y el capitán Fernando Reinlein estuvo un año preso por formar parte de esa organización.

Tiene que ser en Madrid, la ciudad de las mezclas imposibles, tiene que ser en los años ochenta, el tiempo de las mezclas permanentes, y tiene que ser en el Avión, el local de las mezclas obligadas, donde Martínez, Reinlein y Morral vuelvan a encontrarse.

Algún día alguien tendrá que hacer público este encuentro, que podría ser el germen de una buena novela. En esta España tan diferente, que todos están disfrutando tanto tras la muerte del dictador, las historias del pasado siguen vivas, mal que le pese a quienes son poco partidarios de mirar atrás, como César.

Pero el propio César recuerda a Faulkner cuando dice: «El pasado nunca muere, ni siquiera es pasado». Es verdad. Siempre está ahí, para bien o para mal. Algunos creen que todo lo que está pasando en España es nuevo sin darse cuenta de que siguen viviendo sobre lo viejo. A diferencia del futuro, por naturaleza volátil, el pasado es el elemento más sólido del presente: sus cimientos, ni más ni menos.

Hemos salido de un pasado horroroso, es verdad, pero el futuro nunca llegará del todo. También lo decía García Márquez en esa novela tan buena que escribió hace veinte años y César ha leído más de diez veces: la tierra es redonda como una naranja y aunque el pasado nunca se repite, la historia siempre vuelve a pasar por el mismo sitio. Si en lugar de ambientar ese libro en una aldea de Colombia lo hubiera ambientado en este local y en esta década, no se habría titulado *Cien años de soledad*. Si acaso, *Diez años de compañía*.

—¿Tienes ya título?

Me lo han preguntado todos mis amigos, sobre todo, todos los que escriben libros: Reyes Monforte, Nieves Concostrina, Ignacio Elguero, Jesús Pozo, Javier Reverte...

—¿Tienes ya título?

—Pues no, todavía no tengo.

—El título es importante.

—Ya, pero todavía no tengo.

Me lo pregunta Reyes mientras nos arrimamos un plato de comida japonesa, Nieves y Jesús mientras nos tomamos unos vinos por el barrio, Ignacio cuando nos comemos un menú en La Manzana, frente a la radio, Javier Reverte mientras despachamos un asado en Guadalix de la Sierra antes de echar una partida de mus.

—Si hubiera mantenido la idea inicial, de escribir un ensayo, se titularía *333 historias de los ochenta* y *Santas Pascuas*.

—Ya, pero hemos quedado que segundas partes nunca fueron buenas.

—Puedo poner cualquier otro, relativo a César, y añadir: «... y otras 333 historias de los ochenta».

—No, no puedes, las novelas no llevan subtítulos.

—No llevarán subtítulos, pero luego se hartan de añadirles pegatinas y fajillas con cualquier otra cosa que sirva para venderlas.

—Ya, pero tú, a lo tuyo: un buen título.

—Podría titular con una canción de César: *Una silueta en la niebla*.

—Me gusta, muy romántico —dice Reyes.

—No me gusta, demasiado romántico —dice Nieves.

—O *El agua no tiene esqueleto*. Es una manera de hablar de la libertad, que le pasa como al agua, que no tiene esqueleto.

—Ese es precioso —dicen al unísono Jesús y Nieves, que son, como yo, periodistas formados en la Escuela Magna de Titulares Juan Tomás de Salas.

—*Diez años de compañía* tampoco estaría mal. Un guiño a García

Márquez y una referencia implícita a la década.

—Se queda en nada —apunta Javier, que antes de ser escritor de éxito era reportero de casta y sabe de títulos lo que no está escrito.

—*Los años del Avión*.

—Suena a memorias y tú no quieres escribir memorias.

—*Avión Club*, sin más.

—Ese todavía.

—A ese sí que le añadiría algo: *Una historia de los ochenta*. ¿Y a ti? ¿Cuál te gusta a ti?

—Uno podría ser *César*, sin más. Nieves se ha hinchado de vender libros con *Antonia*, que es como se llama su madre y es como se titula la novela en la que cuenta su vida. También podría ponerle un poco más de picante y titular *El enigma de César*.

—Van a pensar que es una novela histórica —apunta Reyes Monforte, que luego se ríe cuando se lo explico.

—Esa es la idea. Ven el título, la compran pensando que es una novela de Posteguillo y cuando se quieran dar cuenta ya es demasiado tarde. Además, todo el mundo dice que una novela tiene que tener un enigma.

—Yo no creo que sea obligatorio. Lo que sí tiene que tener es una historia de amor. Sin amor no hay novela.

—¿Aunque sea una nueva versión del viejo y la niña?

—¿Y qué más da? A las mujeres nos gustan los hombres mayores.

—¿Aunque el protagonista solo tenga una pierna?

—Pues claro. Cuando una mujer ama, no se para a contar piernas. Las mujeres son muy suyas y las de veinticinco años están dispuestas a probarlo todo, conocerlo todo, vivirlo todo. Quieren vivir una historia y muchas veces la han vivido antes de empezarla, la han escrito antes. Una mujer de veinte años es como un hombre de cuarenta.

—Otra cosa es que con una pierna no se la va a poder tirar contra una tapia.

—¿Quién ha dicho que no? Con una pierna se pueden hacer maravillas. No lo digo por experiencia, pero seguro.

—Bueno, pues ya tenemos una historia de amor, mezclada con otras

historias de amores, porque en los ochenta las historias de amor van mezcladas y agitadas, como los cócteles. Esa será mi mayor aportación al relato, porque todo lo demás, sobre la historia del bar y la historia de César, es lo que he ido investigando. Pero tampoco está mal lo del enigma, ¿no?

—No, no está mal. A Posteguillo le haría gracia.

—La verdad es que César era enigmático. Llevo años intentando descifrar esos enigmas y me está costando. Lo bueno es que lo que voy descubriendo es más que una historia personal: es la historia de España. Al final, la historia de cada uno de nosotros es la historia de todos. Da igual que seas rey o que estés tocando el piano en un tugurio.

—Pues no te cortes.

No me corto, no. El que se corta es César. No hay manera de conseguir que colabore.

160

Como César no ha contado ni contará nunca nada, será Julia la que vaya haciendo averiguaciones por su cuenta. La primera pista se la da un comentario irónico de Aurora, la cerillera, un día que lo ven salir renqueando, con el cigarrillo en los labios y el bastón en la mano, vestido con un traje crema, de verano, y una corbata estrecha de rayas marrones.

—Dejen paso, que ahí va el gentilhomme.

—¿Qué es eso de gentilhomme?

—Así lo llamo yo. Su padre era gentilhomme de Alfonso XIII y el rey fue el padrino de su boda.

—O sea, que es verdad lo que dice Perico, que su familia está emparentada con la familia real.

—Estaba. Ya sabes lo que él dice: que tuvo familia pero ya no tiene. Algo gordo debió de pasar. Por aquí, en estos treinta años, no han venido ni hermanos, ni sobrinos ni nada. Da la impresión de que nada más nacer lo dejaron solo en casa y hasta hoy. Pero, vaya, lo del padre gentilhomme y el

rey va a misa.

161

En realidad el gentilhomme de Alfonso XIII no fue el padre de César, sino su tío Emilio, ese joven capitán que estaba sacando cadáveres tras el atentado de Mateo Morral. Y la boda del padre no tuvo padrino regio sino madrina regia: la infanta Isabel, la Chata, que era amiga de su madre, hermana del rey y muy popular; tanto que cuando llegó la República fue el único miembro de la familia real al que permitieron permanecer en España.

Pero eso le va a costar a Julia mucho tiempo averiguarlo. Le ayudará Javier, con un consejo.

—Ya veo que sigues obsesionada con el maestro. Que si la casa, que si el ama de llaves, que si el gentilhomme. No hay noche que no me vengas con un chisme.

—No sé si estoy obsesionada, pero sí que estoy interesada. Es un fuera de serie y me da rabia que no sepamos nada de él. Si estuviera tocando en un auditorio, tú y yo tendríamos un programa con todo su currículum. Como es pianista de bar, no tiene ni biografía. No me digas que no es injusto. Yo creo que es un personaje extraordinario y detrás tiene que tener, por fuerza, una historia extraordinaria. Igual es que no la recuerda, o que no la conoce. Pero seguro que la tiene. Y sí, me gustaría saber más. Si en lugar de ser músico fuera escritor, vive Dios que de ahí me salía la tesis doctoral.

—¿Y por qué no vas a dar una vuelta por el archivo de *ABC*?

—¿Para qué?

—Para buscar cosas sobre la vida de César. No harás una tesis, pero vete a saber si no te sale de ahí una novela.

—¿Y por qué no en el archivo de *Diario16*, que lo tenemos más a mano?

—Julita, hija, no te enteras. *Diario16* tiene nueve años, el *ABC* más de cien y algo que no tiene nadie: las esquelas, los ecos sociales y las necrológicas. No hay persona relacionada con la casa real en estos cien años

que no haya salido alguna vez en el *ABC*.

—Tienes razón. Ya sé lo que voy a hacer este verano.

162

No será en verano, sino en otoño, cuando Julia consiga que José María, un chaval muy majo que conoce a través de Javier y trabaja en la sección de cultura de *ABC*, le abra las puertas del periódico y le presente a la gente que lleva documentación. Pero antes tendrá que hacer otras cosas, como terminar el curso, y mucho antes, la semana que viene, tendrá que ir de viaje con Lola. Ya tienen los billetes para Londres y las reservas, la de la clínica y la del *bed and breakfast*. Su prima le ha pedido que la acompañe: su novio la ha dejado preñada justo cuando acababan de terminar las relaciones.

En las pandillas siempre pasa: cuando alguien rompe con su pareja enseguida rompen dos o tres parejas más. Julia se ha librado de Kiko y Lola se ha librado de Juan, que es también valenciano, amigo de toda la vida de su ex. Julia no lo soportaba. Siempre ha dicho que es *un matao*. En la pandilla de Valencia lo llamaban Juanito el Chocolatero porque se pasaba el día puesto en costo y las noches en la discoteca Chocolate. Es un tonto el haba, que nunca ha sabido lo que tiene y nunca ha sabido lo que vale Lola. Menos mal que ella se ha dado cuenta. Se lo dice con todas las letras, cuando le da la noticia.

—Siempre he pensado que con ese tío no ibas a ningún lado.

—Ahora lo pienso yo también. Ya está bien de que te vacilen. *Pa* puta sin ganancias, mejor *honrá*.

Pero lo que son las cosas: en el polvo de despedida, embarazada.

—Dime que sí, que vienes conmigo, y saco hoy mismo los billetes —le dijo, con el predictor en la mano.

—Aquí en Madrid hay gente que te lo puede hacer con garantías.

—Ya lo sé. Y en Valencia. Y me han hablado de uno de Málaga que es un tío serio, el doctor Sáez de Santamaría. Pero no me fio. De los que lo hacen, sí, pero no me fio de esta sociedad hipócrita que tarde o temprano nos pasa

factura a las mujeres por ser mujeres. *Pá* Londres, Julita, y de paso nos damos una vuelta por Tuset Street.

Tiene razón. En el Parlamento están discutiendo una ley sobre la interrupción del embarazo que lleva ya tres años de idas y venidas, desde que aprobaron la despenalización del aborto y un tal José María Ruiz-Gallardón, diputado de Alianza Popular, presentó un recurso en el Tribunal Constitucional. Ni siquiera en los debates parlamentarios muestran la menor sensibilidad hacia las mujeres que pasan por ese trance. Han pasado diez años desde que murió Franco, hay unas cuantas mujeres en el Gobierno y unas cuantas más en el Parlamento, pero aquí hay cosas que no van a cambiar nunca. A una mujer que aborta la estigmatizan. Al Avión va gente, Julia la conoce bien, que le parece mal que Tejero esté en la cárcel por intentar dar un golpe de Estado, pero le trae sin cuidado que una mujer esté condenada, penal o socialmente, por abortar. Lo dicho: *pa* Londres.

163

En lo que queda de junio Julia no volverá a aparecer por el bar. Al viaje de Londres, que discurre sin problemas e incluso con momentos muy agradables, porque estas cosas unen mucho, se suma un salto a Granada para ver a la abuela, que ha pillado una neumonía, otro a Valencia para echarle una mano a mamá, que está de mudanza porque se va a vivir con Sergio, y los exámenes de fin de curso, que la obligan a estar encerrada un montón de días.

César la echa de menos. Se ha acostumbrado a tenerla cerca. Aunque siempre esté preguntando cosas a las que no está dispuesto a contestar, le gusta su manera de ser: su estilo directo, su naturalidad, su desparpajo. No es descarada, pero no se corta por nada. Es lo que más le gusta de las chicas de ahora. Probablemente nunca, en toda la historia de España, ha habido tantas mujeres tan libres. Van a su aire, no crecen a la sombra de nadie, estudian, trabajan, salen, entran. Viven.

Lástima que los hombres no estén a su altura. Les está pasando como a los

niños en relación con las niñas: se desarrollan más despacio, se quedan más rato en la infancia. Son ellas las que están ejerciendo con más entusiasmo la libertad, es evidente. Por eso follan todos tanto últimamente: porque ellas han decidido follar. Ellas deciden el quién, el cómo, el cuándo y el dónde. Se visten como les da la gana, de diosas o de brujas, según les pida el cuerpo, y cuando dicen «Este para mí», lo cogen como si fuera una fruta. Ellas deciden, sí. Si no fuera por eso, estos tíos tan patosos no se comían una rosca.

A César siempre le han contado sus amantes que a los hombres, después de echar un polvo, se les nota mucho que no tienen de qué hablar y están deseando volverse al bar con los amigos, mientras que las mujeres son más propensas a jugar a las casitas y montar el nido. Pero eso no es lo que se ve ahora. Parece como si todas estas chicas se hubieran criado con las monjas de Julia y estuviesen empeñadas en hacer lo contrario de lo que las monjas les decían, estirando cada día un poco más la cuerda, rompiendo las normas, una por una, probando sensaciones hasta donde las dejen y ensayando, en fin, unas maneras de relacionarse con los hombres que sus abuelas no habrían podido ni imaginar.

Del atraso del varón tiene pruebas fehacientes. La noche de San Juan viene por el Avión Maruja Torres, una de las periodistas más conocidas de España, y un diputado, al que le debe de haber tocado el escaño en una tómbola, le pregunta:

—¿Y tú qué eres, secretaria o enfermera?

A buen sitio ha ido a preguntar.

—Yo me dedico a chuparla. Si quieres, te la sacas.

Peor es lo que ocurre en los primeros días de julio, coincidiendo con los últimos plenos parlamentarios. Un senador socialista comenta a la puerta del bar, entre grandes risotadas:

—Las feministas o son feas o son lesbianas.

—¿Y tú qué eres: gilipollas o *mandao* a hacer de encargo?

Quien pregunta es Marga, que es de la UGT de Sanidad y trabaja en el mismo hospital que Lola y Sara.

—Perdona, mujer, no quería ofender.

—Pues ya has ofendido. ¿Pasa algo si te digo que yo soy lesbiana?

—No, ya te digo que...

—¿Y si te digo que soy feminista?

—Tampoco, claro, perdona...

—¿O si te digo que soy una mujer, como tu madre, y me tienes que respetar igual que a tu madre? ¿O es que tampoco respetas a tu madre?

Marga no soporta que compañeros suyos, que van de progres, sigan haciendo chistes a costa de las mujeres. Está molesta incluso con Felipe, que después de aprobar una ley por la que se amplía el periodo de baja maternal le comenta a Matilde Fernández, dirigente del sindicato y del partido:

—¿Has visto lo que hemos hecho con las titis?

Las titis. El presidente del Gobierno se refiere a las mujeres como *las titis*. Y este cabestro, con un carné de diputado en el bolsillo, insulta de una misma tacada a las feministas y a las lesbianas. Que diga esas cosas Fraga, que las dice, vale. Pero que las digan estos... Le faltará tiempo para contárselo a Matilde, que a los dos días llama al senador a su despacho y le echa un monumental rapapolvo.

—Es impropio de un parlamentario socialista hacer ese tipo de comentarios.

—No fue en público. Era una broma, en un contexto de amigos y de copas.

—Ni en público ni privado. Impropio e intolerable.

164

César conocerá por fuentes directas el desenlace de esta historia. El senador se asusta. Si el chisme llega a Alfonso Guerra, que es quien manda en el país, pero más todavía en su partido, le puede arruinar la carrera. Para evitar que la noticia le llegue distorsionada, decide contárselo él mismo y le pide audiencia a través de un miembro de su equipo, a quien conoce de antiguo.

—Dile que son solo un par de minutos, si quiere me acerco al Congreso y hablamos un instante en el pasillo.

Hablar con Guerra, que es vicepresidente del Gobierno y vicesecretario general del PSOE, no es fácil, ni siquiera para un senador. Tiene que contarle al contacto común, con pelos y señales, las razones por las que pide la audiencia.

Los días siguientes, sin noticias, se le hacen angustiosos. Hasta que recibe la tranquilizadora respuesta.

—No te preocupes. Dice Alfonso que ni caso. Que no hace falta que le cuentes nada. Que están todas locas.

El estado de la nación

165

Quizá tiene razón el otro Alfonso, el obrero de la Pegaso, cuando dice que el problema de los socialistas es lo que tendrían que hacer y no hacen. Nunca un gobierno ha tenido tanto respaldo popular y nunca volverá a tenerlo. Lo que la izquierda no haga ahora, no lo hará.

Falta una semana para que llegue agosto y en Madrid hace calor, muchísimo calor, ese calor que enciende las piedras de la calle y las deja incandescentes por la noche. El jueves que viene César empieza las vacaciones. Piensa pasarlas en casa con Johan Sebastian Bach, una buena provisión de vino y Casera y unos cuantos cartones de Peninsulares.

A la puerta del Avión se ha montado la tertulia de todas las noches, donde unas veces comentan la borrachera del día anterior y otras arreglan el mundo. Hoy están arreglando el mundo. En lugar de dar un paseo, decide asistir a este improvisado debate sobre el estado de la nación. Sociólogos de acera, los llama él. Dejan las copas sobre los coches y los contenedores de basura, pero hablan como si estuvieran en un paraninfo.

Está en el uso de la palabra José Miguel Utande, el escultor, que es una versión local de Bud Spencer: voluminoso, barba negra, pelo negro, piel oscura. Seguro que los dependientes de El Corte Inglés, cuando se prueba la ropa, le dicen eso de: «Está fuerte el señor». Tiene una inteligencia superior y una claridad de ideas poco común. Ha vuelto a España después de pasar seis años en París y no suelta el whisky con Coca-Cola ni para mear.

—Están acumulando poder e incluso están empezando a pelearse entre ellos por el poder. Pero la democracia no consiste en acumular poder, sino en repartirlo. Eso es lo que tienen que repartir, poder, y no subvenciones, que estos lo arreglan todo a golpe de subvención.

—Las subvenciones no son malas de suyo —corrige Miguel de Andrés, el anarquista, que está en una empresa pública y parte de su jornada la pasa

supervisando el reparto de subvenciones—. Que se subvencione a quien hace algo útil para la sociedad no solo está bien: es imprescindible. Esa es precisamente una manera de implicar a la sociedad civil en los asuntos de interés público.

—Déjate de leches, Miguel. A la sociedad civil hay que darle poder, no solo dinero. El poder se lo están quedando los partidos; si no estás en el partido, no tocas bola. En el río donde voy a pescar, en una orilla las licencias las da la Comunidad de Castilla la Mancha y en la otra la Comunidad de Madrid. ¿Por qué no gestionan esas licencias los propios pescadores? Francia es un país centralista, pero las asociaciones civiles son capaces de hacer cambiar el sentido de unas elecciones. Es una sociedad vertebrada.

—En eso tiene razón Uti —irrumpe Damián—. Aquí hay muchas asociaciones pequeñas, pero todas maman de la teta pública y todas, hasta las ecologistas, se están convirtiendo en satélites de los partidos. Yo creo que los del PSOE lo saben y por eso las alimentan, no para compartir poder sino para domesticarlas. Lo primero que hacen es ponerles un despachito.

—Pero, insisto —es Miguel quien insiste—, lo malo no son las subvenciones. Lo malo es que alguien monte la asociación o el concierto o la exposición para pillar la subvención.

—En la Transición, la sociedad civil no estaba tan subvencionada y tenía más protagonismo que ahora —apunta Merche Martínez Lías, la de la tele, que bebe cerveza y todavía lleva un carné del PCE en el bolso—. Lo que pasa es que esa gente que estaba en las asociaciones de vecinos o los colegios de abogados, o qué sé yo, ahora está en la política, con mando en plaza. Yo creo que esa gente sigue haciendo cosas importantes. Y que se nota.

—Eso yo no lo niego —retoma Utande—. Están haciendo cosas y más que van a hacer ahora que estamos en la Comunidad Europea. Yo también me he hartado de oír en París eso de: «¿Qué está pasando en España?». Pero una vez aquí veo que Felipe no cuenta con los ciudadanos para hacer un país moderno: se lo quiere dar hecho. Pide la confianza de la gente, pero no confía en la gente.

—Si eso es verdad, llegará un día en que la gente no se fie de él.

—Por un tiempo nos dejaremos llevar, porque el mecanismo funciona. El

mensaje que dan es: tú trabaja y no te metas en líos, que ya lo hago yo, ¿qué necesitas?, ¿un polideportivo?, te hago dos. En un país donde gente de veinticinco años tiene curro y por las noches se jarta de copas, ¿para qué quieren más?

—A mí me parece de puta madre que la gente con veinticinco años tenga curro, que se jarte de copas y que hagan polideportivos. He oído en la radio que la Junta de Andalucía va a construir en todos los pueblos con más de tres mil habitantes un polideportivo con piscina. ¿Tú sabes lo que cambia la vida tener una piscina en un pueblo donde durante cinco meses al año no puedes salir de casa por la calor?

—A mí —tercia Alfonso, el de la Pegaso, que hasta ahora ha estado callado— no me parece mal que subvencionen ni que hagan cosas: cuantas más, mejor. Lo que no entiendo es por qué no le meten mano de una puta vez a las estructuras de la dictadura. Porque con la excusa de consolidar la democracia están consolidando las estructuras heredadas de la dictadura, que ahora manejan ellos. Tienen tentáculos en todas partes: las cajas de ahorros, las empresas públicas, las instituciones culturales, y están pactando con quienes hicieron su fortuna en la posguerra. ¿De dónde vienen los ministros económicos?

—De los servicios de estudios del Banco de España y de los grandes bancos —contesta Damián.

—Ahí lo tienes. Esos estaban aterrorizados porque pensaban que iban a llegar los bolcheviques y se han encontrado con unos tíos que solo les dan facilidades. A mí me parece bien que pacten con todo el mundo, pero de poder a poder y sin olvidarse que el poder que ellos tienen es el que les damos nosotros, para que nos representen. Yo ya empiezo a tener dudas de que se acuerden. Y algunos que están metidos en el tinglado por idealismo ya empiezan a tener dudas también, cuando ven como hay otros que se pelean por los cargos. Y ya que hablabas de pesca, Uti. Que Felipe se vaya de vacaciones en el *Azor*, el barco con el que iba a pescar Franco, no es un error: es un símbolo.

Inmortales

166

El calor de Madrid es una broma comparado con el que hace en Granada, en la segunda quincena de julio. Ya se lo había advertido su abuela cuando la llamó para decirle que iba a pasar unos días con ella.

—No veas las calores que estamos pasando, Julita. ¡Cuarenta y dos grados había esta tarde!

—¡Y yo que me lo estoy perdiendo, yaya!

La escala de calor de la abuela Paulina tiene cuatro niveles: el calor, la calor, los calores y las calores. El femenino plural es el máximo nivel soportable. Cuando Julia baja del tren y le sacude en la cara, no tiene ninguna duda: este calor granadino es femenino y plural.

Hace falta valor para venir a esta escuela de calor, pero se ha terminado el curso, las primas se han marchado a la playa, la abuela se ha empeñado en quedarse, alegando que todavía no se ha recuperado del todo de la neumonía, y alguien tiene que estar con ella. Menos mal que las paredes de su casa son bien anchas, que la calle donde vive, a un paso de Recogidas, es bien estrecha y que por las noches, cuando abren de par en par las ventanas, protegidas de miradas indiscretas por persianas y celosías, algo parecido a una corriente de aire recorre la casa. Otra cosa es compartir las teorías climatológicas de la abuela.

—Este calor, como es seco, se puede aguantar —dice, para darle ánimos.

Julia nunca entenderá a su familia cuando habla del tiempo. Sus tíos, en Almería, se quejan de calor húmedo, a pesar de que Almería es el lugar más seco del continente. Su madre, en Valencia, siempre dice: «¡Ay, qué fresquito más rico!», cuando a ella el frío le cala los huesos, y la abuela presume de calor seco aunque estén sudando hasta las losas de la calle. Pero en una cosa tiene razón la yaya, que de las rodillas anda regular pero de la cabeza va estupendamente:

—El frío hay que quitárselo, el calor hay que pasarlo.

Es verdad. Si hace frío y no te lo quitas, puedes pillar una neumonía, como pilló ella el mes pasado, pero con el calor lo suyo es convivir. Que si la siesta, con la persiana a media asta y la contraventana entornada, que si el patio con el botijo a mano, que si las largas noches tomando el fresco, en la puerta de la calle, en las terrazas del Realejo o en la de La Fuente, en el paseo los Tristes, donde puedes estar bebiendo, fumando y riendo hasta que venga el lechero, como dicen los flamencos, que siempre hay unos cuantos por allí.

167

Será en La Fuente, el bar del cantaor Jaime el Parrón, junto al Darro, donde a la semana de llegar le den la noticia.

—Tú conocías a Pitu, el de Baza, ¿no? Os vi una noche hablando en La Tertulia.

—Pitu fue alumno mío y, más que alumno, amigo. A ese niño siempre le he tenido mucho cariño. ¿Por qué dices «lo conocía»? ¿Ha pasado algo?

—Ha aparecido tirado en un portal de Bib-Rambla, con la jeringuilla al lado. Le están haciendo la autopsia y lo entierran mañana.

A la cabeza se le viene la cara de crío de Pitu y la espeluznante respuesta que le dio a Chus, la profesora que se lo encontró hace un par de años tirado por la calle.

—El caballo mata.

—¿Y qué?

168

Al entierro de Pitu vienen alumnos y profesores del instituto de Baza a los que Julia no veía desde hace años. Casi agradece que la peor de las noticias sea la primera que le dan.

—No sé si sabes que también murió Paquito, el Bicho, hace dos meses. Veinticinco años, tenía.

—Y murió su mujer, que no se picaba.

—El niño que tuvieron nació con el sida y ahora está en un centro de la Junta de Andalucía.

—También ha palmado Ángela, la de Tino.

—No se metía nada, pero tuvo un romance con Paquito y lo pilló. Pobre Paquito, se murió sin saber que lo que tenía era contagioso, que se transmitía a los hijos y que no tenía cura.

—Pobre Ángela. Ella sí que se lo ha *llevao* sin comérselo ni bebérselo.

Lolo, el de Hijate, es uno de los pocos que han logrado salvar los muebles. Se quitó hasta de fumar el día que le contaron que Regúlez, un amigo de su hermano que se metía de todo, apareció ahorcado en la cárcel. Terminó el año pasado magisterio, ahora tiene una plaza en Iznalloz y ha venido al entierro con Mar, que es su novia de toda la vida, es tan bajita como lista, y es quien le está ayudando a dar el parte de bajas.

—El Tato y el Antoñillo también palmaron hace un par de meses. Pero ellos no fue de sida, fue por sobredosis.

—Los dos, de una tacada, en una cueva donde iban a ponerse y a escuchar música. A saber qué se estarían metiendo en el cuerpo.

—De Jazmine, la americana, ¿sabéis algo?

—Se volvió a América con su hermana. La hermana murió y a Jazmine le dio una hemorragia cerebral que la dejó medio tonta.

—¿Y el Guarnifé?

—Ahí sigue, colgado. Anda por Guadix, en el barrio de los gitanos, con una mujer mayor que debe de ser de su familia. Desde que se le fue la cabeza con el tripi sigue hecho una pena. ¿Estabas tú todavía en Baza cuando...?

—¿Cuando le dio la paranoia? Claro que estaba y estaba en el cortijo, esa Nochevieja. Íbamos todos disfrazados y él se disfrazó de pordiosero. El pobre se miró en el espejo, vestido de pobre, se asustó, se le fue la cabeza y así se quedó.

—Fue por el ácido. El tripi le desató un brote psicótico.

—Fue el primer aviso, pero no supimos verlo.

—Todos creíamos que éramos inmortales.

—Todos menos el Pitu. Sabía que era mortal y le traía sin cuidado.

169

César ya ha empezado el encierro veraniego con el tinto, la Casera, los Peninsulares y Bach. En lugar de tocar la obra de piano está tocando al piano su obra coral. Es un lujo poder hacer tu propia versión de una cantata y que tus dedos sean a la vez el coro y la orquesta. O la mismísima *Pasión según San Mateo*, que es la obra más importante que ha sido capaz de hacer en sus ciento noventa y cinco mil años el *homo sapiens*. Y es una satisfacción, todo hay que decirlo, advertir que la cabeza, y no solo los dedos, sigue funcionando a tope, aunque vayan pasando los años. La reducción de esas obras a piano la hace a pelo, sobre la marcha y sin papeles. Es lo que él dice siempre: lo importante es la cabeza, el resto es *pa* empujar.

Cuando Julia vuelva en otoño y le hable de la muerte de esos chicos de Granada le parecerá una historia de otro planeta. Aunque lo lee en los periódicos, en su universo no hay personas adictas a la heroína. Cuando era pequeño había morfinómanos y alguno llegó a conocer, en su propia familia, pero heroinómanos no ha conocido ninguno.

Ignora que Ada, que es la chica más guapa que ha entrado en el Avión en toda su historia, está enganchada al jaco desde que tenía quince años y acaba de ser diagnosticada de sida, con veintiséis. Cuando va con la madre (que se llama Raquel, es periodista y vive en Jorge Juan) aprovecha que tiene financiación para ponerse hasta arriba de whisky con Coca-Cola. Cuando va sola, se sienta junto al piano y se pasa horas y horas con una misma copa, escuchándolo. Tiene los ojos enormes, de color mar en tarde de tormenta, es de una belleza inmensa, inagotable, como si reuniera en un solo rostro la de todas las grandes actrices que el pianista guarda en su memoria.

Además es yonqui, está casada con un yonqui y tiene dos hijos que de aquí a unos años quedarán huérfanos de padre y madre. Pero eso César no lo sabe

ni llegará a saberlo. Lo que sí sabe es que el sida está matando a muchos homosexuales, que él sigue llamando mariquitas. Esas muertes le producen especial tristeza. Nunca ha andado sobrado de amigos, pero entre sus amigos más cercanos siempre ha habido maricas. Franco los perseguía con la ley de vagos y maleantes, pero en la noche de Madrid siempre podían volar a su aire. Ángel Alegre, el pianista malagueño con quien aún mantiene una amistad fraternal, es más maricón que un palomo cojo. La única pareja estable del Avión, aparte de Leo y Manolo, es la de Antonio el Chato y Jose, con quien el Chato sigue empeñado en casarse. En la barra hace de vez en cuando cameos Pepito Morales, el hermano de Gracita Morales, la actriz, que es también actor y una criatura de sensibilidad muy especial.

—Déjame fregar, Leo, que vengo deprimido.

Dicho y hecho, se pone a fregar vasos como una loca. Un día se fregó la vajilla entera y hubo que sacarlo a empujones porque quería seguir lavando los vasos limpios.

—Es que no sabéis el disgusto que tengo. Ha habido un incendio en el camerino y se me ha quemado la peluca.

Los mariquitas que ejercen de mariquitas sin ocultarlo son gente con muchísimo encanto, gente con un magnetismo especial que a César le cae muy bien, quizá porque tienen mucho de mujer y César con las mujeres siempre se ha sentido a gusto. Otra cosa son los bujarrones, los que están al descuido, a la que salta, los que buscan carne joven y luego se vuelven al ministerio o a sus casas, donde espera su señora con sus cuatro niños. A esos, César los ve venir de lejos y los detesta. Son de la peor especie y siempre ha habido muchos, aunque ahora, a medida que la gente es más libre, parece que hay menos. Igual resuelven sus necesidades en locales como aquel de Augusto Figueroa por donde pasó una noche.

mil. Pero César no tendrá conciencia real de lo que esa enfermedad significa hasta que muera Rock Hudson, uno de los actores más famosos de todos los tiempos. Lo mismo le ocurre a Manolo, que le da la noticia.

—¿Te has enterado de lo de Rock Hudson? Se ha muerto de sida.

—¿De sida? ¿Era drogadicto?

—Era homosexual.

—¿Rock Hudson maricón? ¡Venga ya! ¡Pero si era un duro de película! En más de cincuenta lo he visto yo y no se me hubiera pasado por la cabeza. Americano típico, grandote, alto, fuerte, seductor...

—¿No te habías enterado de que estaba enfermo? Lo contó él mismo y llevaba unos meses arriba y abajo, haciendo declaraciones y recaudando fondos para luchar contra el sida, que por lo visto ataca a los homosexuales.

—No, no me había enterado. Ni de que tenía sida ni de que era homosexual. Va a haber que tomarse más en serio esto del sida.

Es el 2 de octubre de 1985. Comentarios parecidos se están haciendo a esas horas en todo el mundo. Contará esa misma noche Javier López que Pedro Jota Ramírez, el director de *Diario16*, hace meses advirtió la magnitud del problema y dio instrucciones precisas.

—Quiero todos los días una llamada en primera. Esta epidemia no es noticia: es civilización.

Hasta ahora el sida era una enfermedad maldita, propia de gente marginal y con conductas moralmente reprobables, una suerte de castigo divino para quienes incumplen las normas. Pero Rock Hudson decidió dar la cara, como están empezando a hacer algunos enfermos de cáncer. Que una estrella de Hollywood cuente que está infectada, haga cenas para recaudar fondos, viaje a París para probar terapias experimentales y se vaya deteriorando de un día para otro, a la vista de todos, tiene un enorme efecto. Consiguió primero el apoyo del mundo del cine y ha hecho llegar a la gente la gravedad del problema. Ahora, por primera vez, se habla con naturalidad del sida, cuyo virus acaban de aislar los científicos, y se habla con naturalidad de los homosexuales, que lo están sufriendo con especial virulencia.

Otro grupo de afectados, los que se contagiaron en transfusiones de sangre, gracias a Rock Hudson coge fuerza para hacerse oír por una administración

pública que hasta ahora trataba la epidemia como si fuera fruto del pecado.

Hay un tercer colectivo, el de los heroinómanos, que ni se hace oír ni lo intenta: están acostumbrados a la muerte.

171

Julia vuelve a Madrid a finales de septiembre, después de pasar la mitad del verano con la abuela en Granada y la otra mitad con sus tíos en Almería, y no pisa el Avión hasta después del puente del Pilar. La culpa la tiene un conocimiento de última hora llamado Jesús que la entretuvo más de lo previsto, con unas habilidades atléticas que ella no había visto jamás en la cama. Qué digo en la cama: ni en la cama, ni en la escalera del chalé, ni en la playa, ni en el garaje, ni detrás del equipo de sonido de la discoteca. Jesús, follando, es un extraterrestre. Menos mal que volvió a tiempo su santa esposa, que es catedrática de literatura y solo verla da susto. Que me quiten lo bailado, piensa Julia, y que se lleve la paz que le deja mientras ella vuelve, relajadísima, a la dulce rutina del instituto, las reseñas en el periódico (acaba de entregar la de *El perfume*, de Patrick Süskind, que es un novelón disfrazado de novelita) y las noches en el Avión. Y al inagotable morbo del pianista, claro.

—Increíble lo de Rock Hudson, ¿no? —le pregunta César nada más verla —. ¡Era el tío más guapo del mundo! No sé qué me ha sorprendido más: que se muera o saber que era maricón.

—Lo peor es que haya tenido que pillar el sida para poder manifestarse como era y que la gente lo vea con normalidad.

—Es que siempre nos creemos que en Estados Unidos son muy modernos, pero los maricas están peor vistos que aquí, ya te lo digo yo. He oído en la radio que le obligaron a casarse, hace unos años, para disimular, porque se estaba corriendo la voz y le podía arruinar la carrera.

—Pues en los últimos meses de su vida le ha echado dos cojones.

—Sí, hay que tenerlos bien puestos para que un hombre salga diciendo:

«Me gustan los hombres».

—Ahí está el Chato, que también tiene un par. Dice que tarde o temprano se casará con Jose.

—Ya, pero cuando van en verano al camping del Alberche, rodeados de familias de curritos, la gente piensa que son solterones. Si dicen que son novios, los echan.

—Espérate, maestro, que la gente cada día es más pasota y se mete menos en la vida de los demás. Igual acabamos tú y yo por ir a la boda del Chato. El mundo va muy deprisa.

—Sí, irá muy deprisa. Pero a mí lo que me dice la experiencia es que cada vez que damos un paso para adelante luego nos hacen dar dos para atrás.

Los alegres años ochenta

172

César no tiene tele en casa. Si la tuviera podría ver a Millán Salcedo, el de Martes y Trece, cantando canciones como esta:

*Soy maricón,
maricón de España.
Siete letras como siete días
trae la semana.
Vestido de lagartera,
de albañil o de fiscal,
y a mí me importa un comino
que la gente por el camino
a mí me quieran murmurar.*

Millán no viene mucho por el Avión, pero vive en la misma calle, un poco más arriba. Quienes sí vienen son los chicos de los Toreros Muertos. En una de sus canciones, «Bum Bum 1789», invitan a asaltar el Palacio Real, tal cual.

*Queremos entrar sin pagar,
queremos coger a la historia
y tirárnosla por detrás.
Bum Bum, hay que tirar la puerta
en el dormitorio, la cama real,
por fin recuperarla para el mundo,
traedla para acá.
Os voy a hacer una demostración de su uso.
Traedme a la reina, traedme a las infantas...
que esto es una fiesta y el público canta,
por detrás, por detrás.*

Semejantes letras serían impensables hace muy pocos años en un país que

hasta 1978 tenía censores en activo, con sueldo público. Quizá vuelvan a ser impensables de aquí a un tiempo, cuando se imponga la corrección política. Pero el humor, que es como el agua, va más deprisa que las reformas legales. Envueltos en ese humor llegan comportamientos diferentes, y hasta hace poco proscritos, que la gente va aceptando con naturalidad.

Está en todas partes. Las primeras películas de Almodóvar, tan divertidas como sorprendentes, los números de Martes y Trece, que darán dimensiones insospechadas a la última noche del año en televisión, las actuaciones de Rudy Armstrong Quartet, tocando la canción del Cola-Cao con trompetillas de plástico, o la programación del colegio mayor San Juan Evangelista, donde dedican un ciclo de cine a los «Grandes enfrentamientos de la humanidad» con películas como *Maciste el coloso* para partirse todos de risa en un ejercicio colectivo de ironía. Los chicos que llenan el Johnny, donde más de una vez ha estado César, luego se van a La Fídula a escuchar a un cuarteto de música clásica, o al Central a oír *jazz*, o a un concierto *heavy* en Carabanchel o a los Alphaville, en Martín de los Heros, a ver en versión original las mejores películas del mundo, que por fin han llegado a España. Los fines de semana lo mismo se apuntan a un festival de rock que a uno de dulzaina o, Dios los perdone, uno de música contemporánea.

Nunca ha visto César tanta creatividad suelta ni tanta gente tan graciosa. Hasta los magos son simpáticos, en lugar de solemnes, como acostumbraban. El caso de Juan Tamarit, que tienen una forma de comunicar diferente, rompedora y, desde luego, muy divertida. Siguiendo la estela de Tip y Coll, que empezaron en los setenta, los cómicos van por parejas: Martes y Trece, Cruz y Raya, Los Morancos, Faemino y Cansado... En teatros y cabarés puedes encontrar a Lina Morgan, que arrasa, pero también dúos como Las Virtudes, que son muy graciosas, o Las Veneno, dos gemelas de la familia Olayo, la de la plaza de Roma, esa que ganaba siempre los premios de natalidad y decía la gente que Franco le ponía al padre la medalla en la bragueta; Sole y Gracia Olayo, que son azafatas de Iberia, han bajado a tierra para hacer espectáculos de altura, con muchísima gracia también. Hasta en la radio hay parejas cómicas: como Luis Figuerola-Ferretti y Javier Capitán, en la SER, o Gomaespuma, con Guillermo Fesser y Juan Luis Cano, en Antena 3.

¡Y en la prensa! A las viñetas y tiras cómicas de grandes humoristas por libre, como Forges, Peridis o Máximo, se suman Gallego & Rey.

En paralelo nacen, crecen y se multiplican los cuentachistes: Arévalo, Mariano Mariano, Eugenio... O Paquito Aguilar, el sevillano, que viene de vez en cuando por el Avión porque está noviendo con María Jesús, la Reina, y es una buenísima persona. Algunos se especializarán en monólogos, que nadie llama así todavía aunque acaba de volver a España, al cabo de diecisiete años, el rey del género: Miguel Gila. Dami, Javier, Julia y Sara fueron a verlo al teatro Maravillas y no paran de repetir sus golpes de ingenio:

—El general Pinochet salió esta mañana de gira por los países amigos. Volverá esta tarde.

—Me he comprado un reloj que te da la hora en Bruselas, porque, ¿a quién no le ha pasado, ir por la calle y pensar: qué hora será ahora en Bruselas?

Los únicos chistes que no le hacen gracia a César son los que hacen a costa de Fernando Morán, el ministro de Exteriores.

—Llega Morán a un aeropuerto, ve la temperatura, cero grados, y comenta: «Qué bien, ni frío ni calor».

Aparte de que esos chistes se contaban ya de otros, hace siglos, le apena que elijan como blanco a uno de los pocos políticos ilustrados que tenemos. Se ve que la superioridad intelectual sigue provocando reacciones adversas en España, donde a los sabios siempre los han llamado pedantes.

Pero, vaya, se agradece vivir rodeado de gente que se ríe y de jóvenes que se han impuesto a sí mismos, como primera misión en este mundo, la de pasarlo lo mejor posible. No sabe por qué se habla de «los alegres años veinte», que en España fueron tristísimos. Si en este país, en este siglo, ha habido unos años alegres, esos son los ochenta.

Es jueves, 17 de octubre. A Jose, el de La Villa, le han tocado doce mil quinientas pesetas en el sorteo de la Lotería Primitiva, que hoy se jugaba por

primera vez aunque la inventó el marqués de Esquilache, ministro de Carlos III, en el siglo XVIII. Cuando César vuelve al Avión, después de dejarse invitar al café con su elegancia acostumbrada y con la excusa del premio, oye una canción que le resulta familiar. Es «La Internacional», ese himno comunista que empieza diciendo: «Arriba, parias de la tierra; en pie, famélica legión». Pero esta versión le suena rara. Redobla la atención y ve dónde está el truco: están cantando «La Internacional» con la letra del «Cara al sol», el himno de la Falange. Increíble. La letra del himno fascista engarza sin problemas en la música del himno comunista. ¿Se puede tener más poca vergüenza?

Pues sí, se puede. Enseguida atacan una versión propia del himno de la Legión, ese que presume ser «el novio de la muerte» y que empieza diciendo:

*Nadie en el Tercio sabía
de aquel simpar legionario,
tan audaz y temerario,
que en la Legión se alistó...*

El cuarteto está integrado por Luis, Antigüedad, Damián y Merche, acompañados por un coro de quince o veinte iconoclastas, como ellos. Hace diez años estaban tirándole piedras a la Policía Armada, que ahora se llama Policía Nacional, y hoy están cantando el himno de la Legión con aires marciales, moviendo los brazos arriba y abajo, como si estuvieran desfilando, y con la letra de una canción popular cuyas sílabas cuadran perfectamente con la música.

*Desde Santurce a Bilbao,
vengo por toda la orilla,
con la falda remangada,
luciendo la pantorrilla.
Vengo deprisa y corriendo,
porque me oprime el corsé,
voy gritando por las calles,
sardinitas frescu es.
¡Sardinitas, a vencer,
sardinitas, a moriiiiiiiiir!!!*

La marcialidad y las sardinitas cuando se juntan producen un efecto muy cómico. Si estuvieran solos, los acompañaría con gusto al piano. Como hay más gente, ni hablar. Es norma de esta casa, desde el día de su fundación, que jamás se toque un himno.

174

Se ríen de su sombra. Una noche, cuando todavía gobernaba la UCD, llegó una de las chicas de ese grupo, Carmen, que según el dictamen pericial del pianista biólogo tiene «un biotipo perfecto». Venía con un amigo algo mayor que era de Soria y estaba de gobernador civil en una provincia andaluza. A la pandilla le faltó tiempo para rodearlo y cantarle a voz en grito, con las copas en la mano:

*En el Grapo reina siempre la alegría,
en el Grapo reina siempre el buen humor,
cantaremos por la noche y por el día,
y que se joda el señor gobernador.*

—¡Callad, por favor, que me hundís! —decía entre risas el gobernador, que parecía demasiado bondadoso para hacer carrera política, pero la hará. Y bien larga.

Los GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre) son unos indeseables que están matando gente desde el año que murió Franco. Estos chavales no le tienen la menor simpatía (dicen que es una banda trufada de policías que va contra la democracia), pero tampoco le tienen el menor respeto. Ahora es Carlos Sanjuán, subsecretario de Interior, quien tiene que aguantar estoicamente la surrealista cancioncilla.

*Cantaremos por la noche y por el día,
que se joda el señor gobernador.*

En lo que queda de década y la siguiente, los GRAPO le quitarán la vida a media docena de personas.

175

En los años más alegres del siglo, el terror sigue formando parte del paisaje cotidiano. A veces las balas pasan muy cerca. César nunca olvidará los primeros días de mayo de 1981, que le recordaron a las vísperas de la Guerra Civil. A unos pasos del Avión, en el número 87 de Hermosilla, dos *grapos* mataron a un general y a un policía que les plantó cara con la pistola. Tres días después, dos hijos de la gran puta montados en una moto soltaron una bomba, metida en una bolsa de El Corte Inglés, más cerca todavía: sobre un coche parado en el semáforo de la esquina de Conde Peñalver con Goya. En el coche iba un teniente general, colaborador del rey. Murieron su ayudante, un suboficial y un soldado de remplazo; diez transeúntes quedaron heridos. El crimen lo reivindicó la ETA. Aunque ya no tienen la excusa de estar luchando contra una dictadura, los de la ETA siguen matando. Esa noche Julia, que ya empezaba a ronear a su alrededor, llegó al bar a las ocho y media.

—Estaba preocupada, maestro. Sé que siempre das paseos por el barrio.

—Sí, pero a esas horas no. Yo nunca salgo de casa hasta que no está el sol alto. Y si paseo por la mañana, es cerca de casa, en el Retiro.

No hacía falta que se lo hicieran notar, porque él había sido el primero en advertirlo: donde mataron a esa gente, él pasa todos los días. Si en lugar de poner la bomba a las diez y media de la mañana la hubieran puesto a las diez y media de la noche se lo habrían podido llevar por delante igual que a Basilio, el dependiente de Difumoda, la peletería de Conde de Peñalver. Acababa de montar el escaparate, salió a ver cómo le había quedado la obra y la bomba lo tiró al suelo.

El crítico de arte Juan Gómez Soubrier, la cocinera Belén Laguía, el estudiante Ángel Ballesteros, que trabaja en el restaurante chino de aquí al lado, su novia, Antonia, y sus vecinos, Teresa y Juan Ramón, tuvieron suerte:

salieron de casa después de las once. Todos vienen por el bar y todos viven entre el 5 y el 7 de Conde de Peñalver.

Esos edificios con impresionantes fachadas y viviendas que las agencias llaman «señoriales» tienen patios y escaleras interiores llenas de inquilinos baratos que habitan pisos igualmente baratos, cuando no cochambrosos. Ocurre por todo el barrio de Salamanca. Los propietarios son rentistas que en muchos casos viven lejos de Madrid y tienen tanto que no saben ni lo que tienen. Sus inquilinos son gente corriente, que se busca la vida como puede. Unos y otros aprendieron, ese día, que los disparos del GRAPO o las bombas de la ETA les pueden alcanzar también a ellos, aunque no sean militares ni policías. Solo unos pocos salieron a la calle para protestar.

176

Cuando hay atentados en Madrid (el último fue a primeros de septiembre: en la plaza de la República Argentina reventaron un autobús lleno de guardias civiles) viene menos gente al Avión. Temen la reacción de los ultras, que culpan del terrorismo a la democracia y son partidarios de contestar con violencia a los violentos. Para ellos, la solución es volver al franquismo. Eso es lo que gritan siempre en el lugar del atentado, en la capilla ardiente, en el funeral...

—¡Democracia, asesina!

—¡Ejército al poder!

—¡Tejero, libertad!

—¡Gobierno, dimisión!

—¡La policía con Franco no moría!

A las manifestaciones contra el terrorismo no van los de la izquierda ni los de la derecha: solo esos ultras, que cantan el «Cara al sol» con el brazo en alto y reclaman la vuelta de la dictadura militar. Por eso César no irá nunca a esas manifestaciones. Aunque él también se siente víctima de los terroristas, que le quitan libertad y le dan miedo, no quiere mezclarse con una gente que

solo quiere dar pasos atrás y se apropia de la memoria de los muertos. Más de una vez se ha quedado con ganas de echarse a la calle, para protestar por esos crímenes. En su familia ha habido muchos militares y, quieras o no, estas cosas duelen especialmente. Pero con esos energúmenos del «Cara al sol», ni hablar.

177

Algunos de esos energúmenos son clientes del Avión, pero nunca han creado problemas. Este bar es como el Rick's de *Casablanca*: un territorio neutral donde cada cual tiene su historia pero solo la comparte con quien quiere y en ningún caso se mete en las historias ajenas.

Con los primeros fríos del otoño se presenta Fernando Antigüedad con un abrigo loden que su mujer le compró en las rebajas, y se lo deja a Aurora para que lo cuelgue en el guardarropa. Fernando es el comunista a quien ordenó Carrillo comprar una bandera de España para presentarse con ella, tras la legalización del partido. Como siempre, se marchará de los últimos, después de cantar el coro de los «Cosacos del Kazán», «que sobre el caballo van sin temor y sin desmayo» y después de hacer con Julia el dúo de Joaquín y Ascensión, *La del manojito de rosas*.

—Hace tiempo que vengo al taller y no sé a qué vengo.

—Eso es muy alarmante, eso no lo comprendo.

—Cuando tengo una cosa que hacer, no sé lo que hago.

—Pues le veo cesante, por tumbón y por vago.

Cuando se pone el abrigo, advierte que le está pequeño. No es el suyo. Alguien se ha llevado su loden por error y ha dejado este. Rebuscando en los bolsillos encuentra una cartera con un carné de Fuerza Nueva, el partido fascista del notario Blar Piñar.

—¡Joder, qué asco! —exclama mientras coge con los dedos índice y el pulgar ese carné que luego va pasando de mano en mano, entre gestos de asombro y horror. Nunca habían visto tan de cerca una cosa así. César

tampoco.

—Pero más asco le va a dar al tío que se ha llevado mi abrigo —dice Antigüedad—. El carné que yo llevo en la cartera es el del PCE.

Esas cosas, piensa César, solo pueden pasar en este barrio. Al día siguiente el militante comunista y el militante fascista se intercambiarán los abrigos, las carteras y los carnés. La única discusión será para ver quién paga las copas: los dos se empeñan en invitar.

178

Ni una sola vez ha habido en este local un minuto de tensión por razones políticas. Ni siquiera aquella noche que entraron a primera hora unos falangistas vestidos de falangistas, con camisa azul, boina, correa y botas. A esas horas solo había cuatro personas. Antonio el Chato, poniendo las copas; el pianista, sentado en un velador y hojeando un periódico atrasado (nadie sabe cómo lo consigue, pero César es capaz de leer en la penumbra); Miguel el de la CNT, que mide casi dos metros, y Fernando, el del PCE, que es un armario ropero.

Fernando estaba en un extremo de la barra y Miguel en el otro. Los uniformados, entre ambos. Les faltó tiempo para pedir la cuenta y salir por pies cuando Miguel, con mucha naturalidad, le dijo en voz alta a Fernando:

—Hace una noche muy buena pasa salir a cazar fáchas.

Nunca más ha vuelto a entrar un falangista de uniforme. Algunos vienen, claro, pero nunca con los símbolos a la vista. Aguantan estoicamente cuando estos gamberros, coreando el pasodoble «Banderita», de la zarzuela *Las corsarias*, le cambian la letra y en lugar de decir:

Banderita, tú eres roja.

Banderita, tú eres gualda.

Lo sustituyen por una expresiva reiteración:

Banderita, tú eres roja.
Banderita, tú eres roja.

Claro, que también se aguantan ellos cuando entra Paco Vela y César le toca «Lili Marleen». O cuando llega Ángel, conductor de ambulancias El Amanecer, aparca el vehículo en el vado de talleres Carrión, a veces con el fiambre dentro, entra con prisas, saluda a la romana, grita «¡Arriba España!», y se bebe una copa de coñac mientras escucha su pieza favorita: «Los sitios de Zaragoza».

179

A la distinguida clientela del Avión se le amontona el trabajo. La tamborrada de San Sebastián, los carnavales de Cádiz, los de Galicia, las fallas de Valencia, y si no es tiempo de fallas, las discotecas, los tambores del Bajo Aragón, en Semana Santa, las cruces de Granada, los patios de Córdoba, las fiestas de San Isidro, las de Soria, los sanfermines, la feria de Sevilla, la de Málaga, la de Almería, el Pilar de Zaragoza. César no sabe de dónde sacan tiempo para trabajar. Hasta en Vallecas, que ahora escriben con k, Vallekas, celebran cada verano una batalla naval y ahí están ellos. Van de feria en feria, como los turroneiros, y el día de la vuelta siempre llegan antes de que cierre el Avión, para contarlo. Como esa noche, después del puente de Todos los Santos. Dami y Javier se han bajado al moro.

«Bajarse al moro» es la expresión que usan los traficantes cuando viajan a Marruecos para traer el material. Ellos no son traficantes, pero les gusta el hachís y las emociones fuertes. Fueron en tren a Algeciras, allí cogieron el ferri y han pasado cinco días con un amigo, José Núñez, que es profesor del Instituto Español de Tánger.

—¿Qué está pasando en España, que hasta los *marroquinos* andan encandilados?

—¿En qué se nota?

—En los cursos de español, que antes teníamos treinta o cuarenta alumnos, se han apuntado más de doscientos, y subiendo. España está de moda.

—¿Antes no?

—Claro que no. Aquí el referente es Francia. Pero ahora todos hablan de Felipe y ven por la tele *La edad de oro*.

Como recuerdo se han traído una bola de hachís de cincuenta gramos a la que llaman *Rafaelito*, con mucha familiaridad, y un cargamento de historias.

—A la ida, el tren vacío y un frío que pelaba. Íbamos solos en un vagón de literas.

—Y el revisor, claro. El revisor estaba en un cuartito pequeño y, como esos trenes no llevan bar, vendía cervezas y coñac por copas.

—Total, que empezamos con las cervezas y seguimos con el coñac. Y como el revisor se estaba tomando también las suyas, fuimos cogiendo confianza y empezamos a liar canutitos, con naturalidad.

—El tío se apuntó, claro. Una calada por aquí, otra por allá. No llevábamos dos horas de viaje y se había cogido una castaña de capitán general.

—Y a eso de la una llegamos a Alcázar de San Juan, que lo decía muy claro el altavoz: «Tren expreso procedente de Madrid, destino Algeciras, estacionado en vía primera, andén primero, tiene su salida en cinco minutos».

—Pero el revisor está ya enloquecido.

—Un tío joven, como nosotros, con barba recortada, aunque parecía mayor, por la gorra y el uniforme.

—El caso es que al llegar a Alcázar de San Juan, se puso como loco, empezó a gritar «¡Valverde del camino! ¡Valverde del camino!». Se bajó del tren, echó a correr por el andén y... hasta hoy. Si el viaje empezó así, todo lo demás te lo puedes imaginar.

—Sí, será mejor que te lo imagines, porque nosotros no nos acordamos de nada. ¿Y vosotras, qué habéis estado haciendo estos días?

—Nosotras, como Alaska: bailando. No hemos hecho otra cosa, que yo recuerde.

Han hecho otras cosas, pero más vale no recordarlas, por lo menos delante de Javier. Eso también lo canta Alaska:

*Mi destino es el que decido yo,
el que yo elijo para mí
¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.*

Menos mal que Jacobo es un caballero, como los de antes, y tampoco contará nunca nada.

Jacobo apareció por el Avión justo el día que Javier y Damián se bajaron al moro. Es un tío mayor, más de cuarenta, se ha divorciado («El mismo día que se aprobó la ley ya estaba yo echando los papeles») y tiene muy claro a qué se dedica.

—A follar, me dedico a follar. Supongo que no te importará que te lo diga con todas las letras, porque ya te habrás dado cuenta en la manera de mirarte.

No, a Julia no le importa. Le hace gracia este tío al que acaba de conocer y le habla con tanta naturalidad, a pie de barra, como si se conocieran desde siempre. No es guapo ni moderno ni gracioso; le recuerda a los profesores que tuvo en las monjas. Lleva pantalón de pana, camisa de leñador canadiense, rebeca de lana, gafas de pasta, barba espesa y entrecana. Se dedica al estudio de las cerámicas precolombinas y tiene pinta de dedicarse a cosas todavía peores. Pero le hace gracia su puntito canalla y su sinceridad exuberante.

—Desde que me libré de mi mujer, no me dedico a otra cosa, qué quieres que te diga. Cojo la agenda, empiezo a llamar y antes de llegar a la D ya ha

caído algo.

—O sea, que si apuntas mi teléfono, como estoy al final de la jota, no me vas a llamar nunca.

—No creas, estoy haciendo una nueva y hay menos nombres. La otra la quemé. Hace unos meses, en una noche de porros, me dio por quemar la libreta donde tenía todos los teléfonos. Ahora mis amigos me echan la bronca: «Con lo bien que nos podía venir», dicen. ¿Quieres conocer a mis amigos? Son unos cachondos. Deben de estar todos en el pub Santa Bárbara, en Alonso Martínez. Yo voy para allí, ahora.

—Si se viene Sara...

Se viene. A Sara nunca hay que insistirle. Diez minutos después están en el pub Santa Bárbara, en la calle de Fernando VI, que el taxista pronuncia al castizo modo, cambiando los números romanos por el pretérito imperfecto del verbo ver:

—¿Fernando *Vi*? Allá vamos.

Al taxi invita Jacobo, el caballero. Entre sus amigos, todos muy mayores, hay dos arquitectos, Fernando y Javier, uno rarísimo llamado Francisco («Con ese, cuidado, que es timador profesional») y un personaje de novela que más que mayor es viejo y al que llaman Carlitos. Les cuenta que es pintor, que vive en la calle Mayor en una casa donde antes vivió Calderón de la Barca, que pasó muchos años en París, que estuvo en la legión extranjera en la única batalla que perdió, la de Dien Biên Phú, que fue amante de una hija de Stalin y ahora vive como dios porque su madre, antes de morir, «le dio instrucciones a mi hermano para que me pase todos los meses un pastón, y mi hermano, que es un capullo, me lo pasa».

Es Carlitos quien paga las copas, con un fajo de billetes que se saca del bolsillo izquierdo del pantalón.

—Nosotros nos tenemos que ir a misa, pequeñas. Buenas noches.

—Igual quieren venir, es aquí al lado —coloca Jacobo, con evidentes ganas de que se apunten a la expedición.

—¿A misa, a estas horas?

—Es una misa negra, no sé yo si os va a gustar —a diferencia de Jacobo, Carlitos no muestra especial interés por ampliar su círculo de amistades—.

Tampoco sé si admiten menores.

—Se agradece el cumplido, pero no somos menores. —Sara ya tiene la miel en los labios; quiere saber qué coño es eso de la misa negra.

No es en una iglesia sino en un piso cercano, en la calle Campoamor, donde los esperan para la misa. Es un piso enorme, con techos muy altos, salones inmensos y balcones a la calle, frente al Garage Regium. La misa se oficia en la cocina. Ahí están ya, borrachas como cubas pero muy serias, seis o siete mujeres de unos treinta y cinco años vestidas de negro, con velos, antifaces y máscaras, como en las películas ambientadas en Venecia, pero todas con faldas cortas, medias negras y zapatos de tacón. Una es la sacerdotisa. En medio de un gran cachondeo sacrifica un gallo, cortándole el pescuezo con un enorme cuchillo de cocina. Es tal el volumen de la música y los gritos que casi no se oyen los chillidos del gallo, pero algunos azulejos quedan salpicados de sangre y la que cae sobre la mesa la retiran en enseguida con un trapo. Es entonces cuando dice Carlitos:

—Chicos, ¡a follar!

Y allí mismo, delante de todos, ese hombre tan mayor se saca el pito enristrado y se tira a la sacerdotisa, sobre la mesa.

Después de ese espectáculo, los dos polvos que echa esa noche con Jacobo en un apacible ático sobre Las Vistillas, con música de fondo de Dire Straits, Sade y Talking Heads, a Julia le parecen balsámicos.

De lo que hizo Sara, que prefirió quedarse en la misa negra, «por lo menos hasta que den la paz», mejor no entrar en detalles.

Desde esa noche, cuando vuelve a casa de madrugada por la calle Maiquez o Narváez y ve luces en los bloques, Julia imagina qué estará ocurriendo en esas viviendas. ¿Una sacerdotisa con tacones, cortándole el pescuezo a un gallo? ¿Una cama redonda improvisada? ¿El amable polvo o el polvo salvaje de dos desconocidos que quizá nunca más vuelvan a verse? Al cabo de cinco

años empieza a saber que en las noches de esta ciudad puede pasar cualquier cosa. Incluso que una pareja esté viendo la tele tranquilamente, al final de un día ajetreado.

Ella, después de todo, lleva una vida bastante convencional. Aparte de conocimientos inesperados, que siempre estará dispuesta a explorar, vive en un mundo tranquilo, previsible. Su hermana Raquel, que ya empieza a asomarse a la adolescencia, lo va a tener más difícil.

La gente con menos de veinte años, que no vivió la dictadura, anda despistada. Basta ver sus disfraces siniestros que ellos llaman así, «de siniestros», o sus tribus urbanas, que también llaman así, «tribus urbanas». Unos van de *mods*, otros de *rockers*, y según sean una cosa u otra, tomarán las copas en diferentes locales de Argüelles o Azca. Cuando ha estado con sus amigas en esos locales, donde ellas ya empiezan a verse mayores, ha percibido una cierta violencia. Nada que ver con el Avión ni con Malasaña, siempre más *hippie*, más porrera y más tranquila (salvo el problema de los yonquis, claro), ni con templos de la progresía como ese pub Santa Bárbara donde estuvo con Jacobo y la media de edad pasa de los treinta y cinco.

Los chavales de estas otras zonas, que son como adolescentes grandotes, llegan ya cocidos a los pubs. Lo primero que han hecho, nada más salir de los barrios y juntarse en locales míticos de Moncloa, es ponerse perdidos de alcohol barato. En las lecherías compran «litros» o «litros con chapa», que les venden a sesenta pesetas, y en los bares los «minis» de cerveza, que les venden a cien. En el Parador de la Moncloa, que es un clásico, a los «minis» los llaman «macetas». De vez en cuando, la policía se acerca para disolver las «litronas», que es como llaman a la botella de cerveza de un litro y a la reunión alcohólica en plena calle.

La policía no es lo que era. En lugar de dispersar manifestaciones políticas, dispersa manifestaciones lúdicas. Cada vez que Julia y sus amigos van a una fiesta en casa de alguien, y raro es el mes que no cae alguna, a eso de las tres de la mañana aparecen los municipales para pedir que bajen la música. No siempre lo consiguen. A principios de verano, en casa de una psiquiatra andaluza que se llama Amalia y vive por Clara del Rey, los guardias terminaron bailando con ellas, con las armas reglamentarias colgando

del cinturón. Y eso que la cosa había empezado mal. Cuando llamaron a la puerta, muy serios, salió a recibirlos un médico, más serio todavía, y no había acabado de decir: «No se preocupen ustedes, que yo me hago cargo», cuando se cayó de bruces tan largo como era en el rellano, delante de los maderos.

Fue una gran noche. Y es que, como dice Damián, «una fiesta no es una fiesta si no viene dos o tres veces la policía».

183

Sobre tribus urbanas y violencias adolescentes ha recibido Julia un cursillo inesperado gracias a Cholo, a quien conoció también a pie de barra, el tercer sábado de octubre. Cuando empieza el curso siempre llega una nueva remesa de gente joven al Avión. En Madrid a todo el mundo le gusta quedar con la pandilla después de las vacaciones, para contarlas. De una de esas pandillas emerge un chavalote con aspecto de futbolista endomingado: calcetines blancos, mocasines, pantalones vaqueros marca Jesús, que es marca española, camisa blanca, cazadora negra, con hombreras, pelo corto, gomina. Tendrá veinte años, si los tiene.

—Tú eres Julia, ¿verdad? Soy Cholo. Nos hemos visto en el Looping, de Robledo de Chavela.

—No caigo.

—Soy amigo de Raquel, tu hermana.

—Ahora caigo un poco más. Pero, vamos, tú no eres de la pandilla de Raquel.

—No, son solo niñas y mucho más pequeñas que nosotros, pero con tu hermana me llevo bien.

—Por curiosidad. ¿Cuántos años te ha dicho que tiene mi hermana? Porque no creo que a Raquel la dejen entrar en el Looping.

—Con nosotros sí que ha entrado. En la puerta dijo que tenía dieciocho, como todas, y a mí me dijo que tenía dieciséis para diecisiete. Pero no te preocupes, aunque da el pego, yo ya sé que no tiene ni quince. Somos amigos y

ya está. No le he puesto una mano encima. Si tuviera tu edad, todavía — remata, mirándole las tetas con descaro.

Lo que faltaba: que este mocoso de calcetines blancos le eche los tejos. Se llama Paco, pero lo llaman Cholo, y dice que le gusta, veranea en Robledo de Chavela, es sobrino del dueño del cine y estudia cuarto de periodismo.

—O sea, que no das un palo al agua, porque en la universidad, y con una carrera como esa, nadie da un palo al agua.

—No creas. Las cosas no son como cuando ibais vosotros, en los setenta. La gente es más libre, va más a su bola, pero estudiar, se estudia. El que quiere, porque somos trescientos por clase, y ahí, claro, hay de todo. Pero, vaya, se estudia, se folla, como es natural, se fuma, se bebe, se hace un poco de todo. Entrás en clase cuando quieres y te sientas donde te sale de la polla, que creo que en tus tiempos os decían hasta donde teníais que sentaros.

—¿Mis tiempos? ¿Pero qué hablas de mis tiempos? Mis tiempos son estos, capullo.

—Tus tiempos universitarios, mujer. Además, erais gente más resabiada. Nosotros nos juntamos todos con todos. Mira, entre mis amigos, que son esos que hay sentados al lado del pianista, hay uno de Fuerza Nueva y otro de la Liga Comunista. Si quieres te los presento.

—Ni se te ocurra. A los de Fuerza Nueva yo no quiero verlos ni en pintura.

—¿Ves como los mayores sois más resabiados?

184

Que la llame mayor y resabiada a ella, que acaba de cumplir los veintiséis, le resulta insólito, pero le hace gracia la espontaneidad de este chico. Le cuenta que se ha criado entre el parque de la Bombilla y el río Manzanares, «aunque yo no soy del Atleti, quede claro», y desde chaval va a la discoteca de Robledo, «porque las discotecas, ya sabes, cuanto más lejos, mejor». Es verdad. Lo sabe. El ritual de la discoteca empieza cogiendo el coche, liando el primer *peta*, saliendo en cualquier dirección y parando en un bar de carretera

para tomar un cubata o un bocata de cinta de lomo con una cerveza.

—A los de los barrios del oeste nos gusta ir los sábados al Mono, de Cercedilla, la KG, en Torrelodones, Aqua, en El Escorial, Looping en Robledo...

—Pues aquí, en el este, hay más peligro. Nosotros más de una vez hemos terminado en Valencia.

—Nosotros lo que hacemos es alquilar los colegas un apartamento en Gandía o en Benidorm, que cuestan cuatro gordas, y nos vamos allí a ponernos perdidos de porros y cervezas, dos o tres días seguidos. Pero allí pasa igual. De día podemos estar en el bar de la esquina o en la terraza del apartamento, viendo el mar de lejos, con un tercio en la mano, pero a la hora de la discoteca siempre cogemos el coche.

En todas partes es igual. En verano, cuando estuvo en Almería con sus tíos, que tienen un apartamento en un barrio que se llama El Zapillo, cerca del mar, no pisó una discoteca local. Sus primos y sus amigos preferían jugarse la vida por una carretera que va serpenteando sobre los acantilados, para ir a bailar a Roquetas o Aguadulce. Menos mal que conoció a Bibi, que tiene una vena más *hippie*, y la llevaba en dirección contraria, hacia los desiertos del cabo de Gata, donde descubrió fantásticos locales nocturnos como el Chamán, en Los Escullos, o el Pez Rojo, en San José, una casa blanca en medio de los cerros donde le cuentan que vivió el novio de *Bodas de sangre*.

—La obra de Lorca se basa en un suceso real que leyó en el periódico, una boda que acabó fatal. Esa boda fue aquí cerca, en el Cortijo del Fraile, y el novio, que se llamaba Casimiro, salió vivo y vivió en esta *cortijá* hasta que murió muy mayor, hace unos años.

El Pez Rojo es el lugar exacto donde se le apareció Jesús, el atleta sexual, que es empresario y tiene una casa encima del mar. Pero, como diría el camarero de *Irma la dulce*, que es una de sus pelis favoritas, esa es otra historia.

Cholo le está contando ahora que estudió en el instituto Nuestra Señora de Covadonga, en la calle Cadarso, cerca de plaza de España, que ahí se aficionó al deporte, «que es lo que me ha salvado de muchos peligros», y que en la universidad se lo está pasando bien, pero no tan bien como en los últimos años del bachillerato. Además de jugar al fútbol, todos los sábados hacían fiestas en el club, fumaban porros en la puerta, se tomaban cervezas en el recreo.

—Eso con Franco no pasaba.

—Pero Franco ya no está y nosotros ya hemos pasado también nuestras guerras. ¿Sabes dónde estaba yo el 23 de febrero?

—No.

—En el patio. Era lunes y estábamos jugando al balón. Roberto Rey, el director, llegó y nos dijo: «Ha habido un golpe de Estado, iros a casa». Y yo, que soy un gilipollas, le pregunté: «¿De izquierdas o de derechas?». Y él me contestó, muy serio: «¿Tú qué crees? A casa».

Esa fue su primera experiencia política. El primer gran pedo lo había pillado unos meses antes, en un viaje de estudios por Francia. Regino Carreira, que ahora es famoso porque toca en Séptimo Sello, esos que cantan «Todos los paletos fuera de Madrid», fue quien entró en el autobús con las botellas de vodka.

—Como no había agua, he comprado vodka. El que quiera, veinticinco pelas, a escote.

Cholo se despertó de la borrachera en Burdeos. Nadie le reprochó nada. Nadie le amenazó con mandarlo a su casa. Los profesores tampoco son como eran. A la vuelta, cuando pasaron por Barcelona, la de historia los acompañó al barrio de la Mina, a comprar chocolate, en un sitio que les había recomendado el chófer del autocar.

—Para que no nos metiéramos en líos, vino ella con nosotros. Tú eres profesora. ¿Acompañas a tus alumnos a comprar *costo*?

—No, no. Ni me acompañan ellos cuando lo compro yo. Los vicios son asuntos muy personales. Dime una cosa. ¿Tú qué eres; *mod* o *rocker*?

—¿Yo? Yo soy del Real Madrid y de los Cuarenta Principales.

—O sea, que no te metes en líos.

—No, pero me meten. Este verano, en Gandía, nos buscaron las cosquillas

porque éramos madrileños, sin más, pero no llegamos a las manos, solo unos empujones. ¿Conoces El Disparate, de Alonso Martínez? Un tío que llaman Bronco Billy me dio la otra noche un golpe en el pecho, buscando pelea. Y en los barrios, no veas. Hay calles que mejor no pisar. Aquí estáis todos muy a gustito, pero ahí fuera hay de todo, y es natural, porque se bebe mucho y bebes lo que te echan. A mí por eso no me gusta el Azka; va gente de los barrios a buscar bronca. Aquí tenéis suerte. Esto es un oasis.

186

El Avión es un oasis, es verdad. Y eso que beber, se bebe. Las pipas de girasol dan sed, las copas que ponen son siempre generosas, y entre las pipas y la generosidad, a la gente se le calienta el pico y trasiega sin conocimiento. Pero jamás ha habido el menor conato de violencia. Solo una vez, a principios del verano, vio Julia una pelea, ¡entre dos tías!

Parecían personajes de Crumb, el de los cómics. Una con unas patorras impresionantes, una minifalda ajustadísima, que le llegaba hasta el mismísimo, una camiseta blanca de tiras y una cazadora abierta, bajo la cual se bamboleaban dos tetas enormes. La otra con unos pantalones igualmente ajustados, desde el tobillo hasta la cintura, una camiseta de manga corta pegadísima y el pelo recogido en cola de caballo. Se estaban sacudiendo ahí, según se entra a la sala a la derecha, camino del váter de los chicos. Era como una película. Se tiraban de los pelos, se daban patadas y rodillazos, movían las dos los brazos como si fueran aspas de ventiladores. Una tiró una botella de cerveza que fue a dar a la pared, sin romper nada (menos mal, porque hay varios espejos), mientras gritaba:

—¡Mujeriega! ¡Mujeriega!

Nunca había visto Julia una escena igual ni había oído ese adjetivo en femenino. Se acordará de estas dos vikingas pegándose botellazos cuando saquen los Mecano una delicadísima canción dedicada al amor entre mujeres.

*Quién detiene palomas al vuelo,
volando a ras del suelo,
mujer contra mujer.*

Otro día se montó un pollo importante, pero en la calle, con unos que no habían venido nunca por aquí y debían ir en ácido, por lo menos, porque tenían un comportamiento que no era normal. Un andaluz larguirucho, mayorcete, que venía entonces y decían que era médico, se enfrentó a ellos, le dio una hostia a uno y se rompió el brazo. El brazo suyo, el del médico. Y es que, como dice Perico, «las hostias de la vida real no son como las de las pelis, le quieres partir a uno la cara y, claro, como no tienes costumbre, te partes tú el brazo».

—¿Y nunca más ha habido escenas violentas? —pregunta Cholo, con morbo evidente.

—Nunca. A veces viene a echar una mano en la barra el Zocato, que es sobrino del dueño y es policía nacional. Una noche tuvo que sacar a un patoso, que llegó borracho perdido, y resulta que era policía, como él. Mientras lo sacaba le decía muy serio: «Estás desprestigiando el cuerpo».

—¿Y por qué aquí nunca hay peleas?

—Pregúntaselo a Pedro y ya verás lo que te dice.

187

Cholo, que es muy buen mandado, se acerca a Pedro y le pregunta.

—Me dice Julia que te pregunte por qué aquí no hay nunca peleas, con todo lo que se bebe.

El último estudiante del franquismo, que va para sabio, da la única explicación posible:

—Porque se canta. Personas que cantan juntas no se pelean.

188

Lo de Manolo Zapatero es para nota. A veces, cuando un cliente está muy borracho y se pone muy pesado, sale de la barra y lo empuja hasta la calle con increíble dulzura. Lo agarra por detrás, pero no sujetándolo, abrazándolo, y lo va acompañando entre la gente hasta la puerta, mientras le susurra cosas al oído que el borracho escucha agradecido.

—¿Qué le decías, que te escuchaba tan atento y tan obediente? —pregunta una noche Julia, después de asistir a esa escena.

—No, nada, lo que les digo siempre: ten cuidado al salir, hijo mío, que lo que hay a la derecha no es una calle, es una cristalería.

—¿Y se lo toman en serio? —vuelve a preguntar, incrédula.

—Más les vale. No sabes la de gente que se ha partido la cara contra el escaparate de esa cristalería, creyendo que es una calle.

189

Cada vez que Julia pasa por delante de la cristalería recuerda esa historia. Cada vez que pasa César se mira en los espejos y se ve razonablemente guapo. Cada vez que pasa Manolo se acuerda de su padre y sonrío. No es por la imagen que le devuelven los espejos, que cada vez se parece más a la de su progenitor, sino por aquello que contaban siempre en casa.

Manuel Zapatero, que así se llamó siempre sin que nadie, ni siquiera su mujer cuando le daba la vuelta al santo de la alcoba para entregarse al débito conyugal, osara llamarlo Manolo, era un rico de pueblo de los de antes. Agricultor, hijo y nieto de agricultores, en lugar de marcharse a la ciudad, como otros, se dedicó a cultivar las tierras al lado del Tormes y a comprar las de los vecinos, a medida que las iban abandonando. En las de secano cultivaba el cereal, en la dehesa tenía cerdos y las parcelas pobres las arrendaba a «ajustados» que le pagaban muy poco, pero, como eran media docena, muchos pocos hacían un mucho. Aunque la palabra terrateniente le vendría grande, la palabra rico de provincias se adaptaba muy adecuadamente a su condición, muy alejada todavía de la de «el más rico de Béjar», máximo

nivel en la escala de opulencia salmantina. Él, además, no era de Béjar, sino de Guijuelo, y las fincas las tenía junto al río. Aunque con la construcción del pantano se le llevaron muchas por delante, le quedaron otras muchas.

Un día fue a Salamanca con un criado. Nacidos los dos en el siglo XIX, iban vestidos con sus mejores galas: calzas, chaquetillas de franela, camisa blanca, faja, chaleco y capa negra con botón charro de plata, la del amo, y parda con cordones la del criado. Habían quedado con un tratante de ganado en el vestíbulo del Gran Hotel, junto a la plaza Mayor. Tras dar una vuelta completa a la plaza, bajo los soportales, y tomarse un cuartillo de tinto y unas jetas en El Candil, en una callecita que da a la calle Toro, se metieron en el hotel, donde nada más entrar encontraron de frente un enorme espejo.

—Mire, amo, dos paisanos.

Si ese criado hubiera venido alguna vez a Madrid, seguro que se habría metido en la cristalería.

190

Acabo de pasar por Hermosilla. Ya no existen la cristalería ni La Villa ni la puerta del Avión, que sus últimos veinte años permaneció cerrada. En ese solar acaban de levantar un edificio modernísimo, con el número 99 muy grande en la fachada, donde abundan los tonos grises y las líneas rectas. Donde estaba el Avión hay una enorme franquicia de juguetes y papelería. En la calle abundan las franquicias, algunas con nombres extranjeros: Uppali, Phone House, C&A, H&M, StarBox. En la casa colindante sobrevive La Joya Oriental, el restaurante chino, que ahora es famoso por sus fondues asiáticas, en calderos de metal. Ángel Ballesteros ya no trabaja ahí: ahora es funcionario de la Diputación Provincial de Toledo. En Conde de Peñalver, 13, sigue la Corsetería Lupe, que tan buenos momentos deparaba al maestro.

Venía caminando desde la editorial, donde le conté a Berenice Galaz cómo va el proyecto y me recomendó un libro del que ya he leído más de la mitad: *HHhH*, de Laurent Binet.

—Es un tema diferente, pero, por lo que me estás contando, su manera de plantear los planos narrativos y engarzar la realidad con la ficción tiene algo que ver con lo que tú estás haciendo. Échale un vistazo. Es buenísimo. Te gustará.

Pasé por Polifemo, la librería de Feli, en la Avenida de Bruselas, y compré *HHhH*. Feli está preocupada. Google ha ganado el pleito en Estados Unidos y a partir de ahora podrá ofrecer sesenta millones de libros. Al sector, tal y como lo conocemos, le quedan cuatro días.

A mediodía recalé en la cervecería Thomas, de Rufino Blanco, y con unas migas extremeñas y una cerveza belga le hincué el diente al libro. La tarde se me fue en un suspiro, sin parar de beber cerveza y sin parar de leer, mientras Thomas, que a pesar de la hache intercalada es de Navalvillar de Pela, provincia de Badajoz, sesteaba en la mesa de al lado.

Binet me entusiasma. Ojalá fuera yo capaz de hacer algo así. Es verdad que tiene algo que ver con lo que yo estoy intentando y eso me anima. Una cosa que me gusta mucho es que en vez de poner títulos numera los episodios. Eso también tiene que ver con mi manera de entender este trabajo, donde son muchas las piezas que forman el todo. Por eso me empeñé en que el otro libro, *333 historias de la Transición*, llevara una cifra en el título.

Igual numero las escenas que estoy intentando ensamblar, como se numeran las piezas al hacer una reconstrucción arqueológica o en la rehabilitación de un edificio. Pero quizá también mantenga algo parecido a una estructura por capítulos, aunque solo sea para salvar titulillos que se me han ido ocurriendo.

No sé. A ver cómo discurren los acontecimientos. Al final, la marcha de una historia la deciden los protagonistas, no el autor.

El joven y ya gran pianista

191

El 17 de noviembre de 1985 Julia y Javier se hartan de cañas en el Rastro, se comen un cocido en la Viuda de Vacas, de la Cava Alta, y suben por Toledo, plaza Mayor, Sol, Gran Vía y Montera, que está llena de coches y de putas, continúan por Fuencarral, que está también llena de coches aunque con algunas putas menos, y llegan a Malasaña, donde se quitan la sed con dos *gin-tonics* en el Vía Láctea, antes de que Julia proponga ir al cine.

Es noche cerrada cuando llegan a la calle Luchana para ver *La rosa púrpura de El Cairo*. A unos metros del Palafox se encuentran con César, que está parando un taxi.

—¿Qué, al cine? —les pregunta, mientras enciende un pitillo y abre la puerta del coche.

—Sí, a eso vamos.

—Pues hacéis bien. Hay estrenos muy interesantes.

No lo cuenta, pero acaba de salir de la sala X de Francisco de Rojas, donde ha hecho sesión doble: *La vida porno de una condesa* y *Seis suecas en un internado*. Nada que ver con la pregunta que les hace.

—¿Habéis visto lo de esa pobre niña?

—¿Qué peli es esa?

—No es una peli. La pobre niña de la tele, la colombiana. Se ha muerto.

—¿Que se ha muerto? ¿Cómo lo sabes? —pregunta con cierta ansiedad Javier.

—Lo sabe todo el mundo.

Advierte Julia, en este preciso instante, que el mundo es cada día más pequeño. El tipo más solitario de España acaba de darle a Javier, que es periodista de uno de los periódicos más importantes, una noticia fechada en Colombia. Minutos después, ya con las entradas en la mano, entran en una cafetería para hacer tiempo hasta que empiece la sesión. Docenas de clientes

están plantados frente al televisor. En pantalla, las imágenes que han ido viendo en directo a lo largo de la semana. Anoche las pusieron en un impresionante reportaje de *Informe semanal*. Omayra, una niña de trece años, atrapada por los escombros y con el agua hasta el cuello, habla tranquilamente con los periodistas que la rodean.

Muchos no saben si Nevado de Ruiz son los apellidos de la criatura, el nombre del pueblo o el del volcán, pero no hay una sola persona que no haya visto a esa niña. Vive, vivía, en una montaña colombiana aislada del mundo, entró en erupción el volcán, provocó un corrimiento de tierra y lodo que se llevó el pueblo y mató a veinte mil personas.

Una noticia como esa, hace unos años, no pasaría de la sección de breves de los periódicos. Los muertos extranjeros no interesan a nadie, salvo que sean presidentes de los Estados Unidos y se los hayan cargado de mala manera. En la facultad le enseñaron a Javier que las tragedias lejanas tienen menos interés que las cercanas. Un crimen en el barrio donde está el periódico será siempre más importante que el choque de dos trenes en Manchuria.

Pero algo está cambiando. Esta vez la noticia ha dado la vuelta al mundo y se ha metido en las vidas de todos sus habitantes, que la han vivido con tanta emoción como si esa niña fuera de su pueblo. Omayra ha estado a todas horas en todas las televisiones de la tierra. Durante tres o cuatro días cientos de millones de personas se han ido a la cama preocupadas por esa pobre cría. Tardarán en digerir la noticia. ¿Qué hacían todos esos periodistas y esos cámaras contando en directo la agonía, en lugar de intentar sacarla del agua? ¿Cómo es posible que el mundo haya asistido, expectante e impotente, a semejante tragedia?

—No creo que nunca, en toda la historia, se haya vivido una emoción de dimensiones mundiales como esta.

—El mundo es cada vez más pequeño, Julita.

—Eso quería decir. La televisión y la velocidad de las comunicaciones lo hacen más pequeño.

A los dos les asombra el poder de la tele, que es capaz de dar nuevos parámetros al universo. Nada que ver con ese periódico en el que trabaja Javier. O con ese otro donde irá mañana Julia, a media mañana, para buscar

las cosas que César no quiere contar.

192

José María, el amigo de Javier que trabaja en *ABC*, aparte de que es guapísimo (lo malo es que tiene una novia que se llama Carmen y es guapísima también), es muy generoso. Al salir del cine han quedado en el Avión, para ver qué quiere hacer Julia y cómo puede ayudarle. A José María le sorprende el bar, donde no había estado nunca, pero le sorprende mucho más la canción que están cantando tres tíos muy serios, con sus copas en las manos, acompañados por César al piano.

*Desahuciados,
sin camisa, sostén ni fortuna.
Desahuciados,
un refugio buscamos aquí.
Venimos desahuciados
de la luna
y asustados
de lo que sucede allí.
Hay en ese pueblo
un camino llamado Angostura,
te partes los cuernos
las noches oscuras.
Pero hay esperanzas
de que pronto a arreglarlo vendrán
las gentes de Montalbán.
Pan, pan, pan.*

—¿Quiénes son esos tíos y qué coño están cantando?

—Son Perico, Dami y el padre Dorronsoro, Luis. Y no sé qué están cantando. Algo que aprendieron en el Bajo Aragón, en Semana Santa. Ellos nunca vuelven de vacío de los viajes.

—Cuéntame. Por lo que me ha dicho Javier tú lo que buscas son datos sobre ese señor que está tocando ahí el piano.

—Exacto.

—No me quiero meter en tus asuntos, pero ¿por qué no se los pides a él?

—Porque es un marmolillo. No hay manera. Es el tío más reservado y más raro del mundo. No quiere saber nada de su pasado ni quiere que lo sepamos los demás.

—¿Le has preguntado a sus amigos?

—No tiene.

—¿Y a su familia?

—Tampoco tiene.

—Igual es un criminal reciclado. ¿Conoces el restaurante La Almunia, en la calle de Recoletos?

—Estuve con Dami y Javier hace un par de meses. Es el mejor restaurante marroquí del mundo, Marruecos incluido.

—Me han contado que uno de los socios que lo fundaron, en los años sesenta estaba implicado en el asalto a un tren.

—Será una leyenda. ¡Bueno es Hassan II para dejar escapar a un atracador, como no sea que tiene él intereses en el negocio! También cuentan que en Mojácar lleva un chiringuito uno de los asaltantes al tren de Glasgow...

—Lo del tío del chiringuito es verdad y está publicado. Y ya verás tú cómo, si sigues hurgando en la vida del pianista, te encuentras algo parecido: un criminal retirado.

—Pues a mí lo que me dice el corazón es que no es un criminal: es una víctima.

ABC está en un palacete precioso del paseo de la Castellana. Julia lo visita

por primera vez el 18 de noviembre. José María le presenta a los del departamento de documentación, les dice que es amiga suya de toda la vida, que está preparando una tesis y que se vayan acostumbrando a verla, «porque hasta que no encuentre lo que busca yo no la voy a dejar salir de aquí». Antes de dejarla con ellos, un consejo.

—El periódico está entero microfilmado, pero si buscas en la colección de papel, sin prisas, te lo vas a pasar mejor.

—Buena idea.

—¿Sabes ya cómo empezar? Porque eso siempre es lo más difícil.

—Voy a empezar por 1936, hacia atrás. Lo único que sabemos de César es que terminó la carrera de piano con premio extraordinario, antes de la guerra. Como era de familia de pasta y en esa época eran pocos los chicos que estudiaban piano, igual aparece por algún lado.

—¿Como niño prodigio?

—O algo así.

195

Desde que murió Franco (hoy se cumplen diez años), Julia ha oído la palabra democracia millones de veces. Pero hay rumores de que esta noche, la del 20 de noviembre, los fachas andan con ganas de bronca. Pedro le dice que no se preocupe.

—Aquí no hay problemas. Incluso en los años peores, cuando esto era zona nacional a tope, se metían en el Joc, ahí al lado, lo destrozaban todo y luego se guardaban las cadenas y venían aquí a tomarse una copa sin meterse con nadie.

—¿Y eso por qué?

—Porque el Avión es como el bar de *Casablanca*: zona neutral.

—Ya, pero tú estás toda la noche mirando de reojo a la puerta.

—Prevenir es curar y el que es facha es facha toda la vida. Pero venga, cuéntame. ¿Has encontrado algo en el *ABC*?

—He estado, pero todavía no he encontrado nada. Ahora, lo que es impresionante es asomarte desde un periódico a los primeros meses de 1936. España estaba en carne viva y Madrid, hirviendo.

—Claro, y en el guiso había de todo. Fíjate este barrio. Si todavía hay tensiones, imagínate entonces. Dos mundos incompatibles en un mismo barrio, en una misma calle, en un mismo bloque. ¡O en un mismo bar!

—No me lo imagino: lo estoy viendo día a día, periódico a periódico. En los años treinta los ricos seguían haciendo la vida de siempre: sus bodas, sus actos sociales, sus galas benéficas, sus actividades deportivas. Pero, claro, estaban rodeados de obreros con mono, jóvenes revolucionarios, mujeres que se portaban como hombres e instituciones culturales dirigidas por gente como Alberti. O Picasso, que fue director del Prado y me acabo de enterar en los periódicos.

—Yo creo que el barrio de Salamanca es un rescoldo de esa época. Ahora los más ricos se están marchando a La Moraleja, pero todavía quedan muchos. La mitad de los dueños de este barrio tienen tierras en Andalucía, Extremadura o en La Mancha, con sus casas señoriales y sus escudos, pero aquí tienen edificios enteros y aquí estaban todos, antes de la guerra. La leche. Los últimos monárquicos rodeados de republicanos, los últimos terratenientes rodeados de bolcheviques, los últimos resistentes de la España feudal rodeados de colectivistas.

—¿Cómo sería esa convivencia? ¿Y cómo sería en la guerra? Los tiroteos en las calles, las *sacas* de las cárceles, los quintacolumnistas, los emparedados...

196

Durante la guerra los republicanos mataron en Madrid a quince mil franquistas, que son muchos franquistas, pero en la ciudad siguieron viviendo doscientos o trescientos mil más, a los que no les pasó nada. Pedro ha echado alguna vez esas cuentas, que nadie podría fijar con precisión, y también se ha

preguntado cómo sería esa convivencia, sobre el papel imposible.

—Imagínate. A unos los protegía el portero, que tenía un primo en la CNT, otros se pasaron la guerra detrás de una falsa pared o un falso techo y otros compraban la seguridad, soltaban pasta para llevarse bien con todo el mundo. Porque los comercios, mejor que peor, seguían funcionando y en la ciudad seguía corriendo el dinero. Yo le oí decir a una señora mayor, que estaba tomando chocolate con churros en Felipe II, que en la Guerra Civil lo único que ella notó es que «todo estaba muchísimo más caro».

—¿Y cómo viviría todo eso la gente que no quería saber nada de guerras, que seguro que también había mucha? ¿Y cómo lo viviría un niño como César? Yo me he leído casi toda la literatura sobre la época, empezando por los libros de Arturo Barea, pero no consigo ponerme en el pellejo de un estudiante de piano de quince años, criado en un piso de lujo del barrio de Salamanca. ¿Qué le habrá quedado de todo eso en la memoria?

—Lo menos posible. Recordará el hambre, si pasó hambre, porque los que pasan hambre no lo olvidan nunca, y para de contar. Y si se hubiera criado en Molina de Aragón, como yo, o en Valencia, como tú, tampoco querría acordarse. ¿Es que en tu casa se habla de la guerra?

—La verdad es que no. Ahora que lo dices, ni a mi padre ni a mi madre les he oído jamás una palabra. De la guerra en mi casa no se hablaba y en casa de mis abuelos, tampoco. Mi padre nació en 1922, o sea que tiene la edad de César, un año menos, y mi madre en 1928. En mi vida les he oído contar nada de esos años.

—En mi familia, igual. Y pregúntale a Dami. Su padre era republicano, le cayeron tres penas de muerte y se libró por los pelos. El abuelo de Javier era un anarquista aragonés y tuvo que salir por pies del pueblo, para que no lo mataran los nacionales. ¿Sabes cuándo lo contó en casa? Hace tres años, cuando ganaron los socialistas. Antes, ninguno de los dos había dicho ni una palabra. Yo acabo de enterarme de que un pariente mío, que creíamos que era un cabrón y había dejado tirada a la mujer y a los hijos, estuvo en el maquis, en los Pirineos, después en un campo de concentración en Francia y en los años cincuenta entraba y salía de España con una pistola porque estaba en el Partido Comunista. Ni su mujer lo sabía.

Millones de personas vivieron condenadas al silencio durante cuarenta años. Impresiona.

—El miedo y el silencio son las armas de las dictaduras —sentencia Perico—. Y quien se ha pasado toda la vida entre el silencio y el miedo nunca acaba de fiarse del todo y nunca acaba de fiarse de nadie.

—Es verdad. Y además, ahora que viven como no habían vivido nunca, ¿para qué ponerse a recordar tragedias?

—Pues igual ya entiendes por qué César no quiere ni oír hablar de esas cosas.

—Pero César parece contento. Siempre está sonriendo.

—La amargura va por dentro. Fíjate bien. Antes de la guerra era un niño prodigio de una familia con pasta. Después de la guerra era un pianista de cabaré que iba arrastrando una pierna de local en local. En aquella época, encima, para poder sacar cuatro gordas tenían que tocar cada noche en varios sitios distintos. No es para tirar cohetes.

Amargado o no, de lo que se trata ahora es de seguir el rastro a ese niño prodigio. Entre esos ricos de toda la vida que llenan las páginas del *ABC* en plena República debe andar por algún lado el niño César Martínez, tocando su piano. Entre las bodas, bautizos y necrológicas, malo será que no salga alguna referencia a una familia que vivía encima de la Puerta de Alcalá.

Le llevará unas semanas rastrear los «Ecos de sociedad», protagonizados en un 90 por ciento, como sospechaba, por vecinos del barrio de Salamanca. En vísperas de las Navidades, cuando ya tiene las maletas hechas para ir a casa de la abuela, encuentra la primera pista solvente. El 7 de julio de 1935 publica *ABC* en su página 52 un suelto: «Premio de piano».

En los concursos de la enseñanza de piano verificados recientemente en el Conservatorio de Música y Declamación ha obtenido el primer premio por unanimidad la bella y distinguida señorita María Calero, quien ejecutó, además de la obra impuesta, Fantasía en fa menor de Chopin, uno de los scherzos más brillantes y difíciles del mismo autor, siendo aplaudidísima por el auditorio que llenaba el teatro del conservatorio. Asimismo obtuvo el primer premio en la enseñanza de piano, y entre grandes aplausos, el joven y ya gran pianista César Martínez, hijo del que fue compañero de redacción de igual nombre y cuyo recuerdo se conserva con cariño en esta casa. Ambos concursantes han sido discípulos del ilustre maestro Joaquín Larregla.

Bingo. Primer premio de enseñanza de piano con catorce años. Joven «y ya gran pianista». Y discípulo de Joaquín Larregla, que suena a compositor conocido. Esta noche llamará a Rudy por si le da una pista.

—¡Larregla! Pues claro que conozco a Joaquín Larregla. Es navarro, paisano mío. Y tiene mucha gracia, porque César toca muchas noches la «Jota de Larregla», «Viva Navarra», que es esa que dice... —Rudy se pone a silbar, antes de seguir hablando—. Si tienes la fecha de ese premio, podemos buscar en el conservatorio. Menchu, mi señora, está en el departamento de piano. Aunque el archivo histórico está manga por hombro, ahí no se han quemado los papeles y seguro que aparece algo.

Según ese suelto, el padre de César fue redactor de *ABC*.

—Eso facilita las cosas —dirá José María cuando le enseñe la fotocopia—. Sabiendo cómo se llama y que estuvo trabajando en el periódico, déjame a mí. A la vuelta de vacaciones pregunto yo directamente a los del archivo a ver qué pueden encontrar de ese hombre.

Los penúltimos de Filipinas

199

No será a la vuelta de vacaciones sino unos meses más tarde cuando den resultado las gestiones de José María. El primer semestre del año 1986, el primero en el que todos los personajes de esta historia son ciudadanos de la Comunidad Económica Europea y están obligados a pagar el IVA, es de ingente actividad para los periodistas. Muere Enrique Tierno, el popular alcalde de Madrid. Sale y entra de la cárcel, entre insultos al Gobierno y advocaciones a la Virgen del Perpetuo Socorro, el empresario José María Ruiz Mateos. Carlos Solchaga, que hace unos meses sustituyó como ministro de Economía y Hacienda a Miguel Boyer (que se marchó porque Felipe González no lo quiso hacer vicepresidente), sigue perpetrando reformas económicas que ponen de los nervios a los sindicalistas y en particular a un sindicalista, Nicolás Redondo, que está en la ejecutiva del Partido Socialista pero ya por poco tiempo. Los atentados de ETA, que no cesan, se entrecruzan con los del GAL en el sur de Francia. España tiene como ministro de Exteriores a una sonrisa andante llamada Paco Fernández Ordoñez, que sustituyó a Morán, el de los chistes, y el mundo está gobernado por un actor, Ronald Reagan, y una dama de hierro, Margaret Thatcher, que tienen muchísimo peligro; ambos gozan de las máximas simpatías de los jefes de José María, en *ABC*. Quien no goza de esas simpatías es Felipe González, que el 21 de junio obtendrá su segunda mayoría absoluta. Antes tendrá que pasar una difícil reválida: el referéndum de la OTAN.

Los socialistas, que hace cinco años participaban en airadas manifestaciones contra la OTAN con el sospechoso lema «De entrada, no», convocan ahora un referéndum para quedarse en la alianza. Toda la maquinaria del poder se pone al servicio de la causa, con la televisión única en primera línea de combate. González ganará su referéndum, pero la democracia recién nacida dará un paso atrás: se acabó la libertad que por unos años (los últimos

de la UCD y los primeros del PSOE) se había vivido en la televisión pública. Quizá alguien, alguna vez, estudie con rigor histórico ese interregno político como el de mayor libertad de hecho, y no solo en la tele, de toda la historia de España.

200

El 9 de febrero, martes, Julia encuentra el Avión medio vacío. Los chicos se fueron el fin de semana a los carnavales de Cádiz y todavía no han vuelto. Perico le da un sobre.

—Toma. Han dejado esto para ti.

—¿Quién?

—Menchu Mendizábal.

Menchu es la mujer de Rudy. Es una criatura con una dulzura y una curiosidad fuera de lo común y es una excelente pianista, aunque nunca ha querido demostrarlo en el bar, por más que le insisten. Se conocen solo de vista, por lo que le agradece doblemente que haya ido a dejarle ese sobre. Lo abre y lo primero que ve es una nota: «Me ha dicho Rudy que estás buscando todo lo que haya de este alumno. Lo siento, pero es todo lo que he podido encontrar».

Son cinco fotocopias. En las dos primeras está el expediente académico de César Martínez Rodríguez. Es espléndido. Entre 1927, con seis años, y 1931, con diez, saca los seis primeros cursos de piano y todos los de solfeo con sobresalientes y notables. Entre 1931 y 1935 hace los restantes, junto con armonía, estética, música de salón, historia y acompañamiento, todo con sobresaliente. En junio de 1935 termina música y piano, con premio extraordinario, y el curso siguiente saca primero de composición, con notable. En el momento exacto en el que comienza la guerra, finaliza su carrera académica.

Menos mal que hoy es martes, el día libre del maestro, si no le daría vergüenza estar hojeando aquí esos papeles. Las otras fotocopias son el acta

del jurado de los premios en la enseñanza de piano concedidos por oposición el 2 de julio de 1935. Entre los premiados con la máxima distinción, diploma de primera clase, está César. En su nota, Menchu hace notar que uno de los niños que se presentaron al examen, sin conseguir diploma, es Antonio Iglesias Álvarez, «que durante el franquismo fue director de la Comisaría de la Música y es el padre de María Antonia Iglesias, la periodista, seguro que la conoces».

Julia no conoce a María Antonia Iglesias, pero en los años siguientes, cuando la nombren directora de los informativos de TVE, oirá hablar mucho de ella. En esos años, dirá Javier, esos informativos pasan del oficialismo a la manipulación descarada. Por el Avión vienen redactores de la tele y cada uno cuenta un episodio distinto, que alimenta la leyenda.

—Se mete en la cabina de montaje para dar órdenes: quita aquí, pon allá —cuenta María Valares, que es técnico de sonido y, aunque es muy joven, añora los primeros años de la década, cuando trabajaba en programas de Guillermo Salas y Manolo Summers, «con una libertad que no hay ahora». Para la historia, su programa en la Nochevieja de 1985, en el que se reían hasta del director de la tele, con el insólito título *Primer trienio de la tele roja*.

—En la redacción hace lo mismo, frase a frase, pieza a pieza —dirá Almu, que vivía en Barcelona, se ha venido a Madrid enamorada de un músico cubano y trabaja en informativos—. Cuando la peste equina nos dejó helados. Desde lo alto de la escalera se puso a gritar: «¡A partir de ahora no se muere ni un caballo más!». Nos tuvimos que comer los vídeos donde contábamos las últimas muertes provocadas por la epidemia.

201

Julia se va a casa tan contenta, con el expediente académico de César y las actas del Premio Nacional de Piano. Cuando lo lee todo con tranquilidad advierte que el jurado hace una mención especial a «las especiales, destacadas y prometedoras cualidades que se han revelado en la actuación del

joven concurrente Carlos Kusarov Corma, en el que, sin duda posible, se anuncia un artista de porvenir envidiable».

¿Qué habrá sido de ese chico? Le entristece pensar que el porvenir de todos esos «jóvenes concurrentes» no es nada envidiable. Unos meses después sufrirán el terrible zarpazo de la historia: la Guerra Civil.

202

El 10 de marzo, domingo, dos días antes del referéndum de la OTAN, se presenta José María en el Avión con una carpeta llena de fotocopias.

—Ya te lo dije. Sabiendo que el padre de César había sido colaborador de *ABC* estaba chupado.

—¿Y qué? ¿Es un criminal como dices tú o es una víctima, como digo yo?

—Pues no, no creo que sea un criminal, pero, vaya, viéndolo aquí cada noche tan contento, tocando con la agilidad de un crío, la sonrisa de oreja a oreja y el cigarrillo entre los dientes, tampoco diría yo que sea una víctima. Mira —dice, mientras elige una de las fotocopias—. Esto es lo primero que encontramos: la necrológica de su padre.

Publicada el 17 de mayo de 1955 lleva un escueto titular: «El periodista don César Martínez Sánchez». Son pocas líneas, pero dan muchas pistas.

A la edad de setenta y tres años ha fallecido en Madrid el eminente pintor y periodista D. César Martínez Sánchez. Como dibujante e ilustrador de pergaminos alcanzó gran celebridad. Era militar retirado y médico distinguido; cultivó el periodismo con brillantez y formó parte de la redacción de ABC. Fue fundador de la Real Sociedad Colombófila Española y de la de Fomento de las Razas Caninas en España.

—Ya ves. Militar retirado, lo que quiere decir que si miras en los anuarios militares le podrás seguir el rastro desde que entró en la academia, y un tipo con mucha preparación universitaria y artística, como el hijo. Encima, fundador de la Real Sociedad de Colombofilia y la de Fomento de las Razas

Caninas. Esas actividades en esa época eran propias de la aristocracia y de gente de poderío económico. O sea, que sí, que César es de buena familia.

—Ya imaginaba. Por eso vive donde vive. Lo que me parece raro es que en la necrológica no digan ni una palabra de esa buena familia, ni siquiera de la mujer del difunto, y tampoco mencionen que era gentilhomme de Alfonso XIII.

—Que no hagan referencia a la viuda en una necrológica sí es raro, la verdad. He pedido que busquen en las esquelas de esos días y tampoco aparece ninguna llena de títulos y nombres propios, como es costumbre. Pero lo del gentilhomme sí que lo hemos aclarado. El gentilhomme no era el padre, era un tío de César. Mira este papel.

—13 de octubre de 1913. ¡La boda de los padres!

—Exacto. La boda del capitán César Martínez Sánchez. La madrina es la infanta Isabel, la Chata, y al terminar la boda se fueron todos a presentarle sus respetos. En la ceremonia la representó el tío, el famoso gentilhomme.

203

Se hace raro contemplar la historia desde las páginas de un periódico. Todo parece ficción, empezando por la crónica de esa boda.

A las seis de la tarde de ayer se celebró en la capilla reservada de la parroquia de San Sebastián la boda de la bellísima señorita María del Carmen Rodríguez con nuestro antiguo compañero de redacción, reputado artista e ilustrado capitán de infantería don César Martínez. Fue madrina de la gentil pareja S.A. la infanta doña Isabel, representada por el gentilhomme de S.M. el rey don Emilio Martínez, hermano del novio, y por su abuela, la excelentísima señora doña Pascuala de Arrojo. Actuaron de testigos el duque de Tamames, el conde de Lérida, el marqués de Dos Fuentes, el ex gobernador civil don Javier Beránger y el distinguido financiero don José Valero Hervás. Terminada la ceremonia se sirvió en un local de la iglesia un espléndido buffet y los novios marcharon al palacio de la infanta Isabel para dar las gracias a su alteza. Deseamos a los recién casados una felicidad eterna.

En otros sueltos, relacionados con la casa real, aparecen menciones al capitán Emilio Martínez Sánchez, «gentilhombre del rey». Alfonso XIII le había dado ese puesto, pariente pobre de la nobleza, año y medio antes. Lo contó *ABC*, el 14 de marzo de 1912.

Ha sido nombrado gentilhombre de entrada de S.M. el rey nuestro estimado amigo el capitán de infantería de Marina D. Emilio Martínez, hermano de nuestro querido y antiguo compañero de redacción el capitán de infantería D. César Martínez, a cuya familia enviamos nuestra más sincera felicitación.

El nombre del padre, César Martínez, aparece desde principios de siglo hasta el inicio de la Guerra Civil en numerosas noticias. Algunas hacen referencia a sus «artísticos pergaminos», casi todos dedicados a militares ilustres, o sus medallas de bronce, casi todas para competiciones deportivas. Otras hablan de la Sociedad Española de Colombofilia o la Sociedad de Fomento de Razas Caninas. De las dos fue vocal, secretario o presidente, y en las dos aparece rodeado de nombres ilustres: el conde de Lérida, el duque de Tamames, el marqués de Montesa, Javier de Beránguer, Eduardo Olea... En mayo de 1936 le dan en la Feria de Córdoba un premio nacional «por la espléndida colección de palomas presentadas». Dos días antes de que empiece la guerra, el 16 de julio de 1936, reaparece con sus palomas en una exhibición en el Algarve, al sur de Portugal.

—¿Y estamos seguros de que es todo el rato el mismo César Martínez?

—Completamente. Unas veces aparece como César Martínez, a secas, y otras como César T. Martínez, se ve que tenía un segundo nombre de pila que no usaba nunca, aunque a veces utilizara la inicial. Pero siempre es el mismo, haciendo las mismas cosas. En las primeras noticias aparece como teniente y en las últimas como comandante retirado. Verás que también se le menciona en comisiones de militares que están preparando homenajes o actos culturales. Y una cosa muy curiosa, mira este recorte de 1917 y fijate en la dirección.

Es un anuncio. César T. Martínez, que se presenta como «profesor de las Academias de Lara, El Norte, Pardo, Lloret y Aceytuno», se ofrece para dar «tres horas diarias» de clases particulares a «aspirantes a militares» que

quieran examinarse en la convocatoria de julio de ese año.

—Joder, «plaza de la Independencia, 9, Madrid». La casa de César. Ese tío no paraba. Militar de carrera, médico, pintor, periodista, colombófilo y profesor de cinco academias.

—Lo que no sabemos es si César y su madre lo verían alguna vez.

—Es que César en 1917 no había nacido, nace en el veintiuno.

—Ya, pero digo después. Porque resulta que en los años treinta el padre no tenía el palomar en la Puerta de Alcalá, sino en General Oráa, en el otro extremo del barrio. Para mí que paraba poco en el domicilio conyugal. Mira este recorte, que es el que te va a impresionar más de todos.

204

Es verdad, es impresionante. Abre nuevas incógnitas que Julia tardará tiempo en resolver y César quizá no resuelva nunca. El 22 de septiembre de 1936 el ilustre colombófilo del que hablaba *ABC* en julio ha dejado de ser ilustre y no aparece en la sección de «Ecos de sociedad», sino en la de «Registros y detenciones». Tampoco está la coletilla «nuestro antiguo compañero de redacción». El periódico ha sido incautado por los sindicatos y las noticias de sociedad han sido sustituidas por noticias de la guerra. Una de esas noticias dice así:

La Escuadrilla del Amanecer ha detenido al comandante de infantería retirado D. César Martínez Sánchez. La detención se ha efectuado en el domicilio de dicho comandante, calle del General Oráa, número 45, tercero derecha. Se afirma que el Sr. Martínez Sánchez se dedicaba a comunicarse con los facciosos por medio de palomas mensajeras. En la azotea de la finca en que vive se ha descubierto un palomar con 400 palomas, que bien pudieran ser las que él dedicaba a los fines expresados. El detenido negó el delito que se le atribuye, pero afirma que las palomas son de su propiedad.

A partir de ahí, se pierde para siempre el rastro del militar ilustrado y el

de su hijo, el precoz pianista. Del militar solo volverá a salir la noticia de su muerte, en 1955, lo que permite deducir que del lance con la Brigada del Amanecer no salió mal parado. Otra cosa es qué pintaba el padre de César al amanecer en un piso de General Oráa, en la otra punta del barrio donde vivía su mujer y aún hoy vive su hijo.

¿Será simplemente que ahí tenía el palomar, como dice José María? ¿Será que se había marchado por tabaco y no había vuelto? ¿Será que tenía doble vida? Julia se da cuenta de que esas preguntas no se las podrá hacer nunca a César y es difícil que encuentre la respuesta en los periódicos. Pero lo intentará. La suya ya empieza a ser curiosidad literaria.

205

Agotada la veta del *ABC*, Javier le hace una propuesta que dará mucho juego.

—Con lo que hay en estas fotocopias ya le puedes seguir la pista a la familia sin problemas. Yo que tú me iría un par de días a la Biblioteca Nacional a mirar sin prisas en otras publicaciones de la época.

Aunque las claves definitivas no las encontrará hasta dentro de unos años, irá a la biblioteca, buscará y confirmará que las fotocopias del conservatorio y de *ABC* la han puesto en la pista de una espectacular saga familiar. Lo primero será confirmar la dirección exacta donde La Escuadrilla del Amanecer estuvo al padre de César. La noticia la dan varios periódicos y no es el número 45 de General Oráa, como decía *ABC*, sino el 41.

Sobre la familia materna del pianista no encuentra casi nada. Sobre la familia paterna, un filón. Su padre, el capitán César Martínez, es el menor de tres hermanos, los tres militares: Emilio, de infantería de Marina; Víctor, de cazadores y César, de infantería. El nombre del abuelo todavía no aparece, pero sobre la abuela hay numerosas referencias. Se llama Elena Sánchez Arrojo. Es amiga de la infanta Isabel y una de las primeras damas españolas de la Cruz Roja, creada por la reina Victoria Eugenia. Escribió varios libros

de enfermería, de poesía y de ficción, y fue concejal del Ayuntamiento de Guadalajara, la primera en su historia, durante la dictadura de Primo de Rivera. Además fue vicepresidenta del Patronato Real para la Represión de la Trata de Blancas y fundadora de varias organizaciones sociales y religiosas, entre ellas el Sindicato Obrero Femenino de la Inmaculada Concepción.

El personaje es tan potente que por un tiempo Julia se olvida de César. Lo que mola es la historia de la abuela. Pero no le llevará un par de días. Serán muchas semanas las que necesite para ir reconstruyendo la peripecia de esta singular mujer, conservadora, clasista y beata hasta decir basta, pero con muchísima personalidad y en muchas cosas adelantada a su tiempo. Nació a mediados del siglo XIX y murió con noventa y cuatro años a mediados del XX, cuando su nieto ya había iniciado una próspera carrera como pianista de burdel.

Esto se está poniendo interesante. Julia empieza a ir a la Biblioteca Nacional todas las mañanas que se lo permite el trabajo en el instituto, que no son muchas, aunque sigue en el turno de tarde. La investigación va lenta porque encima (se lo comenta a Javier) pierde muchísimo tiempo: es incapaz de abrir un periódico de principios del siglo XX o finales del XIX sin mirar todo lo que hay.

—Es alucinante. Desde las necrológicas hasta los anuncios. Todo.

—Terminarás por escribir una novela titulada *La casa de los Martínez*, como la serie aquella de televisión.

—No te digo que no. Estos Martínez dan mucho juego y este juego es más entretenido que la mayor parte de las novelas que llevo en el cuerpo, y sabes que llevo unas cuantas.

Al cabo de varios meses de bucear en toda suerte de publicaciones descubre que la abuela de César, nacida el 14 de febrero de 1857, era hija de Pascuala de Arrojo y Valdés, dama de origen gallego y amiga de la reina Isabel II. Estaba casada con Melchor Sánchez de Santamaría, abogado liberal y diputado a Cortes, que murió en 1865 dejando a Pascuala con su hija Elena, que no había cumplido los ocho años, y su hijo Emilio, algo mayor. Pero Pascuala se orientó en seguida, quizá con ayuda de la reina. Dos años después estaba casada con César Tournelle, coronel de caballería, poeta y preceptor de

Alfonso, el hijo de Isabel II.

206

La Revolución de 1868 obliga a Isabel II a salir de España con su familia. Tournelle se marcha también con la suya, pero en lugar de ir a París, como la familia real, se van a Filipinas. Su hijastra, la abuela de César, tiene once años; el chico, catorce. Siendo unos adolescentes, Emilio ingresa como cadete en el Colegio de Infantería de Manila y Elena se casa con un hombre que le triplica la edad. Se llama Emilio Martínez Cardenal y es alcalde mayor de la península de Zamboanga. Le durará poco, lo justo para fabricar juntos tres hijos. Muere en 1882, un año después de que nazca César, el menor. Elena, que no ha cumplido los veinticinco, se vuelve a Madrid con sus padres y con los tres niños.

Una vez restaurada la monarquía, el nuevo rey, Alfonso XII, ficha como ayudante a su antiguo preceptor, que en Filipinas dejó dos recuerdos: un «Himno de Zamboanga» compuesto «por el ilustre vate César Tournelle» y un hijo militar llamado Emilio Sánchez Arrojo, que volverá a España unos años después herido de muerte y convertido en héroe.

Ya en España, la jovencísima viuda empieza a acumular responsabilidades sociales, alumbrada por la casa real, y mete a sus tres hijos en el Ejército. Emilio, el mayor, será al que nombre Alfonso XIII gentilhomme de cámara, pero solo disfrutará del cargo un par de años porque muere «víctima de una penosa enfermedad». Elena, que hasta entonces vivía en la calle Hartzzenbusch de Madrid, se instala en Guadalajara (calle Jáudenes, número 27) con su segundo hijo, Víctor. Ese hijo morirá en el «alzamiento» de 1936; es uno de los sublevados del Colegio de Huérfanos de Guerra, donde está como jefe de estudios con rango de teniente coronel.

César, el tercero, que se ha quedado en Madrid, es harina de otro costal. Aunque viste uniforme y ha heredado la curiosidad intelectual de la madre, su concepto de la moral y del heroísmo es completamente diferente al de sus

hermanos.

207

—¿Y todo eso qué tiene que ver con los ochenta?

Mi novia formal me hace a bocajarro esa pregunta cuando le cuento estos descubrimientos por las calles de Chamberí, camino de la casa del periodista Josep María Sanmartí. Josep María acaba de jubilarse y ha convocado a un grupo de amigos en torno a un vino de masía que lleva su apellido, un memorable *trinxat* de berza y morcilla, un fricandó con senderuelas y una crema catalana que nadie en este mundo podría hacer mejor que Manuela Esteban, su mujer.

—Todo. Tiene que ver todo. De los ochenta no se puede hablar sin hablar de Isabel II.

—Y sin hablar de los últimos de Filipinas, ya veo.

—Los penúltimos de Filipinas, porque estos se vinieron antes del desastre. Uno volvió hecho pedazos, eso sí, pero no fue de los que se quedaron hasta el final.

La conversación se repetirá, en parecidos términos, cuando lleguemos a casa de Josep María, que es un periodista con alma de historiador.

—¿Qué estás escribiendo ahora?

—Una historia de los ochenta.

—¿Y qué tal va?

—Bien, ya voy por 1857.

—Entiendo. Te has ido a las raíces.

208

Julia tampoco sabe muy bien por qué le está dedicando tantas horas al pasado. Primero fue un juego, pero ahora es otra cosa, una especie de

ejercicio literario. Aunque nunca se le había pasado por la cabeza escribir un libro, es verdad que de aquí podría salir una novela. Lo que a ella le gustaría es seducir a César, llevarlo al huerto, sacarlo de esa torre de marfil en la que habita y apropiarse aunque fuera fugazmente de sus secretos, que es, al fin y al cabo, lo que haces cuando te vas con alguien a la cama, aparte de echar juntos un buen rato. Pero empieza a sospechar que eso va a ser difícil y estas indagaciones le compensan: si no se apropia de su presente, al menos se apropiará de su pasado. Como la rutina del instituto tampoco le emociona demasiado (últimamente la obligan a dar clases de cosas que no tienen nada que ver con su carrera), estas horas de investigación se han convertido en un fin en sí mismo, un apasionante cursillo sobre la sociedad en la que vive y la ciudad donde reside.

Desde que empezó a investigar al pianista anda por Madrid de otra manera. Ha aprendido que la historia no es algo que esté por encima de las personas, sino, precisamente, en todas y cada una de las personas. Nunca volverá a menospreciar a un músico, pero tampoco a un dependiente de comercio, un camarero o un guardacoche. Cada uno de ellos lleva a cuentas la historia de todos los demás. La de unos estará relacionada con la familia real, como la de César, la de otros con los mineros que se sublevaron en Asturias, los perdedores de la guerra que emigraron a México o, el caso de su propia familia, los que mantuvieron el tipo y la dignidad en medio de la indignidad estructural de la dictadura.

Su interés por César la ha llevado a interesarse por cada calle, cada edificio, cada escultura. En cada pared está escrita esa historia que no siempre aparece en los libros. Ya no es solo en las del barrio de los Austrias, la Puerta del Sol o la Gran Vía. También las del barrio de Salamanca, Lavapiés o Chamberí. Y en las de la plaza de la Independencia, claro.

César, cuya saga familiar arranca en el siglo XIX, ha visto pasar el siglo XX por delante de su casa. En cada piedra de ese edificio están las huellas de la dictadura de Primo de Rivera, la República, la Guerra Civil, el franquismo, la Transición. Eso que Javier llama «La casa de los Martínez» es un observatorio histórico sin igual y un filón desde el punto de vista literario. A Julia le está haciendo mirar de otra manera el mundo que la rodea.

Una noche llega al Avión con un recorte.

—Mira, Javier. No me digas que esto no es literatura.

209

Crónica del diario *El Sol*, 15 de octubre 1898. Narra la muerte del comandante Emilio Sánchez de Arrojo, tío abuelo de César, a consecuencia de las heridas sufridas en Filipinas.

Ha muerto un héroe. Joven, en la plenitud de la vida, cuando más risueño y halagador presentábasele el porvenir, una pérfida traición de sus propios soldados segó en flor ilusiones y carrera al pundonoroso y bizarro capitán. El 27 del pasado septiembre hizo dos años. La tercera disciplinaria de Mindanao, que guarnecía el fuerte Victoria de Calaganang, y que estaba en su casi totalidad compuesta de tagalos, aprovechando las sombras de la noche, cayó sobre sus jefes, acribillándoles a balazos y cuchilladas. Materialmente destrozado por los repetidos golpes de sus infames subordinados, Emilio Sánchez de Arrojo conservaba el ánimo entero y se esforzaba por volver a la obediencia a aquellos malditos indios que, creyéndole muerto al fin, lo abandonaron para lanzarse al bosque en demanda de nuevas felonías. Milagrosamente salvó la vida el heroico capitán, después de perder un ojo, el brazo derecho y parte de un pie. Vino a España, y aquí tuvimos ocasión de conocerle y apreciar las hermosas cualidades que le adornaban. El Gobierno recompensó su bizarro comportamiento otorgándole la cruz laureada de San Fernando y el ingreso como comandante en el cuerpo de inválidos. Ha muerto ayer, en Mora de Toledo, víctima de los estragos que en su naturaleza habían producido los padecimientos consiguientes a sus tremendas heridas. ¡Gloria al mártir de la patria! ¡Descansen en paz sus restos, y el cielo conceda resignación a su atribulada esposa y demás distinguida familia, a cuyo dolor nos asociamos de todo corazón!

210

El Correo Militar presenta al tío abuelo de César como «El héroe de Fuerte Victoria». Volvió a casa hecho unos zorros. Sin un ojo, sin un brazo, sin

un pie y con veintitrés heridas de bala y cuchillo, dos de ellas en la cabeza y en la cara. ¿Cómo ocurrió? La versión que dio en su día *La Correspondencia de España* no tiene desperdicio:

Una noche, la del 27 de septiembre, la tercera disciplinaria, compuesta de 345 fieras abyectas y miserables, olvidando en un raptó de sangrienta locura la fe jurada y el respeto a sus jefes, cayó con salvaje ímpetu sobre unos cuantos gloriosos hijos de esta heroica España, cuyos nombres, esculpidos con áureos caracteres, pasarán a la posteridad como ejemplo hermoso de abnegación, de patriotismo y de valor.

Con el capitán Sánchez de Arrojo estaban el teniente Luis Álvarez, que no vivió para contarlo, y un médico militar extremeño llamado Felipe Trigo, a quien Julia estudió en la universidad como autor de *Jarrapellejos*, *En la carrera* y otras novelas sociales injustamente olvidadas. Trigo fue el primero en lanzarse a pecho descubierto contra los veinte sublevados que entraron a saco en el pabellón de oficiales. Pero en el patio esperaban trescientos cincuenta tagalos más, que abatieron a los españoles con una descarga de fusil y, dándolos por muertos, se dedicaron a saquear la guarnición mientras gritaban:

—¡A Ligán, a Ligán!

El médico extremeño, con una docena de machetazos en el cuerpo, logró salir del montón de cadáveres, escapar sin ser visto y dar aviso en una guarnición cercana, lo que sirvió para impedir que los rebeldes alcanzasen la ciudad. Cuando los refuerzos llegaron a Fuerte Victoria encontraron a Sánchez de Arrojo gravemente herido, pero vivo.

Algunas crónicas hablan también de Trigo como «el héroe de Fuerte Victoria», pero no todos los héroes son iguales. Cuando él pide la cruz laureada de San Fernando, el Gobierno se la niega. A Emilio Sánchez de Arrojo, que tiene mejores agarraderos, se la dan. Trigo se quejará durante toda su vida de que, después de dejarse el pellejo en un desigual combate, nadie le haya dado ni las gracias. Nada. Ni siquiera un telegrama, una mención o «una de esas cintas —dice— que te dan y te cobran».

Es lo que hay. Desventajas de ser un escritor social y de no pertenecer a

una familia que se lleva bien con la del rey.

211

A la madre de César le pasa como a Felipe Trigo, salvando las distancias. Como no pertenece a una familia bien relacionada, no existe. Imposible seguirle el rastro, por más que lo intenta Julia. Menos mal que *El Imparcial*, con motivo de su boda con el capitán Martínez, añade jugosos detalles a los que habíamos leído en *ABC*. Los relativos a su «reciente luto» confirman las sospechas: el padre de César se casó con una chica «de arrogante figura y espléndida belleza» pero absolutamente huérfana. Eso, en la escala de valores de la prensa, no da para mucho.

En la capilla reservada de la iglesia parroquial de San Sebastián se ha verificado ayer tarde la boda de la encantadora señorita Carmen Rodríguez con nuestro antiguo compañero en la prensa y conocido artista el capitán de infantería don César Martínez. Bendijo la unión el reverendo padre Carlos Rivadeneira y fueron amadrinados los contrayentes por S.A.R. la infanta doña Isabel...

La novia, haciendo un paréntesis en su reciente luto, vistió elegantísimo traje blanco de crespón de China con túnica de valiosos encajes que hacían destacar su arrogante figura y espléndida belleza.

Por el riguroso luto de la novia antes dicho, no hubo más invitados que los íntimos de las familias de ambos novios. Una vez terminada la ceremonia fueron obsequiados los concurrentes al acto con un delicado «lunch», servido (por la Casa Guinea) en unos anexos de la iglesia.

212

Donde no llega la prensa, llega la lógica, y donde llega la lógica, la imaginación. Es lo bueno que tiene ser un personaje de novela, como Julia.

—No hace falta que nadie me cuente nada, Javier: la madre de César era

maestra.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Me he dado cuenta al repasar los periódicos. Todas las Carmen Rodríguez que aparecen en esa época son maestras. No me consta que ninguna viviera en el número 9 de la plaza de la Independencia, aunque en ese edificio estaban la Casa del Maestro y la Asociación del Magisterio Nacional. Lo que sí me consta es que César hizo la carrera de piano siendo un niño y eso no lo hace así como así el hijo de un militar, por muy ilustrado que sea, que además anda por ahí de guerra en guerra,

—Eso seguro, porque en los años veinte, el que no había estado en Cuba o en Filipinas tenía que ir a Marruecos.

—¿Cómo lo sabes! He estado buscando en los anuarios militares. Primero tuvo un buen enchufe, como secretario del gobernador militar de Madrid, pero en cuanto ascendió a comandante en 1923, dos años después de que naciera César, lo mandaron a África y allí se quedó hasta el final de la década. Vuelve con baja médica en 1930 y al año siguiente lo jubilan, por un decreto de Azaña, que se quitó de en medio de un plumazo a todos los oficiales africanistas que pudo.

—Y mientras él anda por África, César se queda aquí con su madre, claro.

—Claro. Una madre que lo lleva al conservatorio, lo acompaña a los conciertos en el Ritz o cuando va a tocar a la radio. Porque llegó a tocar en conciertos benéficos en el Ritz y en Radio Unión, que estaba en Gran Vía, 32. Y no veas cómo lo ponían en los periódicos: de genio para arriba.

—¿Y cuándo estudió magisterio?

—Esa es otra. Es maestro, pero no creo que estudiara la carrera. Nada más terminar la guerra hizo la de ciencias naturales, que ahí es donde conoció a Manolo. ¿Cómo se hizo maestro? Sin salir de casa. Se libró por unos meses de que lo mandaran al frente con la Quinta del Biberón y se pasó la guerra tocando el piano y estudiando en casa. Al terminar, como los franquistas depuraron a la mitad de los maestros de la República y mataron a la otra mitad, tuvieron que habilitar una nueva hornada que no pasó por la Escuela Normal. Ahí es donde pilla cacho. Para un chaval como él, que tiene una familia influyente, vive rodeado de libros y con catorce años había terminado

el conservatorio, tuvo que ser facilísimo.

—¿Y llegó a ejercer?

—Llegó a tener plaza, pero no llegó a ejercer. En agosto de 1945, la revista *La Escuela Española* publica una nota del ministerio donde se requiere su presencia «a la menor brevedad posible en esta sección administrativa de enseñanza primaria, calle de Esparteros número 1». Pero no se presenta. Tiene veinticuatro años y ya se ha tirado al barro. No ha terminado todavía la carrera de ciencias y ya se pasa las noches de bar en bar, tomando copas y tocando el piano. En la posguerra los únicos lugares donde había un poco de alegría eran esos locales nocturnos, con chicas sueltas y música en directo. Le cogió el gusto rápidamente.

—No me extraña. Te pasas la infancia entre el conservatorio y un pisazo del barrio de Salamanca, la adolescencia encerrado, estudiando, mientras caen bombas alrededor. El día que sales, conoces la noche, ganas el primer duro tocando el piano y echas el primer polvo, porque ese ambiente era en el único en el que se podía follar, ya no hay quien te sujete.

—Y encima, lo del tranvía.

Mírala, mírala

213

Menos mal que las dudas se van despejando, porque llevo unos meses tan obsesionado como Julia. Me acuesto y me levanto pensando en César y en las lagunas sobre su vida. He intentado hablar con Leo Toral, la dueña del Avión, que vive con su hija Leito en Villalba, debe de andar cerca de los noventa años y es la única que puede recordar algún dato sobre episodios que a los demás nos caen demasiado lejos. Me ha costado, pero he conseguido el teléfono. Me ha atendido Leito, la hija, cariñosa como siempre. Le he contado que estoy escribiendo un libro sobre los años ochenta ambientado en el Avión, que voy a aprovechar para reconstruir la historia del bar y la del pianista y que esa sería una buena excusa para echar un rato con su madre. Me ha dicho que yo haga lo que tenga que hacer, pero que ellas prefieren no ver a nadie. Que su madre está bien, que nos recuerda a todos con mucho cariño, pero no.

—Ya sabes, hay personas que ya no están y cosas que ya no...

No termina la frase, ni falta que hace. Respeto su derecho al silencio y al olvido. Lo importante es que estén bien y vivan tranquilas, como desean, sin remover el recuerdo de «personas que ya no están» y «cosas que ya no».

Pero sigo sin respuesta para esas dudas que quedan sobre la adolescencia de César. ¿Qué le pasó entre 1936 y 1944, entre los quince y los veintitrés años? ¿Qué ocurre para que un joven artista con futuro, que tocaba en Radio Unión y veladas benéficas del Ritz, se convierta en músico de cabaré y cuelgue las dos carreras universitarias, además de música y piano?

Como soy medio tonto, me consuela advertir que es mal de muchos. Esa laguna no solo la tengo yo, la tenemos todos. Esos años se los robaron a todos los niños y a todos los adolescentes españoles de esa generación. Los que vivieron la guerra y la posguerra, luego no han querido recordar, y si alguno recuerda algo, es tanta la tristeza y es tanto el dolor que prefiere no contar nada, para no amargar la vida a los demás.

Pero, en fin, para eso está Julia investigando, para cubrir las lagunas, mientras yo voy hablando con la gente y buscando en internet.

214

No tuvo suerte, el maestro. De los cuatrocientos cincuenta tranvías que circulaban por Madrid, después de la guerra solo quedaban ciento cincuenta y ocho. La posibilidad teórica de que te atropelle un tranvía en una ciudad con 1.096.140 habitantes y ciento cincuenta y ocho tranvías es muy reducida. Pero el azar no responde a estadísticas y eso lo sabe muy bien alguien con formación científica, como César.

Porque no fue en el frente de batalla ni en la División Azul ni en Zaragoza, como dirán otras crónicas. Al maestro lo pilla un tranvía en la mismísima Gran Vía de Madrid, a unos pasos de la red de San Luis, entre el templete que diseñó Antonio Palacios para la estación de metro, en 1929, y el edificio de la compañía Telefónica, donde están todavía visibles las cicatrices de la guerra. Más de una vez había visto el joven César a don Lorenzo Cárdenas, el arquitecto que hizo el rascacielos, apuntando en un cuadernito los desperfectos causados por el último bombardeo.

Esa noche cruza la Gran Vía con prisas. Viene de un tugurio minúsculo de Caballero de Gracia, donde ha estado tocando desde las ocho, y tiene que llegar al segundo pase en un cabaré vecino de la plaza de los Mostenses. Va con traje de blanco hueso, camisa blanca con discretas chorreras, muy masculinas, y corbata negra. Lleva bajo el brazo izquierdo una carpetilla con partituras. Salta con agilidad a la plataforma, donde ya no cabe un alfiler, y logra colocar el pie izquierdo, pero no hay manera humana de colocar el otro. Aguanta lo que puede, agarrado a la barra, pero el tranvía acelera, pierde el equilibrio, cae al suelo, rueda de mala manera y una de las ruedas traseras le pasa por encima de la pierna, a la altura de la rodilla. Las partituras quedan desperdigadas por la calzada.

En ese mismo lugar, unos años antes, un torero vasco llamado Diego

Mezquiarán, Fortuna, toreó con un gabán y mató a un toro que se había escapado cuando lo llevaban al matadero. De la noticia se hizo lenguas la ciudad. «¡Mandó a un criado a su casa, en la calle Valverde, para que le trajera el estoque!», decían las gentes y dijeron las crónicas. Del percance de César nadie cuenta nada, aparte de la nota rutinaria de la casa de socorro.

A las 22.30, trasladado por efectivos de la policía municipal, ingresa en esta casa de socorro, tras ser arrollado por un vehículo eléctrico del servicio público, en la intersección de las calles de Fuencarral y Gran Vía de José Antonio, don César M.R., de 22 años de edad, domiciliado en plaza de la Independencia nº 9, el cual es asistido por heridas inciso-contusas de carácter leve en mejilla derecha y ambas manos, contusiones de pronóstico reservado en tórax y abdomen, herida inciso-contusa con hematoma en región occipital y lesiones de pronóstico muy grave en extremidad inferior derecha, que aconsejan su traslado urgente al hospital para posible intervención quirúrgica, tras ser sometido a cura de urgencia por los facultativos de guardia de este centro.

Los tranvías arrancan muy pocas extremidades, inferiores o superiores, en comparación con las que arrancó la guerra. Una pierna más o menos cuenta poco en la España de los años cuarenta. Pero para César, que solo tenía dos, cuenta bastante. Era lo que le faltaba para perderse en las sombras de la noche. La ausencia de un pie, siempre útil para los pedales del piano, es la excusa perfecta para no tener que soñar nunca más con giras internacionales, grandes auditorios, ovaciones interminables y éxitos inenarrables. Se acabó. A partir de ahora tocará donde haya alguien dispuesto a echar unas monedas en un platillo, como tantos otros músicos en la larga noche de la posguerra.

Uno de sus primeros contratos será en un chalé de Arturo Soria donde con su orquesta tiene que tocar los ritmos de moda detrás de una cortina roja. No ven al público, pero oyen sus gritos, sus brindis, sus risas. Son altos mandos del Ejército y están en casa de un general haciendo una fiesta con unas señoritas que, sobre la marcha, les dan grandísimas alegrías.

Con esa orquestina, que ha montado para tener un trabajo estable y no andar de local en local, toca cada noche en el Restaurante Zalamea, de la calle marqués de Leganés. Ahí seguirá hasta que, en 1946, Manolo Zapatero lo fiche

para la Terraza Riscal.

215

Muchos años después, cuando conozca a ese joven pianista que se llama Ángel, con jota, pero todos apodan Reverendo, César recordará estos primeros años suyos en el oficio. Son vidas paralelas. Hijos de familias adineradas del barrio de Salamanca, bien relacionadas con el régimen (la suya, con el de Primo de Rivera y Alfonso XIII, la de Reverendo con el de Franco), que después de recibir espléndida formación universitaria y musical deciden emplearla en locales donde se bebe, se fuma y las mujeres hablan de tú a los hombres.

Reverendo tocará en el Riscal a mediados de los años ochenta. César toca a mediados de los años cuarenta. Las mañanas las pasa durmiendo, las tardes estudiando y leyendo. Con las primeras sombras de la noche se pone el esmoquin, se echa el paquete de tabaco al bolsillo y... a trabajar. Ya no tiene que ir a dos o tres sitios a la vez para hacer caja. La Terraza Riscal, en el número 11 de la calle Marqués de Riscal, es un local de mucho poderío en el que le pagan un sueldo regular, aunque solo con las propinas podría vivir como un príncipe. Por ahí pasan los millonarios, los prohombres del régimen y los extranjeros que llegan a España para hacer negocios o películas. César puede presumir, aunque no lo hará nunca, de haber tocado el piano para Frank Sinatra, Jorge Negrete y Ava Gardner. Todos quieren probar a medianoche las célebres paellas del Riscal, que se exportan incluso al extranjero con la complicidad de las tripulaciones de Iberia.

El negocio lo ha montado un personaje muy popular, Alfonso Camorra, cuya familia tenía un restaurante en la cuesta de las Perdices, junto al monte del Pardo. Él pone el nombre y Manolo Zapatero, la pasta. Tras aguantar en el instituto de Béjar un año, lo justo para confirmar que la enseñanza no era lo suyo, Manolo pidió a su padre su parte de la herencia y la invirtió en esta empresa. Ahí seguirá hasta el domingo de Resurrección de 1950, cuando se

instale por su cuenta y abra sus puertas el Avión Club

216

El 9 de marzo de 1986, sábado, Julia se toma unos vinos en La Venencia con el padre Dorronsoro y luego visitan la iglesia de San Sebastián, en la calle de Atocha. Dorronsoro no es cura, ya lo sabemos, sino marino mercante, pero le gustan mucho más las iglesias que los barcos. La de San Sebastián no tiene ninguna gracia, pero es un manantial de evocaciones. Ahí casaron, bautizaron o enterraron a escritores españoles muy importantes. Vivían en ese barrio, que los entendidos llaman «de las Musas». Dicen que en esa iglesia está enterrado Lope de Vega, pero nadie sabe dónde. Lo mismo pasa con Cervantes, que también era del barrio y fue a parar al convento de las Trinitarias. Nadie sabrá nunca el lugar exacto ni podrá distinguir sus huesos de todos los demás que hay debajo de ese convento.

En el pórtico de San Sebastián un azulejo recuerda que ahí bautizaron a Ramón de la Cruz, Fernández de Moratín, José Echegaray y Jacinto de Benavente, ahí dijeron su última misa a Cervantes, Ruiz de Alarcón, Ventura Rodríguez, José Espronceda y Juan de Villanueva, y ahí se casaron personajes como Gustavo Adolfo Bécquer, Práxedes Mateo Sagasta o Mariano José de Larra. También se casaron aquí los padres de César, el pianista del Avión, pero eso no lo dice el azulejo.

—Tendré que venir otro día a ver si hay algo en los archivos parroquiales.

—No habrá gran cosa. Aunque hubo iglesias, como la de Bárbara de Braganza, que en la guerra quedaron intactas, esta quedó hecha polvo. Primero la saquearon los republicanos y luego la bombardearon los franquistas.

—Es impresionante pensar que César, que está todas las noches fumando y tocando el piano tan tranquilo, sin hablar con nadie, esté relacionado con toda esa gente de ese azulejo.

—Y no solo con esta gente. Solo por trabajar donde trabaja y vivir donde vive, es el mejor testigo presencial del siglo xx que te puedas echar a la cara.

En el Avión ve pasar la historia de verdad, la de la noche, la historia con minúsculas. Desde el balcón de su casa ve pasar la Historia oficial, la Historia con mayúsculas, la que sale en los libros. ¡Hasta Tierno hizo el último paseíllo por delante de su casa!

La historia no solo está escrita en cada una de las paredes de la ciudad. Está escrita, sobre todo, en la piel de cada uno de sus habitantes.

217

Fue el día 21 de enero. El cortejo que acompañó a Enrique Tierno desde la plaza de la Villa hasta el cementerio de la Almudena, con parada y discursos en la Cibeles, pasó por delante de la casa del pianista. César, que acababa de tomarse uno de los últimos caldos gallegos con grelos y unto auténtico que le cocinó Rosario, su ama de llaves, antes de marcharse para siempre, lo vio pasar con cierta inquietud mientras se fumaba medio paquete de Peninsulares apoyado en la barandilla de la terraza.

Se hace raro que por delante de tu casa pase un individuo exactamente igual que tú, tumbado en un coche de muertos. Cuentan en Radio Madrid que hasta la Cibeles lo trajeron en una carroza tirada por seis caballos negros con crespones. Es la misma, dicen, en la que hizo su último viaje Eduardo Dato, a quien le dieron lo suyo precisamente aquí, a la puerta de esta casa, el día que él nació. Demasiadas coincidencias como para tomárselas en serio.

—Ya ves, Rosario, otro que se ha quitado de fumar —comenta mientras pasa, muy despacio, el enorme Dodge Dart de color negro donde viaja Tierno.

—Qué cosas tiene usted, don César. A mí me da pena que se haya muerto ese hombre. Y en cinco días, oiga. Le dio el arrechucho, lo llevaron a la Ruber y, hala, *pa* la Almudena. Parecía buena persona.

—Buenas personas en la política no creo que haya muchas. Este, por lo menos, se esforzaba por caer bien.

—A mí me caía estupendamente, desde luego.

—A mí también. Aparte de que era guapo a rabiarse, porque si no, no diría la

gente que éramos iguales, era un tío elegante, como un servidor, modestia aparte. Siempre el mismo aspecto. Decía que un caballero no debe cambiar de imagen, y yo sabes que pienso lo mismo.

—Usted, con tal de no gastar en trajes nuevos...

—¡Están todos nuevos!

—Sí, con la ceniza de todos los cigarros que se ha fumado en los últimos treinta años.

—Anda, anda...A partir de ahora me voy a mosquear cuando alguien me diga que me parezco a Tierno. Yo a un muerto no quiero parecerme. El muerto al hoyo y el vivo, al bollo.

—A usted le quedan muchos bollos por delante.

—Y me los pienso comer. Hay que morirse lo menos posible.

218

César tiene sobre la mesa un librito. Venía con una revista y se lo regaló Toni, el del kiosco, cuando bajó por el periódico. Son los bandos de Enrique Tierno.

—Joder, sí nos parecemos, sí. Si ponen una mía no se da cuenta nadie — comenta al ver la foto de portada.

Mientras su doble sigue camino del cementerio, busca uno de los bandos y empieza a leerlo en voz alta, imitando el sonsonete de un pregonero, lo que provoca que Rosario huya una vez más (ya quedan pocas) en dirección a la cocina.

Madrileños: era y es costumbre inmemorial entre los vecinos de esta honrada villa congregarse los días señalados y fiestas de guardar para asistir a espectáculos públicos de grande diversión y entretenimiento... Entre todos cuantos espectáculos públicos distraían y animaban a los vecinos de este concejo, descollaban de modo principalísimo y casi único las fiestas de toros... Pero, renuévanse los tiempos, se alteran o cambian las costumbres y se introducen novedades que ocasionan nuevos modos de esparcimiento y distracción, tales como el llamado «football», expresión

anglicana, que en nuestro común castellano equivale a que once diestros y aventajados atletas compitan en el esfuerzo de impulsar con los pies y la cabeza una bola elástica, con el afán, a veces desmesurado, de introducirla en el lugar solícitamente guardado por otra cuadrilla de once atletas, y viceversa.

Le hace muchísima gracia esa descripción del fútbol y en general ese bando, dedicado a los Mundiales de 1982, que incluye severas y amorosas advertencias.

Advierte también esta alcaldía presidencia a los vecinos, con suma severidad no exenta de amor, que se esmeren en mantener limpias las calles, en la pulcritud de las fachadas y en la perfecta colocación de los coches en los lugares que correspondan, para pasmo de nuestros visitantes y gratificación y contento de nosotros mismos. Copioso es el caudal de razones que aconsejan nos desvelemos todos por atender y cuidar a nuestros visitantes, pero una hay principalísima, que no se ocultará al discernimiento y agudeza de los vecinos de esta corte, es a saber que multitud de hombres, mujeres y quizá niños, diestros en el arte de apoderarse de lo ajeno, vendrán a esta villa, aprovechando la circunstancia de tan favorable ocasión, como la de los universales juegos sobredichos, de modo que al número común de pícaros, cortabolsas, sopistas, catarribas y otros muchos de dudosa condición que ya existen en la corte habrá que añadir a los que desde fuera se agreguen.

219

La ciudad se ha echado a la calle sin que nadie la convoque. La pregunta «¿A qué hora es?» ha ido corriendo de boca en boca hasta provocar una movilización masiva. Desde la plaza de la Villa, donde doscientas mil personas han pasado estos días por el velatorio, la carroza ha ido acompañada, a paso lento, por el alcalde en funciones, Juan Barranco, los maceros llevando en una almohadilla los atributos de la alcaldía, el presidente del Gobierno y los representantes del Ejército, la Iglesia y todas las instituciones del Estado. Cuenta la radio que en el cementerio lo están esperando veinte mil personas más.

En institutos y universidades han suspendido las clases, el metro ha hecho un paro simbólico y Telefónica ha dado una hora de permiso a sus empleados para que puedan ir al entierro. Muchos comercios han bajado la persiana y en muchas ventanas hay crespones negros. En la plaza de la Independencia, César no ve ninguno. Lo que sí ve es una multitud, abarrotando las aceras, con gente de todas las clases sociales, todas las edades y todos los colores. Debajo de su casa, varias docenas de jóvenes se arrodillan al paso del coche fúnebre.

220

Todas las canciones son crónicas de su época, pero hay una que parece concebida como banda sonora de este relato: «La Puerta de Alcalá». La graban Ana Belén y Víctor Manuel, pero la escriben, en las primeras semanas de 1986, Bernardo Fuster y Paco Villar. La inspiración les viene una noche de copas en casa de Paco y su mujer, la directora de cine Azucena Rodríguez. La música es de Luis Mendo, que hace seis años creó con Bernardo el grupo Suburbano. El nombre lo cogieron de la línea de metro que va de plaza de España a Carabanchel; los madrileños la llaman así, el suburbano, porque al pasar por la Casa de Campo sale a la superficie. Mola, eso de que un tren una la ciudad y el campo, y ellos, que tienen vocación folclórica, se sienten identificados. También se sienten identificados con la persistente convivencia entre presente y pasado que rezuman las calles de Madrid.

*Acompaño a mi sombra por la avenida,
mis pasos se pierden entre tanta gente,
busco una puerta, una salida,
donde convivan pasado y presente.
De pronto me paro, alguien me observa,
levanto la vista y me encuentro con ella.*

La canción empieza con Carlos III, que «con aire insigne se quitó el

sombrero», sigue con «lanceros con casaca, monarcas de otras tierras, fanfarrones que llegan inventando la guerra, milicias que resisten bajo el “No pasarán”». De ahí se pasa al franquismo y a las manifestaciones de estudiantes.

*Manadas de mangantes,
doscientos estudiantes
inician la revuelta,
son los años sesenta,
y ahí está y ahí está,
ahí está, viendo pasar el tiempo,
la Puerta de Alcalá.*

Ya en las últimas estrofas se asoma a la época actual, donde los travestis conviven con los rockeros.

*Un travestí perdido,
un guardia pendenciero,
pelos colorados,
chinchetas en los cueros,
rockeros insurgentes,
modernos complacientes,
poetas y colgados,
aires de libertad.*

Y ahí está, viendo pasar el tiempo, la Puerta de Alcalá. Y ahí está César Martínez esa tarde, viendo pasar despacio, camino del cementerio, a Enrique Tierno Galván.

Como dice la canción en su última estrofa: «Toda la vida pasa por su mirada».

Esa noche, en el Avión, toca repaso póstumo al alcalde. Dirigen la orquesta Javier y Fernando, que lo trataron de cerca.

—Qué cabrón. A los dirigentes del PSOE los despreciaba. Los llamaba «los Botejara», como los catetos esos de la serie de la tele.

—Un día que Peces-Barba le hizo una broma con cierta carga crítica, se sentó en su escaño diciendo: «Muy simpático, el compañero Pérez». Cuando el de al lado le preguntó: «¿Qué Pérez?», contestó: «Ese de ahí, Pérez-Barbas». Era un maestro cambiando apellidos para ningunear a alguien.

—O para hacerse notar. Lo de John Lennox fue magistral. Le dedica una plaza a John Lennon y en la inauguración está todo el rato diciendo. «John Lennox, John Lennox».

—Claro. Si dice John Lennon nadie le echa cuenta. Con el «John Lennox» se convierte él en el protagonista.

—Se apuntaba a un bombardeo. En el despacho puso un muñeco de E.T., porque coincide con sus iniciales, Enrique Tierno, pero dejó el crucifijo. Muy laicos, muy ateos y muy agnósticos todos, pero la cruz ahí se queda.

—Pues él se ha muerto hoy, pero antes se llevó a unos cuantos por delante. Mira Alonso Puerta, el teniente de alcalde, que denunció el cobro de comisiones ilegales.

—Sí. Para eso no tuvo reparo en pedirle ayuda a Guerra, que expulsó a Puerta del partido. El primer escándalo de corrupción de la democracia: el aparato socialista lo aplasta y al alcalde ni le salpica el traje.

—Pues acaban de cargarse *La clave* porque pensaban entrevistar a Alonso Puerta. Una pena, porque era el mejor programa de la tele.

—Sería el mejor, pero empezaba a ponerse un poco coñazo. Y vaya sintonía fúnebre que tenía...

—No se lo han cargado por la sintonía ni por coñazo. Balbín invitó a Puerta para hablar de la corrupción y de la OTAN. Ni habló Puerta ni volverá a hablar Balbín.

Se incorpora a la conversación César, que vuelve al bar después de dar su paseo.

—Yo soy biólogo, no historiador, pero apuesto un cartón de Peninsulares a que no se podrá contar la historia de esta época sin hablar de Enrique Tierno.

Felipe es importante, pero Tierno es imprescindible.

Lo dice porque lo cree. Hablar de Felipe es hablar de un Estado en construcción, hablar de Tierno es hablar de una sociedad en efervescencia y de un político capaz de cogerle el compás a esa sociedad, en vez de marcarlo él.

—¿Y qué te parece, maestro, aquello que dijo: «El que no esté colocado que se coloque»?

—Eso lo digo yo todas las noches con el piano. No es una incitación al consumo de drogas, como dicen algunos gilipollas, porque para eso vosotros no necesitáis que os incite nadie. Es una invitación a dejarse llevar por la fiesta, por la música, por la vida. Unos se colocarán con cerveza, otros con Peninsulares, como me coloco yo, y todos con las feromonas, que es lo que más coloca de todo. Hacedme caso: el deseo es el motor de la historia. Y yo creo que Tierno lo sabía.

—Por cierto, maestro —pregunta Damián, que cada mañana, en la oficina, se lee centímetro a centímetro el diario *El País*—. ¿De dónde vas a sacar ahora los Peninsulares? He leído que han dejado de fabricarlos.

—Ya lo sé. Pero mandé a Perico a recorrer estancos, aprovechando que él tiene una Vespa y una pierna más que yo, y me ha traído provisiones para diez años.

222

Uno de los asuntos en los que Tierno marcó distancias con Felipe González fue la permanencia en la OTAN. No era partidario. Cuando vino Reagan a España, en mayo, ni siquiera fue a recibirlo. De cara al referéndum, que no vive para ver, defendió el «No».

—Siempre he dicho no a la OTAN. Por patriotismo, hay que rectificar y salir.

Se acerca el día de ese referéndum con España dividida y confundida. Para mayor confusión, Fraga pide a los votantes de la derecha que se

abstengan. Aunque es máximo defensor de la permanencia en la Alianza Atlántica, cualquier cosa vale para desgastar al Gobierno. Solo han pasado siete años desde que entró en vigor la Constitución, pero el oportunismo ya empieza a pesar en la política tanto como las ideas.

Quienes lo tienen peor son los votantes socialistas, que deben decidir entre sus propias inclinaciones y lo que les está pidiendo Felipe: que voten sí a la permanencia porque eso es lo mejor para España y para ellos. Dirigentes del partido, ministros, altos cargos, alcaldes, concejales y estómagos agradecidos le hacen el coro, con mayor o menor convicción:

—España no puede garantizar la seguridad por sí sola.

—España debe estar en todos los foros internacionales.

—Apostar por la OTAN hoy día es apostar por el pacifismo bien entendido.

—Salir podría tener efectos graves para España.

—Significaría perder la confianza de los socios europeos.

—La tecnología que necesita España para su desarrollo procede de los países de la OTAN que además son los que reciben el 75 por ciento de nuestras exportaciones...

El argumento definitivo lo dará el propio Felipe. Seis días antes de la consulta, liga su continuidad al resultado.

—Quien vaya a votar que no que piense antes qué fuerza política va a gestionar ese voto.

223

Sería inexacto decir que en el Avión la opinión está dividida. Con excepciones como la de César, que pondrá en la papeleta «No sé», casi todos están por el no. No les parece mal que Felipe pida la permanencia en la OTAN: eso lo veían venir desde que empezó a decir «De entrada, no», hace cinco años. Lo que les parece mal es que se lo quiera meter con calzador, que esté dispuesto a todo con tal de salirse con la suya. Es muy fuerte la presión

que los socialistas están ejerciendo sobre los medios. Algunos la aceptan con gusto, ya sea por interés o por convicción. El caso de José María García, el locutor deportivo más popular.

—¿Viste anoche a García en el programa de la Milá? —pregunta Javier a Julia el 7 de marzo.

—Claro que lo vi. Mirando a cámara y diciendo: «Hay que votar sí a la OTAN». Con un par.

—Para lo que hay que tener un par es para hacer lo que están haciendo en la televisión, que es de vergüenza ajena. Estaba también Solchaga pidiendo el voto y la Milá lo presentó como «el autor del milagro económico». En los telediarios ponen veinticinco minutos de declaraciones a favor y luego medio minuto de «colas» con imágenes de las manifestaciones, en las que están participando millones de personas.

—Pues no hay nada que rascar. Si García pide el voto, Felipe gana el referéndum.

—Ya. En este país, lo que diga Butanito va a misa.

—¿Butanito?

—Sí, en la profesión todo el mundo lo llama Butanito, desde que empecé en *Pueblo*.

—Y tú, que eres periodista, ¿de dónde crees que le viene la gracia a Butanito?

—De llevar al fútbol el lenguaje de sucesos. Le mete un dramatismo y una tensión narrativa que en la radio funcionan muy bien. Y encima, con lo del 23-F, la gente se cree que es un príncipe de la democracia.

El 23 de febrero de 1981, José María García se fue con un micrófono al hotel Palace, frente al Congreso de los Diputados, que estaba secuestrado por guardias civiles. Por unas horas el locutor deportivo se convirtió en cronista de la democracia, lo que le dio un plus de crédito político en un momento y un

país donde a la mayoría le interesa más el deporte que la política, para qué nos vamos a engañar. Los deportes, en general. Quizá por ese milagro económico del que habla Mercedes Milá, deportistas españoles están empezando a levantar cabeza en actividades tan insospechadas como el tenis, el esquí o el golf. Si hay tres españoles conocidos en el mundo uno es Felipe González, otro Plácido Domingo y el tercero Severiano Ballesteros, un cántabro que ha ganado el Open Británico y el Máster de Augusta y sale con una hija de Botín, el banquero. Los ingleses lo llaman Sevy, con suma confianza.

Julia, que nunca ha experimentado pasiones deportivas (ella se identifica con las tortugas, que son los animales que más viven y los que menos se mueven), ahora va de vez en cuando al baloncesto. La lleva Araceli, una alumna de COU que tiene dos hermanos en el Ramiro de Maeztu y es entusiasta del Estudiantes. El básquet está empezando a quitarle terreno al fútbol. Se llenan los pabellones, la tele da los partidos y los jugadores ganan casi tanto como los del fútbol. Algunos son muy populares: Fernando Martín, que juega en la NBA, Epi, Solozábal, Corbalán, Romay, Iturriaga...

La noche del 10 de agosto de 1984 la pasó sin dormir, como media España, para ver la final de los Juegos Olímpicos de los Ángeles, donde la selección española disputó la medalla de oro a la de Estados Unidos. Lo nunca visto. Unos tíos bajitos con apellidos españoles subiéndose a las barbas de unos tíos enormes, con apellidos raros, que saltaban como gamos.

—Ya no somos tan bajitos —aclara Damián—. Tenemos el rey más alto de Europa.

El «deporte rey», como decían los locutores del *NO-DO* en tiempos de Franco, sigue siendo el fútbol. Cuando este año, en el mundial de México, España gane por 5-1 a Dinamarca, con cuatro goles de Butragueño, por delante de la casa de César pasará gente gritando, camino de la Cibeles.

—¡Oa, oa, oa, Butragueño a la Moncloa!

Los periódicos hablan de «la quinta del Buitre». El nombre se lo ha puesto Julio César Iglesias, el de Radio Nacional. Viene de un jugador del Real Madrid, Emilio Butragueño. A César le suena porque en Madrid hay varias perfumerías con ese apellido.

Eso es lo que le gusta de estos chicos: que son de aquí. Si él siempre ha tenido simpatías por el Bilbao es por eso mismo, porque son de aquí. Ahora los equipos están empeñados en fichar extranjeros. Como la ley solo les permite dos por club, se han inventado a «los oriundos»: sudamericanos que juran por sus niños que su familia era española. Como ese que, recién fichado por el Celta de Vigo, contesta al periodista que le interpela.

—¿De dónde son tus abuelos?

—De Celta. Toda mi familia llegó a la Argentina desde Celta, directamente.

La quinta del Buitre gana dos campeonatos de Europa, en unos años muy felices para los aficionados. Entre 1981 y 1984 el Athletic Club de Bilbao conquistó dos ligas y la Real Sociedad otras dos. Se abre el abanico, se rompe la hegemonía del Barça y el Madrid, que en estos años no consigue ni una copa de Europa, se amplían las emociones y, de paso, el poder de los directivos del fútbol, que se está convirtiendo en un gran negocio. Al presidente del Real Madrid, Ramón Mendoza, lo llaman «el decimoséptimo ministro». Javier y Dami se han aprovechado más de una vez de ese poder.

—Lo siento, señor, el restaurante está completo.

—Llamamos de parte de Ramón Mendoza.

—Vengan en veinte minutos, que les hago un hueco.

César se ha quedado embobado frente al televisor de La Villa. Es domingo, 10 de marzo, y están dando un partido. A Jose, el Pulga, le llama la atención.

—¿Es que ya te gusta el fútbol, maestro? —pregunta, mientras pasa un trapo por la mesa, procurando dejar unas migas y unas manchas de grasa estratégicamente repartidas por la formica.

—Me gustan las matemáticas y la física. Como me gustan las matemáticas y la física, me gusta ver a los futbolistas usando la inteligencia a toda velocidad, ver cómo resuelven problemas geométricos corriendo, en el sentido literal de la palabra, y ver cómo toman decisiones en milésimas de segundo.

—Algo parecido a la música, ¿no? —apunta el Pulga, mientras le da la vuelta en la sartén a un cacho de panceta de dos dedos de gordo.

—No, la música ya está escrita de antes, tú le puedes poner sentimiento, pero la inteligencia la trae de fábrica. Maradona va inventando la partitura sobre la marcha, y eso es lo que me llama la atención.

—¿Y de los toros hay algo que te llame la atención?

—Sí. La frialdad con la que el público contempla la tragedia. Un toro mata a un tío ahí delante y ellos se siguen pasando la bota de vino con toda tranquilidad.

227

Aunque la política levanta menos pasiones que el fútbol, algunas levanta, sobre todo en estos días previos al referéndum. César, que es perro viejo, se ha dado cuenta de que el problema no es lo que piden: es cómo lo piden. El Gobierno está llevando a cabo un monumental ejercicio de manipulación de conciencias. La Plataforma por el No, que preside Antonio Gala, denuncia el abuso y el control político de la televisión. *El País* llegó a calificarlo hace unos meses en un editorial como «terrorismo informativo».

Toda la maquinaria del Estado está echando humo al servicio de la iniciativa de Felipe González. Ya no se trata de convencer sino de vencer, aunque sea en el último minuto y de penalti. Hasta la pregunta del referéndum es tramposa. En lugar de preguntar «¿Quiere usted que España salga de la

OTAN?», y santas pascuas, colocan en la papeleta un preámbulo de once líneas al que sigue esta pregunta: «¿Considera conveniente para España permanecer en la Alianza Atlántica, en los términos acordados por el Gobierno de la nación?».

Los altos cargos socialistas olvidan que deben el puesto a los ciudadanos, pero recordando muy bien que se lo deben a Felipe y Guerra, que los pusieron en los despachos o en las listas, se emplean a fondo en la campaña. Hay que ganar como sea. Eso implica presionar a la gente y a la prensa de una manera que César no podía imaginar en una democracia. Lo comenta con Pedro.

—Apunta lo que te digo: se acabó. A partir de ahora, la gente deja de ser el actor de la historia. Los ciudadanos tuvieron su momento, en la Transición, donde la política la hacían ellos. Pensaban que en la democracia iban a tener voz y voto, pero, ya ves: solo tienen voto.

—Pues apunta tú lo que te digo yo, maestro: seguirán dándole ese voto al PSOE.

—Ya, porque piensan que los otros, los herederos del franquismo, son todavía peores. Yo también lo pienso. Pero la distancia entre los políticos y los ciudadanos es insalvable. Y no la han puesto los ciudadanos. La han puesto los políticos.

Cuervo Ingenuo

228

Treinta años después, cuando pregunto por los grandes episodios históricos de la década de los ochenta, nadie cita el ingreso de España en la Alianza Atlántica en 1982, con el Gobierno de Calvo-Sotelo. Pocos han olvidado, sin embargo, el referéndum convocado por Felipe González. Algunos piensan incluso que fue González quien metió a España en la OTAN, sin darse cuenta de que el referéndum no fue para entrar sino para quedarse.

Entre los 6.872.421 que votaron no, frente a 9.054.409 que votaron sí, el 12 de marzo de 1986, algunos han asumido después que Felipe estaba haciendo lo que debía, lo coherente con la nueva política de relaciones internacionales. Lo que ninguno ha entendido son las trampas que hizo en las reglas del juego democrático para conseguir el sí ni los destrozos que causó en la relación de confianza existente hasta entonces entre ciudadanos y políticos.

Al plantear la votación como un plebiscito («O me dais la razón o me voy») se produce la desactivación de la ciudadanía como sujeto activo de la historia, ya lo decía César, y se acaba para siempre el espíritu colectivo de la Transición. La palabra desencanto se queda pequeña. El periódico *Liberación*, que había nacido en octubre para dar voz a todos los que creían que podía haber una opción de progreso diferente a la del partido gobernante, después de este referéndum tira la toalla. Al huracán Felipe no hay quien lo pare, hoy por hoy, aunque a su paso se desvanezcan algunos de los sueños democráticos.

229

14 de febrero, viernes. Un tropel de músicos, que dejan como pueden sus

instrumentos en el ambigú, al cuidado de Aurora, entra en el Avión pidiendo copas y blasfemando. Uno de ellos es Javier López de Guereña, que toca la guitarra con Javier Krahe.

—¿Quién ha dicho que se ha muerto Franco? Ahí sigue, haciendo lo que le sale de los huevos en la tele.

Acaban de salir del cine Salamanca, que está enfrente. Es un edificio con mucha personalidad, muy madrileño, que a César siempre le ha gustado mucho. Se parece al del cine Barceló, pero no es del mismo arquitecto; lo diseñó Francisco Alonso, en la República. Hace un par de años dejaron de proyectar películas pero lo siguen alquilando para reuniones de empresas y espectáculos. Esta tarde han estado grabando un programa especial de televisión dedicado a Joaquín Sabina, que al morir Franco salió de las catacumbas de La Mandrágora, el barecito donde tocaba, para convertirse en una estrella de la tele. Los músicos están como hienas.

—¿Y Krahe?

—Se ha ido, menudo cabreo tiene. Lo que le han hecho no tiene nombre.

—¿Qué le han hecho? —pregunta Perico, mientras va poniendo copas.

—Le querían prohibir que cantara el «Cuervo Ingenuo» y, como se ha negado a admitir la censura, han apagado las cámaras.

—¿Y quién lo ha decidido?

—Eso no lo sabemos, pero viene de arriba, claro. Llevaban ya varios días tocando los cojones y diciéndole al representante y a la casa de discos que no cantara esa canción. A él, antes de empezar, le propusieron que grabara dos, pero como estaba claro que eso era para quitar luego una y emitir la otra, solo ha querido cantar esa.

Entre los medios de comunicación, el que acepta con más gusto las presiones del Gobierno es TVE. En los telediarios de la televisión pública, que sigue siendo la única, todo el espacio es para la defensa del sí y tan solo se dejan algunos segundos para el no. Pero no solo en los telediarios. El peso del poder cae también sobre los programas de entretenimiento.

El 23 de febrero, a las diez de la noche, se emite el programa especial con actuaciones de Sabina, Luis Eduardo Aute, Javier Gurruchaga y Ricardo Solfa, pero sin la canción de Krahe.

Desde ese día Javier Krahe no volverá a gozar de los contratos ni de las subvenciones de los socialistas, que son quienes tienen la llave del poder y han decidido usarla, caiga quien caiga. De los nueve bolos que tenía para el verano, le anulan ocho. Si puede dar el noveno, en Hellín, es porque la concejala de cultura se planta:

—Si no viene él, me marchó yo.

A partir de ahora, los artistas deberán tener cuidado. El ejercicio del poder político ha entrado en una nueva era: quien no está conmigo está contra mí.

¿Y qué dice esa canción de Krahe que tanto miedo da? Está escrita en el indio macarrónico de las películas, con los verbos en infinitivo, y se limita a contar lo que está pasando.

*Tú decir que si te votan,
tú sacarnos de la OTAN.
Tú convencer mucha gente,
tú ganar gran elección,
ahora tú mandar nación,
ahora tú ser presidente
y hoy decir que esa alianza
ser de toda confianza,
incluso muy conveniente.
Lo que antes ser muy mal,
permanecer todo igual
y hoy resultar excelente.*

Tras hacer tan respetuosa descripción de los hechos, Krahe, que se presenta como Cuervo Ingenuo, se niega a fumar la pipa de la paz con el poderoso hombre blanco.

*Hombre blanco hablar
con lengua de serpiente.
Cuervo Ingenuo no fumar
la pipa de la paz con tú,
¡por Manitú!*

La crítica se extiende al gasto militar.

*Tú tirar muchos millones
en comprar tontos aviones
al otro gran presidente,
en lugar de recortar
loco gasto militar.
Tú ser su mejor cliente.*

La canción incluye una pregunta que los propios socialistas se harán tarde o temprano.

*Tú mucho partido, pero
¿es socialista, es obrero,
o es español solamente?*

Además, se asoma a otro asunto que está creando división de opiniones entre los votantes del PSOE: la reconversión industrial.

*Tú no tener nada claro
cómo acabar con el paro,
tú ser en eso paciente,
pero hacer reconversión,*

*y aunque haber grave tensión,
ahí actuar radicalmente.*

232

Krahe se limita a ser un amable cronista de la actualidad. Es verdad que el Gobierno ha cambiado su posición en relación con la OTAN, es verdad que está haciendo una reconversión industrial muy radical y es verdad que eso está creando tensiones. Pero Felipe no dará el brazo a torcer. Convencido de que en esa política económica están los cimientos de una larga etapa de prosperidad, está dispuesto a asumir los costes. A Fernando Reinlein se lo dijo muchos años antes, en 1977, en el chalé de alquiler que compartía con Carmen García Bloise en Miraflores de la Sierra.

—Aquí no ha habido una revolución burguesa, como en otros países de Europa, y la tenemos que hacer nosotros. Igual dentro de veinticinco años los jóvenes me echan a patadas, pero yo la tengo que hacer.

Ya han empezado a pasarle facturas en su propia familia. Marga, la de UGT, llega esta noche de abril muy preocupada. En una reunión del grupo parlamentario socialista entró Nicolás Redondo con un recorte de periódico y preguntando:

—¿Cuántas copas se ha bebido el que ha dicho eso?

El ministro de Economía y Hacienda, Carlos Solchaga, que se dio por aludido, se levantó con otro periódico en la mano.

—¿Y quién es el hijo puta que ha dicho lo que pone aquí?

Marga está espantada.

—Un día van a llegar a las manos. No se pueden ni ver.

—Son paripés —dice muy convencido Miguel, que echó los dientes en un sindicato—. Están jugando a policía bueno y policía malo, pero al final se pondrán de acuerdo.

—No creas. Va en serio. Entre lo que plantea Solchaga y lo que defiende UGT empieza a haber diferencias muy serias.

—¿Pero son diferencias políticas o personalismos?

—Las dos cosas. Redondo todavía no ha digerido que fue Felipe González quien ganó el congreso de Suresnes y se quedó con el control del partido. Pero las discrepancias son reales. Esto puede acabar mal.

—La buena noticia es ver que la política la hacen las personas, no oscuros laboratorios de poder. Y en una cosa tiene razón Nicolás Redondo: Felipe se está pasando por el forro de los cojones todo lo que nos decía para que le diéramos el voto. Hace cuatro días Guerra presumía de que ese es el partido de «los descamisados». Que hagan ellos y no la derecha una reconversión a base de dejar en el paro a cientos de miles de obreros es difícil de asimilar.

—Pues la están haciendo y Felipe no va a parar. Entre el liberal y el chiquitico lo han convencido. Para que la economía sea competitiva, dicen, tienen que hacer chatarra la industria que dejó Franco, que no vale para nada.

—En eso también tienen ellos razón. Esa industria funciona sin demanda, con precios subvencionados. A lo que te cuesta producirlo es imposible que venda nada, ni barcos, ni textil, ni acero ni nada de nada. Todo ese tinglado industrial no vale un pimiento y hacen bien en achatarrarlo. Aparte de que es una condición para entrar en Europa, claro.

—Sí, leche. Pero explícaselo a mi familia, que se fueron a Bilbao en los ochenta y ahora igual se tienen que volver al pueblo.

233

Manuel Garnacho, que es un histórico del sindicato y del partido, tiene claro cuál es el problema del PSOE, donde ya están hablando del próximo congreso.

—El principal problema de ese congreso será encontrar sitio para aparcar tantos coches oficiales.

Cuando ese congreso se celebre, el año que viene, Nicolás Redondo y su gente ya habrán abandonado el grupo parlamentario socialista. Frente a unos políticos obnubilados por el poder, regresan al obrerismo más tradicional, lo que también es chocante en una época en que está desapareciendo el

proletariado, tal y como lo conocíamos, y están creciendo a ojos vistas las clases medias. La relación con Felipe y sus ministros se ha vuelto imposible. Los acusan de haber abandonado el socialismo, y cada movimiento económico (previsión de inflación, salarios, pensiones, negociación colectiva, empleo juvenil) es un frente de guerra.

A Felipe los sindicalistas todavía le tienen cierto respeto, pero a su ministro de Economía y Hacienda, Carlos Solchaga, ninguno. Tampoco se lo tenían a Miguel Boyer, que en junio de 1985 pasó de las páginas de política a los ecos de sociedad, por el amor de una mujer. Se llama Isabel Preysler, es fina como la porcelana y antes estuvo casada con el popular cantante Julio Iglesias y el noble vinatero marqués de Griñón. Boyer trabaja ahora en un grupo financiero donde le pagan cien millones al año y, de vez en cuando, mete los dedos en los ojos de sus viejos compañeros pidiendo una liberalización total de la economía.

Está entrando en escena una nueva clase social, la *beautiful people*, que no solo mosquea a los sindicalistas. Los guerristas, aunque controlan el partido y varios ministerios, también están escamados con esos nuevos ricos cuyas fortunas engordan con el felipismo. Rara es la noche que no se suelta el pelo en el Avión algún diputado, tras el segundo whisky.

—Lo que no puede ser es que los ricos se sigan haciendo ricos delante de nuestras narices, con el apoyo de nuestro partido, y los asalariados se queden como están. O jugamos todos o rompemos la baraja.

234

César comprende las críticas, pero confía en Felipe González. Con su política económica está subiendo el nivel de vida de todo el mundo. Es verdad que la reconversión deja a muchas personas sin trabajo, pero también es verdad que no se quedan en la calle: les arreglan el cuerpo con espléndidas pensiones vitalicias. Felipe y sus chicos son como los Jóvenes Turcos que crearon la República de Turquía, tras la Primera Guerra Mundial. Seguro que

la historia habla bien de ellos. Tienen ideas claras, las aplican y no solo están modernizando la economía, sino la sociedad en su conjunto. Desde abril de este año la sanidad pública es universal. Hay que echarle cojones para hacer la reconversión industrial, pero también hay que echárselos para hacer una reforma como esta: la sanidad es un derecho universal y gratuito.

—Es el cambio social más importante que hemos visto en nuestra vida — le comenta a Manolo—, y a nosotros nos viene de cine, justo ahora que entramos en la edad de hacer gasto en botica.

—Eso tú, maestro, que yo estoy como una rosa.

—Y yo, ya te digo. Esta mañana me he hecho la prueba de los abrigos y estoy hecho un chaval.

—¿Qué es eso de la prueba de los abrigos?

—Me he colgado de la punta el nabo media docena y, oye, como si nada. Y porque no tengo más abrigos. Pero, vaya, que es verdad que ya vamos teniendo nuestros años y ni en la República fueron capaces de hacer una cosa así.

Se criaron los dos con el Instituto Nacional de Previsión, que venía de la dictadura de Primo de Rivera, y con la Seguridad Social, que inventó el falangista Girón de Velasco en la posguerra. Esos dos sistemas eran solo para los que tenían un trabajo y cobraban un salario. A cambio de las cotizaciones que pagaban tenían desempleo y sanidad.

—Y los demás, al médico particular, si podían costeárselo, a los hospitales de beneficencia, donde los operaban con serrucho, o a morirse, directamente.

235

Cuando en mayo vuelva por Madrid Jorge Pedraz, el médico andaluz y larguirucho que en 1981 estaba en la guerra de la colza, César le preguntará:

—¿Qué? ¿Sigues pensando que el problema del sistema sanitario es estructural y hay que ponerlo patas arriba?

—Lo sigo pensando, pero ya lo estamos poniendo patas arriba.

—¿Tú también, hijo mío? ¿Te has metido en política?

—No, pero una de las cosas buenas que están haciendo es dejar la gestión en manos de profesionales de mi edad. La mitad de los gerentes y los directores de los hospitales son gente que estaba conmigo en el PCE en la universidad y tienen ideas muy claras sobre la planificación sanitaria y sobre lo que necesita esta sociedad. Yo me paso la vida montando unidades de vigilancia intensiva y servicios de urgencia. Pregúntale a Ignacio Balboa, ese médico gallego tan guaperas que vivía por Arturo Soria. Ahora se dedica a instalar unas máquinas que en el resto del mundo tienen una por país y aquí tenemos una en cada hospital comarcal. ¡Y sabemos usarlas, oiga!

—¿Y cuándo se van a ver los resultados?

—¿Es que no los ves ya, maestro? Que te diga Manolo, que es autónomo y se tiene que pagar de su bolsillo el médico y las medicinas. Eso se acabó. Y el cambio en la atención primaria es también histórico. Tú estás sano, pero ya empiezas a estar en edad de ir al médico de vez en cuando.

—Al médico no hay que ir: te tienen que llevar. Y en los hospitales donde tú trabajas, ¿ha mejorado la cosa? Porque hace unos años, eras el primero en quejarte.

—Esto es otro mundo. Cuando yo empecé en 1977, en un servicio de urgencias de Málaga, cada vez que venía un sueco con una avería me decía: «A mí usted no me ponga la mano encima, que yo tengo un seguro que me pone un avión medicalizado en el aeropuerto y me lleva a mi país y lo único que quiero es que me empaquete para el viaje». Ya empieza a ser al revés. A mí me da un dolor en Suecia y lo primero que les pido es que me metan en un avión para España, porque en cualquier hospital público español me van a tratar mejor y con más eficacia que allí. Hazme caso, maestro: tenemos uno de los mejores sistemas de sanidad del mundo y, gracias al esfuerzo de los profesionales, uno de los más baratos.

Cada vez que se habla de estas cosas, en las tertulias que se montan a la puerta del bar, siempre sale algún aguafiestas diciendo:

—No nos lo podemos permitir.

César recuerda que eso también lo decían algunos cenizos cuando Girón hizo la Seguridad Social, en los años cuarenta. Prefiere oír cosas como la que

escuchó a Ángel, diputado guerrista por Granada. O por Jaén, no recuerda ahora:

—Cuando el Boyer o el Solchaga de turno nos dicen que no nos lo podemos permitir, nosotros decimos: haz lo que debas, aunque debas lo que haces.

Menos psicología y más gimnasia

236

Han empezado las vacas gordas y se nota. Crece el empleo y el dinero corre con alegría. Eso se advierte incluso en la recaudación del Avión y en los billetes que el pianista se echa cada noche al bolsillo. El valor de los pisos sube de un día para otro y sus propietarios de la noche a la mañana se convierten en multimillonarios: apartamentos del barrio que hace dos años costaban cuatro millones ahora valen más de veinticinco. Hay todavía muchos parados, pero las constructoras se dan bofetadas para encontrar especialistas a los que pagan ciento ochenta mil pesetas al mes. Desde que estamos en Europa el paro baja en relación inversamente proporcional al crecimiento económico. La población activa, que en tiempos de Suárez era de ocho millones, ya anda por los diecisiete. Los chavales de veinticinco o treinta años llegan en coches recién estrenados y pagan las consumiciones con billetes nuevos. Las chicas son todas muy modernas y muy liberales pero se gastan una pasta en ropa de marca, y los chicos son también muy modernos y muy progres, pero también empiezan a gastarse un dinero en ropa, si no se lo han gastado antes en vino. Cada vez hablan más de añadas, de crianzas, de bodegas, cada vez van a mejores restaurantes y cada vez viajan más lejos. En septiembre volverán todos contando historias de África, de Rusia, de Sudamérica. Julia y sus colegas (así se llaman entre ellos, colegas, aunque no tengan el mismo oficio) están preparando las vacaciones y tienen una duda: no saben si van a ir a Indonesia o a la India. ¡A Indonesia! Nunca en su puta vida ha conocido César a nadie que vaya a Indonesia. ¿Qué se le ha perdido en Indonesia? Lo de la India, todavía. Todos hemos soñado con ir a la India alguna vez. Por cierto, que ahora le quitan el artículo y dicen «India», como si fueran todos los días. Estas cosas le dan cierto desasosiego. Estos chicos igual están cayendo en una trampa. Aunque pueden hacer cosas que antes solo podían hacer los multimillonarios, deberían mirarse bien las cartas. En el Gobierno están los

socialistas, pero en España mandan los de siempre: los de los tiempos de su abuela, los hijos de las señoras del barrio que eran amigas de su madre y los enviaban a los colegios de pago donde ahora van sus nietos; viven en los pisazos de siempre, tienen los apellidos de siempre y manejan tanta pasta que cuando necesitan líquido no tienen que bajar al banco: llaman por teléfono y el director de la sucursal se lo sube a casa. Los dueños del cortijo, en fin. No, no deberían levantar la guardia.

237

Parece que está hablando con Manolo, pero en realidad está pensando en voz alta.

—Estos chicos deberían andar con tiento. Aquí, en cuanto tenemos cuatro duros, nos creemos los reyes del mambo, pero ya lo dice el refrán: dura poco la alegría en la casa del pobre.

—Te preocupas demasiado. Son jóvenes, pero están muy preparados. Si además están contentos y manejan pasta, mejor para todos. No seré yo quien se queje, desde luego.

—Tú y yo no podemos quejarnos de nada, Manolo. La vida nos sonríe, y a ti todavía más, con esa mujer y esos dos hijos que tienes. Pero los jóvenes tienen un poder que no han tenido nunca y no volverán a tener. Deberían aprovecharlo. Fíjate, los más viejos que vienen por aquí son los diputados y no tienen ni cuarenta años. La edad media del país está en treinta y cuatro o treinta y cinco. Tenemos jueces, médicos, arquitectos, directores de periódicos, de empresas y de hospitales que no tienen ni treinta años.

—Es otra generación. No tienen que emigrar, tienen estudios, tienen trabajo. Abrirse paso en nuestros tiempos era heroico, pero ahora no hace falta ser un héroe ni rico de cuna, basta con estar preparados, y estos chicos están preparados.

—Eso es verdad. Y también es verdad que tienen una cosa que nosotros no teníamos: expectativas. Eso es lo que sí ha conseguido Felipe, y por eso lo

votan, aunque lo critiquen. Los ha convencido a todos de que vamos hacia un futuro mejor.

—Ahí está. El que tiene expectativas va por el mundo de otra manera, con la cabeza más alta.

—Y no como nosotros, que la única expectativa que teníamos era a ver si se moría Franco de una puta vez.

238

Las mejores expectativas son las que se cumplen. A César se lo recuerda cada noche un recorte de prensa que alguien ha pegado en la pared de la izquierda, la de la barra, la única medianamente iluminada, con un titular a doble página:

LA BARRIGA ES BELLA

Es la versión jocosa de un lema publicitario muy popular: «La arruga es bella». Con ese lema está construyendo un imperio Adolfo Domínguez, un gallego de Orense, jovencísimo, que empezó a dejar volar la imaginación en la sastrería de su padre.

De Galicia ya no salen emigrantes con maletones llenos de chorizo ahumado. Ahora sale talento. Los grupos más modernos que suenan en la radio son gallegos. César no sabría distinguir entre Siniestro Total, Golpes Bajos, Os Resentidos o Los Suaves, pero se ha quedado con la copla de los más golfos, Semen Up, que cantan la felación como nunca la había cantado nadie.

*Lo estás haciendo muy bien, muy bien.
Pero cariño, no pares,
tú sigue y no hables,
que Dios te lo pague,*

*que lo haces muy bien.
Y mientras yo me concentro,
chúpala más adentro,
que ya llega el momento,
y lo has hecho muy bien.
Lo estás haciendo muy bien, muy bien.*

Esos grupos venden miles y miles de discos, aunque ninguno alcanzará en la música las dimensiones que está alcanzando Domínguez en el textil. En una de las primeras tertulias del verano, que ya se hace notar en la temperatura y el gasto de cerveza, Juan Gómez Soubrier está hablando de las estrellas actuales: los diseñadores de moda.

—En eso somos realmente buenos. En el arte con mayúsculas y en la siderurgia integral nunca nos comeremos una rosca, pero en estas cosas tenemos futuro. En intangibles como el diseño o la moda, que al fin y al cabo consisten en vender aire, podemos llegar muy lejos.

—Se ve que los socialistas piensan igual que tú —apunta Javier López—, porque están metiendo mucha pasta en estas cosas.

—Hacen bien. Los sastres y las modistas, no digamos las modistillas, nunca han tenido el prestigio social que ahora tienen estos diseñadores de moda, que mueven mucho dinero y dan trabajo a tanta gente.

Juan anda cerca de los cincuenta, en la casilla «profesión» de su carné de identidad pone «escritor» y de vez en cuando escribe en alguna revista. Vive en el número 7 de Conde de Peñalver, donde organiza grandiosas partidas de mus, acompañadas por lentejas estofadas, a las que asisten ministros, cocineros, empresarios, parados, restauradores del museo del Prado, periodistas como Javier, enfermeras como Lola o Sara y profesoras de literatura como Julia, que hoy están entre los que escuchan con mucha atención. Los años, los kilos y el tono solemne, algo seco, le dan dosis añadidas de autoridad.

—Adolfo Domínguez ha diseñado la ropa para los actores de la serie *Miami Vice*. Antes, los detectives de Hollywood llevaban sombrero y trinchera. Gracias a un gallego de Orense, de treinta años, ahora llevan todos

trajes de lino.

239

Julia, recordando la obsesión que tiene su hermana con la ropa de marca, introduce un elemento de confusión.

—Lo malo de la moda es que es una dictadura, como siempre dicen los periodistas: «La dictadura de la moda». Ya no vestimos de una manera, vestimos de una marca. Y no es tu actitud sino tu ropa lo que decide si eres o no eres moderno. Las apariencias mandan.

Contesta Javier, por alusiones.

—La moda es un buen negocio que, como ha dicho Juan, da de comer a mucha gente. En estas cosas países como el nuestro, o como Italia, tienen futuro. Otra cosa es el arte.

—Y que lo digas. —Ha tocado la fibra sensible de Soubrier, que entra al trapo—. Aquí muchos confunden la vanguardia con el camelo y se creen que por ser modernos ya son artistas.

—Pasa también en la música —tercia Rudy, que en estas charlas de acera suele callar y escuchar, como César—. Los modernos que son solo eso, modernos, eclipsan a los que están haciendo cosas importantes. En los grupos comerciales hay cantantes que desafinan y guitarristas que tocan con los pies, pero son modernísimos.

—En el arte, igual. Hay gente con mucho nombre que lo único que sabe hacer es tirar un cubo de pintura contra la pared, a ver qué pasa. No tienen ni puta idea de lo que se está haciendo fuera de España ni tienen mínima formación clásica ni han pisado un museo en su puta vida. Pero a modernos no hay quien los gane.

Asiente Utande, el escultor. Esas son las cosas que pasan, dice, «en un país con cultura de caseta, donde el presidente se reúne con artistas e intelectuales en un sitio que llaman La Bodeguilla». También asiente cuando Soubrier elogia ese diseño que ha entrado con fuerza en todas partes: los periódicos, la

industria, la televisión, la presentación de productos, la publicidad, el urbanismo.

—Hace cuatro días en España solo había un diseñador, Alberto Corazón. Ahora hay uno en cada esquina.

—En los pubs, para ligar, ya no te preguntan si estudias o trabajas —dice Julia, intentando refrescar la charla con un chiste conocido—. Te preguntan si diseñas o trabajas.

—En esos pubs también ha entrado el diseño. Las ciudades están cambiando de cara, están logrando atenuar los horrores del desarrollismo vertical. Hace cinco años los ayuntamientos estaban todavía llevando el agua corriente y el alcantarillado a los barrios. Ahora le están cambiando el aspecto a las calles, rehabilitando edificios, recuperando zonas históricas. Hasta las farolas esas que quiere poner Juan Barranco, con forma de supositorio, son un intento de rejuvenecer la ciudad. Todo es más joven, más limpio, más cuidado. Dice Julia que las apariencias mandan... mandan, pero eso no es malo. Por fin nos vamos dando cuenta de que parecer es tan importante como ser.

—Hasta los hombres os habéis dado cuenta —contraataca Julia, en un nuevo intento de quitar solemnidad a la charla—. Ya no decís eso de: «El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso». Ahora os preocupáis por la imagen tanto como nosotras. Y yo que me alegro.

—Lo mejor de todo —añade Javier— es que también cuidan su imagen los políticos y las empresas. ¿Habéis visto que ahora hablan incluso de «imagen de marca»? Gracias a eso tenemos más trabajo que nunca los periodistas. Están montando millones de gabinetes de prensa, de comunicación, y precisamente de eso: de imagen.

—¿Y por qué creéis que lo que se está haciendo en arte no tiene tanto interés como lo que hacen los diseñadores? —pregunta Damián, que hasta ahora se limitaba a escuchar.

—Porque llevamos un retraso histórico que no se solventa de un día para otro —le contesta Utande—. Y porque la Movida tiene más que ver con el ocio que con la creación. Y porque al mundo del arte ha llegado antes el dinero que el talento. El primer año que abrieron Arco ya estaban ahí

olisqueando los inversores. No buscaban talento, buscaban negocio. Ahí lo que triunfa es el *quieroynopuedismo*.

Merche Martínez Lías no está de acuerdo. Esta tarde ha estado hablando con un compañero de la tele, Mariano F. Sánchez, que está muy metido en ese mundo. Le ha dicho que en pintura está saliendo gente «buena de verdad». Y que Leo Castelli, que es uno de los galeristas más importantes del mundo, le ha echado el ojo a Barceló, Hortelano, Ceesepe y a tres o cuatro más. Además, dice, tenemos el aire a favor.

—Aunque parezca una blasfemia, hasta lo de la OTAN nos beneficia. El colonialismo siempre ha tenido el arte como avanzadilla. Ahora, en lo de la Movida, Mariano piensa como vosotros y yo también: tiene más que ver con el ocio que con la creatividad. En la música es parecido, ¿no, Rudy?

—Sí. La Movida es muy simpática, pero impide ver a los que están haciendo cosas más serias. Aquí hay mucha gente haciendo cosas importantes. Tú conoces a Antonio Moral, el enfermero, que vive en la calle Cartagena, ¿no?

—Claro que lo conozco, es amigo mío. Tiene una novia muy maja, Arantxa, pero me ha llevado a más de un concierto al Teatro Real.

—El año pasado montó en Santander un festival, los Miércoles Musicales de la Magdalena, al que fueron más de tres mil personas. Allí estuve yo tocando, con la Rudy Armstrong Quartet. Tres mil personas, para ver a músicos clásicos, de *jazz* y de Barroco, son muchas personas. Ahora va a sacar una revista, que se va a llamar *Scherzo* y va a estar al nivel de las mejores de Europa. Aquí hay buenos músicos, gente que sabe de música y está haciendo cosas importantes. Pero el resultado no se verá hasta dentro de unos años. La Movida es una pantalla que tapa todo lo demás. Ahí no vale ser bueno, solo ser moderno. Los que no han conseguido la etiqueta de modernos no tocan bola, aunque sean unos genios.

Julia se mete en el bar. Le cansan las discusiones. Hace calor, le han puesto la cabeza como un bombo y de repente se ha acordado de Elena, la psicóloga del instituto, que es una gallega tan loca como encantadora. Sabe de su oficio y está haciendo un trabajo magnífico con los alumnos, pero cuando un profesor le va con un problema siempre le contesta lo mismo:

—Menos psicología y más gimnasia.

Con expresa intención de seguir ese consejo se acerca a la barra, pide un *gin- tonic* y mira alrededor, a ver qué hay. César está en plena explosión rítmica. Empezó con el «Tico Tico», que siempre toca a todo trapo, siguió con «Barbacoa», una canción venezolana que también suele tocar a velocidad vertiginosa, y acaba de empezar el «Mambo gitano», una de las piezas con más marcha de su repertorio.

Es un momento estupendo para conocer a Alfonso. Es alto, de pelo castaño, no demasiado largo, barba de tres días, apretada, ojos negros. Mirándola de frente, con un *gin- tonic* en la mano, le hace una pregunta:

—¿Y tú quién eres?

—Soy la vecina de arriba —le da por contestar—. Me duele la cabeza y he bajado a ver si me daban un vaso de agua para una aspirina.

—Y te han dado un *gin- tonic*.

—Ya ves tú.

241

Hace diez segundos quería quitárselo de encima, pero se sorprende a sí misma dando un quiebro filológico a la conversación.

—Perdona, ¿de dónde eres, que por el acento no te pillo?

—De Mansilla de las Mulas.

—Joder, qué romántico.

—No lo sabes tú bien.

No es el principio de una larga amistad, pero sí lo suficientemente duradera para arreglarle el cuerpo durante la primera mitad del verano, hasta que se vaya con toda la tropa a la India. O a Indonesia, que todavía no lo tienen claro.

Alfonso es ferroviario y vive en Bilbao. Antes estuvo destinado en Castellón de la Plana y ahí conoció a Fernando Antigüedad, que ha conseguido meter cabeza en la Renfe y lo han mandado a las playas de Levante.

—El Antigüedad me dijo que si alguna vez pasaba por Madrid no dejara de venir al Avión. He pasado por Madrid, he venido y creo que se quedó corto con las explicaciones.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana me voy a París en coche-cama. ¿Te vienes?

—Vale.

Una nunca acaba de conocerse a sí misma. Ni Sara habría tardado menos tiempo en decirle «vale» a un tío al que ha conocido tres minutos antes, cuando el maestro empezó a tocar el «Mambo gitano», cuyo final apoteósico están aplaudiendo ahora con ganas.

Ese vale que acaba de pronunciar no solo vale por un viaje a París en coche-cama. Vale por dos meses de continuas idas y venidas a Bilbao, de citas a medio camino, en Burgos, en un hotel a pie de carretera, el Landa, donde se come estupendamente y se folla también estupendamente, rodeados de políticos vascos que quedan ahí con los de Madrid para pactar. El vale da derecho a fiestas populares y fines de semana en los lugares más insospechados, como Cuéllar, Aranda de Duero, Palencia o Ezcaray, donde, por cierto, una señora que se llama Marisa cocina las mejores croquetas del mundo.

—Nos invitan unos colegas a un festival en Vigo. ¿Qué les digo?

—Si tú sí, yo sí.

—Son las fiestas de Riaza. ¿Cómo lo ves?

—Si tú sí, yo sí.

—Empieza el festival de *jazz* de Vitoria.

—Si tú sí, yo sí.

Lo más exótico del paquete son las noches locas en Venta de Baños, «importante nudo ferroviario», como suele subrayar Alfonso, donde un amigo, que es también de la Renfe, les presta el piso.

Para la historia, el primer y último viaje a Bilbao por carretera, con el Ford Fiesta de Lola, que tiene matrícula de Granada. Ese coche es con el que Lola se va a dar vueltas por Madrid, como una loca, cuando tiene problemas con los tíos. Le han dicho tantas veces que tenga cuidado en el País Vasco con esa matrícula, no vayan a pensar que es familia de guardias civiles, que se desconcierta cuando nada más pasar Pancorbo le da un alto una pareja de la Guardia Civil. Con los nervios, tarda más de treinta metros en parar.

—Ponga la marcha atrás y vaya usted a donde está mi compañero, que es donde tenía que haber parado.

Momento pánico. Menos mal que el compañero apea el tratamiento y le habla de tú, igual por la matrícula.

—¿Adónde vas?

—A Bilbao.

—¿A qué vas a Bilbao?

—Pues...

Segundo momento de pánico. Se está dando cuenta de que está dudando y de que el guardia se está dando cuenta de que está dudando. El otro se ha acercado también, con cara de mala hostia. A los guardias, como a los toros, no hay que dudarles, pero le avergüenza decir que va a Bilbao a follar con un noviete ferroviario. Al final lo dice, mientras echa cuentas de la multa que le van a sacudir: por ir a ciento cuarenta, por no llevar el cinturón, por terrorista, yo qué sé.

—Es que mi novio es de Bilbao.

—Muchas gracias, señorita. Es que estamos haciendo una estadística.

Póngase su cinturón y siga su viaje.

244

Cuando el 9 de agosto de 1986 toma el avión para Yakarta, con escala en Abu Dhabi, sabe que a la vuelta no habrá nadie esperándola. Resulta que un par de noches antes, cuando estaba en casa haciendo la maleta y deshaciendo la cama con Javier, en uno de esos entretenidos reencuentros que tienen ellos de vez en cuando, la llamó por teléfono Alfonso.

—El viernes podíamos vernos en Valladolid y el sábado ir a Mansilla de las Mulas, a casa de mis padres.

—Lo siento, Alfonso, majo, pero este fin de semana no voy a poder. Imposible.

—¿Y el que viene?

—Me parece que también va a estar complicada la cosa.

—¿Y el siguiente?

—Así, de sopetón, no sabría yo decirte.

—Bueno, pues ya hablamos. Vale.

La aventura ferroviaria termina como empezó. De repente, con buen rollo y con una palabra que lo mismo sirve para empezar que para terminar: vale.

245

De los veintiún días en Indonesia, recorriendo de arriba abajo la isla de Java y descansando (un decir) en la de Bali, solo hay un par de cosas que se pueden contar.

Que en la locura urbana de Yakarta descubrió de golpe lo que es Asia.

Que atravesar Java por carretera es como navegar por un río de colores donde a todos los conductores les gusta circular por la mitad justa de la corriente.

Que en la región de Bandung, en el bar insignificante del hotel insignificante de un pueblo insignificante, había un trío de *jazz* tocando el *Concierto de Aranjuez*.

Que en Yogyakarta te parece normal que un tío se deje el hígado para llevarte de un lado para otro en bicicleta con Damián, que pesa lo suyo, al lado.

Que Bali es mucho más que un destino turístico: un mundo. Los niños no lloran porque hasta que están en edad militar, o casi, los tienen siempre en brazos. Los mayores tampoco lloran ni siquiera cuando se muere un familiar porque, a diferencia de los católicos, que no se creen sus propias creencias, ellos sí creen que con la muerte empieza una vida mejor.

Que estos amigos suyos tienen muchísimo peligro. Van ocho: ellas, Damián, Javier, Fernando, Sara, una vieja amiga de Damián que se llama Marián, una secretaria del periódico que se llama Charo, con la que Fernando jura que no tiene nada que ver, y un conocido del Avión que se llama Jaime, es aparejador, y se apuntó a última hora. Quien tenga curiosidad por ver cómo se desarrolló la vida amorosa de ese grupo, que haga todas las combinaciones posibles. Seguro que acierta.

Y una cosa más. Será por la distancia, será porque Javier está bastante idiota (contribuye la labor depredadora de Sara, desde luego) o será por la música del gamelán, que la enamora perdidamente y la tiene durante horas y horas hipnotizada, como si estuviera en el Avión escuchando a César. El caso es que se acuerda muchísimo del pianista.

Ajeno a ese interés, César está muy tranquilo en su casa, fumando Peninsulares, echándole el humo a los angelotes de Francisco Gutiérrez y pasando las tardes con el número uno de los Cuarenta Principales de todos los tiempos: Johan Sebastian Bach. Lleva meses empeñado en sacarle su propio sonido, el suyo, el que le gusta a él, el que le parece más apropiado, a cada

una de las notas de las *Variaciones Goldberg*. Lo está consiguiendo, compás a compás, nota a nota. Respeta escrupulosamente la partitura y las indicaciones del compositor, pero intenta hacer algo que ningún compositor puede poner en un papel: reconstruir el espíritu de la obra, revivir desde su propio ánimo el ánimo que empujaba al creador. Todo eso sin renunciar a su propia libertad como intérprete, claro. Porque las partituras, piensa César, no son verdades absolutas, ni siquiera las de Bach. Han sido escritas para iniciar una nueva vida cada vez que alguien las interprete y eso quien mejor lo sabe es quien las escribe.

Y sí, funciona. Desde luego que funciona. Y cuando funciona te das cuenta de que Bach está por encima del tiempo y del espacio. Es el rey de la creación.

247

A la vuelta del verano, superado el engorroso trámite de los exámenes de septiembre y después de pasar el puente del Pilar en Zaragoza, en compañía del padre Dorronsoro, Julia vuelve al Avión con regalos para todo el mundo. Para Pedro, una cinta bendecida de la Pilarica que mide treinta y seis centímetros y medio, justo lo que mide la Virgen, sin pilar. Para Aurora, un pañuelo precioso de esos que se compran a última hora por docenas, en el aeropuerto; mamá y Raquel ya tienen los suyos. Para el maestro, unas zapatillas de batik, multicolores. No hay regalo que más le guste a César y más le cunda que un buen par de zapatillas.

—Me cunden mucho, sí, porque primero uso una y cuando está destrozada uso la otra.

Esas que le ha traído de Indonesia no se las pondrá nunca. Se quedarán para siempre en una estantería del salón.

248

17 de octubre de 1986. César está tocando el aria de las *Variaciones Goldberg* sobre la barra del Asador Aranduro, en la calle Salustiano Olózaga, donde va de vez en cuando a tomar una cervecita y hablar de todo un poco con Caballero, el barman más elegante del barrio. TVE interrumpe la programación para conectar en directo con Lausana, donde José Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional, está hablando con mucha solemnidad.

—*En ma qualité de président, j'ai l'honneur de vous annoncer que le Comité International Olympique, réuni en session plénière à Lausanne a attribué l'organisation de la vingt-cinquième olympiade, 1992, à la ville de... and a moment... Barcelona.*

Aunque lo dice en francés, se le entiende muy bien: los Juegos Olímpicos de 1992 serán en Barcelona.

—Lo que le faltaba a los *catalufos* —comenta a su lado un borrachuzo de mirada lánguida y aspecto de chupatintas amargado.

No se molesta en llevarle la contraria, pero él piensa que ese anuncio es importante. Ese día y a esa hora, una y media de la tarde, está empezando en España una nueva era. Desde hoy, todos los sueños son posibles y, por primera vez en muchos años, los eternos perdedores sueñan con ganar.

249

Ese mismo día hace el Gobierno otro anuncio: Pilar Miró sustituye a José María Calviño en la dirección general de RTVE. El vicepresidente Guerra se ha opuesto con uñas y dientes al cambio. No se fía de Miró. Es demasiado amigo de Felipe y tiene demasiado carácter como para dejarse controlar.

Es la primera novedad de un curso político pródigo en novedades. El 1 de diciembre anunciará Fraga que no volverá a presentarse a unas elecciones generales. Al cabo de treinta y cinco años en coche oficial se ha convencido de que nunca será presidente. No hay manera; el partido que fundó hace nueve años con otros seis ministros de Franco no consigue pasar de los ciento seis

escaños; de nada han valido sus alianzas con democristianos, liberales y rescoldos de la difunta UCD; «Fraga tiene un techo», dicen en las tertulias de la radio. Dejará las riendas de Alianza Popular en manos de Miguel Herrero de Miñón, padre de la Constitución y de muy diversas conspiraciones, que unos meses después, en febrero de 1987, será derrotado en el congreso del partido por un abogado del Estado andaluz, Antonio Hernández Mancha.

Pero si César tuviera que quedarse con un solo personaje de los que protagonizan este curso político que acaba de empezar no elegiría a Fraga ni a Pilar Miró ni a Herrero de Miñón ni a Hernández Mancha. Se quedaría con el Cojo Manteca.

250

A pesar de ser de familia de militares, o quizá precisamente por serlo, César siempre ha presumido de cobarde.

—A mí a cobarde no hay quien me gane —suele decir, alardeando de su habilidad para escurrir el bulto en cuanto las cosas se complican.

Por eso el Cojo Manteca le cae simpático. Es cojo, como él, tiene tanta agilidad en los brazos como él en las manos y tiene unos cojones de amianto, un valor seco que él nunca ha tenido y le produce gran admiración. César siempre ha pensado que lo inteligente es quitarse de en medio para evitar problemas, escenas violentas o simplemente incómodas. Es lo que ha hecho toda su vida, recordando una frase que oyó a su padre, de pequeño.

—Soldado que huye sirve para otra guerra.

El Cojo Manteca es un soldado que no huye. Cuando la policía entra en combate con sus cascos, sus escudos, sus porras, sus pistolas, sus pelotas de goma y sus gases lacrimógenos, el Cojo Manteca se mantiene en primera línea de fuego, se clava al territorio con su única pierna, apoyado en una de las muletas, y utiliza la otra para destrozar cabinas telefónicas, farolas, carteles y eso que los políticos al uso llaman mobiliario urbano. El Cojo Manteca hace su faena envuelto en humo, cristales rotos y cascotes, con la mirada altiva, la

muleta enhiesta y una cazadora con el símbolo *hippie* de la paz, ese que se parece al escudo del Mercedes-Benz y los jóvenes traducen como «haz el amor y no la guerra».

Salta a la fama el 23 de enero de 1987 en la acera de los pares de la calle de Alcalá, junto a la boca de metro de la estación Banco de España que hay en la esquina con Marqués de Cubas, la antigua calle del Turco donde, según recuerdan las coplas, mataron a Prim.

César ha pasado millones de veces por esa zona, donde abundan los edificios de su arquitecto favorito, Antonio Palacios. Un poco más arriba, el del Círculo de Bellas Artes. Enfrente, el del Banco Central, que antes fue Banco Español del Río de la Plata. Al fondo, a la derecha, la Cibeles y el Palacio de Correos y Telecomunicaciones, primo hermano del precioso hospital de jornaleros de Maudes, en Cuatro Caminos.

Cuando camina por la ciudad, a César le reconforta saber que le acompañan esos seres vivos, con tanta personalidad, que son los edificios históricos. Al Cojo Manteca le traen sin cuidado.

251

El advenimiento del primer antisistema de la España contemporánea va precedido por la llegada de una masa de estudiantes cantando Gran Vía abajo:

—¡Al rebote, al rebote, Maravall el que no bote!

Maravall es el ministro de Educación y pasa por ser el ideólogo del felipismo. Los estudiantes se manifiestan contra la selectividad y el precio de las tasas académicas. No entienden que un partido de izquierdas haga políticas de derechas, dicen. Lo expresan con pancartas y gritos, pero sin violencia, hasta el instante en que la policía empieza a dar palos, animada por la presencia perturbadora de un grupo de ultras y por las inclinaciones naturales de un ministro, José Barrionuevo, a quien gusta ejercer como duro de película.

Es entonces cuando entra en escena Jon Manteca, que hasta ese momento estaba mendigando a la entrada del metro. Tiene veinte años, nació en

Mondragón, su familia vive en Orihuela y la prensa lo describirá como «punkie», aunque solo a medias sigue esa estética. Con abnegación digna de más noble causa rompe todo lo que encuentra a su paso. En ese mismo lugar, a esa misma hora, un policía hiere de bala a una estudiante de quince años, María Luisa Prada, que pasará media vida reclamando justicia, sin fortuna. Pero no será ella, sino el cojo, quien se lleve los minutos de gloria de la tele.

Jon Manteca morirá en Orihuela, en 1996, «víctima de una larga enfermedad relacionada presuntamente con el consumo de drogas», según contará, tal cual, la corresponsal de *El País* en Alicante. Su fantasma se seguirá apareciendo por las noches a todos los ministros de Educación en apuros.

Nosotros en política no nos metemos

252

La vida es una mezcla entre lo que haces y lo que te pasa. A Julia, el invierno se le ha ido volando, de tantas cosas que ha hecho y tantas que le han pasado. Empiezan a ser ya largos los días cuando el Capi le propone ir a cenar a La Ketxea, con colegas del diario.

—No te preocupes, que solo viene gente de bien. Ni uno solo de los *estiraos*.

—¿Dónde está La Ketxea?

—No es un restaurante, es una peña. Cocinamos nosotros en La Boa, ese bar que está al lado del periódico donde tomamos siempre las primeras copas. Nos llamamos La Ketxea, que es una palabra que no quiere decir absolutamente nada, pero suena a sociedad gastronómica vasca. Antes la hacíamos solo de chicos, como los vascos, pero nos hemos dado cuenta de que son mucho más entretenidas las cenas mixtas.

Antes de confirmar que las cenas mixtas son mucho más entretenidas (el entretenimiento absoluto no llegará hasta el alba, cuando se vaya a la cama con Koldo, un redactor de deportes a quien conoce esa misma noche), Julia va con tiempo al bar, por si hay que echar una mano. Nada más entrar se encuentra en la barra a Cholo, el estudiante de periodismo amigo de su hermana.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No estás en la universidad?

—¿Qué va! Ya he terminado la carrera y estoy trabajando. ¿Te acuerdas que te dije que el dueño del cine de Robledo de Chavela es pariente mío y por eso me veía gratis todas las sesiones dobles?

—Sí, tu tío, ¿no?

—Más o menos: primo de mi madre. Su mujer es sobrina de Casimiro, que es el portero del número 41 de Hermanos García Noblejas, aquí al lado, que es donde está *Cambio16*.

—No me digas que te ha encontrado trabajo el portero. Alucinante.

No, no ha sido exactamente así, pero vaya. Cholo se presentó una mañana en la revista usando como contraseña la palabra Casimiro.

—Mira —le dijo el directivo que lo atendió—. Casimiro es una persona muy querida en esta casa, pero si te sale algo de repartidor o en el mercado Legazpi, para descargar camiones, cógelo porque tienes más posibilidades que aquí.

Lo que son las cosas, esa misma noche lo llamaron para sustituir a un redactor de cierre que se iba a la Cope. Y ahí está, tan contento. *Cambio16*, que nació como un faro democrático en tiempos del franquismo, no solo es uno de los medios de comunicación más influyentes, sino también uno de los que ganan más pasta. Cada semana, en la mesa de edición donde trabaja, se las pasan canutas para conseguir meter en la planilla las noventa páginas de anuncios a todo color. Todavía no han llegado las televisiones privadas arramblando con toda la publicidad cara. Las revistas gozan de muy buena salud.

253

Cholo cuenta las cosas con candor adolescente. Ojalá no se tuerza, como se tuercen tantos cuando caen en las rutinas de las empresas.

—¿Y no te has tenido que ir a la mili? Porque creo que estabas con prórrogas de estudios.

—Sí, pero me he librado por excedente de cupo.

De los diez amigos del barrio uno se ha librado por excedente de cupo, uno es objetor, dos exentos por la vista, uno por alergia al traje y otro por sordera. De los que han tenido que hacer la mili uno está en Canarias, otro en Melilla, el tercero en Ceuta y el cuarto, «Luis, el hijo del taxista, que cuando se cogía un pedo llamaba a la telefonista del Tele-Taxi para declararle su amor», está en Cáceres, como chófer de un general. Lo llaman todas las noches, por si acaso.

—Luis, ¿estás bien?

—En perfecto estado de revista

—¡No dejes de mirar debajo del coche!

Es lo que hay. A más de un chaval que está haciendo la mili se lo han llevado por delante esos hijos de puta de las bombas.

254

Cuando nadie tiene miedo a nada, tras cuarenta años de dictadura que usaba como arma el miedo, unas cuantas docenas de pistoleros se ocupan de gestionar el terror. Muchos ciudadanos no se han dado todavía cuenta, pero todos son víctimas de ETA, empezando por aquellos que en el País Vasco aplauden sus crímenes o miran para otro lado. A todos les está quitando libertad, a todos les está provocando un retraso en el progreso.

El 19 de junio de 1987, viernes, Domingo Troitiño (palentino de Tariego de Cerrato, de treinta y dos años) aparcará un Ford Sierra con doscientos kilos de explosivos en el *parking* subterráneo de Hipercor, en la Meridiana de Barcelona, y se irá a pasar la tarde con sus compañeros de comando, Rafael Caride y Josefa Ernaga. El coche estalla a las cuatro y ocho minutos. Mueren quemadas o asfixiadas veintiuna personas, entre ellas varios niños. Otras cuarenta y cinco quedan heridas. Troitiño y sus cómplices siguen órdenes de Santi Potros, que, como todos los jefes de ETA, reside en Francia, amparado por la benevolencia del Gobierno francés. El país vecino seguirá siendo un santuario hasta dentro de un par de años, cuando Felipe González proponga a su amigo Mitterrand cambiar terroristas por trenes.

—Ustedes nos ayudan a poner en su sitio a esa gente y nosotros les compramos a ustedes los trenes de alta velocidad.

A Julia no le cabe en la cabeza que haya gente que simpatiza con esos bárbaros. Cuando iban contra Franco, todavía, ¿pero ahora? La buena noticia, tras la matanza de Hipercor, es que cientos de miles de personas participan en manifestaciones de protesta. La gente empieza a darse cuenta de que esto ya no es un problema de policías y militares: esas bombas pueden alcanzar a

cualquiera. Cholo llama a Luis para decirle que mire debajo del coche. Cuando los chicos de su barrio van al centro, las madres, además de pedirles que no vuelvan tarde, les dan un consejo extra:

—Tened cuidado dónde os metéis, que ponen muchas bombas.

255

Todavía tardaremos unos años en echarnos a la calle para correr a gorrazos a quienes nos están quitando la vida y la libertad. Será por primera vez en 1996, cuando maten al profesor Tomás y Valiente, en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid, y sus alumnos recorran la ciudad con las manos pintadas de blanco. Hasta entonces, en las protestas contra ETA todavía serán mayoría quienes culpan de sus crímenes al Gobierno y la democracia, pidiendo a gritos que los militares vuelvan al poder. Y no será hasta dos años después, en 1997, cuando por toda España salgan en masa los ciudadanos para decir hasta aquí hemos llegado. Contribuirá la obscena brutalidad de unos individuos que, perdido ya completamente el norte, asesinan a un concejal de veinticinco años, Miguel Ángel Blanco, con cuenta atrás, como los gánsteres y los psicópatas de las películas. Pero aún falta mucho para eso.

256

En 1987 los terroristas cuentan con el apoyo de unos cien mil vascos, que periódicamente lo certifican en las urnas, y la actitud amistosa de nacionalistas del PNV que siguen llamando a los etarras «estos chicos», como si fueran ovejas descarriadas.

—Desengáñate. En mi tierra muchos van con ETA a muerte, en el sentido literal de la expresión.

—¿Y lo de Hipercor no les da que pensar? ¡Les puede pasar a ellos!

—Nada. ETA ha dicho que había avisado con tiempo y con eso les basta.

La culpa es de la policía, por no desalojar los almacenes. Lo que te he dicho: a muerte.

—Y lo del GAL, ¿cómo se está viviendo?

—Pues con el efecto contrario de lo que buscan quienes lo estén financiando. En vez de asustarse, la gente se envalentona y crecen las simpatías hacia ETA.

Es Koldo, el redactor de deportes con el que Julia se fue a la cama tras la cena en La Ketxea y con el que se irá a la cama unas cuantas veces más en lo que queda de verano.

Tiene ocho apellidos vascos, nació en Zumárraga, donde unas tías suyas regentan una sidrería, y el resto de la familia anda dividida entre San Sebastián y Alicante, donde viven sus padres desde hace unos años. La sedujo de la única forma en la que no la habían seducido nunca: cantando rancheras. Algún día alguien tendrá que estudiar por qué las rancheras les gustan tanto a los guipuzcoanos. Koldo, además, toca la guitarra y canta preciosas canciones en euskera, aunque no domina el idioma.

—Mis abuelos lo hablaban y mis hermanos lo están estudiando, en la ikastola, pero a mí me ha pillado mayor.

257

Aprovechando que Javier está *missing* últimamente, han salido juntos unas cuantas veces. Las justas para encender los mecheros mirando al cielo o a la mano, según toque, en el concierto de Génesis, bailar al son que marca el culo cósmico de Tina Turner en el rockódromo, echarse unos apacibles canutos mientras David Bowie vuela sobre el Vicente Calderón y hacer la merienda-cena en el césped del Bernabéu escuchando a UB40, Pretenders y U2.

A diferencia de Javier, que no quiso volver a ningún macroconcierto después de ir al de Queen en el estadio del Rayo, el año pasado, a Koldo no le preocupan las aglomeraciones ni las caminatas que hay que dar luego para volver al centro. No es su única virtud. En contra de la fama que tienen los

vascos, es un buen amante, tierno e imaginativo, y no es nada reservado cuando habla de sus cosas, incluidas las más delicadas.

—Yo me dedico a los deportes porque, después de un tiempo en la información política, empezó a darme asco.

Le ha contado que en la Transición fue espía de Arzalluz. El jefazo de los nacionalistas tenía en Madrid «un comando informativo», media docena de periodistas que le daban las claves políticas del momento en un boletín personalizado. Se lo mandaban en un sobre a casa de la mujer, Begoña Loroño, en paseo de Volantines, número 21, Bilbao.

—Tiene mucha visión política y piensa que quien tiene la información tiene el poder. Ahora que dispone de recursos ha montado una agencia, controla algunos medios y tiene gente en todos los demás.

—¿Y con ETA tiene canales?

—Pues claro. En Euskadi todo el mundo tiene canales con todo el mundo. Somos solo dos millones y nos conocemos todos. A un tío mío le mandaron una carta con el sello de ETA pidiéndole dinero. Se la llevé a Arzalluz y no lo molestaron más. Claro que tiene canales. Pero, vaya, también los tiene aquí. A Suárez lo ve de vez en cuando, se llevan muy bien. Y con el PSOE, claro. Todos hablan con todos. Bandrés se pasó años entrando en el despacho de Rosón, el ministro de Interior de Calvo-Sotelo, para preparar la disolución de ETA pm; la puerta se la abrió Ruiz Jiménez, que había sido ministro con Franco y ahora es defensor del pueblo con Felipe González.

258

A Julia le llama la atención el desparpajo con el que Koldo le cuenta estas cosas. A veces se pregunta si además de ser un buen amante no será un poco fantasma.

—Pero ¿esas cosas tú las sabes o te las imaginas?

—Las sé. Yo el primer periódico donde estuve trabajando fue el *Egin*. Asistí a una negociación directa de Arzalluz con ETA en el caserío de su

mujer, en Galdácano, que está pared con pared con la iglesia del pueblo. A mí me pidió un redactor jefe del periódico que hiciera de puente, porque sabían que me llevaba bien con él. Hice de puente y se celebró la reunión. Allí estaba Arzalluz, allí estaba Patxi Zabaleta y allí estaba yo. La mujer sacó un bonito embotado que estaba cojonudo. ¿Para qué querían verse? Nada importante. Lo querían tantear sobre cómo se tomaría el PNV las estrategias de la izquierda *abertzale*.

—Pero ahora, que ya hay una democracia y que esos tíos siguen matando, ¿todavía tienen contactos?

—Pues claro, esos puentes no se rompen. Y menos ahora, que el Gobierno está empezando a tener contactos directos con la dirección de ETA, a ver si paran de una puta vez.

—¿Y eso es lo que te da asco de la política?

—No, justo eso, no. Todo lo contrario. Hablando se entiende la gente y la política consiste en hablar con el diferente, porque cada uno representa a un sector diferente de la sociedad. Lo que me da asco es que aquí digan una cosa y allí otra, que engañen a la gente, que condenen el terrorismo pero luego sigan utilizando a ETA, a sabiendas de que nosotros, como somos nacionalistas, estamos protegidos. Yo me he cansado de hacer ese papel, el del parapeto moderado, el que dice: «Menos mal que nos tenéis a nosotros, que somos moderados, para calmar a la fiera».

—Vamos, que al PNV no le viene mal que ETA esté detrás pegando bombazos.

—Claro que no le viene mal. Y tampoco le viene mal a esos que en Madrid están todo el día apelando a la unidad de España y gritando ¡a por ellos! como si fueran el Cid Campeador peleando con los moros. Les viene cojonudamente, porque es carnaza que le dan a la gente para que les vote. Esa es la política que me asquea. Prefiero hablar de Maradona.

En verano pasan un par de semanas en el País Vasco, que reparten entre Zumárraga, Bilbao y Donosti, con una escapada al valle de Baztán y otra a Francia, a comer en un restaurante con dos estrellas Michelin donde todavía no conocen las bondades del aceite de oliva.

No se advierte especial tensión. Hace un mes los terroristas mataron a once personas, entre ellas varios niños, con un coche bomba en una casa cuartel de Zaragoza, y cada semana es noticia el asesinato de un policía nacional o un guardia civil. A nadie le quita el sueño. La clave se la da Isabel, una de las tías de Zumárraga.

—Eso es la política y nosotros no nos metemos en la política,

Se pregunta cuál será el coste que pagan para vivir tranquilos. Es un secreto a voces que cualquiera que tiene un negocio, por pequeño que sea, hace su aportación al sostenimiento de ETA. «Impuesto revolucionario», lo llaman. Los etarras obligan a pagarlo con amenazas que, llegado el caso, cumplen. Todo el mundo sabe cómo funciona el mecanismo. Hay bares «al otro lado» donde la gente hace cola para pagar y más de una vez esas colas se han visto en iglesias muy concurridas de San Sebastián.

Le sobrecoge tanto un pensamiento que ni siquiera lo comparte con su amigo: habrá mucha gente que pague con gusto, ya sea por simpatías o para poder luego encogerse de hombros y decir: «Eso es la política y nosotros en la política no nos metemos».

260

Una noche van a cenar con la cuadrilla a una tasca del puerto pesquero de Donosti. A eso de las diez, cuando le están dando lo suyo a la segunda fuente de sardinas, antes de emplearse a fondo con el bonito, estalla una bomba delante de sus narices. Cuando lo cuente en Madrid o en Valencia, Julia no sabrá decir qué fue primero: el estruendo, el fogonazo de luz, el temblor o el olor a quemado. En su recuerdo quedará todo revuelto. La bomba estalla detrás del Gobierno Militar, que está a unos doscientos metros, y ella, sentada

de espaldas al mar, la ve como si fuera una película. Suena la explosión, tiembla el suelo, tiemblan los edificios y por un instante el Gobierno Militar parece rodeado por una aureola luminosa, amarilla y roja. Algunos comensales se dan la vuelta con desgana, a ver qué pasa. Otros, ni eso. Están acostumbrados. El camarero, con la servilleta colgada del antebrazo y la bandeja en la mano izquierda, hace oscilar levemente la mano derecha, bocabajo, sopesando:

—Nada. Cinco kilos de amonal, como mucho.

El resto de la cena discurre con tranquilidad. A lo lejos se oyen sirenas, pequeñas explosiones y gritos, pero también le quitan importancia porque «en el bulevar siempre hay bronca». Julia aprovecha para hacer una sociología urgente de la Euskadi actual. En esa cuadrilla, formada por seis parejas entre veinticinco y cuarenta años, unos pagan el impuesto revolucionario, otros simpatizan con los terroristas o tienen parientes cercanos en la banda, algunos se identifican con el socialismo, tras haber andado en sus años mozos con ETA pm, y la mayoría navega en las aguas intermedias del nacionalismo en las que tan incómodo empieza a sentirse Koldo, que es quien le cuenta luego todo, porque ellos no cuentan nada. El único que hace una velada crítica a ETA, como de pasada, tiene dos cuñados en la cárcel y otro «en el otro lado».

Con quien sí se muestran todos muy críticos es con el GAL, ese grupo que desde hace años firma atentados contra gente de ETA en el sur de Francia.

—Cuando lo del Monbar, que mataron a cuatro chicos, vi a gente levantarse y brindar en un bar de lo viejo. Se lio una tangana buena.

—La duda es que sean espontáneos o que estén dirigidos desde el ministerio.

—Yo no tengo ninguna duda. Igual que no tengo duda, es más, tengo certeza, de que en Intxaurrenondo siguen torturando. A quien se salta la ley en eso, ¿qué más le da ir un poco más adelante?

Koldo tiene una hipótesis propia.

—Una tía mía trabaja en el Gobierno Civil de Vizcaya. Ricardo Damborenea, el del PSOE, duerme muchas veces ahí, porque es amigo del gobernador, Julián Sancristóbal, y ahí se siente más seguro que en su casa. Está acojonado, con razón: el día que mataron al senador Enrique Casas, en el

ochenta y tres, iban a por él y mataron a Casas porque a él no lo encontraron. Desde entonces va armado, con un pistolón, y se pasa la vida maquinando para ver qué se puede hacer. A mí no me extrañaría que él y Sancristóbal tengan algo que ver. No digo yo la dirección de los atentados, pero sí la idea de que, cada vez que hay un acto de guerra sucia salga alguien ahí reivindicándolo en nombre de los GAL, para acojonar a los de ETA. A mí esto me suena a operación de *marketing*.

—Tú eres Teresa de Calcuta. Esto se está haciendo con fondos del ministerio y con el conocimiento del ministerio. Y de *marketing*, nada: ojo por ojo y diente por diente.

261

A Julia le fascina esta convivencia con el mal, al filo de lo imposible, que es todavía más notable cuando van de potes por Donosti y Bilbao. Todos hablan con todos y las cuadrillas entran con naturalidad en las *herrikotabernas*, que es como se llaman los bares de Herri Batasuna, el partido político de ETA. Ella no sabe distinguirlos de las demás tascas.

En la aldea del valle del Baztán, donde tienen casa unos parientes de Koldo, las cosas son más complicadas. Están de fiestas y se ha corrido la voz de que Koldo y sus primos son «cipayos». Ser «cipayo», policía, es mucho peor que ser español. Los rodea un grupo de *jatorras* en tono muy amenazante

—Os vamos a matar a hostias, *txakurras*.

Txakurra significa perro, pero también se usa para llamar a los policías y guardias civiles. *Jatorra* es el vasco auténtico, que ejerce de vasco, el luchador, el que da la cara por Euskadi. Estos luchadores son muy pesados: parecen dispuestos a estar dando la cara toda la noche. Tendrá que venir uno con autoridad superior, que por lo visto conoce a la familia, para que los dejen tranquilos. El ambiente está muy politizado. Ahí no hay término medio: o eres español o eres vasco. Cada atentado, le cuentan, pone a unos a un lado y otros al otro.

A gran escala, igual. Hay vascos tan contrarios de ETA que son capaces de montar un GAL y hay vascos tan favorables a ETA que le dan su voto y su dinero, cuando no su colaboración directa. Incluso entre aquellos que condenan los atentados, muchos dan por buenas las razones políticas de su existencia, como si siguieran vigentes. En medio anda siempre el PNV, que no apoya pero tampoco condena con todas sus consecuencias, ejerce como muro de contención y a cambio se queda con todo el poder.

En cada familia hay un poco de todo. Uno que paga *el impuesto*, otro que vota al PSOE, otro en el otro lado o en el penal de Burgos y el más joven, en la *kale borroka*, juego de adolescentes que consiste en quemar contenedores y cajeros automáticos. Cuando ETA pone una bomba en una sucursal, el banco mete los daños en fallidos y no pasa nada, mientras los accionistas siguen financiando nuevas bombas con el impuesto revolucionario.

—¿Por qué un día queman cinco cajeros del BBV y al día siguiente, ninguno? —pregunta Koldo.

—No lo sé, igual tú sí.

—Yo tampoco sé, pero sí sé, y aquí sabe todo el mundo, que a ETA la financian los de Neguri. ¿Cómo han sobrevivido? Pagando. Secuestran al presidente del banco, no paga, lo matan y luego cobran a la familia el dinero que tenían apartado, más los intereses.

—¿Y cómo puede esa sociedad sobrevivir a esa esquizofrenia?

—Ya te he dicho: nos conocemos todos. Pero yo, particularmente, ya no tengo ese problema. En Madrid y escribiendo de fútbol, tan contento. ¿Otro pote?

Vale más cualquier amigo

262

Los amores de verano son solo eso, amores de verano. Se diluyen cuando en septiembre vuelve cada cual a su rutina. Lo bueno en este caso es que va a continuar como amistad, eso seguro. En realidad, es lo que ha sido desde el minuto cero, una amistad con derecho a cama, que ahora tiene que entrar por fuerza en una nueva fase. Koldo sale desde hace años con Marisa, una fotógrafa especializada en moda que pasa largas temporadas en Milán, y de un tiempo a esta parte le está haciendo demasiados extraños. Julia mantiene con Javier su ya estable «relación Guadiana», como él la llama, en la que aparecer y desaparecer forma parte de la normalidad más absoluta.

Cuando vuelven a Madrid les espera una noticia buena y una mala. La buena le ha tocado a Koldo: Marisa ha regresado de Milán con intención de pasar una larga temporada a su lado. Julia tiene que apechugar con la mala: Javier se ha enrollado con Sara, su rubia y cálida compañera de piso. Pero no es que hayan tenido un rollo fortuito, no. Llevan unos meses liados a tope, aunque delante de ella intentan disimularlo.

Nunca se le había pasado por la cabeza que una noticia como esa pudiera sentarle tan mal.

263

En el Avión también hay novedades. Desde que volvió de vacaciones, César cena todas las noches en La Villa. Ya no es un café, un plátano o un tentempié, sino una cena en regla.

—Me he quedado sin ama de llaves —explicó el primer día al Pulga, que desde ahora tiene que prepararle todos los días, a las ocho y media, algo

parecido a un menú.

Dicen en el bar que Rosario se ha muerto, pero el maestro ni confirma ni desmiente ni parece de humor para recibir pésames. Mejor no preguntar nada. El caso es que Rosario ya no lo espera despierta cada noche para prepararle la cena.

—¿Qué le apetece, don César?

—Una merlucita de esas que tú me haces.

—Marchando.

No es merluza, sino pescadilla congelada, que ahora vienen muy buenas. Con los dos duros que le deja para la compra (el maestro no se estira ni en la cama) es imposible que entre en esa casa siquiera cincuenta gramos de merluza. Pero él no se entera. Con el pescado descongelado sin prisas, los cachelos cocidos a fuego lento y la punta de cuchillo de pimentón de la Vera esa falsa merluza le sabe a gloria bendita.

264

Le sabía, en pasado. La gallega se ha marchado con la merluza a otra parte. Porque no se ha muerto, no. Aunque a César no le guste dar unas explicaciones que dejan un tanto maltrecha su dignidad, se ha ido, harta de que el pianista, tan simpático con todo el mundo, a ella no le haga ni caso. Diez años poniéndole la cena de madrugada son más que suficientes. Agur. Ahí se queda usted, don César. A cascarla.

Julia se enterará de todo eso unos meses después, a primeros de febrero, en el lugar más insospechado: la estación de tren de Chamartín. Se lo cuenta una mujer menuda, bajita, vivaracha, con el pelo ondulado, abundante y teñido con un tono rojizo, un vestido estampado de tonos amarillos y ocre, una chaquetilla roja, por encima, y unos botines peludos, a juego con la chaqueta. Lleva una maletita en la mano y se le acerca sonriendo, jacarandosa.

—Tú eres Julia, ¿no? Soy Rosario, la que estaba en casa de don César. ¿Es que vas a coger tú también el tren de Santiago?

—No, no, estoy esperando a unas amigas que vienen de Barcelona en el expreso, que llega con retraso. No nos conocíamos, ¿no?

—Yo a ti sí, porque don César tiene encima del piano una foto donde estáis los dos y le he pasado la bayeta muchas veces.

Julia recuerda la foto. Se la sacó Chema Moya, un fotógrafo de *Diario16*, una noche que apareció en el bar con Ana García Rivas después de cubrir la inauguración de una exposición. Unos días después Ana le dio la foto y ella se la regaló al maestro, convencida de que se iba a quedar perdida para siempre entre las partituras. Le sorprende saber que se la llevó a su casa, la enmarcó y la puso encima del piano.

—Que sepas que en toda la casa no hay ni una sola foto como esa. Hay algunas muy antiguas en las que está él vestido con esmoquin tocando el piano o rodeado de señoras con escote y señores trajeados, pero como esa, a solas con una mujer, ninguna. Siempre ha sido muy raro. No sé si te habrás dado cuenta, pero don César es más raro que un perro verde.

—Pues será raro, pero de usted hablaba maravillas.

—No sería de mí, sería de la comida que le preparaba. Lo más bonito que ha dicho de mí en diez años es que cocino como una mula. Ya me dirás, si eso es lo más bonito que le puede decir un hombre a una mujer.

—Y ahora, ¿qué tal le va?

Hasta que anuncian la llegada del tren expreso procedente de Barcelona, que hará su entrada en vía novena andén segundo, Rosario habla y habla sin parar. Resulta que su prima Adelaida se ha vuelto al pueblo, que le ha dejado su apartamento en el barrio del Pilar, por el que le paga una pequeña cantidad al mes, dieciséis mil pesetas, una ganga, porque los alquileres se están poniendo por las nubes, más de un 30 por ciento han subido este año, y enseguida ha encontrado un trabajo por horas en casa de Nacho, un periodista jubilado que no da ninguna guerra ni llega a las tantas de la madrugada ni se tira días y días sin hablarle, como don César. Nacho, que vive en la Ciudad de los Periodistas, tiene como principal afición el cultivo de marihuana en su terraza, que está mirando a la carretera de la Playa y le da el sol por la tarde. Rosario se la cuida con esmero, desde que vio el primer día que era un patoso.

—Se lo dije nada más verla: a esta *marijuana* no le ponga tanta agua, don

Nacho, que la va a echar a perder. Pero, no creas, además de *marijuanas* tiene muchas más plantas.

Su piso también lo tiene lleno de flores, de las que está muy orgullosa. Pero el conductor de la EMT que la lleva cada mañana no se enteraba y tuvo que poner remedio. Compró en un bazar flores de trapo y las engarzó cuidadosamente con los geranios del balcón. A poco sensible que fuera ese hombre, de tez oscura, largas patillas, ojos verdes, algo achinados pero muy vivos, y una cicatriz en la mejilla derecha que le da un aire muy interesante, seguro que se daba cuenta. Por si no se daba cuenta, hace tres semanas, al bajar del autobús, se lo hizo notar:

—Yo vivo ahí, en el segundo.

—Ya decía yo que ahí tenía que vivir una mujer especial. Todas las mañanas, cuando paso con el autobús, lo digo: cómo será esa mujer, que le florecen los geranios en enero.

Desde entonces, Rosario y el conductor de la EMT, que se llama Marce y es de Puebla de Sanabria, salen juntos, se cogen de la mano y van a bailar los jueves y los domingos a una sala de la calle Leganitos que se llama La Carroza.

265

A Julia le hace cosquillas esta historia de amor. Ella lleva cinco meses en el dique seco. Todavía no ha conseguido digerir lo de Javier y Sara, esa mala puta que una noche de copas se metió en la cama con los dos, en el viaje a Indonesia destrozó a polvos cualquier atisbo de pareja posible que hubiera en el grupo y ahora le ha levantado al novio delante de sus narices. Por lo que cuenta Lola, llevan meses enamorados como perras, Javier pasa por casa a buscar a Sara, cuando ella no está por allí, y se van juntos los fines de semana. En verano estuvieron en Italia y luego han vuelto, a pasar el Año Nuevo en Venecia.

¿Venecia? La de veces que ella le propuso a Javier ir a Venecia, que es su

ciudad soñada, y él siempre buscaba excusas para aplazar el viaje. No se puede ser más cabrón. Y el caso es que tampoco puede decírselo en la cara porque entre ellos dos, teóricamente, nunca ha habido nada de nada.

Damián la consuela con argumentos muy sólidos.

—Echaremos de menos estos años en los que nos dejan las novias y los novios. No hay cosa mejor. Te dejan, te vienes al Avión, te arrimas cuatro copazos, echas cuatro risas y si se te pone alguien a mano, cuatro polvos, sin tener que darle cuentas a nadie.

—Cómo se nota que tú no te has enamorado nunca.

—¿Que no? A diario. Entre 1981 y 1986 estuve enamorado de tres flores seguidas: Rosa, Begoña y Violeta.

—Menos mal que yo no me llamo Margarita.

—Eso te ha salvado. Además yo ahora soy colombófilo. ¿Te acuerdas de Paloma, aquella niña que te presenté en los toros? Nos vemos de vez en cuando y cada vez me gusta más eso, que nos veamos de vez en cuando.

—Vaya, enhorabuena.

—Todavía no, que esta tía es muy suya. Hay que darle su tiempo y a mí también: si un caucasiano medio tiene que entablar alguna vez una relación seria, lo mejor es que llegue bien entrenado. Tú también te tienes que dar tiempo a ti misma, porque lo tuyo es un ataque de cuernos y eso se quita como se quita, como las manchas del vino tinto: con vino blanco.

En eso tiene razón. Es un ataque de cuernos. Pero qué le vamos a hacer. La verdad es que a ella, que nunca ha aceptado las relaciones con un tío si no son desde la absoluta libertad, lo de Javier y Sara le ha sentado como una patada en la barriga.

—Eso de que la mancha de vino tinto se quita con vino blanco me lo vas a tener que explicar. No pienso hacerme bollera.

—Pues aplicas el plan B, que es el de toda la vida: la mancha de la mora se quita con otra verde. ¿Y qué pasa con el vasco? Pensaba yo que ahí había tema.

—Somos amigos y para de contar. A mí me vino bien para esos meses, cuando Javier empezó a hacer cosas raras, y a él también le vino bien, porque estaba saliendo con una que le vacilaba más de la cuenta y al meterme yo por

medio empezó a poner interés. Cuando volvimos de Euskadi lo estaba esperando con las patas abiertas. Pero ¿ves? Ahí yo no tengo ni un gramo de celos. Lo que me pica es lo de los otros dos, qué quieres que te diga.

—Escucha. Cuando estuvimos en Cuba conocimos a unos músicos que tocaban en el Tropicana. A Tata Güines, que es el mejor percusionista del Caribe, y a un tal Arturo que tocaba un instrumento cubano que llaman el órgano oriental, una especie de pianola gigante. A mí acababa de dejarme una novia y le pregunté: «Aquí, cuando una mujer te deja y se va con otro, ¿qué hacéis?». Y me contestó: «Aquí, nos buscamos otra». Aplícate el cuento.

—Qué quieres que te diga, Dami. Ya me he buscado unos cuantos y estoy como estaba. Me sienta a cuerno *quemao* y nunca mejor dicho. Yo no creo que haya estado nunca enamorada de Javier, pero desde que los veo así, tan contentos, me hierve la sangre.

—Ya, pero ¿si al final Javier y Sara se fueran a vivir juntos tú irías con ellos?

—Si se van a vivir juntos, que se vaya con ellos su puta madre.

—Pues ya está. Ahí empieza y termina tu enamoramiento. ¡Dos *gin-tonics*, Perico!

266

Dami llega al día siguiente al Avión con una foto de carné de ínfima calidad, color mortecino y bordes ondulados, como los sellos. Es un hombre que a Julia le recuerda a su padre, en una foto antigua que siempre andaba por casa, antes del divorcio: pelo rizado negro, bigote, ojos claros, sonrisa entre pícara y bondadosa, chaqueta oscura, camisa clara y corbatilla negra, muy estrecha.

—Es el músico cubano que te dije. Mira lo que pone detrás.

Detrás está la fecha, 9 de agosto de 1982, el nombre del músico, Arturo Vásquez Rodríguez, y unos versos que Damián lee en voz alta:

*Vale más cualquier amigo,
sea un borracho, sea un perdido,
que la más linda mujer.*

—Y esto valdrá para los más lindos hombres, ¿no?

—Sí, pero a ti no te hace falta, porque Javier, aparte de que es un capullo, de lindo no tiene nada. Es un cazurro. Y mira lo que te digo: quien no te quiere, no te merece.

267

Lo bueno de los amigos es que te dan ánimos y no te piden ni explicaciones. Lo malo es que puedes engordar kilo y medio por semana. A Dami, con quien Julia no se ha ido nunca a la cama, que ella recuerde, lo que más le gusta en este mundo es salir por ahí a tomar algo. La expresión «tomar algo» no admite límites cuantitativos y la expresión «por ahí» no admite límites territoriales. Lo mismo terminan haciendo la ruta del bakalao y comiendo *arroz con petas* en una playa de Valencia, que durmiendo en el coche y desayunando callos con vino tinto en la plaza del Castillo de Pamplona o metiéndose seis en una cama del hotel Caballero de Soria o doce en un apartamento de Los Caños de Meca, o tres comiendo lechazo en un restaurante de Pedraza, provincia de Segovia, que es donde van a parar con Superjuán, y con un resacón importante, pocas horas después de la conversación anterior.

—Para la resaca no hay nada como una cremita de cordero —dice Dami, en el asiento del copiloto, dando una calada al porro que le ha pasado Julia desde el asiento de atrás, mientras el Súper conduce con su habitual prudencia.

—¿Cremita de cordero?

—Cordero asado, lechazo, que en el sitio adonde vamos es pura crema.

El sitio adonde van es un restaurante de la plaza, donde todos tratan a Damián como si fuera de la familia.

—No tienes reserva, ¿no? Os tomáis un vino ahí enfrente y venís en una horita, más o menos.

En el bar de enfrente que con sus techos bajos, sus vigas viejas y sus cueros negros, es lo más parecido a una taberna medieval que ha visto Julia en su vida, varias docenas de jóvenes con anoraks se ponen tibios de vino tinto y chorizo para hacer tiempo antes de atiborrarse a judías del Barco y cordero, que ya lo dice Damián:

—No hay que comer con el estómago vacío.

268

Ahí, exactamente ahí, en el último lugar de la tierra donde habría podido imaginarlo, es donde Julia encuentra las piezas que le faltaban para cerrar el puzle de César Martínez. Se las da un hombre de piel terrosa y cuarteada, muy trabajada por el tiempo, el pelo escaso y grisáceo, a partes iguales, la cara muy delgada, los ojos muy grandes, algo saltones, y la nariz de pájaro. Debe de ser de la quinta del pianista, quizá un poco más joven, y es quien lleva el vino a la mesa y se sienta con ellos a echar un cigarrito.

—Yo a vosotros os he visto más de una vez por aquí, pero la señorita es la primera vez.

—Yo a usted también lo he visto —asiente Damián.

—No me llames de usted, que somos del mismo barrio, aunque tú no te acuerdes. Una vez viniste con una *jaquetona* grandota y rubia, muy guapa, que parecía extranjera, y me contaste que te habías criado en el barrio de Salamanca y que tu padre tenía una portería. Y yo te conté que me crié también en ese barrio con mis tíos, que tenían una lechería.

—Me acuerdo perfectamente. Te llamas Gervasio.

—Gervasio García, efectivamente. Y aquí estoy, echando una mano a mis sobrinos. Así es la vida. Empecé echando una mano a los tíos, en una lechería, y termino echándoles una mano a los sobrinos, en una borrachería.

—Me contaste que no has vuelto a pisar Madrid desde hace no sé cuántos

años.

—Treinta y nueve. Desde que terminó la Guerra Civil. Ni he vuelto ni pienso volver. A mí no se me ha perdido nada en Madrid, lo que se me perdió no voy a encontrarlo nunca y lo que encontré allí no hay manera de perderlo, ya me gustaría.

269

A Julia le gusta este personaje, que habla como un poeta y dice cosas que guardará de por vida en su memoria,

—Lo peor es el hambre. Nueve vidas que yo viviera, comiendo nueve veces todos los días, no se me iba a quitar a mí el hambre que yo he pasado.

Cuenta que nació en el número 7 de la calle Peñuelas, en Embajadores, y se crio en una corrala de Lavapiés, que su padre era de Loeches y se marchó a la capital justo el día en que el señorito, desde lo alto del caballo, le tiró un «caldo de gallina» con una invitación:

—¡Fúmate uno de los míos, Manuel!

En Madrid, donde nada más llegar vino al mundo Gervasio, el padre se buscó la vida como albañil, pero la guerra lo pilló «con una mano *alante* y otra atrás y las primeras semanas pasamos más hambre de la que uno quisiera pasar en toda una vida». No había cumplido los catorce cuando el padre se marchó al frente para no volver. A la madre tampoco volvió a verla desde el día en el que le puso la ropa de los domingos y le preparó una maletita con el resto.

—Si sigues aquí, te vas a morir de hambre y yo de pena, eso si hay suerte y no nos mata a los dos un obús. Te voy a llevar a casa de los tíos, que por lo menos leche no te va a faltar y, además, en ese barrio estás seguro: los fascistas ahí no tiran bombas porque saben que ahí es donde viven los suyos

—Es verdad —interrumpe Damián—. Franco dio órdenes de que no se bombardeara el barrio de Salamanca. Y mucha gente, que se dio cuenta, buscaba refugio allí. Además, el Gobierno republicano traía de Lavapiés y

otros barrios donde sí caían bombas, todo el rato, a familias enteras que instalaba en los pisos de los ricos. «Los evacuados», los llamaban.

Casi dos horas le llevó a Gervasio atravesar la ciudad caminando con su madre en los primeros días de septiembre de 1936. Pasaron por la Puerta del Sol, llena de milicianos y de gente que parecía recién llegada del pueblo, con cajas de cartón atadas con cuerdas y maletas enormes sujetas con cinturones, cogieron la calle de Alcalá, subieron por Cibeles, doblaron por Velázquez y continuaron, casi una hora, hasta donde ya terminaban los edificios y empezaban los descampados; ahí torcieron a la derecha por General Oráa, y ahí estaba la lechería de los tíos y el semisótano donde vivían.

—Quédate con tu sobrino, que igual te puede echar una mano en la tienda.

Y ahí se quedó, dice, lo que faltaba de guerra, sin salir ni una vez del barrio.

—Bueno, salí dos veces, pero más vale que no hubiera salido ninguna. Una vez bajé con mi tío a Lavapiés y me llevé una llorera tremenda, porque la corrala estaba hecha un solar y de mi madre nadie sabía nada; decían que se había metido a miliciana. Un domingo fui con unos vecinos al Retiro, nos pilló un tiroteo de falangistas y anarquistas, y una vecinita que era amiga mía, y sus padres, allí se quedaron, muertos los tres. —Hace un alto, da una lenta calada al cigarrillo—. Y no sé por qué os cuento esto. Si me marché de Madrid fue para que se quedaran allí los recuerdos.

Cuando intenta cambiar de tercio y empieza a contar que durante treinta años se ganó la vida tocando la guitarra, primero en Grenoble, luego en cruceros y más tarde en hoteles de la costa, Julia le obliga a volver a mirar atrás.

—¿En la calle General Oráa has dicho que estaba la lechería de tu tío?

—Efectivamente, en el número 56.

—¿Y ahí pasaste la guerra?

—Hasta el último día. Luego me llevaron a la mili, más de dos años que me pasé en Córdoba. Y ya no volví.

—¿Y en la calle General Oráa no conocerías por casualidad a un hombre que tenía muchas palomas y se llamaba César?

—Por supuesto que lo conocía. Don César, se llamaba. Un personaje. Pero

tenéis que ir os a comer, que son casi las cuatro. Volvéis luego, que esto estará más tranquilo, y mientras os tomáis el carajillo ya os cuento lo que queráis.

270

Son las cuatro en punto cuando se sientan en el restaurante y piden una cazuelita de judías, para abrir boca, dos cuartos de cordero asado y unas natillas caseras que según Dami «son lo mejor para desengrasar y mira los asturianos, que después de la fabada se arriman un arroz con leche». Mientras acerca la cuchara a la cazuela de alubias, exclama Julia:

—¡Increíble!

—¿Increíble? ¡Si no las has probado todavía!

—Increíble lo de este tío. Que conozca al padre de César. Y la vida que ha vivido, que también es para escribir un libro.

—Con lo que habrá que escribir un libro es con la historia del hambre que se pasó en Madrid, en la guerra y en los años cuarenta. Es lo único que no ha olvidado ninguno.

—Mi tío Ángel —interviene Juan—, el que trabaja en la imprenta en Ópera, cuenta que en su calle se cayó un árbol, y que un niño cogió una ramita, la mordió, gritó: «¡Palodú!», y entre todos los niños de la calle se comieron el árbol entero.

—En la calle Ferrocarril vivían unos primos de mi madre que después de la guerra tenían al padre en la cárcel y estaban caninos. A uno le salió un trabajo, le pagaron trescientas pesetas, se las gastó en milhojas y lo tuvieron que ingresar porque en una hora comió todo lo que no había comido en los dieciséis años que tenía.

—Lo que dice Gervasio: nueve días que viviera comiendo nueve veces todos los días, no se le iba a quitar el hambre que ha pasado.

—Vamos, justo como nosotros ahora, que no sé yo si no nos habremos quedado cortos pidiendo solo dos cuartos de cordero.

—Tenías razón. Pura crema. Y lo del padre de César... ¿Ese de las

palomas era el padre de César? —pregunta Súper, que no está al tanto de las investigaciones de la profesora.

—Colombófilo, como yo —apostilla Dami, sin dejar de masticar, antes de que ella conteste.

—Sí, sí. Cuando César gana el premio de fin de carrera en el *ABC* explican que es hijo de un militar ilustre, reconocido colombófilo, que se llama igual que él, César Martínez. Un año después, cuando ya ha empezado la guerra, los periódicos cuentan que a ese militar ilustre lo detiene la Brigada del Amanecer en General Oráa, 41, porque lo acusan de mandar mensajes al enemigo con las palomas. Y nunca más se supo. A ver qué sabe Gervasio.

271

Gervasio sabe más de lo que quiere contar, pero algo cuenta, mientras se deja invitar a un carajillo de Magno, con las primeras luces del atardecer.

—Qué tío, don César. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo. Calvo, con gafas, bigote blanco con las puntas torcidas hacia arriba, buenos mofletes y buena barriga pero sin llegar a estar gordo; casi siempre llevaba rebecas de lana y pantalones de pana, pero siempre con un aire de elegancia. Tendría unos cincuenta años y vivía justo enfrente de la lechería, en el 41 de General Oráa. Ahí es donde vivía también esa amiguilla mía que mataron en el Retiro. Conocí a don César, conocí a su mujer, que se llamaba Marina. Todos los niños de la calle subíamos alguna vez a darle de comer a las palomas, aunque, cuando vinieron las malas, las palomas también nos dieron de comer a nosotros. Tenían nombres fantásticos, de cuento. Una se llamaba Sherezade. Decían que don César y Marina no estaban casados, que vivían en pecado, pero los dos eran muy majos y estaban siempre rodeados de niños, todos los del barrio. Él era sabio, paciente y bondadoso, como un maestro de escuela de los de antes. Siempre sonreía y siempre explicaba bien las cosas.

—Pero era militar, ¿no?

—Era militar, pero no parecía. Nunca he visto un militar como él. Y menuda cabronada le hicieron. A los pocos días de llegar yo al barrio, vinieron de madrugada y se lo llevaron a una checa, porque decían que con las palomas mandaba mensajes a los fascistas. Mi tío se quedó muy sorprendido, porque la idea que tenía de él es que no era franquista, sino más bien republicano.

—No fue a una checa, fue a la Dirección General de Seguridad, que me conozco yo esa historia. Lo que no sé es cuánto tiempo estuvo ni cuándo lo soltaron.

—Lo devolvieron al día siguiente, con la cara señalada y varias costillas rotas. Tardó meses en recuperarse, pero se recuperó. Decía que tenía siete vidas, como los gatos. Lo que sí le quedó fue la afición a la morfina, pero igual ya le venía de antes, de la guerra de África. No sé si debería contar estas cosas. ¿Es que era pariente tuyo?

—No, no era pariente mío, pero como si lo fuera. De todos modos, lo de la morfina en esa época era normal.

—Por lo que contaba mi tío muchos militares que venían de África se chutaban. También es verdad que muchos venían enfermos. Pero este no era un militar del montón, ya te digo. Era un hombre especial. Pintor, escultor, escritor, médico, con muchos libros en casa, aficionado a la música. Yo estaba aprendiendo a tocar la guitarra, aprovechando que mi tío tenía una, y me dio consejos que me han servido de por vida. Las palomas eran también especiales, palomas de raza. Cuando terminó la guerra no le quedaba ni una. La mitad las vendió y la otra mitad, al puchero. A mi tío más de una vez le pagó la leche con un pichón.

—Y la mujer con la que vivía, ¿cómo era?

—Era más joven que él y era una preciosidad, como Sofía Loren, para que te hagas una idea, pero más simpática y cariñosa. Una morenaza con pelo caoba, ondulado pero sin llegar a rizado, cara blanca, ojos grandes, boca grande, todo grande, siempre con vestidos alegres, estampados, de colores vivos, ceñidos de la cintura para arriba y haciendo vuelo, de la cintura para abajo. Un pedazo de mujer y una buenísima persona. Cuando yo pisé por última vez el barrio, después de la mili, para despedirme de mis tíos, seguían

viviendo allí, tan a gusto, y seguían comprando en la lechería.

—Y, aparte de esa mujer, ¿el militar tenía familia? ¿Iba de vez en cuando a verla?

—Familia tendría, pero no creo que fuera a verla. Cuando la detención estuvo varios meses de convalecencia y de allí no se movió. Le dábamos nosotros de comer a las palomas, con Marina. Y lo mismo al año siguiente, que le dio un cólico que lo dejó doblado unos cuantos meses más. En los últimos años de la guerra ni dios se movía por Madrid, y él tampoco. Aquello era el infierno.

—¿Y tampoco fue a verlo nunca nadie... un familiar, un hijo?

—No lo sé. Yo eso cómo lo voy a saber. Irían, pero yo no los vi. Sé que tenía un hijo porque me lo dijo él, pero tampoco lo vi nunca. La primera vez que me vio en la lechería trasteando con la guitarra, me dijo: «Tengo un hijo que debe de tener tu edad y también va para músico. Es un gran pianista». Alguna vez he pensado qué habrá sido de ese chico. Igual palmó en la guerra.

272

Si Julia hubiera tenido internet con acceso a wifi, cosa impensable en 1988, habría hecho lo mismo que hice yo al ver en *ABC* las dos noticias protagonizadas por el comandante César Martínez, que en julio de 1935 era el orgulloso padre de niño prodigio, residente en el número 9 de la plaza de la Independencia, y en agosto de 1936 era un sospechoso detenido por la Brigada del Amanecer en el número 41 de la calle General Oráa. Metí en Google ese nombre, esas fechas, esas direcciones, esa graduación y esa afición, la colombofilia, y estuve cruzando datos durante meses hasta encontrar lo que buscaba. Y mucho más.

El capitán César Martínez Sánchez, que en 1923 asciende a comandante, pertenece a una familia de militares ilustrados y vive con su mujer y su hijo junto a la Puerta de Alcalá, donde incluso se anuncia para dar clases particulares. Los años veinte los pasa en África, donde, entre batalla y batalla,

pinta pergaminos que se entregan en actos oficiales. Vuelve a Madrid en 1930, con una baja por enfermedad, y enseguida se retira o lo retiran, recorre España con exhibiciones colombófilas hasta julio de 1936, y la Guerra Civil la pasa entera, con la hermosa Marina y una población menguante de palomas, en el número 41 de General Oráa.

Esa parte, la de la hermosa Marina, no aparece en los anuarios militares. Pero la cuenta con detalle un libro que también me encontré en internet. Publicado en 2010, se titula *Manolo. Un niño en la Guerra Civil española* y está ambientado en el número 41 de la calle General Oráa. Lo escribió en inglés, sobre la base de sus propios recuerdos, un español llamado Miguel Montero, y lo tradujo Jesús José Martín Robledo. Montero tenía «poco más de siete años» en esa época y rememora lo que vio, escuchó y sintió al cabo de cuatro décadas en las que sus sentimientos, dice, «siempre han estado entumecidos».

Sus sentimientos no están entumecidos en esta obra que, sin tener especiales pretensiones literarias, tiene especial sensibilidad para contar la vida en Madrid durante la guerra. Aquí no aparece Hemingway bebiendo whisky en el hotel Florida, aquí no hay épica ni lírica, ni buenos ni malos. Solo unos niños que viven en un barrio de gente acomodada e intentan sacarle a la vida lo que la vida en ese momento no les puede dar.

He podido comprar el *ebook* en internet, pero no he conseguido localizar al autor, que ya debe de tener cerca de noventa años, ni al traductor. Ojalá que alguno de ellos llegue a leer estas líneas, para darle las gracias por ese buen trabajo y para cambiar algunos cromos, aprovechando las investigaciones de Julia, las mías, sus recuerdos y los de Gervasio, el camarero guitarrista de Pedraza.

Empieza a ser noche cerrada, y helada, cuando Julia, Dami y el Súper dan el tradicional paseo hasta el castillo para fumarse el último cigarrito en el

puede de acceso, sobre el foso, antes de coger el R-18 para volver a Madrid. Ya en camino, es Damián quien rompe el silencio.

—Acojonante la historia, Julita. Ya tienes lo que buscabas. Ilustrado, adúltero, drogata, amante de los animales. Un *outsider*, quizás un masón. Ahora entenderás que no dijeran nada de su familia cuando publicaron la necrológica en *ABC*. Y, ya ves, César pudo tener un padrazo pero no lo vio ni en pintura. Los años veinte los pasó en África y los treinta en un palomar del barrio de Salamanca, con Sofia Loren.

—Joder, y se quejan del divorcio. Yo a mi padre, desde que se separó de mi madre, lo veo más que nunca. El trauma me duró un mes, hasta que me di cuenta de que ahora estamos todos muchísimo mejor. Pero a César seguro que el trauma no se le ha quitado todavía. Se va el padre con la novia, y la familia, ahí te pudras.

—Por lo menos les dejó la casa, que no es poco.

—Lo que no sabemos es si se fue por tabaco y no volvió o si mantenía a la vez a las dos familias, que en esa época era lo más normal.

Superjuán, que hasta ahora ha permanecido todo el rato callado, dicta la sentencia:

—¿Y qué más da?

274

Al Avión no llegarán hasta la dos de la mañana. Hay que parar a medio camino, en el mesón La Conce, de Somosierra, a cenar una sopa castellana y un bacalao con tomate, porque, como bien dice Damián, «la cremita de cordero se digiere enseguida y no conviene beber con el estómago vacío». De paso echan un rato con Begoña, la hija de los dueños, que es una muchacha encantadora.

Mientras bajan sin prisas el puerto, Superjuán pone la radio por si ha pasado algo en el mundo. No, no ha pasado nada. En la tertulia de turno (últimamente, en la radio, están todo el día de tertulia) siguen hablando de las

declaraciones de Solchaga, el ministro. Estuvo el jueves en el hotel Eurobuilding con una asociación de empresarios y, hablando de lo bien que va la economía, dijo unas palabras que la radio repite hasta la extenuación:

—España es el país donde se puede ganar más dinero a corto plazo de toda Europa y quizás uno de los países donde se puede ganar más dinero de todo el mundo.

Nunca lo hiciera. Tertulianos de todos los colores lo crucifican sin compasión y lo mismo hace el Súper.

—Una cosa es que se estén forrando y otra que presuman.

—No, hombre, que no lo dice por eso, que lo dice para atraer inversores.

—Pues no sé si serán inversores, pero a su alrededor más de uno se está poniendo las botas.

275

En Madrid no hace tanto frío como en Pedraza, pero está cayendo agua a mares. «Chulos de punta», dice Damián, y Julia imagina cayendo del cielo a varias docenas de chulapos, con la camisa blanca, el chalequillo de cuadros, el pantalón gris ajustado y la parpusa, que es como llaman los madrileños a la gorrilla tradicional.

La realidad supera a la imaginación. A la puerta del Avión se cruzan con el Timbas, el tahúr profesional, a quien llaman así, el Timbas, aunque en su carné de identidad pone un nombre todavía más adecuado para ese oficio: José Yelo Templado. Es alto, ancho de hombros, con el pelo sospechosamente amarillo, un flequillo que le tapa la mitad de la frente y un levísimo bigote. Ronda los cuarenta años y es de un pueblo de Murcia, donde tiene un hermano cura, pero desde que estuvo trabajando en el Mississippi lleva chalina, chalecos con brillo, verdosos, rojizos o granates, chaquetas de paño negro y abrigos de cuellos ostentosos. Hoy trae un gabán rojo con cuello de piel gris y lleva colgada del brazo derecho a una mujer rubia, como él, de un amarillo todavía más sospechoso que el suyo.

A Julia, Dami y el Súper se les quedan los ojos como cuadros cuando el Timbas se quita el gabán, lo despliega como si fuera un capote y lo echa al suelo, sobre un charco, para que la rubia pueda pasar sin mojarse los zapatos de tacón. Luego se lo vuelve a poner, empapado, como si no pasara nada, y se pierden los dos por la calle de Alcántara.

El bar está hasta arriba, como siempre, pero consiguen abrirse paso hacia el fondo, no lejos de la tarima donde está César, que en este momento toca una habanera, «La bella Lola». Todos, incluido el pianista, cantan a coro.

*Ay, qué placer sentía yo
cuando en la playa
sacó el pañuelo
y me saludóóóó.*

Mientras les sirve las copas, le dice Perico a Julia que ponga atención a lo que está cantando el maestro.

—Córrete un poco a la derecha y pon la oreja, que igual desde ahí no lo oyes bien. Y atenta al estribillo.

Se corre a la derecha, pone la oreja. El maestro es capaz de tocar y cantar a la vez sin quitarse el cigarrillo encendido de los labios. El estribillo se le entiende a la primera.

*¡Ay, qué placer sentía yo,
cuando en la playa
saqué la polla
y me la chupóóóóó!*

Vuelve donde están Damián y el Súper y se lo cuenta.

—¡Pero qué morro, lo que está cantando, creyendo que nadie lo oye!

Superjuán vuelve a poner las cosas en su sitio:

—Se ve que ya se le está quitando el trauma.

Los leones y el rebaño

276

Los próximos meses dan mucho de sí. Se reúnen Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov y descubren que tienen más puntos de vista en común de los que la gente se cree; las tropas soviéticas se retiran de Afganistán; los chilenos salen a la calle para protestar contra Pinochet, al cabo de quince años de dictadura; las armas químicas matan en la guerra de Irán e Irak a miles de ciudadanos, en su mayoría kurdos; el Banco de Bilbao y el de Vizcaya se fusionan; todos los partidos vascos, excepto Herri Batasuna, firman un acuerdo contra el terrorismo que llaman el Pacto de Ajuria Enea; ETA secuestra al industrial Emiliano Revilla, que al cabo de ocho meses volverá andando a su casa, donde lo estará esperando una jovencísima periodista, María José Sáez, que de este modo conseguirá que le hagan su primer contrato en condiciones; los policías José Amedo y Michel Domínguez son procesados por seis asesinatos frustrados de los GAL; el tenor José Carreras supera un cáncer linfático; Almodóvar se encamina hacia el Óscar con *Mujeres al borde de un ataque de nervios*; Antonio Hernández Mancha llega al tope de su incompetencia como sucesor de Fraga; el presidente de la patronal, José María Cuevas, dice que «los de Alianza Popular están como chotas»; la cantante italiana Sabrina llena la pantalla de la tele con sus inmensas domingas, que se ponen de moda; el ministro Maravall, que sobrevivió a la huelga de estudiantes, no logra sobrevivir a la huelga de profesores; los jueces procesan a Lola Flores por no pagar a Hacienda y Nicolás Redondo rompe definitivamente sus relaciones con Felipe González mientras Damián Ruiz consolida las suyas con Paloma, la jueza, Sara abandona a Javier y abandona el piso de la calle Ibiza para irse a vivir con una guapísima celadora del hospital, que se llama Inés, en un apartamento de Clara del Rey, y Julia se fuma el primer Peninsulares de su vida mirando al Retiro desde la terraza de un ático de la plaza de la Independencia, sobre la Puerta de Alcalá, desnuda y con una camisa de

hombre por encima.

—¿Y dices que desde aquí se oían los leones?

—Claro que se oían —contesta César, poniéndole un brazo sobre los hombros, como arropándola, en una mañana soleada pero todavía muy fría—, sobre todo en las noches de verano, cuando había pocos coches, cuando el viento venía de ese lado y cuando había leones, claro. Hace ya muchos años que se los llevaron al zoo de la Casa de Campo.

—¿Alguna queja del desayuno que te he preparado?

—Ninguna. Me ha gustado que le echas a la tostada aceite de oliva en vez de mantequilla. Eso es muy andaluz. Seguro que en este barrio nadie hace semejante cosa; dirán que es de pobres. ¿Y tienes tú alguna queja del resopón que te preparé yo anoche, con la barra de pan y las sardinas con tomate?

—Ninguna, maestro. Y de lo demás, tampoco. Ya sabía yo que tenías unos dedos de oro, pero he ido de sorpresa en sorpresa. Y no lo digo por la foto que tienes encima del piano, ni por las zapatillas que te traje de Indonesia, que ya las he visto puestas ahí, como si fueran un Pantocrátor. Lo digo por tus habilidades. Me tienes asombrada.

—Lo bueno de cumplir años es que se aprenden cosas. Y si algún día fallan las manos o falla el instrumento, que no creo, pues habrá que ir haciendo prácticas para ser lo que tiene que ser un hombre de edad: académico de la lengua. Pero vaya, no tengo prisa. ¿Quieres otro... cigarrito?

277

Esa noche tocará César con la energía de un chaval. El bar está tranquilo y a su lado hay tres chicas muy jóvenes, casi adolescentes, que están hablando de sus cosas pero después de cada canción le aplauden y le sonrían. A eso de las diez se arma tal follón, tal ataque de nervios colectivo en esa mesa, que tiene que dejar de tocar y preguntarles:

—¿Qué os pasa, hijas mías? ¿Es grave?

—Muy grave —dice la que lleva la voz cantante, que además lleva

minifalda negra, medias negras y cazadora de cuero negro, que contrasta con un pelo muy largo, muy rubio y muy rizado, como el de una muñeca—. He llamado a mi padre, para preguntarle si puedo llegar media hora más tarde. Me ha dado permiso sin problemas, pero cuando le he dicho que estoy en el Avión de la calle Hermosilla se ha puesto como una fiera, ha empezado a gritar de una manera que no es normal y me ha dicho que vaya inmediatamente a casa o viene a buscarme y me saca a hostias.

—Haz una cosa. Llama otra vez a tu padre, dile que estás con César, el pianista, y que no tiene de qué preocuparse. Que aquí ya no hay lo que había cuando él venía y que las únicas chicas que hay en el local sois vosotras.

—¿Es que lo conoces, a mi padre?

—No, pero si se ha mosqueado tanto es porque es un viejo cliente. Y si no se convence, se lo dices con todas las letras: «Papá, aquí ya no hay putas, esto está lleno de estudiantes». Que cuando quiera vuelva a comprobarlo.

Se llama Rocío, vive en Narvárez y tiene dieciocho años recién cumplidos como sus amigas, Manuela y Candi. Están haciendo COU en el instituto Emilio Castelar, de la avenida de Oporto, que es donde vive la madre de Rocío, separada del padre, pero las tres pasaron antes por el mismo colegio de monjas. Se lo cuentan con detalle a César, que se sienta con ellas en el descanso aprovechando que el padre, finalmente, ha concedido la prórroga. Y le cuentan mucho más. Que salen todas las noches, que andan por toda la ciudad. Los patios de Aurrerá, el Gobolem, con chicos mayores, la discoteca Cats de Guzmán el Bueno, el Penta, el Sol de Jardines, donde han conocido a Bibi Andersen, El Ágapo de la calle la Madera, que es donde van los músicos y se llama así por el dueño, Agapito. Que van a conciertos. Que ligan muchísimo y se hartan de bailar en los pubs con música en directo. Que cuando se sienten más libres es bailando. Que tienen amigos punkis, macarras y superpijos, que se juntan con todo el mundo, venga de donde venga y tenga la edad que tenga.

—Nuestros mejores amigos son gais —dice Candi, que parece la más pequeña y, al advertir que César no entiende la palabra, traduce—. Mariquitas, ya sabes. Ahora se llaman gais. Son los que dan menos problemas.

—Pero los que dan problemas también nos gustan —aclara Rocío.

—¿Y cuál es el ambiente donde os encontraréis más a gusto, de lo que vais conociendo?

—El Avión nos alucina, claro. Parece una película de Humphrey Bogart. Pero Malasaña es lo más. Modernísimo. Es adonde más vamos. Lo único que hay que tener cuidado es con algunos que van más colocados de la cuenta.

—Estábamos contándole a Candi que el martes fuimos al Vía Láctea, conocimos al dueño, que se llama Ciri, y llegó un cantante que nos gusta mucho a las tres, completamente ciego; la gracia es que venía de rodar un anuncio contra la droga.

—¿Cómo se llama? —pregunta el pianista, sin especial interés. Le contestan con un nombre que no le dice nada y con el de un grupo, Los Rolandos, o algo así, que tampoco le suena de nada.

—¿Y vosotras fumáis?

—De vez en cuando.

—¿Y bebéis mucho cuando andáis por ahí?

—No bebemos mucho, pero bebemos, claro. Cerveza, sobre todo. Y a veces pipermin con chocolate y cosas así. Nosotras no queremos emborracharnos, lo que queremos es pasarlo bien. Y ligar, claro. Menos Manuela, que mientras nosotras nos estamos dando la paliza con alguno, ella se pone a hablar de filosofía. Hoy ya ves que estamos las tres de Coca-Cola, como tú. Tenemos una cumbre porque tenemos que adoptar una importante decisión —explica Rocío, impostando la voz para imitar la manera de hablar de los políticos.

—¿Y eso?

—Hemos decidido hablar seriamente, porque esto tiene que cambiar. Hay que estudiar, hay que centrarse. Hay que salir menos y trabajar más. De aquí a nada vamos a estar en la universidad y una vida así no puede ser.

—¿Y qué habéis decidido?

—Lo acabamos de decidir. A partir de ahora solo saldremos seis días a la semana.

—Prudente decisión.

—Nos quedaremos en casa los sábados, que está todo lleno de horteras.

—Pues nada, hijas. Venid a verme de vez en cuando. Los martes no, que

libro.

—De momento seguiremos saliendo a diario. Hasta que no termine la huelga de los profesores, que va para rato, tampoco nos vamos a recluir como si fuéramos monjas.

278

Julia esta noche no llega sola. La acompañan Marta, Jesús, Jimmy, Paco, Reme y Mariana. Son viejos colegas de la universidad de Granada que ahora están dando clase por institutos de toda España y han venido a una reunión del sindicato. Llevan varias semanas metidos en huelgas que, como dice Rocío, van para rato. Reivindican sueldos dignos, como los de los demás funcionarios.

Se quejan del Gobierno, pero no de la vida. Tienen menos de treinta años, tienen trabajo y viven rodeados de gente que también tiene trabajo. Igual por eso andan descolocados. Desde que estamos en la Comunidad Europea la economía lleva tal ritmo que los alumnos, antes de terminar los estudios, tienen empleos mejor pagados que el de ellos.

—En El Ejido —cuenta Jesús— ninguno llega a la universidad y solo unos pocos al COU. A los dieciséis años se van a los invernaderos. ¡Pueden ganar trescientas mil pesetas al mes, cuatro veces más que nosotros! Así cualquiera se apunta al abandono escolar.

—En Macael, igual —dice Mariana—. Son hijos de canteros que hace cuatro días solo salían del pueblo para hacer la mili y les daba vergüenza sacar a bailar a una en las fiestas del pueblo de al lado. Ahora hay empresarios de veintiocho años que se compran trajes en Milán, en la misma tienda que Gorbachov, el índice de paro es cero y los chicos, en el mármol, ganan más en un año de lo que voy a ganar yo en toda mi vida.

Cuenta Reme que en Alicante cuando terminan la enseñanza obligatoria «se van a la construcción, o a los hoteles» y en el instituto de Alcázar de San Juan, donde está su hermana, el curso empieza mes y medio más tarde «porque están

en la vendimia y ahora no es como antes, ahora con el vino ganan pasta». En Bailén, donde da clases Jimy, que no es diminutivo de nombre sino de apellido, Jiménez, «tenemos que tener cuidado con los suspensos, porque en cuanto los suspendes se tiran al barro, ¡hasta la cerámica está viviendo un buen momento!».

—Hace cuatro años —interviene Marta, que es de Granada pero tiene la plaza en Sigüenza— en los pueblos estábamos todos en el barro, pero en el barro de verdad. Todavía hay gente que tiene que salir a mear al corral, con las gallinas, pero están poniendo agua corriente y alcantarillado en todas partes. Y de los institutos, tú mismo. Cuando yo llegué a Sigüenza, en el ochenta, había cuatro institutos en toda la provincia de Guadalajara, ahora hay varias docenas. Además de la Universidad de Castilla-La Mancha, claro.

—Esa es otra. Le oí decir a no sé quién, a Tamames, creo, que saldría más barato traer a todos los estudiantes manchegos cada día en taxi a la Complutense. Pero es lo que hay. Ahora todos los penenes quieren ser catedráticos y todos los políticos quieren universidad propia.

—Por lo menos esta generación va a saber leer y escribir.

—En Almería el colegio universitario se va a convertir también en universidad. En los setenta había dos institutos, el masculino y el femenino, y para de contar. Ahora en cada pueblo importante y en cada barrio hay por lo menos uno. Lo del Poniente es una pasada. A las reuniones de padres van todos con furgonetas cojonudas, de Mercedes para arriba, que les han costado ocho o nueve millones de pesetas, pero ninguno tiene carné. Me ha dicho el comandante de la Guardia Civil que hacen la vista gorda, porque para esa gente la furgoneta es vital, pero, claro, como no saben leer y escribir, no se van a sacar el carné en la vida.

—Razón de más para que mantengamos a tope la huelga. Además de hacer institutos hay que hacer leyes coherentes, hay que pagar sueldos dignos a los profesores y hay que dar facilidades para que la gente vaya al colegio y no abandone los estudios a la primera.

Tiene razón la prima Lola cuando dice que la vida va muy deprisa y «en cuanto te descuidas, ya es Navidad». A la Navidad todavía le faltan unos meses, pero Julia se ha descuidado y se le ha echado encima el verano. Su vida no es tan trepidante como la de Lola, que, desde que rompió con el inútil aquel que tenía en Valencia, no duerme dos noches seguidas con el mismo tío. Pero no puede quejarse.

Si tuviera que resumir estos meses con un titular, como los que pone en las reseñas del diario, ese titular sería «Tiempo de amistad». Ni la familia ni los novios ni los amantes: las mayores alegrías se las dan los amigos. Empezando por César, que al cabo de dos o tres paquetes de Peninsulares en su terraza se ha ido convirtiendo en eso, un amigo. El amigo más raro, más viejo y más sabio que ha tenido nunca.

Solo muy de tarde en tarde amanece en ese ático, donde todavía le sorprenden las habilidades de un hombre que le dobla con creces la edad. Pero sobre todo mantienen largas charlas en el café Lyon, con unas cervezas delante. A mediados de mayo se dieron incluso el paseo por el Retiro que el pianista le debía desde hace tres años. Es verdad que lo conoce al milímetro, árbol por árbol. Sus conocimientos científicos son impresionantes y no solo en biología: botánica, química, astrofísica, matemáticas. Pero de lo que más sabe, al cabo de cuarenta años de vivir de noche, es de la vida. Todo lo cuenta, además, con ese sentido del humor tan surrealista que tiene y con frases que suenan a refrán pero parecen inventadas sobre la marcha. Como cuando le estás contando un problema y te suelta, muy serio:

—Es lo que yo digo: más vale ser rico y con salud que pobre enfermo.

O cuando le preguntas:

—¿Crees que los de mi generación bebemos más de la cuenta?

—Beber hay que beber —contesta—. Tampoco vamos a estar todo el día follando.

Julia no le pregunta nunca por la familia. Sabe que eso es tabú y empieza a pensar que ella sabe cosas de esa familia que el propio César ignora. Pero en

uno de sus primeros cigarrillos frente al Retiro le preguntó por su vida sentimental.

—¿Cómo es posible que un hombre como tú no tenga mujer?

—¿Cómo que no tengo mujer? Claro que tengo. Tengo un rebañito y voy cubriendo bajas. Lo que no tengo es pareja. Ni quiero. Cuando empezaron a hablar del divorcio, yo ya decía que de lo que hay que hablar no es del divorcio: es de la abolición del matrimonio.

—¿Y en el amor tampoco crees?

—Creo en el amor de esos dos adolescentes que se encuentran, se descubren, se desean, se comen a besos, a miradas, a caricias, sentados al lado del piano. Ese es el amor que me gusta, el de los que se están descubriendo, pero es por naturaleza efímero. Todo lo demás es matrimonio de conveniencias. Lo que te digo: un rebañito. Eso tendrías que tener tú también. La pareja no da más que problemas.

—¿Y por qué esas novias tuyas del rebañito no aparecen nunca por el Avión?

—Primero, porque nunca he sido de esos a los que les gusta pasearlas; eso que lo hagan los de la *beautiful people*. Segundo, porque están todas casadas y bien casadas. Ese es el secreto: salir solo con mujeres casadas, y bien casadas, que no te dan nunca ningún problema. Todas mis mujeres son de este barrio y todas cumplen esa condición.

—Si un día escribieras tus memorias, se armaría un buen lío.

—Si un día escribiera mis memorias, me pegarían un tiro esa misma noche en el Avión. Algunas de mis amantes van por allí con sus maridos.

280

Desde la terraza de la Puerta de Alcalá ya no se oye el rugido de los leones del Retiro, pero la historia sigue pasando por delante. Lo que no habrá visto César.

—Tú verías los cartelones que pusieron en la guerra, con la foto de Stalin

y otros jefes de la revolución rusa cubriendo toda la Puerta de Alcalá.

—Claro que los vi. A mi madre la ponían enferma.

—¿Y es verdad lo que cuentan, que te pasaste por la piedra a Ava Gardner, cuando andaba por el Riscal?

—La conocí, y más de una noche puso las tetas sobre la tapa del piano, con una copa en la mano, pero no me la pasé por la piedra. El Fary y yo somos los únicos que no nos acostamos con Ava Gardner. No era nuestro tipo.

—¿El Fary también iba por el Avión?

—Iba y va, de vez en cuando. Lo conozco de toda la vida. Es del barrio, ya sabes. Más de una vez me trajo a casa en taxi. Lo que pasa es que ahora el que va en taxi es él y el que conduce, otro. Se está haciendo de oro con las coplas, pero es muy buen tío. Feo como un demonio, pero buen tío.

—¿Y eso que ha escrito Eduardo Chamorro en *Diario16* de que Mata Hari tuvo un romance contigo cuando estuvo en Madrid?

—Eso es imposible. A la bailarina de Java la fusilaron en 1917, cuando yo no había nacido.

Luego da dos bocanadas seguidas al cigarrillo, lo coge con las puntas del índice y el pulgar, hace aros de humo en el aire mirando hacia el cielo, como si fuera una vedete, y comenta misterioso:

—Otra cosa es Wanda, su hija, que también era bailarina, también anduvo por aquí y también la fusilaron por espía. Pero de eso no te pienso contar ni una palabra. Los caballeros no tienen memoria.

Cuando el maestro se marche de vacaciones, en agosto, solo Julia sabrá que las va a pasar en la finca de una de sus amantes, en el valle del Tiétar, aprovechando la magnanimidad y la ignorancia del marido. Ella hará un viaje fantástico: llegará hasta las islas Seychelles, el lugar donde los libros de viajes del siglo XIX sitúan el paraíso terrenal. No tiene ninguna explicación lógica que una interina de instituto, de veintiséis años, hija de un representante

de productos farmacéuticos, vaya a las Seychelles. Pero va. Primero a Kenia, con la Olympic Airways, que es la compañía más barata, lo que les permite pasar dos noches en Atenas, una a la ida y otra a la vuelta. Tras recorrer Kenia durante doce días con el coche de un amigo de amigos que se llama Lorenzo, lleva unos años allí y además les deja su casa, Damián ve que hay un vuelo directo de Nairobi a las Seychelles y propone ir a pasar unos días. Una vez allí, la ocurrencia va a más. Alquilan un velero, con cocinero y piloto, y están varios días de isla en isla, escuchando el sonsonete de Dami:

—Qué bonito sería vivir como vivimos y podérselo permitir.

—Y tú que lo digas. Un viaje como este hace unos años solo lo podía hacer Botín, el dueño del Santander, o Escámez, el presidente del Central.

—Dios le da pan a quien no tiene dientes. A Botín lo único que le gusta es comer sardinas en lata y a Escámez jugar al dominó en Águilas, su pueblo.

—Bueno, nosotros tenemos dientes y pan. Lo que no tenemos es pasta, pero, ya ves, aquí estamos. Eso sí, yo me he pulido los ahorros el sueldo del mes y la extraordinaria, sin contar los gastos extras, que ya veremos cómo se van pagando.

Son seis. Julia; Dami con una de sus exnovias, Violeta, que es de Bilbao; Chelito, que es secretaria de *Diario16*; Luis Miranda, que está en producción; y Pedro, que ha entrado de administrativo en la oficina de Dami y es un hombre felizmente casado, según dice, pero a su mujer le gusta darle cuerda larga en verano.

—Así descansamos ella y yo. Se va con los niños a casa de mi suegra, en Mazarrón, y a mí me da carta blanca para que me vaya con quien quiera y donde quiera, cuanto más lejos mejor.

Son todos amigos, sin más, pero será mejor que nadie escriba nunca las memorias galantes de este viaje, en el que todos tienen ganas de fiesta y nadie tiene que darle explicaciones a nadie.

Ojalá que nadie tenga que hacer tampoco la epidemiología. De vez en cuando en el Avión hay un discreto trasiego de productos farmacéuticos que pasan de mano en mano junto con recomendaciones prácticas («Esto te lo tienes que tomar una sola vez, y esto tres veces al día durante tres días») para anular las consecuencias de concupiscentes trasiegos anteriores en los que ya

no eran solo las manos las que actuaban. Como lo que pasa en el Avión no sale del Avión y lo que pasa en una pareja no sale de la pareja, aunque sea una pareja ocasional, nadie hará nunca ese estudio epidemiológico ni el árbol genealógico de esas relaciones que, de tan amistosas, llegan a ser venéreas.

282

Las exaltaciones íntimas de la amistad tienen los días contados, de todos modos. El sida ya no es una enfermedad lejana y marginal, que ataca a homosexuales y heroinómanos. Todo aquel que se vaya a la cama con un desconocido o una desconocida adquiere el dudoso honor de convertirse en población de riesgo. En el Avión todos conocen ya a alguien que conoce a alguien que tiene la enfermedad. En el mundo hay un millón de enfermos diagnosticados que, por el momento, no tienen curación.

El «follar, follar, que el mundo se va a acabar» predicado en los años setenta por los anarquistas y practicado en los ochenta por todos los demás va a ir dando paso a expresiones como «sexo seguro», «prácticas de riesgo» o «hacer el amor con precaución». Ya lo dice Dami:

—Aquí cada vez se hace más el amor y se folla menos.

Dentro de unos meses, la ministra Matilde Fernández pondrá en marcha una campaña para promover el uso del condón, con el lema «Póntelo, pónselo». Los obispos y Fraga, que ahora está en permanente campaña para convertirse en presidente de Galicia, se pronunciarán en contra, porque a los obispos y a Fraga nunca les ha gustado ver al prójimo follando con alegría y ni siquiera haciendo el amor. Pero el miedo al contagio se irá haciendo notar en las costumbres y eso ya se ve venir.

Para satisfacción de Fraga y de sus obispos, los años noventa serán mucho más castos que los ochenta.

Servicios mínimos

283

Desde que Sara se ha ido a vivir con Inés, la guapa celadora, Javier vuelve a venir cada noche al Avión, donde lo primero que tuvo que aguantar fueron las bromas de Dami.

—Tú verás, Javi, pero como mi novia se vaya con otra, yo me voy con ellas.

—Tú no tienes problemas. A ti no te dejan nunca.

—A mí me dejan siempre, casi siempre por otros tíos. Intento irme con ellos, pero no hay manera.

—¿Y qué haces?

—Lo primero, cambiar la cerradura. Luego me vengo aquí y me pido una copa.

Lo bueno de que Javier se reincorpore a ese grupo a pie de barra, que se reúne sin horario fijo y sin que nadie lo convoque, es que siempre trae nuevos y sabrosos chismes.

—A Pilar Miró le quedan dos telediarios.

—¿Por los jerséis?

—Los jerséis son la excusa. Se la van a cargar porque Guerra la tiene marcada desde hace dos años, cuando Felipe echó a Calviño para ponerla a ella. Le sentó como una patada en los cojones que le quitaran el poder en la tele, justo cuando le estaba cogiendo el gusto. Lo de los jerséis que le regalaron es una gilipollez y lo de la ropa que compró para los actos protocolarios puede ser un desajuste contable, pero no es un delito. ¡Si esa ropa se quedaba en un armario del Pirulí! Pero se la van a cargar, de todas maneras. Y, mientras tanto, la corrupción de verdad, la de las productoras, que es donde se lo llevan muerto, esa no la tocan.

—Igual es que cae algo para el partido.

—Así es como empezaron todos, sacando para el partido. Pero hasta la

corrupción se corrompe. De lo que cogen para el partido se les empieza a caer un poco en el bolsillo y, al final, estamos como estamos: para el partido «cae algo», como tú dices, y todo lo demás se lo llevan ellos.

—¿Y Pilar Miró se lo lleva?

—Imposible. Ni para ella ni para el partido. Pero a su alrededor algunos sí están haciendo negocio. ¿Te acuerdas de Elena Vázquez?

—Sí, era diputada por Madrid y ahora es consejera de la comunidad. Venía por aquí con un granadino que bebía agua y sabía muchísimo de *jazz*.

—Pepe Vida Soria, catedrático de derecho del trabajo. Ya no están en el Congreso ninguno de los dos, pero Elena estuvo en el consejo de administración de TVE y en 1984, cuando solo llevaban año y medio en el poder, presentó una moción, con un tal Luis Enciso, en la que hablaban de «tráfico de influencias» y «posibles corruptelas de publicidad encubierta». Esas empresas públicas son un pozo sin fondo. A mí esta misma tarde me han ofrecido pasta. Nunca me había pasado.

—No jodas. Cuenta, cuenta.

284

Javier está haciendo un reportaje sobre las irregularidades en la televisión que dirige Pilar Miró, a quien, efectivamente, le quedan dos telediarios. Aunque no ha cometido ningún delito (eso que Javier supone, lo confirmarán los jueces), en noviembre se verá obligada a presentar la dimisión. La sustituye Luis Solana, amigo del rey y hermano del otro Solana, el ministro. RTVE seguirá siendo uno de esos pozos sin fondo de los que habla Javier, que hoy mismo ha sido invitado a llevarse su parte.

—¿Conoces el Museo del Jamón, en la Gran Vía, pasado Callao?

—Ahí lo que conozco es una marisquería cojonuda, el Bajamar.

—Pues no ha sido en la marisquería, ha sido en ese bar que te digo. Había quedado con dos sindicalistas para que me contaran historias de la tele. Ahí, ya sabes, hay gente que se lleva hasta los pianos. Nos hemos tomado unas

cañas y unos platos de jamón que al final he pagado yo, para que ni en eso se les pase por la cabeza que me dejo untar.

—Pero ¿qué te ofrecían?

—Por lo visto, están negociando un fondo de pensiones, o algo así, no sé muy bien de qué va, porque me ha pillado de nuevas. El caso es que esos sindicalistas están mucho más interesados en el fondo de pensiones que en los chanchullos de Pilar Miró o en la corrupción de las productoras o en el control político de los telediarios. Me han dado varios toques diciéndome «de eso tenemos que hablar», «de eso deberías contar algo» y, como me han visto poco interés, casi en la despedida uno me lo ha dicho con todas la letras: «Hay muchos millones en juego y si la cosa sale bien hay para todos, también para ti, si nos ayudas».

—¿Y no los has mandado a tomar por el culo?

—No. Me he quedado cortado y les he dicho que a mí no me interesan esos asuntos, que se lo contaré a un compañero de laboral para que los llame.

—¿Y los vas a denunciar?

—No tengo pruebas.

—¿Y si les sigues el juego y consigues pruebas?

—A mí ese asunto me sobrepasa. Lo que he hecho es llamar a Rafa, un colega de economía, que se maneja mejor en esos territorios.

—Eres un *pringui*.

—Si fuera un *pringui* le decía que sí a esos y mañana te ponía un piso. Yo lo que soy es prudente. Desde que Salas echó a Pedro Jota y Pedro Jota fundó *El Mundo*, las cosas en el *Diario16* van de mal en peor. Cualquiera día me veo en la calle. No seré yo quien se meta con la tercera empresa del país.

—¿Televisión Española es la tercera empresa del país?

—No, los sindicatos. Tú echa cuentas. La primera empresa por número de trabajadores, El Corte Inglés, la segunda, la ONCE, y la tercera los sindicatos, con cincuenta mil liberados.

—Lo de la ONCE también tiene arte. Los ciegos se están poniendo las botas. Decía la otra noche César: «Qué país más raro, que la mujer más hermosa es un tío, Bibi Andersen, y el empresario con más vista un ciego, Miguel Durán».

—De la ONCE hablamos cuando quieras. Es verdad que Durán tiene mucha vista, aunque tampoco creo que vaya a durar mucho, y es verdad que los ciegos mandan mucho y mueven mucha pasta. ¿Tú has visto a alguien que se meta con la ONCE o con El Corte Inglés? No. Pues no voy a ser yo quien se meta con los sindicatos. Aparte de que creo que son imprescindibles, tengo instinto de conservación.

285

Si Felipe González tuviera tan agudizado el instinto de conservación como Javier, no se llevaría la sorpresa que se lleva el 14 de diciembre de 1988, el día de la huelga general. La fiesta empieza la víspera y César la vive en directo, desde La Villa.

Cuando faltan seis minutos para la medianoche comienza el telediario con los titulares: el acuerdo sobre servicios mínimos, el discurso de Yasir Arafat en Naciones Unidas, la desarticulación de un comando terrorista en el sur de Francia y la celebración del cuarenta aniversario de la declaración de los derechos humanos con un concierto en el Auditorio Nacional. Cuando faltan unos segundos para las doce, Televisión Española está explicando cómo serán los servicios mínimos en Televisión Española.

—No se emitirá publicidad, ya que no se considera un servicio público esencial, y en cuanto a los infor...

Ese es el punto exacto en el que se corta la emisión y aparece la carta de ajuste con una firma: «Navacerrada 2».

El 14 de diciembre, a media mañana, Javier López coge su R-5 y recorre Madrid de arriba abajo. Vive en la parte alta de la ciudad y para llegar al centro tiene tres opciones: la M-30, el paseo de la Castellana y Bravo Murillo. Las tres están vacías. Nunca, ni en día de diario ni en festivo, ha encontrado menos tráfico. En la plaza de Castilla, que es un importante centro de transporte público, no hay un solo autobús en movimiento. Baja por Bravo Murillo, una calle con muchísima vida comercial donde las tiendas están hoy

con las persianas bajadas. Junto al mercado de Maravillas ve un grupo numeroso de personas: es un piquete. Sigue bajando hasta torcer a la izquierda por José Abascal, que por una vez no se merece el mote de José Atascal, sube por la Castellana y en unos minutos vuelve a estar en plaza de Castilla, desde donde se va a la derecha para bajar por la M-30 y O'Donnell. Al pasar por la Puerta de Alcalá, mira hacia el ático donde vive César.

—¿Tocará esta noche el maestro o estará también de huelga?

Se ríe cuando se da a sí mismo la respuesta, recordando su fama de agarrado.

—Seguro que se ha apuntado a los servicios mínimos.

No hay ni dios. Da la impresión de que todo el mundo se ha quedado en casa, hipnotizado frente a la Carta de Ajuste, como la hermana de Julia. No hay colegios ni comercios abiertos. No se ven taxis ni furgonetas de transporte. Como no es domingo, tampoco se ve gente a la puerta de las iglesias. La radio, que también debe estar en huelga, solo da información relativa al paro. Dobla por Alfonso XII, baja por Maura, aparca sin dificultad en la plaza de las Cortes y entra en el Congreso.

En el palco de prensa hay dos compañeros de agencias. En la tribuna se turnan Carlos Solchaga y Juan Ramón Calero, portavoz de Alianza Popular, discutiendo sin entusiasmo. En los escaños hay más diputados que de costumbre. Todos los grupos, excepto Euskadiko Ezkerra, han decidido asistir al pleno porque piensan que las instituciones no deben paralizarse en ninguna circunstancia. Tienen razón, pero esa imagen da una idea de lo que está ocurriendo: por primera vez desde que se murió Franco, ese Parlamento está alejado de la realidad. La gente por un lado, ellos por otro.

—Esos tíos no se han enterado de nada —comentará luego, en el local de comidas a domicilio que tiene Carmen Vara de Rey, la del «biotipo perfecto», en el número 37 de la calle la Reina. Varita ha hecho un cocido para los amigos, que andan todos de acá para allá. La mitad están metidos en piquetes y la otra mitad zascandileando, como él.

—Para mí que llevan tiempo sin enterarse —apostilla Damián, que siempre está dispuesto a apostillar.

—Tenías que ver la impresión que daba ver a Solchaga y a Calero

discutiendo como si toda España estuviese pendientes de ellos. Patético.

—La misma impresión me dio a mí al pasar por El Corte Inglés de Preciados. La empresa se ha empeñado en mantener el centro abierto pero no entraba ni dios.

—Igual se creen que esto es un problema con los sindicatos. Con quien tienen un problema es con los ciudadanos. Si el país se ha parado es porque la gente ha querido.

—Y porque anoche paró la tele, no te olvides.

Eso lo dice Merche, que está en los informativos de TVE y lo vivió en directo.

—Impresionante. Estábamos todos en el *hall* del Pirulí. Empezaron a contar del diez al cero, como en el lanzamiento de los cohetes. El que llevaba la cuenta era José María Fraguas, el Pirracas. Al llegar al cero, la tele se va a negro y del control sale Ángel Larroca, de sonido, gritando: «¡Señores, esto se ha acabado, vámonos!».

—Pero enseguida apareció un cartel de Navacerrada.

—Navacerrada 2. El centro emisor. Si la dirección hubiera tenido controlado ese centro, desde ahí podían haber metido un cartucho con una película, o con lo que quisieran. Pero los de Navacerrada estaban también por la faena.

—Y Felipe, ¿qué hará ahora?

—Ceder. ¿Qué puede hacer? —contesta Damián.

—No conocéis a Felipe —disiente Merche—. Él seguirá adelante, erre que erre.

Durante la comida y las copas, que son abundantes como requiere la circunstancia histórica, nadie hace una sola referencia al motivo de la huelga: una reforma laboral que abarata el despido e implanta contratos temporales para jóvenes.

Tiene razón Javier. El paro no es un éxito de los sindicatos. Es la expresión de cabreo de un país y la primera muestra seria de distanciamiento entre los ciudadanos y sus políticos.

Tal y como presumía Javier, César se ha apuntado a los servicios mínimos. A las nueve se sienta frente al piano, como cada noche. El país ha vuelto a la normalidad. Desde las seis de la tarde, cuando la tele reanudó las emisiones, de la huelga se habla ya en pretérito perfecto.

—Ha sido secundada por el 90 por ciento de los trabajadores y empresas.

—Han participado ocho millones de trabajadores.

—No ha trabajado ni dios.

—Moncho, el portero, no se había enterado de que había huelga general y cuando ha visto los bares cerrados se ha venido corriendo, acojonado: creía que era el fin del mundo.

—El Corte Inglés aguantó con las puertas abiertas, pero a mediodía cerró. No entraba nadie.

—Menudos hijos de puta. Les damos una millonada para los cursos de formación y así nos pagan.

El último en pronunciarse es Romualdo, asesor de uno de los ministros más influyentes. Está cabreadísimo con los sindicatos.

Se confirmarán los pronósticos más contradictorios sobre la respuesta de Felipe González a la huelga. Aciertan quienes dicen que cederá: el Gobierno reanuda las conversaciones rotas con Comisiones Obreras y UGT y rectifica su reforma laboral. Pero aciertan también quienes predicen que seguirá erre que erre. A los seis años que lleva en el poder sumará ocho años más en los que seguirá haciendo lo que cree que debe hacer, no lo que le pidan que haga.

La cerrazón felipina sumada a la corrupción, que de aquí a nada será noticia cotidiana, le irán quitando votos. Pero no será de un día para otro. En 1989 vuelve a ganar las elecciones por mayoría absoluta, mientras la preparación de los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal

de Sevilla de 1992 mantienen a tope la caldera de la economía y la moral colectiva. El personal se queja de la «gente guapa», que se está forrando, pero no levanta demasiado la voz porque quien más y quien menos está metiendo cuchara. Nunca ha habido tanto empleo, nunca ha corrido tan deprisa el dinero y nunca han engordado de manera tan evidente las clases medias. González, que sigue conservando buena parte de su carisma y su poder de convicción, ganará las elecciones por cuarta vez en 1993, anegado ya por los escándalos y con una nueva crisis económica encima. Cuando las pierda, en 1996, lo hará con nueve millones y medio de votos, que son una *jartá* de votos.

Todos los españoles, incluidos los que no lo votan, estarán en una cosa de acuerdo: es uno de los periodos más prósperos de la historia de España. También, por qué no decirlo, uno de los más entretenidos.

288

Esta noche están todos en el Avión, incluido un *yuppie* con el que Julia se fue a la cama accidentalmente la semana pasada y que le hace pasar un mal rato. No es por nada: es que no se acuerda del nombre. Se acuerda de la casa donde vive, al principio de la calle Ferraz, y del comentario que le hizo, asomados los dos a la ventana.

—¿Sabes cuál es el edificio más antiguo de Madrid?

—No estoy segura. La iglesia de San Ginés, creo.

—Pues no. El edificio más antiguo de Madrid es ese que está ahí enfrente: el templo de Debod. Tiene dos mil doscientos años. Nos lo regaló Egipto por ayudarles a salvar el patrimonio arqueológico cuando construyeron la presa de Asuán.

Se acuerda también de los numerosos whiskies que se metieron en el cuerpo, antes de llegar a ese piso, del romántico bocata de chorizo que se cepillaron antes de meterse en la cama, de lo rápido que se quedó dormido después de echarle unos polvos instantáneos y del bar de la esquina donde se tomaron el café y los churros a la mañana siguiente. Pero del nombre, no. Del

nombre de este tío no hay manera de acordarse. Seis días lleva ya recorriendo el abecedario letra a letra, con miedo a que de un momento a otro entre por la puerta del Avión pidiendo guerra.

Entra hoy, a eso de las once y media, pero no viene pidiendo guerra: viene con una rubia de bote, una de esas gordas reprimidas que tanto abundan en el barrio de Salamanca. Es él quien más se asusta con el encuentro. Mientras intenta simplificar las presentaciones, antes de irse corriendo a una mesa, será la gorda reprimida quien los saque del apuro.

—Te presento a mi... a Elisa.

—Encantada, Elisa.

—Y yo, Julia. Veni me ha hablado tantas veces del Avión que me he empeñado en venir. Él no quería, pero después de tantos años ya sabe quién manda aquí, je, je. Qué bien, je, je. Qué lugar más sorprendente, je, je. Menos mal que no estáis de huelga, je, je.

—Pues me alegro de verte por aquí, Elisa. Y a ti, Veni. A pasarlo bien.

Ahora sí: Veni. Con uve. ¿Cómo vas a acordarte de un tipo que vive en un pisazo de Ferraz, te invita a un bocata de chorizo y se llama Veni? Y encima Veni, con uve, porque, ahora lo recuerda todo, no viene de Benito sino de Venancio.

289

El momento Veni contribuye a que esta noche, al cabo de año y medio, Julia vuelva a meterse en la cama con Javier. Más vale lo malo conocido que lo pésimo por conocer.

Contribuye también César, que le echa un capote después de pasar trabajosamente por debajo del mostrador para fumarse un cigarrito en la calle.

—Sigo pensando que es mucho arroz *pa* poco pollo, pero deberías hacerle un poco más de caso a ese muchacho. Está como un alma en pena.

La huelga ha terminado, Javier vuelve al rebaño.

Porque Julia obedece al maestro en eso de hacerle caso, pero también en

lo otro: montar un rebañito y cubrir bajas.

De pareja no quiere ni oír hablar, por el momento.

Haces que me sienta bien

290

Voy terminando de recolectar estas escenas que luego tendré que ensamblar, como ensamblaron las tejas numeradas del tejado cuando hicieron la rehabilitación de mi casa. Ya va quedando claro el sistema: las originales se aprovechan todas y las rotas se reparan, si se puede. Los huecos que quedan (sobre la vida sentimental de César, por ejemplo), Julia y un servidor los vamos cubriendo con tejas nuevas, que por eso es esto una novela, pero sin forzar más de la cuenta la imaginación. La idea es que esas tejas sean lo más parecidas posible a las originales. Esta es una obra de ficción basada en hechos reales y lo suyo es que el tejado se parezca al original, incluso en los aspectos más livianos, que también pesan.

Hoy es miércoles, 30 de noviembre de 2016. Acaban de darle el Premio Cervantes a Eduardo Mendoza. Enseguida han salido por ahí no sé qué sabios diciendo que lo merece por sus novelas graves y serias, como *La verdad sobre el caso Savolta*, pero no tanto por esas otras «en las que se desliza hacia el humor, abaratando su literatura». Olvidan que *El Quijote* es una novela muy divertida y no por eso menos seria. Pero no son pocos los que creen que la novela, para ser importante, tiene que estar escrita en tono mayor y asomarse a las grandes tragedias o las grandes miserias de la humanidad: el amor, el desamor, los celos, la ambición, la maldad, la violencia, la adversidad, la soledad. Que tiene que hablar, en fin, de esa derrota cotidiana que es para muchos la vida.

Lo tengo crudo. Cuando pongo en orden las piezas numeradas de los años ochenta se me hace difícil pensar en una historia que no sea risueña, aun a riesgo de que en algunos tramos parezca superficial. Me consuelo pensando que en la superficie está la piel y en la piel es donde se quedan pegadas las pequeñas cosas, que son las grandes. Se me viene a la cabeza un disco que acaba de sacar Rosana Arbelo, que es un corazón andante: «En la memoria de

la piel», se titula. Lo que la piel no recuerde no merece la pena recordarlo.

Esta historia no será una historia de celos, ambición, violencia, desamor y muerte. Será una historia de personas poco dadas a revolcarse en las penas, que le van sacando a la vida lo que buenamente pueden. Esta mañana, cuando he bajado al metro camino de la radio, he buscado la derrota en las caras de la gente. Lo único que he visto es gente que se habría quedado con gusto dos horas más en la cama, se ha echado a la calle para buscarse la vida y malo será que no se lleve alguna alegría a lo largo del día, aunque solo sean unas cañas y unos boquerones con ese colega que ya ha terminado las sesiones de quimio o un guasap del sobrino contando que ha conseguido un contrato de cuatro horas en un Vips. En el mismo lugar de la estación de Alonso Martínez donde tocaban en los años ochenta, con horario, los músicos de Labanda, un chaval muy guapo, que toca estupendamente el violín, me ha regalado su sonrisa y su música. Aunque estaba tocando la canción alegre más triste de la historia («Hallelujah», de Leonard Cohen), me ha alegrado la mañana.

Por el Avión Club pasaron muchas personas que podrían llevar dibujada la derrota en la cara. César, sin ir más lejos. Pero solo llevaban dibujada la vida. Mucho mejor.

291

Esa misma impresión tiene Julia. Parte de su alegría cotidiana se la debe a ese hombre que cada noche toca el piano para ella y además de regalar sus canciones regala su sonrisa. Vale que el Avión no es el Metropolitan de Nueva York ni la Sala Dorada del Musikverein donde da sus conciertos de año nuevo la Filarmónica de Viena. Ni siquiera el Auditorio Nacional, ese que inauguraron hace unos meses con la *Atlántida* de Falla. Pero es un lugar donde las relaciones entre las personas tienen música: la música de César.

Julia no entiende por qué la gente lo compara con «El hombre del piano» de Ana Belén, ese «viejo perdedor», cuyas canciones «saben a derrota y a miel», a quien «borrachos con baba» recuerdan que fue «el más joven maestro

al piano, vencido por una mujer». Algún parecido hay, es verdad, sobre todo cuando dice que hay humo, sudor, olor a cerveza y «un calor que se podría cortar». O cuando cuenta que el protagonista se mira en el espejo, como César.

*Cada vez que el espejo de la pared
le devuelve más joven la piel,
se le encienden los ojos y su niñez
viene a tocar junto a él.*

Pero ahí empiezan y terminan los paralelismos. César no se ha dejado vencer, ni por las mujeres ni por la vida. Cada noche que pasa tocando es una victoria que comparte con otros que tampoco se dejarán vencer así como así.

292

Será Meme de la Casa, una compañera de la facultad que ahora está dando clases de inglés en Algeciras, quien aporte las claves que le faltan cuando venga a Madrid, a un cursillo, en febrero de 1989.

—A mí César me recuerda al pianista de Billy Joel. Está siempre tocando para que los demás se sientan bien.

—Menos mal. Siempre lo comparan con el pianista de Ana Belén, que era una pena de hombre.

—Es que son el mismo, pero no son el mismo, ya sabes.

—No, no sé.

—Yo pongo a los alumnos las dos canciones en clase porque el juego de los parecidos y las diferencias, en inglés y en castellano, es muy interesante. La canción de Ana Belén es una versión de la que escribió Billy Joel en 1970, una época que estuvo tocando en un bar. Es autobiográfica. Habla de un hombre mayor, un marinero, una camarera, un escritor... comparten la soledad, las copas y algunos sueños que no han podido cumplir y le piden al pianista que toque porque se sienten bien escuchándolo. La versión de Ana Belén, que

yo creo que la escribió Víctor Manuel, es completamente distinta: ahí el fracasado es el pianista, que iba para estrella y se echó a perder por una pelandusca que lo dejó plantado. Pero en las dos el público se siente bien gracias al pianista y en las dos hay algún parecido con el ambiente del Avión. Y también es curioso eso que dices del joven maestro y del espejo.

—Yo no he coincidido nunca, pero Antonio el Chato me ha contado que Víctor Manuel venía por aquí con Ana Belén en una época en la que también venía mucho Sabina. Igual viendo a César se quedaron con la copla.

—Pues yo te he traído un regalito que también está inspirado en César. En este caso no hay dudas —dice Meme, mientras pone sobre la barra un libro envuelto en papel regalo.

—Un libro.

—Sí, pero el regalo no es todo el libro: está *dentro* del libro. No es nada importante, no te vayas a creer. Ábrelo en casa. Lo encontré por pura casualidad en una librería de Jaén, cuando fui a ver a la *family*.

293

Cuando llega a casa, le falta tiempo para deshacer el paquete, con la curiosidad avivada por los cubatas. A Meme, que además de ser una amiga muy especial tiene una sensibilidad muy especial, le gustan estos juegos, «El regalo no es todo el libro, está dentro del libro». ¿Qué querrá decir? Lo primero que hace es sacudirlo boca abajo, a ver si cae algo: una nota, una foto, un billete. Pero no. Habrá que buscar en el texto. El autor es José María Álvarez, el título *Museo de cera* y la editorial Hiperión, o sea, que debe ser un libro de poesía.

En las primeras páginas confirma que sí, que es un poemario, un tanto borgiano: va creciendo en cada edición y cada poema va acompañado por textos y versos de otros autores. El título de uno de los poemas está subrayado con rotulador violeta. «Suicidio en un café cantante» se titula.

*Bajo el globo de luz tiemblan
los músicos. Una vieja
lesbiana y cantante gime. Un
piano toca.
Y nadie
se percata siniestro de la sombra
que, ¡oh!, estirase pendiente
de una cuerda.*

Entiende Julia que el regalo no está en ese poema, que para entenderlo pide más copas de las que ella lleva encima, sino en los textos que lo preceden. Uno es de César Vallejo:

*Considerando fría, imparcialmente
que el hombre es triste, tose, y sin embargo,
se complace en su pecho colorado;
que lo único que hace es componerse de días
que es lóbrego, mamífero y se peina.*

Otro es una cita de Robert Louis Stevenson, con la que se siente perfectamente identificada: «La bebida y el diablo nos llevaron a puerto».

El tercer texto, ran, ta, ta plan, es una dedicatoria.

*A don César,
pianista de «El Avión»,
que al verme entrar tocaba
«As Time Goes By» o «Lili Marleen».
Y cuando me veía muy borracho
«Blues en si bemol» como Fats Waller.*

El poema es de 1962 y forma parte de un libro ciertamente sorprendente. De todos los versos del autor, Julia se quedará para siempre con dos:

Hay cosas que no se juzgan.

Al día siguiente pregunta en el bar por José María Álvarez. Ni Pedro ni Antonio lo conocen de nada, pero Manolo lo recuerda perfectamente.

—Este es de otros tiempos, de nuestra vida anterior.

—Cuando no veníamos nosotros.

—Y cuando acababa de llegar César, a principios de los sesenta. Álvarez era de Cartagena, sabía mucho de música, sobre todo de *jazz*, le gustaban las señoritas, pero lo que más le gustaba era la música; bebía como un cosaco, pero era muy elegante, muy fino y muy viajado. Siempre con corbata, con chaqueta, con un pañuelillo asomando por el bolsillo de arriba. Un dandi. Venía con Antonio Martínez Sarrión, con Juan Benet, el escritor, con un militar que se llamaba Paco Roca y uno que llamaban el Pálido, que era periodista y también era muy aficionado a la música. Vivían por el barrio, en apartamentos o en pensiones.

—Joder, Manolo. Por aquí ha pasado lo mejor de cada casa.

—Los más finos, como Luis Alberto de Cuenca, se iban y todavía van al Balmoral. Luis Carandell también ha estado aquí, pero iba más a La Hoz y el Martini, ¿lo conoces?

—Ni idea.

—El Dickens, en General Pardiñas. Estaba enfrente del diario *Madrid*. Pero, en fin, se podría escribir un libro solo con los poetas y los escritores que han pasado por aquí. Anoche mismo estuvo Almudena Guzmán, que es muy joven pero ha empezado muy fuerte. El martes, Fernando Delgado, el de la radio, que también escribe estupendamente. Cuando todavía no era tan conocido, Francisco Umbral venía con una periodista majísima, hija de un banderillero, que ahora está escribiendo en *El País*, Rosa Montero. Tú que andas por *Diario16* conocerás a Guelbenzu y a Eduardo Chamorro, que era amigo del cartagenero. Y habrás visto por aquí a José Hierro y a Juan Cruz, el

canario, que es un gran conversador; a Julio Llamazares, el leonés; a Caballero Bonald, el de Sanlúcar; o a José Heredia Maya, el poeta gitano, que es amigo de Damián y de Javier. Todos estos siguen viniendo, pero en la prehistoria pasaba por aquí la gente más insospechada. Con Álvarez vino alguna vez Vicente Aleixandre, el premio Nobel, y luego se iban todos a su casa; a don Vicente ya no le gustaban tanto las señoritas, pero era un tipo extraordinario, un caballero, como diría uno de mi pueblo. Y antes que ellos vino también ese que le acaban de dar el Premio Nobel, el gordo, Camilo José Cela. Ya me dirás qué local puede presumir de haber tenido dos premios Nobel, ¡ni el Gijón! Sin contar con Gabriel García Márquez, que también se lo darán, tarde o temprano, y también ha pasado por aquí.

—Pero aquí no hacían tertulias literarias, como en el Gijón o el Comercial.

—No, aquí no venían a hablar. Aquí solo venían a vivir.

295

César también se acuerda de Álvarez, pero no sabía que le había dedicado un poema. Lo lee con detenimiento.

—Menuda historia. Ya me podía haber dedicado uno con un final mejor. Menos mal que el que se suicida es el camarero y no el pianista. Pero es un detalle y se agradece. Ese hombre sabía mucho de música y me pedía siempre cosas raras, como para ponerme a prueba. Menos mal que yo sabía más que él, ji, ji.

—Dice Manolo que era elegante.

—En esos años y con esas edades, elegantes éramos todos. Tenías que verme a mí, recién cumplidos los cuarenta, con el esmoquin blanco. Todavía lo tengo. ¡Y me entra!

—¿Y de Cela, García Márquez y Umbral te acuerdas?

—El más cariñoso, García Márquez, que se sienta cerca de mí y escucha en silencio. Umbral es un capullo, pero tiene gracia. Cela es un capullo, pero

tiene la gracia en el culo, ese culo del que tanto le gusta presumir cuando habla de sus pedos o se los tira en público.

—Pues son dos de los personajes más famosos de España.

—Ya, porque están todo el día en la tele y nos los tenemos que comer hasta en la sopa. Pero una cosa es ser famoso, otra ser popular y otra ser importante. Otro que se está haciendo famoso, e incluso popular, es el presidente del Atleti, Jesús Gil, y, ya ves, es un cafre.

—De Cela no dirás que es un cafre.

—Yo contra Cela no tengo nada personal, pero me resulta cargante su tendencia a llenar todo el espacio, a ser la novia en la boda y el muerto en el entierro. Con Umbral sí tengo algo personal, porque me llamó borracho en un artículo y yo borracho, lo que se dice borracho, no he estado nunca, pero me cae mejor que Cela y escribe con mucha gracia. No le darán el Nobel, pero tiene sentido de la historia y cuenta como nadie esta sociedad, esta ciudad y esta época. Por cierto, que él sí que estaba borracho cuando apareció en la tele diciendo eso de: «Señorita, yo he venido a hablar de mi libro».

296

Julia cree que la frase de Umbral —«Yo he venido a hablar de mi libro»— va a pasar a la historia.

—Desde que le dio por decir eso en el programa de Mercedes Milá, la repite todo el mundo todo el rato.

—Claro, porque da la medida del tiempo que vivimos. Aquí cada cual vende su libro. Los clásicos lo dirían de otra manera: aquí cada cual viene a vender la burra y cada perro se lame su cipote. Eso es así y yo creo que va a ir a más en el futuro. Todos vendiendo y comprando, y el que más chifle, capador.

—También la sociedad consiste en eso: unos compran y otros venden, unos escriben y otros leen, unos tocan el piano y otros escuchan.

—Pues que se anden con el bolo colgando y verán, esos que se pasan la

vida comprando y vendiendo. En cuanto vengan las vacas flacas, los dueños del cortijo seguirán siendo los de siempre y volverán a poner ellos las leyes. Y los que ahora creen que son algo, cuando se vean otra vez en el arroyo, ya veremos lo que hacen.

297

Tras pasar el fin de semana en Valencia, con la madre, y dedicar el lunes a los alumnos del instituto, cuando llega el martes al Avión, Perico la está esperando con un sobre.

—Toma. El maestro ha dejado esto para ti.

Es una edición antigua de *La colmena*, de Camilo José Cela, con una larga nota manuscrita de César, que tiene una letra muy particular. Exagera muchísimo el rabo de la jota o la g, el sombrerito de la te, la pata derecha de la erre mayúscula y los rasgos de todas las mayúsculas, que son muy elaboradas. Las minúsculas van entrelazadas y son desiguales, de diferentes tamaños, lo que dificultaría mucho la lectura si no fuera porque él, consciente de que no es de letra fácil, separa pulcramente las palabras. Todas van levemente inclinadas hacia la derecha y en todo el texto no hay nada parecido a una falta de ortografía, sintaxis o puntuación.

«Ahí tienes —empieza diciendo— la única obra que me interesa de Cela. Ahí es él quien cuenta como nadie esta sociedad y esta ciudad, en los primeros años de la posguerra. Cuando Umbral toca ese periodo, en alguna novelita suya, se le nota que habla de oídas, nada que ver con sus estupendas crónicas actuales. ¡Me tendría que haber preguntado a mí! Pero Cela no habla de oídas. Este es un libro que a ti, como especialista en literatura, puede que no te guste, pero a mí me parece la novela más importante de esa época».

Luego le cuenta que Cela tenía que haber visitado los sitios donde él trabajaba en esos años «para ver cómo se gastaban el dinero los ricos», recuerda a Galdós, como «otro gran cronista de su época» y le advierte que encontrará en el libro un par de subrayados, con lápiz. «Nada importante. Uno

es para que veas que en los años cuarenta hasta las penas de amores se quitaban “con mucha comida”, quien pudiera conseguirla, y otro para que veas que Cela, cuando vino por primera vez al Avi3n, reci3n inaugurado, aprovech3 para tomar notas aqu3 al lado, en la calle de las Naciones».

Julia, que ha le3do m3s de una vez *La colmena*, busca directamente el subrayado.

La calle de las Naciones es una callejuela corta, llena de misterio, con 3rboles en las rotas aceras y paseantes pobres y pensativos que se divierten viendo entrar y salir a la gente de las casas de citas, imagin3ndose lo que pasa dentro, detr3s de los muros de sombr3o ladrillo rojo. El espect3culo (...) no resulta divertido, pero se mata el tiempo. Adem3s, de casa en casa se va cogiendo algo de calor. Y algo de cari3o, tambi3n. Hay algunas chicas muy simp3ticas, las de tres duros; no son muy guapas, esa es la verdad, pero son muy buenas y muy amables y tienen un hijo en los agustinos o los jesuitas...

En esa calle infeliz, cuya historia quiz3 est3 todav3a escrita en las paredes, siguen ellos muchas noches la juerga.

298

La pr3xima noche que vayan al Tarot, en las Naciones, Julia buscar3 alg3n rescoldo de ese pasado triste y cutre que retrata Cela en *La colmena*. Imposible. Hay un local con luces rojas, El Abeto Rojo, en el que nunca se mete nadie, pero el elemento dominante es el bullicio de los j3venes que entran y salen del Tarot. Dentro, un hombre mayor, con aspecto y acento ingl3s, canta una canci3n que rememora los cupl3s de los a3os veinte.

—Se3orita, deme un beso.

—Este t3o, este t3o es un obseso.

—Se3orita, deme dos,

—Este t3o, este t3o va a por to...

Chicos y chicas ríen por igual ante ese rescoldo paleontológico mientras beben cubatas, conversan en voz alta o se buscan con las manos.

—Señorita, deme siete.

—Este tío, este tío me la mete.

—Señorita, deme ocho.

—Me la mete, me la mete por el chocho.

Si algún día alguien escribe una novela sobre el Madrid oscuro de los ochenta la calle de las Naciones no le va a servir. En Madrid hay todavía ambientes sórdidos, pero el elemento dominante es otro: el de esos jóvenes que ríen alegres y se buscan con las manos, mientras el hombre con acento inglés sigue cantando.

—Señorita, deme nueve.

—Este tío, este tío no se mueve.

—Señorita, deme diez.

—Me la mete, me la mete de una vez.

—Señorita, deme once.

—Este tío, este tío es de bronce.

Sobre lo que sí tendrán que escribir los novelistas del futuro, cuando intenten reconstruir el ambiente de esta época, es sobre esa aristocracia del dinero y del poder que tanto está dando que hablar últimamente. La comidilla de estos días en todas partes, incluso en el Tarot, a esas horas de la madrugada, son los polvos del adusto marido de Alicia Koplowitz con la joven y rubia marquesa de Cubas.

Los dueños del mundo (y del «Paternón»)

299

Julia, que no lee el ¡*Hola!* ni en la peluquería, no sabe quién es Alicia Koplowitz. Pero se entera enseguida. Con su hermana Esther posee la tercera fortuna de España, detrás de los March y los Botín. Obsérvese que las fortunas no se tienen, se poseen. Las dos hermanas están casadas con dos primos con gabardina, como las gambas, que se llaman Alberto Cortina y Alberto Alcocer, controlan un potente tinglado financiero e intentan controlar el de sus primeras damas. Cortina tiene cuarenta y dos años y Alcocer, cuarenta y cinco. Estudiaron en ese criadero de jefes que es el colegio el Pilar por donde también pasaron Juan Luis Cebrián, director de *El País*, numerosos ministros de la UCD y el PSOE y un inspector de Hacienda con bigote y cara de pocos amigos que en los próximos años dará mucho que hablar: José María Aznar.

El Pilar está en el barrio de Salamanca, pero en Chamartín hay una calle dedicada a Alberto Alcocer, abuelo de los Albertos, que fue alcalde de Madrid con dos dictadores: Primo de Rivera y Franco. Cortina es hijo de Pedro Cortina Mauri, ministro de Exteriores en el último Gobierno de la dictadura. Su amante, Marta Chávarri, es una rubia de veintinueve años que desde su boda con el marqués de Cubas sale mucho en las revistas del corazón. Es bisnieta del conde de Romanones, que en tiempos tuvo el mayor patrimonio inmobiliario de la ciudad, y sobrina de la periodista Natalia Figueroa y de Raphael, uno de los cantantes más populares de los últimos veinte años y de los próximos cincuenta, por lo menos.

El desconsolado esposo de Marta Chávarri, Fernando Falcó, es hermano de Carlos Falcó, marqués de Griñón, uno de los múltiples maridos de Isabel Preysler, portentosa filipina que a bordo de diferentes matrimonios va recorriendo todos los estamentos de la vida social, económica y cultural de la España contemporánea. Primero fue un cantante multinacional, Julio Iglesias; luego un bodeguero aristócrata, Carlos Falcó; y ahora un político retirado,

Miguel Boyer, que está a sueldo de los Albertos, precisamente. Para el póquer, ya solo le faltaría un premio Nobel, de esos que siempre pasan por el Avión.

300

El chisme del año es que la joven marquesa de Cubas tiene un romance con Alberto Cortina, el marido de Alicia Koplowitz. Los fotografiaron juntos en un hotel de Viena. Dicen que esas fotos las divulgó Mario Conde, príncipe de la cultura empresarial contemporánea: el pelotazo. La Real Academia terminará por admitir este neologismo, pelotazo; dícese de la «operación económica que produce una ganancia fácil y rápida». El mecanismo es sencillo, consiste en comprar a un precio y vender a otro muy superior. De tal modo hizo sus primeros quince mil millones el señor Conde, que ahora preside uno de los grandes bancos, Banesto, y es uno de los hombres más envidiados del país.

Nunca un banquero tuvo tanta fama. Es el perejil de todas las salsas, el protagonista de todos los actos sociales, la portada de todas las revistas. Con esos primeros millones ha dado de comer a periodistas, vendedores de yates y coches de alta gama, rectores, editores y propietarios de establecimientos hosteleros donde bebe Vega Sicilia, baila sevillanas o hace las dos cosas a la vez. Exhibe gozoso su fortuna y se presenta al mundo como modelo a imitar. Da lecciones de moral al papa, de *perestroika* a Gorbachov, de liberalismo a la Thatcher. Es una ambición andante. Ahora sueña con fusionar su banco con el Banco Central, pero para eso debe desactivar primero a los Albertos, que tienen el 12 por ciento de las acciones del Central y no están por la faena: con la fusión perderían poder. Lo que ellos quieren es echar a Conde de la presidencia de Banesto y poner en su lugar a Miguel Boyer, que para eso le pagan cien millones al año con los dineros de sus señoras.

La publicación de las fotos de Alberto Cortina con la marquesa produce inmediato efecto. Alicia Koplowitz expulsa de su vida al marido infiel, el marqués de Cubas hace lo propio con su díscola esposa y al cabo de unos meses Esther Koplowitz, ya puestos, se divorcia también del otro Alberto. En

contra de todas las reglas del arte amatorio, Cortina se casará con su amante, a quien la prensa da tratamiento de diva, con artículo: *la Chávarri*.

Aunque Conde no logra la fusión, ha conseguido anular a sus rivales golpeando donde más duele: la entrepierna. La ruptura de sus matrimonios debilita a los Albertos y da un respiro al presidente de Banesto. No le valdrá de mucho. Por sus malas artes financieras, el banquero de moda terminará con sus huesos en la cárcel.

301

En España no se habla de otra cosa y en el Avión, tampoco. A César todo esto le recuerda las cortes medievales. Alrededor del poder político revolotean buscavidas de toda condición: nobles, cortesanas, sacerdotes, artistas, escritores, prestamistas, golfos, hidalgos, trovadores, magos, curanderos, vendedores de humo, soldados de fortuna. El franquismo no ha sido desmontado del todo, pero ya está naciendo una clase: el nuevorriquismo.

—¿Cómo es posible que los socialistas estén dando alas a semejante tropa? —pregunta Miguel, que del anarquismo pasó a la democracia y es votante de Felipe González, pero cada vez ve más cosas que no entiende.

—Sobre eso —responde muy serio Damián— se han escrito numerosos ensayos y tesis, pero en Cádiz te lo explicarían con dos palabras: mamoneo. Eso es lo que hay entre esos socialistas, esos aristócratas, esos empresarios franquistas y esos del pelotazo: mamoneo.

—A mí lo que me parece increíble es que, mientras dejan a esa gente hacer lo que le da la gana, quienes cargan con la reconversión industrial son los trabajadores.

—Los trabajadores y los contribuyentes. Porque las Koplowitz no sé, pero tú y yo vamos a estar pagando de por vida las pensiones de Cádiz, de Asturias, de Sagunto... ¿Y de la prensa no vas a decir nada, Javier?

—¿Qué quieres que diga? —se encoge de hombros el periodista—. Menudo cante grande estamos dando.

La prensa está convirtiendo en espectáculo la información, sin separar el grano de la paja, lo privado de lo público, lo trascendente de lo trivial. Todo vale, con tal de vender, aunque sean secretos de alcoba. A Marta Chávarri y Alberto Cortina los persiguen los fotógrafos a todas horas mientras los editores pagan generosas cantidades a cualquiera que pase por allí (la cocinera, el chófer, la compañera del gimnasio) para que cuente lo que quiera sobre los amantes.

La revista *Interviú* publica unas fotos de la marquesa adúltera con falda por encima de la rodilla, las piernas entreabiertas y sin ropa interior. «Lo nunca visto de Marta Chávarri», titula. Los españoles, en lugar de criticar la intromisión en la intimidad, compran dos millones de ejemplares.

302

A César le perturba la aparición de una nueva clase social, alimentada por el poder político, que imita todos los comportamientos de los viejos aristócratas excepto su proverbial discreción. A los dueños del cortijo se suman otros cuya conducta produce más asombro que envidia y más vergüenza que asombro. Él siempre ha pensado que cuando un rico es rico de verdad su casa no se ve desde la calle. Los nuevos ricos de la democracia hacen una impúdica exhibición de la riqueza que han conseguido con prisas. Son los años locos de Ibiza y los años dorados de Marbella, donde esos ricos recién llegados se juntan con los de siempre. Compran coches exclusivos y enormes mansiones, viajan en aviones privados y cambian a sus mujeres de toda la vida por otras más jóvenes y más vistosas que enseguida saldrán en las revistas a bordo de esos coches y esos aviones o enseñando muy contentas esas mansiones.

Cuando Isabel Preysler enseñe la que comparte con Miguel Boyer los españoles se dividirán en dos: los que cambiarían su piso entero por uno de sus catorce cuartos de baño y los que se conformarían con vivir en la confortable caseta del perro, dotada como es natural de calefacción y aire

acondicionado.

César recordará que Boyer, cuando estaba en el Gobierno, era el primero en decir «no nos lo podemos permitir» cada vez que un ministro guerrista hacía una tímida propuesta social.

303

Al rebufo de la *gente guapa* va creciendo una clase media que vive su propio sueño de poder. La primera que lo vio venir fue Martirio, la cantante andaluza de la peineta y las gafas de sol, que lo contó en una copla:

*Con mi chándal y mis tacones,
arreglá pero informal,
domingo por la mañana,
él me saca a pasear.
Mientras va lavando el coche
dejo la casa arreglá...*

¿Dónde la saca a pasear? Al híper, claro. El híper es la catedral del neocostumbrismo carpetovetónico. Un paraíso cercano donde las familias pasan sus horas más felices. Los hay por todas partes y todos se puede dar rienda suelta a la principal actividad lúdica y cultural de los españoles de fin de siglo: comprar.

*Con los niños por delante
nos vamos al híper.
Mi marío tiene, por fin,
la tarde libre,
y a empujar los carritos, que ole,
nos vamos al híper.*

La gente los domingos ya no va a misa: va al híper. No hay nada más seguro,

luminoso y acogedor que un centro comercial. Nada da más poder que sacar la tarjeta de crédito delante de una caja registradora. Ni hay nada que iguale tanto. Solo ante la caja registradora se produce el misterio de la igualdad constitucional.

—Comprar nos hace a todos iguales —dice José Luis Díaz, un publicitario muy majo con quien César aprende mucho, aunque solo aparece muy de tarde en tarde por el Avión.

—¿Me creerás si te digo que yo nunca he pisado un sitio de esos?

—Te creeré. Y si me dices que tampoco tienes tarjeta de crédito también te creeré. Pero que sepas que de aquí a nada vas a ser el único. Hay ya más de siete millones.

—Pues no, no tengo. Que con un trozo de plástico saquen dinero de las paredes, mientras la señora espera con el coche en doble fila, me parece cosa de magia.

—Pues eso ya no es el futuro, maestro. Es el presente.

—A este paso el dinero será solo una cifra.

—Eso tenlo por seguro.

304

Con él que no cuenten. Ni para las tarjetas ni para los híper. Ni para el gimnasio, que esa es otra.

—Es incomprendible que la gente se esté gastando un dineral en productos de belleza, cosméticos y gimnasios. ¿A ti te parece normal que la gente pague más de cien mil pesetas al año por hacer gimnasia, sin contar las cervezas que se toman al salir?

—Da igual lo que me parezca a mí. Empieza a ser normal.

—Cuando yo era más joven a las novias las engordaban para la boda, ahora las adelgazan. Lo nunca visto. Los nietos del hambre pagando por adelgazar. ¿Y dices tú que es normal? Si me lo dices hace quince años no te creo. Y que se duchen todos los días, tampoco.

Es lo que hay. A pesar de las bolsas de pobreza que quedan por toda España, los niños descalzos de Extremadura, los barrios trogloditas de Andalucía, las paupérrimas aldeas gallegas, la desolación creciente en comarcas de Castilla y Aragón o los cien mil jóvenes enganchados a la heroína. A pesar, en fin, de que el pasado nunca se extingue del todo, aunque el Gobierno le vaya poniendo parches, los españoles de clase media, que son multitud, gastan una fortuna en cosméticos y compran todos los días, a todas horas, dosis de bienestar desconocidas por las generaciones anteriores. El Gobierno marca el compás a golpe de talonario: solo Japón y Francia tienen trenes tan rápidos y modernos como el que estamos comprando nosotros para ir a Sevilla, en dos horas y media, por quinientos mil millones de pesetas.

Los felices miembros de esa clase media no cambiarán de mujer, porque no podrían permitirse mantener a la ex, pero sí cambiarán de coche, cada cuatro años, y no se comprarán una mansión, pero ya han dado la entrada para un adosado.

El adosado es el hábitat soñado por el español de fin de siglo. Al sociólogo Antonio Fuertes, que fuma en pipa y es uno de los primeros universitarios que en los años setenta eligieron el Avión como hábitat, eso le llama muchísimo la atención.

—Es curioso, César. Lo que hace un siglo era en Inglaterra una vivienda suburbial, para mineros y obreros industriales, aquí se ha convertido en símbolo del progreso.

Ahí está, como prodigioso lugar de encuentro de lo individual y lo colectivo, la independencia y el gregarismo, esa versión moderna de la corrala donde cada cual mantiene su propio espacio pero todos comparten el patio, que ahora es zona ajardinada con piscina, y oyen sin esfuerzo las conversaciones de los demás.

Sobre las corralas, las urbanizaciones de adosados tienen un inconveniente: no están en el centro de la ciudad. Pero sus felices habitantes lo agradecen. Además de disfrutar la fantasía de vivir al aire libre, la distancia

les permite disfrutar, varias horas al día, de su otro atributo de poder: el coche.

306

Los nuevos españoles se miran en el espejo de Mario Conde, se peinan con gomina, se apuntan a clases de sevillanas, van cada año a la feria de Sevilla, presumiendo de amigos con caseta, y si pueden a la romería del Rocío, aunque para los gastos tengan que pedir un crédito, compran los libros por metros para llenar las estanterías de pladur y, no contentos con mandar a sus hijos a inglés, los apuntan a equitación, salvo que en el momento de decorar el adosado hayan dado respuesta musical a la pregunta suprema:

—¿En esa pared del salón-comedor, qué ponemos: una chimenea o un piano, que también queda muy bonito?

Con el adosado ha entrado en sus vidas el decorador. Isabel, una de las primas granadinas de Julia, se ha comprado uno precioso en Albolote tras dar su particular pelotazo: traspasaron por un dineral el local comercial del suegro, en Recogidas, donde ahora venden hamburguesas de nombre extranjero.

Con la ayuda del decorador, «que es mariquita pero tiene muy buen gusto», les ha quedado monísimo. El comedor es inglés, el baño, árabe, con bañera redonda de mármol de Macael, como la fuente del Patio de los Leones de la Alhambra, el dormitorio americano, «muy funcional», y el de los niños, marinero, como el camarote de un barco; la cocina y el patio «son talmente un patio rociero», con sus azulejos, sus sillas de enea, su chorrillo de agua y su azulejo con la Blanca Paloma. Pero de lo que están más orgullosos Isabel y su marido, Juan Miguel, es de la puerta de entrada, de inspiración georgiana, con sus escalones, sus columnas, su friso y su llamador.

—Mira qué preciosidad, Julita. Es de estilo gregoriano.

—Sabelita, no seas burra, griego —corrige Juan Miguel.

—Pues eso, como el *Paternón*.

Ni Sabelita ni Juan Miguel ni sus vecinos (el de la derecha es un traficante de drogas simpatiquísimo y el de la izquierda un contratista con pocas letras y mucho futuro) ni los demás integrantes de esa pujante clase media quieren saber nada de política. La política, desde hace años, es cosa de políticos. A los mayores ya no les interesa tanto como antes y a los jóvenes no les interesa nada en absoluto. Del desencanto han derivado al pasotismo, una de las grandes doctrinas filosóficas de esta era.

Pero en las próximas elecciones, un año después de la huelga general, unos y otros volverán a dar el poder a Felipe González, que mantendrá la mayoría absoluta. Enfrente no tiene a nadie, pero lo tendrá muy pronto. Fraga tira la toalla, se marcha a Galicia y su partido queda en manos de Aznar, en quien no son tan visibles los genes del franquismo, aunque con veintinueve años, en 1979, se apuntó a un partido fundado por siete ministros de Franco.

—¿A ti no te da un poco de susto ese hombre? —le pregunta Damián a Julia.

—El mismo que a ti. Javier dice que cuando llegó al Congreso tenía todavía peor pinta, era el típico joseantoniano con bigote y el pelo hacia atrás, y que en el setenta y ocho escribió un artículo contra la Constitución. Pero también dice que le da igual ocho que ochenta y que lo tiene muy claro: su partido tiene que virar hacia el centro porque, si no, no se come *un torrao*.

—A poco bien que se lo monte, todos esos que se están comprando los adosados terminarán por votarle a él. Felipe los engorda y él se lleva la carne.

—Es lo que hay. Los progres ya no estamos de moda.

—Vale, pero una cosa es que no estemos de moda y otra que la palabra progre se convierta en insulto. Y lleva camino.

—Pregúntale a tus amigos socialistas. Si se empeñan en arrimarse a la derecha, al final ya no sabremos ni quiénes son los socialistas ni dónde está la derecha.

A esos jóvenes, que van camino de los treinta y cinco años, las cosas que están pasando les cabrean, pero a César, que va camino de los setenta, le preocupan. Algo está fallando aquí, en algo se está equivocando Felipe González. Cualquiera diría que nunca ha andado por la calle ni se ha tomado un vino en un bar con gente que no le esté dando coba todo el rato. Porque eso es lo que pasa con las cortes medievales, aunque sean del siglo xx: la mitad se dedica a darle la razón al príncipe, la otra mitad a darle coba, y todos a vivir del cuento.

Felipe es un hombre inteligente, seductor, con una gran capacidad de convicción y un potencial histórico enorme, pero le falla el sentido de la medida. Eso ya se vio cuando solo llevaba dos o tres años en el poder y le dio por salir a pescar ¡en el *Azor*, el yate de Franco! ¿Cómo pudo hacer semejante tontería un hombre con tanto sentido de la historia? Luego vino lo de «Da igual gato negro o gato blanco, que cace ratones», después que «Mejor un contrato basura que no tener ninguno», luego que «El Estado de derecho también se defiende en los desagües». Y ahora estamos como estamos. Unos cada vez más ricos y otros cada vez más mosqueados.

Viven todos mejor, es verdad. Nunca en los años que tiene César, que ya son unos cuantos, ha vivido la gente tan bien. Donde había caminos de cabras hay autopistas, donde hace cuatro días llamaban «amo» al dueño de la finca hay universidades, donde había chabolas hay suburbios y donde había barrios obreros hay barrios de clase media y no hay dios que aparque porque en cada familia entran dos o tres sueldos y tienen dos o tres coches. Están todos más sanos, más guapos, más limpios, más altos, el dinero corre de mano en mano y a diario contemplan avances que ni siquiera habían soñado. Y todo con una alegría de vivir que no habían tenido nunca y tampoco han tenido en otros países de Europa, como Francia, donde parece que todavía no se les ha quitado la tristeza de la Segunda Guerra Mundial.

El salto de estos años ha sido brutal, la entrada de los dineros europeos se está notando muchísimo y los socialistas están haciendo cosas que nunca

habría hecho la UCD ni, mucho menos, Fraga. Eso es verdad. Pero también es verdad que España empieza a estar gobernada por una élite, una nueva aristocracia que está cada vez más alejada de la gente corriente. Los niños ya no quieren ser bomberos ni misioneros, ni siquiera toreros o futbolistas. Quieren ser ricos herederos, como las Koplowitz, o ricos banqueros, como Mario Conde, que hace cuatro días no tenía nada y ahora se cree el dueño del mundo.

Si uno se asoma a los periódicos o a la tele ve que España se ha llenado de dueños del mundo. A unos los llaman *yuppies*, otros son la *jet society* o la *beautiful people*. Es la nueva aristocracia del poder y del dinero.

Se cuentan por millones quienes los imitan, algunos con éxito. Francisco, que es un constructor malagueño, viejo conocido de la familia de Julia, viene de vez en cuando a Madrid, se aloja en un hotel de Goya y se toma un par de copas en el Avión, para hacerse el encontradizo con los diputados andaluces que andan por allí.

—¿Cómo le va, Francisco? —pregunta César mientras le ofrece un cigarrillo, que con los poderes emergentes conviene llevarse bien.

—No va mal. Con mi empresita y mis porcientos me apaño.

César le toca siempre los «Rumores de la Caleta». Igual así se enternece y no llena la Caleta de adosados.

Del pelotazo y los porcientos enseguida pasan al robo puro y duro. Quienes piden comisiones para su partido van dejando caer cantidades cada vez más grandes en sus propios bolsillos y lo mismo hacen quienes descubren que el tráfico de influencias entre el poder económico y el poder político es uno de los más prósperos negocios. Ayudar a alguien a conseguir una recalificación de terrenos, un permiso, una obra pública o una concesión, aprovechando las buenas relaciones del intermediario, es una vía rápida para el propio enriquecimiento. La fiebre de la construcción y las obras públicas

(Barcelona 92, Exposición Universal de Sevilla, tren de alta velocidad...) generan un espectacular trasiego de maletines del que la prensa tan solo da mínima noticia. Al lenguaje periodístico se van incorporando palabras como «caso», «escándalo» o *affaire*, en francés, que queda como más fino. Pronto serán de uso cotidiano.

El desarrollo del nuevo estado de las autonomías acerca la administración a los ciudadanos, con todas las ventajas que eso supone, pero propicia la aparición de reinos de taifa, neocaciquismos y liderazgos unipersonales: el de José Bono en Castilla-La Mancha, Manuel Fraga en Galicia, Rodríguez Ibarra en Extremadura, Hormaechea en Cantabria, Jordi Pujol en Cataluña... Hormaechea es el primero que tiene que dar cuenta a la justicia por sus excesos. A Jordi Pujol le buscan las vueltas los socialistas por irregularidades en su etapa de banquero, pero frena el golpe envolviéndose en la *senyera*.

Los primeros escándalos de envergadura surgen en los partidos mayoritarios. En todos existe desde la Transición la inocente costumbre de desviar comisiones para su propio sostén. De eso saben hasta en el Partido Comunista, hoy emboscado en Izquierda Unida, donde ya en los primeros ayuntamientos se tiraron en plancha hacia las concejalías y gerencias de urbanismo, que es donde corría el sólido elemento, legitimados moralmente por la creencia leninista de que «lo que es bueno para el partido es bueno para la sociedad».

—Si tenemos que combatir con quienes han hecho sus fortunas en la dictadura, necesitamos contar con recursos propios —decían los bisoños concejales, entre copa y copa.

Han pasado más de diez años y tenemos una democracia consolidada, pero algunos siguen metiendo mano en la caja y pidiendo comisiones a todo aquel que contrate un servicio con la administración pública. O montando empresitas con amigos, familiares o gente del partido, para llevarse ellos mismos esos contratos.

Solo algunos de los escándalos saltarán a la prensa. En el Caso Filesa, del PSOE, la justicia confirmará la existencia de ingresos irregulares. El Caso Naseiro, de Alianza Popular, quedará sin efecto por cuestiones de procedimiento (se basa en escuchas policiales autorizadas con otro fin), pero

lo resume a pie de barra un economista que trabaja en Génova, 13 y ha colaborado en la investigación interna con un joven fiscal llamado Alberto Ruiz-Gallardón.

—Nos hemos salvado por la campana. Son nueve años de financiación ilegal del partido.

310

Con ese chico, que se llama Emilio, tiene Julia una de las experiencias políticas más emocionantes de los últimos tiempos. Nada más conocerla la invita a cenar y ella se deja invitar, por esa irresistible atracción que en ella despierta la gente diferente. La cena es en El Currito, de la Casa de Campo, donde comparten unas sardinas y un cogote de merluza con dos botellas de blanco que le sientan de maravilla. Al salir del restaurante, con las dos botellas de vino en el cuerpo y los consiguientes canutos de hachís a la luz de la luna, qué le vamos a hacer: aunque no estaba previsto, se enrollan.

Se ve que no es la primera vez que Emilio cena en El Currito. Domina el territorio. En lugar de enfilarse el 4x4 con cristales tintados hacia la salida, se va hacia el interior de la Casa de Campo y se mete entre los árboles. En lo más oscuro, para el coche y empieza a pasar de todo. Julia recuerda fugazmente los años de la facultad, donde el *parking* era *un follaero*, en el sentido literal de la palabra. Como todos los coches eran utilitarios, estas cosas requerían cierta habilidad que no todos los chicos tenían y solo los expertos resolvían del modo más lógico: sentándose en el asiento del acompañante del conductor y montándola a ella encima, a horcajadas. Por suerte, el coche de Jaime es enorme y, más suerte todavía, no se cumple la teoría de «coche grande, pito pequeño» que siempre sostiene la prima Lola. El asiento trasero es un mundo de posibilidades que aprovechan sin prisas y con ganas.

Es verano, hace calor y están los dos en pelota picada cuando llega la Guardia Civil, con sus trajes verdes y sus tricornos. Julia se queda dentro,

intentando taparse de cualquier manera. Emilio sale tal y como está.

—A ver, documentación —le dice muy serio uno de los guardias.

—No la llevo encima —contesta el economista, tan tranquilo, con riesgo cierto de que le peguen un tiro entre las cejas, por cachondo.

—¿Qué están ustedes haciendo? —pregunta entonces el guardia, con su arma reglamentaria en la mano.

—¿Es que no se nota? —contesta Emilio, mientras cubre con las manos su propio armamento.

El amigo de Julia es mayor que los civiles, va para los cuarenta. Los civiles son más jóvenes que ella, unos críos. Se miran, se acercan el uno al otro y cuchichean. Antes de volver a su coche, Julia oye cómo uno de ellos dice con voz de mando:

—Muy bien, pero procuren ustedes no armar ningún escándalo.

311

Para escándalo, el de Juan Guerra. En el Avión tendrán como siempre primera noticia. Los diputados guerristas andan con los ánimos revueltos y no lo disimulan delante de Julia y Damián, aunque se cortarán un poco cuando llegue Javier, que es periodista.

—Ha sido la mujer. El capullo se ha separado de la mujer y ella, que es un bicho, ha ido de redacción en redacción con un dossier.

—Fue a ver a Fraga. Se presentó en su casa con una caja de papeles y con el director de la revista *Época*, que fue el primero en soltar la liebre. Esto no hay quien lo pare.

—Lo que no sabemos es cuál es el alcance de «esto».

—Sea el que sea, a Alfonso le va a salpicar.

—Igual no. Alfonso tiene doce hermanos.

—Ya, pero este es al único que le ha puesto un despacho.

Tienen razón. Pase lo que pase, siempre le salpicará a Alfonso Guerra, y más teniendo en cuenta que a su hermano lo tiene contratado como asistente

con un sueldo de 129.370 pesetas al mes y un despachito, en la delegación del Gobierno en Andalucía, que el asistente aprovecha para negocios, trapicheos y, presuntamente, prevaricación, cohecho, malversación, tráfico de influencias, fraude fiscal y usurpación de funciones. De todas esas cosas será acusado y por todas será juzgado, aunque solo lo condenarán por un delito menor de fraude fiscal. Da igual. El caso perjudica a Guerra y el propio Guerra se perjudica a sí mismo cuando el 1 de febrero de 1990, en el Parlamento, en lugar de decir, «Miren ustedes, entre doce hermanos siempre te puede salir alguno torcido», intenta echar balones fuera hablando en tercera persona, como Julio César, dice que el vicepresidente del Gobierno no tiene constancia de la existencia de prácticas irregulares en ese despacho y acusa a todos los demás partidos de hacer cosas parecidas.

La bola no dejará de rodar. Fue primero *Época*, luego los demás. Unos con la boca pequeña, porque Guerra todavía manda mucho, otros con entusiasmo. Basta con que alguien llegue a una redacción diciendo que Juan Guerra mató a Prim para que se publique a toda plana. Se ha levantado la veda y todo vale contra quien lleva ya muchos años ejerciendo el poder y, como dice Miquel Roca en el debate, se ha creado demasiados enemigos.

—Entiéndalo, señor Guerra, a usted muchos le tienen muchas ganas.

Entre los que le tienen ganas están algunos ministros y está, cada vez más, Felipe González. Les molesta la insistencia de Guerra en mantener al partido en la senda de la izquierda clásica, frente a esa socialdemocracia suave, condimentada con sutil liberalismo y descarnado pragmatismo, en la que ellos se encuentran más cómodos.

Entre los que avivan el fuego están también los jefecillos del partido que alguna vez han sido víctimas de Guerra y los que tienen más agudizado el instinto de supervivencia.

—¿Has visto lo de Bono? Ahora resulta que ya no es guerrista: es renovador.

—Lo vi en Antena 3, esa tele nueva que está empezando a emitir en pruebas. Pedía responsabilidades por lo de Juan Guerra como si fuera un editorialista del *ABC*.

—¿Te acuerdas de la foto que tenía en el despacho con Alfonso?

- Claro que me acuerdo.
—Pues la han cambiado por una con Felipe.
—Con un par.

312

Visto y no visto, Felipe González expulsará del Gobierno a Guerra, se echará en brazos del ala más liberal del partido y colocará en la vicepresidencia a Narcís Serra, el ministro de Defensa. Serra presume de ser «como el agua: incoloro, inodoro e insípido». Pero es más ambicioso de lo que parece. Llevaba muchos años esperando la ocasión. De paso, ha ido reformando el Ejército, sin prisas ni espasmos. La OTAN ayuda. Los oficiales participan en misiones internacionales, viajan, se forman, aprenden inglés; al Avión viene incluso un comandante de Estado Mayor, Valentín, que se desenvuelve en ruso. Pero reivindicaciones clásicas de la izquierda, como terminar con el servicio militar obligatorio, Serra ni las toca, lo que propicia que España se haya llenado de objetores e insumisos, y no hace una sola reforma de calado sin consultar antes, línea a línea, con los propios militares. A los oficiales demócratas de la UMD los readmite en el Ejército a regañadientes, por la puerta pequeña.

Cuando llegue a la vicepresidencia, en marzo de 1991, la revista *Cambio16* lo saludará con un expresivo titular: «Narcís Serra: un mediocre extraordinario». El autor es Pedro Alberto Martínez, Perico, el último estudiante del franquismo. El artículo lo firma un tal Carlos Santos, que es amigo de Javier y Julia y viene de vez en cuando por aquí.

Es domingo, hace una noche desapacible, la ciudad está vacía y cuando llega Santos, a las tres de la mañana, el bar está también vacío. Mientras se toma un *gin-tonic* de Larios, que como siempre dejará a deber, repasa un manojo de folios recién salidos del ordenador.

—¿En qué andas? —pregunta Perico, que también se está poniendo una copa.

—Un artículo sobre Narcís Serra. Es la portada de la revista y llevo todo el fin de semana encerrado en la redacción. Cerramos mañana por la mañana. ¿Quieres leerlo?

Pedro se lo lee sin prisas. Al terminar, le pregunta Santos:

—¿Qué te parece?

—Un mediocre. Un mediocre extraordinario, pero un mediocre.

Ese será el titular que salga en la portada.

313

El Caso Juan Guerra es un juego de niños comparado con otros escándalos que ya están a punto de caramelo. Una cosa es hacer trapicheos en un despacho o en el bar de la esquina (mundialmente famosos sus cafelitos en La Raza) y otra lucrarse con la construcción de cuarteles de la Guardia Civil, con el dinero de los fondos reservados o con la información privilegiada del Banco de España. Pero Juan Guerra tiene el raro honor de ser el único que sale del lance con unas sevillanas propias.

*Juanito de mi alma,
la que has liao,
hace poco en el paro
y ahora forrao.
Te pusieron despacho,
y Alfonso dijo:
en tres años, Juanito,
tendrás cortijo.
Ay que ver que tu hermano
de to s'entera
y contigo parece
que está sordera.
Y si acaso el Mercedes
te da disgustos,
tú di que lo ganaste
en El precio justo.*

Tras dar las claves políticas del escándalo, con referencias al despacho, la ignorancia del vicepresidente, el coche de su hermano y uno de los concursos más vistos de la tele, en el estribillo se recuerda que hace cuatro días Alfonso Guerra presumía de que su partido era el de «los descamisados».

*Vaya partido
más enrollao,
que te forra
y te llama
descamisao.*

A César le hace gracia la letra de esas sevillanas, que una noche canta a pulmón el coro de iconoclastas del Avión. Pero este episodio le deja un raro regusto: aquí solo pagan los más débiles. Los que se lo llevan a gran escala son intocables.

314

El mismo regusto le quedará dentro de unos meses, cuando el Gobierno consiga sentar en el banquillo de acusados a Lola Flores, para quien el fiscal pide penas de cárcel por una deuda con Hacienda. Solchaga se ha empeñado en meter a todo el mundo por la vereda fiscal, y hace bien, en un país donde el pago de impuestos es todavía reciente. Para que sirva de ejemplo, ha decidido poner en la picota a algunos personajes populares. Pero en lugar de elegir a un gran empresario o un banquero ha elegido a una folclórica, Lola Flores, que algo ha puesto de su parte: entre 1982 y 1985 no pagó al fisco ni un duro.

Demasiado ocupada estaba ella, piensa César, como para preocuparse de esas cosas. Recuerda la boda de su hija Lolita, en 1983. En la iglesia, abarrotada de curiosos, no cabía un alfiler. Los novios no conseguían llegar al altar y así no había manera de casarse. Una sentencia histórica de Lola Flores fue más eficaz que los esfuerzos de la policía y sirvió, de paso, para

enriquecer el habla popular del siglo xx:

—¡Si me queréis, irse!

¿Y cómo iba a acordarse de presentar la declaración de la renta si estaba todo el día por ahí de bolo en bolo, de programa en programa? Inolvidable su actuación en *La clave*, de Televisión Española. Debatían sobre el presente y futuro de la copla y le reprochaban que ella últimamente usaba poco la bata de cola, santo y seña de las folclóricas clásicas.

—¿Que no me pongo yo la bata de cola? —respondió, mientras se fumaba un cigarrillo, mirando a cámara—. ¿Cómo que no? Si no me la quito ni queriendo, si es mi sello... La bata de cola no me la quita nadie y moriré con ella y a lo mejor pido que en la caja me la metan...

Llegado ese punto, hace una larguísima pausa, da una calada al cigarrillo y precisa:

—... La bata de cola.

Han pasado cinco años, pero en La Villa todavía se parten de risa cuando lo recuerdan. También les hará gracia, aunque no tanta, la peregrina solución que propone para resolver sus problemas con Hacienda:

—Si diera cada español una peseta... No digo a mí: a esos señores.

Cuando muera, en 1995, otro artistazo llamado Juanito Valderrama la despachará con un certero epitafio:

—En nada era perfecta y en todo era genial.

Es Lola Flores, la Faraona. Un personaje sin el cual no se podría comprender esta época. En los años cincuenta inventó el rap (quien no lo crea que busque en internet la canción «Cómo me la maravillaría yo»). En los ochenta, el *crowdfunding*.

Muros más altos cayeron

315

Una de las cosas que adviertes cuando te asomas a la historia es que todos sus protagonistas están muertos. Reyes, asesinos, artistas, pianistas, escritores, tíos que pasaban por allí. Si te fijas un poco más te das cuenta de que no solo están muertos ellos sino también los que se ocupaban de mantener viva su memoria. ¿Qué queda? En el mejor de los casos, un nombre en una lápida, un libro o muchos libros, si el difunto fue importante, que tarde o temprano serán polvo, como él. De los personajes de esta historia, que va terminando, alguno sobrevivirá en las escondidas líneas de un blog de colombofilia, en el archivo de un periódico o en el de un conservatorio. Lo mismo da. Esos papeles, seas rey, seas pianista de bar o seas el que pasaba por allí, lo único que hacen es prolongar en unos años, como mucho en unos siglos, el tránsito hacia el olvido. Ese es el destino final de todos, incluidos esos que llamamos inmortales. ¿Cuántos años tiene el artista, el filósofo, el guerrero o el escritor del que conservamos más larga memoria? ¿Dos mil, tres mil, cinco mil? Da igual. Siempre serán poca cosa, si se comparan con los ciento cuarenta y siete mil años del primer Neandertal, del que nunca sabremos el nombre.

¿Merece la pena esforzarse por ser recordado, por sobrevivir en la memoria ajena unos años o unos siglos más que los demás? No, no merece la pena. Sin embargo, y a pesar de las dificultades que supone sacar a alguien de las garras del olvido, merece la pena mantener vivo, mientras estemos vivos nosotros, el recuerdo de quienes nos regalaron, como César, su tiempo, su sonrisa, su afecto, su talento. O sus horas de trabajo, como el Zocato, cuando iba al Avión a echar una mano en la barra.

El Zocato, además de ser policía nacional, era un bendito. Lo demostró cuando los otros camareros, Pedro y Antonio, colgaron en la pared un recorte de prensa con un estruendoso lapsus.

MUEREN EN UN ATENTADO DOS
PERSONAS Y UN POLICÍA NACIONAL

Ocurrió a mediados de 1985 y el recorte era de *La Voz de Almería*. Por razones que César no acaba de entender, en el Avión reciben una suscripción de ese periódico, que todos, empezando por él, leen siempre con varios días de retraso. El primero que se fijó en aquel recorte fue Valeriano Paloma, que esa noche venía sobrio y puso a los autores en su sitio con su grito de guerra predilecto:

—¡Se fusila poco en España!

El policía nacional se limitó a quitar el papel de la pared y a romperlo en cachitos muy pequeños mientras hacía a voz en grito una pregunta que quedó sin respuesta.

—¿Pero cómo podéis ser tan grandísimos hijos de la gran putaaaaaa?

Al día siguiente, en el mismo lugar, había una fotocopia del recorte que una mano aviesa había hecho con suficiente antelación. Y así, durante varias semanas, hasta que se cansó el Zocato de hacer preguntas y se cansó la mano aviesa de hacer fotocopias.

En septiembre de 1989, el Zocato pasa una prueba mucho más dura. Entran en el bar Iñaki Esnaola y Chema Montero, dos conocidos dirigentes de Herri Batasuna, eso que los periódicos llaman «el brazo político de ETA», aunque todavía no ha llegado el juez Garzón para demostrarlo. Montero tiene un escaño en el Parlamento europeo y Esnaola en el Congreso de los Diputados. Los dos están metidos, aunque nadie lo sabe, en los contactos entre el Gobierno y la organización terrorista. De aquí a unos meses esos contactos se convertirán en negociaciones directas en Argel, donde viven esos dirigentes de la banda que la policía llama «la plana mayor» en sus notas informativas.

Es justo lo que exclama el Zocato cuando ve llegar a Esnaola y Montero, con una periodista amiga.

—¡Joder, me habéis traído a la plana mayor!

Tan sorprendente es para él tener como clientes a dos *abertzales* como para ellos que les ponga las copas un policía.

Si eso es posible, piensa César, todo es posible. Incluso que ETA deje de

matar después de alguno de esos procesos de diálogo que van abriendo, con mayor o menor discreción, todos los gobiernos.

Igual hay que esperar unos años, pero muros más altos han caído.

316

En los primeros días de noviembre de 1989 llega Javier López con una bolsa llena de piedras y se la enseña a César.

—¿Te las has traído de Irlanda? Me ha contado Julia que le disteis la vuelta entera a la isla en las vacaciones.

—No. Me las ha regalado Chani, que está en la revista *Tribuna* y es un viejo colega, de los tiempos en los que yo romanceaba con el PCE y él era el jefe de prensa del grupo comunista. Son trozos del muro de Berlín.

—No jodas.

—Ha comprado dos camiones enteros y los van a regalar la semana que viene, un trozo con cada ejemplar de la revista.

—Las revistas ya no saben qué hacer para vender.

—No lo sabes tú bien, maestro. Desde que llegó la tele y se llevó la publicidad, hacen lo que pueden. Unos regalan cedés, otros regalan libros. Y, lo que faltaba, cachitos del muro de Berlín. Toma uno.

—Muchas gracias. Igual algún día viene bien para hacer un puente. Aunque los humanos somos tan estúpidos que siempre hacemos al revés: donde más falta hacen los puentes es donde ponemos los muros.

Sobre la tapa del piano, junto al paquete de Peninsulares, se quedará por tiempo indefinido esa piedrecita, que durante cuarenta años perteneció al mayor monumento a la estupidez humana construido en el siglo xx.

317

Manolín, el sindicalista carrillista, nunca olvidará ese día, aunque nunca

recuerde la fecha.

—¿Cuándo dices que se cayó el muro de Berlín?

—No se cayó, lo tiraron. En octubre de 1989.

—Ese día me eché yo un baile con Ángela Molina.

Ángela Molina es una espléndida actriz, de treinta y cuatro años, que desde hace quince está trabajando con los mejores directores y en estos momentos está triunfando en *Las cosas del querer*, de Jaime Chávarri. Cuando llega con gente del equipo de la peli al Avión, despierta una dosis añadida de emociones: aquí son todos devotos de su padre, el cantante Antonio Molina, y todos se saben sus coplas, como esa que rememora con especial gracia los años del hambre:

*Cocinero, cocinero,
enciende bien la candela
y prepara con esmero
un arroz con habichuelas.*

O esa dedicada a otro oficio, más duro que el de cocinar, cuyo estribillo conoce también todo el mundo:

*Soy minero,
y templé mi corazón
con pica y barrena...*

E incluso una que toca casi cada noche César, aunque no sea tan popular como las otras dos:

*Yo quiero ser mataor
como el Guerra y José
y Vicente Pastor.
Yo quiero ser el mejor
y lo tengo que ser
con estilo y valor.*

Esa es justamente la que Manolín baila con Ángela Molina.

Una gran noche.

Histórica.

318

Unas semanas después será noticia Iñaki Esnaola, muy a su pesar. Los batasunos, que se presentan a las elecciones pero llevan años sin ocupar los escaños, han decidido volver a las instituciones españolas. Piensan que eso puede servir para forzar un acuerdo entre ETA y el Estado. La sesión de investidura de Felipe González será el 21 de noviembre. La noche del 20 los parlamentarios de Herri Batasuna cenan juntos en el restaurante del hotel Alcalá, a medio camino entre la casa de César y el Avión. Dami, Javier, Julia y Lola estuvieron cenando allí la semana anterior: revuelto de hongos, pimientos del piquillo, cocochas... Lo lleva Luis Irizar, fundador de la primera escuela de hostelería de Euskadi, de la que han salido chefs muy conocidos como Pedro Subijana, Carlos Arguiñano o Ramón Roteta, el de El Amparo. Se le considera el maestro de maestros de la nueva cocina vasca.

A medianoche del 20 de noviembre entran disparando en el comedor unos pistoleros, matan a uno de los comensales, Josu Muguruza, y hieren de gravedad a otro, Esnaola. Los asaltantes son dos encapuchados. Como sospechosos serán detenidos y juzgados el ultraderechista Ricardo Sáenz Ynestrillas, que quedará absuelto por falta de pruebas, y el policía Ángel Duce, que será condenado a más de cien años por asesinato. Morirá en 1998 en accidente de tráfico, durante un permiso penitenciario.

La noche del atentado se ha estrenado en la cocina del restaurante un chaval de Carabanchel, de veinte años, que acaba de terminar sus estudios en la escuela de hostelería de la Casa de Campo. Fuerte, más que gordo, muy activo, es gran aficionado al rugby y ha estado en la selección madrileña con un estupendo jugador, de una conocida familia de actores, que promete mucho; se llama Javier Bardem y ha hecho pequeños papeles en películas como *El*

poderoso influjo de la luna, cuyo director, Nono del Real, es asiduo visitante del Avión.

El joven cocinero también promete mucho: Alberto Chicote.

319

El atentado del hotel Alcalá provoca un retraso en las negociaciones para el final del terror: los batasunos desisten de volver a las instituciones. La caída del muro de Berlín, por el contrario, le mete un acelerón a la historia: en los meses siguientes comienza a desintegrarse el imperio soviético. Uno tras otro se van desmoronando los regímenes comunistas situados al otro lado de eso que desde la Segunda Guerra Mundial llamaban el Telón de Acero. Docenas de naciones empiezan a volar con sus propias alas, al cabo de cuarenta y cinco años.

—¿A ti esto qué te parece, Miranda? ¿Lo habían visto venir los de los servicios secretos?

—Esto no lo había visto venir ni dios, maestro. Ni nosotros, ni los economistas ni los historiadores ni, desde luego, los periodistas. Se sabía de la debilidad del comunismo en Rusia y desde hace un par de años estábamos todos siguiendo con interés la reforma iniciada por Gorbachov, la famosa *perestroika*, y desde mucho antes procesos como los de Polonia. Pero pensábamos que los cambios iban a ir más despacio. Y aunque siempre se ha dicho que el Telón de Acero era un decorado y detrás no había nada, pensábamos que había más de lo que realmente hay, que Moscú lo tenía todo mejor amarrado. Se les está disolviendo el tinglado de un día para otro.

—Mejor para todos, ¿no?

—A corto plazo, sí. A largo plazo, ya veremos. Se pierde una referencia, una alternativa al poder americano, un contrapunto, que en algunas cosas no venía mal. Ahora ya no hay quien pare a los americanos. Y ya no hay quien pare a unos que son peores que los americanos: los liberales.

—A la Thatcher le quedan dos cortes de pelo.

—Porque se ha vuelto loca, ya no mide sus fuerzas como las medía antes y se ha metido donde no debía, pero después de la Thatcher vendrán otros. Ahora tocan unos años de socialdemocracia, eso es evidente, pero ya estamos viendo cómo va empezando a derivar. Aquí, sin ir más lejos, Felipe ya se va desprendiendo del guerrismo; la caída del muro le deja las manos libres, porque ya no hay alternativa al capitalismo. Se acabaron los sueños revolucionarios, ahora solo se podrá soñar con reformas del sistema. Y cuando se agote del todo la socialdemocracia o se desgasten los socialdemócratas, ¿entre qué elegimos?, ¿entre dos tipos diferentes de derechas?

—Ojalá aquí en España tengamos alguna vez dos derechas para elegir. Hoy por hoy solo podemos elegir entre la de siempre y la de siempre.

—Eres un pesimista, maestro.

—Igual piensas que los socialistas van a durar toda la vida.

—No, eso ni hablar. A Felipe, a este paso, no le doy más de tres años.

320

No serán tres sino seis los años que aguante Felipe González: hasta el mes de marzo de 1996, cuando por primera vez gane las elecciones el Partido Popular con José María Aznar como candidato. Seis años son muchos años, aunque sean años de declive. Son más de los que vivirá César y más de los que permanecerá abierto el Avión Club, que está condenado a muerte, aunque nadie podría imaginarlo, viéndolo cada noche de bote en bote.

Seis años dan para mucho. Para que España y su Gobierno toquen el cielo, en la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992, y para que se arrastren avergonzados por el suelo, cuando los episodios de corrupción enfanguen la vida pública, con espectáculos tan insólitos como el de un director general de la Guardia Civil perseguido alrededor del mundo por ladrón.

No será la corrupción la que termine con Felipe González: será la pérdida

de papeles ante la corrupción. En la primera fase, su partido hará como el marido a quien su mujer pilla en la cama con otra: negarlo. En la segunda fase, será como el enfermo grave que no se lo cree: «Esto no puede pasarme a mí». En la tercera dará palos de ciego, como fichar al juez Garzón, principal fustigador de corruptos y tenaz investigador en las cloacas del Estado, ponerlo de número dos en la lista electoral de Madrid y darle un cargo en el Gobierno. Cuando en la cuarta fase intente afrontar el problema, de frente y por derecho, será demasiado tarde.

321

Demasiado pronto para hablar de eso. Al felipismo, al Avión Club y a su pianista les quedan todavía muchas horas de vuelo.

Lo que no haremos será contarlas en este libro, que ya se va terminando.

Igual debía darle un par de vueltas más, para que quede redondo, pero ha estado en la radio Care Santos, que es una novelista eficaz, traducida a más de veinte lenguas, y nos ha dicho que no hay que obsesionarse con la perfección. Es verdad. La búsqueda de la perfección no da más que problemas. Me acuerdo de Gildo, un albañil de mi pueblo (queda claro que entre mis guías espirituales abundan los albañiles) que tenía un hijo llamado Gildín, otro llamado Magín, una mujer llamada Realengo, un perro llamado Ya y una fórmula mágica para justificar las chapuzas:

—Lo que está camino de bien hay que dejarlo.

Camino de bien, ya solo falta buscar un final feliz, que es lo suyo en una historia de los ochenta, la década más feliz del siglo.

Un final feliz

322

Tiene razón Lola cuando dice que el futuro va más deprisa que nosotros y en cuanto nos descuidamos nos alcanza. Pero también tiene razón Julia cuando dice que el pasado nunca se va del todo y siempre está presente, de algún modo. Es una de las cosas que ha aprendido en los años que ha dedicado a reconstruir la historia de César Martínez, esa historia de la que César Martínez no quiere saber nada pero está ahí, escrita en las paredes de su vida, igual que sigue escrita en las paredes de la ciudad donde vive.

A medianoche del 23 de diciembre de 1989, sábado, mientras está tocando los villancicos que la gente corea, con las luces apagadas y bengalas encendidas en las manos, el pasado vuelve con su mejor sonrisa.

Entra en el Avión un chaval que a duras penas llega hasta la barra y pregunta por la dueña del local.

—¿Podría salir un momento la señora Leo, que la están esperando ahí fuera?

—Qué pase, sea quien sea...

—Es mi abuela y no quiere pasar, dice que este no es un sitio para niños ni para señoras. Que si no le importa a ella salir un momento.

Sale Leo, hecha un brazo de mar, como siempre, y se echa en los brazos de una mujer finísima en todos los sentidos, con la melena blanca bajo una boina roja echada hacia atrás, como en las revistas francesas, y una figura de formas delicadas que cubre con un abrigo de lana, de cuadros rojizos. Es Mari Carmen, la líder de la «orquesta de señoritas» (violín, acordeón y batería) que amenizó en sus primeros tiempos las noches del Avión. Tras comentar lo guapas que se encuentran, Leo pregunta cómo le va.

—Muy bien. Cuando me casé dejé de trabajar de noche y los últimos años he hecho de todo, incluso dar clases en una escuela de música de la calle Marqués del Duero; la lleva un chico muy majo que es del barrio, nació en

Velázquez y me ha dicho que viene por aquí, Alfonso Casanova. Pero acabo de jubilarme. Ahora, ya me ves, criando nietos y enseñándoles a tocar el violín. ¿Y a vosotros, qué tal os va? Veo mucha gente. Y muy joven.

—Los tiempos han cambiado y si quisieras entrar un rato te sorprendería lo que ha cambiado el ambiente.

—¿Y la música también ha cambiado?

—Ahora tenemos un pianista muy bueno.

323

La segunda sorpresa de la noche se la llevan Perico y su primo Julián, que es inspector de policía en la comisaría de Rafael Calvo. Rufete, un vecino de Valdezarza que ya venía con ellos al Avión hace veinte años, les echa una apuesta.

—¿Os apostáis unas cañas a que de todas las personas que vienen a este bar yo fui el primero?

—¿De todas, incluida la gente mayor como don Antonio o el Maño?

—De todas. El primero.

—Yo sí me las apuesto —contesta Pedro, convencido de ganar. Rufete es más joven que él y que su primo. Pudo venir un par de años antes que ellos, pero no muchos más. Como no lo trajera su madre en brazos...

—Venga. Vamos a preguntarle a Manolo.

Las cañas las gana Rufete. Resulta que sí: que lo traía su madre en brazos.

—¿Te acuerdas de Maruja López, la gallega, que todos llamabais Maruxiña?

—Claro que me acuerdo. La llamábamos Maruxiña y la llamábamos la Gallega, menos Leo que a todo el mundo lo ha llamado siempre por su nombre. Tenía muy buen carácter, siempre contenta.

—¿Te acuerdas de que tenía un niño?

—Me acuerdo. Lo traía de vez en cuando y nos lo pasábamos de mano en mano, era un bebé majísimo. Lo que no me preguntes es cómo se llamaba.

—Se llamaba y se llama: Toño Rufete, servidor de usted.

—¡La leche! ¿Cómo no me lo has dicho nunca? ¿Y dónde anda ahora tu madre?

—Volvió a la aldea y ahí está, sacándole unas perras a una tierra que le dejaron los abuelos.

—Pues ya puedes ir y contárselo a aquella mujer que está en la entrada hablando con Aurora. Se llama Carmela, es también de esa época y viene todos los años por estas fechas a felicitar las Pascuas.

324

Rufete se abre paso entre la gente para saludar a la mujer que indica Manolo. Julia, que ha oído la conversación, se acerca con él. Si esa mujer trabajó aquí hace años, seguro que le cuenta historias interesantes.

Carmela es un personaje. Más que guapa, exuberante. No cumple ya los sesenta, pero quien tuvo, retuvo, y ella ha retenido muchísimo. Pelo caoba, teñido con gusto y cardado con esmero, los ojos grandes y pintados sin exceso, como los labios, de un rojo intenso pero discreto, si es que el rojo de unos labios puede ser discreto alguna vez. Julia siempre imaginaba a las antiguas camareras del Avión como personajes sacados de una novela de Cela, pero Carmela parece sacada de un anuncio del *Selecciones del Reader's Digest*, la revista americana que le regalaban los laboratorios a su padre. Más alta que baja, más que rellenita, hermosa. Con dos o tres brillantes bien administrados en el cuello, la muñeca y las orejas, es, a su manera, elegantísima; tiene algo de actriz.

Lo mejor de todo es que habla por los codos. No hace falta siquiera preguntar para que cuente que la retiró un notario de la calle Velázquez, que se llamaba Salvador, que tuvo el detalle de llevarla al altar y morirse a tiempo, dejándole dos hijos, la vida resuelta y muchos años por delante. Ahora vive de las rentas: dos apartamentos en La Manga del Mar Menor y un local comercial en la calle Ayala que es una mina; se lo tiene arrendado a un frutero. Su hijo

mayor estudió en el Pilar y se ha metido en política. El segundo es secreta, aunque su madre es poco dada a guardar secretos. Ni guarda ese ni guarda el que esta noche la ha traído al Avión.

—Sé quién eres, Julia. César me ha hablado de ti. De mí seguro que no te ha dicho nada, pero te lo cuento yo. Salimos juntos, cuando yo era una chiquilla, como tú, y yo siempre lo he seguido queriendo. A Salvador, mi marido, también lo quería, pero de otra manera. Tenías que haber visto a César en sus buenos tiempos, con su traje negro o su esmoquin blanco y su pajarita. Era guapísimo y... yo lo sigo viendo guapísimo.

Desde que se murió el notario, Carmela viene cada año por estas fechas para felicitar las Pascuas, como dice Manolo, pero también para hacerse la encontradiza.

—César siempre me recibe con educación, pero con frialdad; me esquivo, como no queriendo meterse en problemas. Esta vez ha sido distinto. Me ha plantado dos besos nada más verme, me ha dicho que estoy muy guapa y me ha invitado a tomar un café en el bar de al lado. Lo he visto más abierto, más sociable, más cariñoso que nunca, como diría yo, como con menos vergüenza de expresar sus afectos. No me ha echado la mano al culo nada más verme, como en los viejos tiempos, ni falta que hace, pero me ha gustado verlo tan cariñoso.

—Serán los años, va para setenta.

—Igual. Pero para mí que han sido otras cosas las que le han abierto los ojos. Y por lo que me ha dicho, algo has tenido que ver.

—¿Yo? No, qué va. Yo solo soy amiga suya.

—¡Te parecerá poco! A César nunca le han faltado las amantes, pero siempre ha estado justito de amigos. Y ya que eres su amiga, te lo voy a contar. Le he propuesto que venga mañana a pasar la Nochebuena a casa, con los chicos y sus novias, y me ha dicho que sí. Luego le he dicho que por qué no pasamos también juntos la Nochevieja, ya sin familia por medio, y me ha dicho que también.

Después de hablar con Carmela, Julia le dice que sí a Javier, que está empeñado en que empiecen juntos la última década del siglo en Zahara de los Atunes, junto al mar. Vale. César queda en buenas manos.

El 8 de marzo de 1991, viernes, César cumple setenta años y los celebra haciendo lo que más le gusta: tocando el piano en el bar. La mayoría de los parroquianos lo consideran un tío raro porque no se le conocen otra vida ni otras aficiones. Alguno se lo ha insinuado alguna vez, y Perico, el camarero, se lo ha soltado directamente.

—Maestro, con toda la cultura que tú tienes, ¿no te interesa nada en el mundo?

—Pues ya ves. Me interesa lo que me interesa.

Unos lo ven como un viejo y otros como un mueble, pero él lo tiene claro. De todas las cosas que le interesan en el mundo ha elegido la que le da más satisfacciones: la música. Para él, la vida sigue siendo una fiesta. Por sus dedos no han pasado los años, milagrosamente, y lo que otros pueden considerar una esclavitud, para él es un privilegio: tocar todas las noches de cara al público, en contacto físico con la gente. A estas alturas de su vida no cree que haya contacto físico más importante que el sonoro, aunque desde que Carmela ha vuelto a meterse en su cama, una noche sí y otra también, tampoco le hace ascos al calor de pecho ajeno.

Es un tío con suerte. Se lo dice a sí mismo muchas veces, cuando ve a gente que tiene la mitad de años que él pero lleva el fracaso en la cara y el cansancio en los andares. No es que sus andares sean los de una gacela ni que toda su vida haya sido un triunfo continuado, pero, vaya, no puede quejarse. El año pasado, a principios del verano, oyó por la radio a Gonzalo Torrente Ballester, que cumplía los ochenta. Una periodista muy joven, seguramente una

becaria, le preguntaba de manera un tanto impertinente:

—Usted, con esas edades que tiene, ¿no ha pensado nunca en morirse?

—Pues mire usted, señorita. Yo salgo de mi casa a mediodía, me siento en el café, me tomo un vino, veo pasar a las muchachas en flor... ¿cómo voy a pensar en morirme?

César lo imagina en el café Novelty, de la plaza Mayor de Salamanca, donde él estuvo muchas veces con Manolo, cuando viajaban juntos a esa ciudad.

Ya le gustaría a Torrente tener alrededor a las muchachas que le aplauden a él cada noche, que lo miran acaloradas y le piden una y otra vez que toque la «Polonesa». Y ya les gustaría, a esos que lo critican, tener amigas como Julia o mujeres como Carmela. El Asador Carmela la llama él, con muchísimo cariño.

327

El 25 de julio de 1992, a las once menos veinte de la noche, miles de voces certifican a coro el acierto.

—*Collons, ha encertat!*

La flecha encendida que acaba de disparar Antonio Rebollo surca el cielo de Barcelona a doscientos cincuenta kilómetros por hora, prende la gigantesca antorcha que preside el estadio olímpico de Montjuic y despierta gritos de admiración en las cuatro lenguas oficiales (catalán, español, inglés y francés) y en muchas lenguas más: las de los miembros de las ciento setenta delegaciones olímpicas, los once mil periodistas acreditados, los setenta mil espectadores que abarrotan el estadio y los tres mil quinientos millones que ven el espectáculo en sus casas. O en la tele del bar La Villa, en la calle Hermosilla, número 99, de Madrid.

Cuando el arquero Antonio Rebollo, treinta y siete años, poliomielítico, ebanista y madrileño, del barrio de San Blas, tomó el fuego olímpico de la antorcha de Juan Antonio San Epifanio, Epi, sabía que iba a acertar. A pesar

del viento, de la distancia y de los nervios, los mil disparos previos, en los ensayos, garantizaban el éxito con una precisión casi, casi, matemática. Esa precisión, en fin, que hasta ahora solo atribuíamos a los alemanes o a los suizos.

Han pasado diez años desde que a Felipe González le preguntó el periodista Pepe Oneto: «¿Qué es el cambio?», y contestó:

—Que España funcione.

España funciona. Esa noche no solo acierta el arquero: aciertan los organizadores del espectáculo y aciertan todos aquellos que desde seis años antes han estado preparando los Juegos Olímpicos de Barcelona. También están acertando, desde unos meses antes, los organizadores de la sorprendente y modernísima Exposición Universal de Sevilla.

En España, de un tiempo a esta parte, funciona casi todo y no es por casualidad: es el resultado de un esfuerzo colectivo. Por primera vez, tenemos la impresión de que sabemos hacer las cosas bien. Los cantantes de ópera llenan estadios y son conocidos en el mundo entero, los deportistas de élite ganan medallas, las empresas se atreven con las más modernas tecnologías, tenemos trabajo para todo el mundo, tenemos trenes que van tan deprisa como los de Japón y ciudades remozadas como Barcelona, que se ha quitado la barretina, le pueden hablar de tú a las más importantes de la tierra.

Puede que la Expo y los Juegos Olímpicos nos dejen arruinados, sobre todo si se cumplen los malos augurios respecto a una nueva crisis económica que sobrevuela Europa, pero nadie podrá nunca negar la evidencia: cuando nos ponemos, somos capaces de hacer grandes cosas juntos, en un feliz batiburrillo de buena gestión, imaginación, creatividad y modernidad.

Y libertad, desde luego. En la villa olímpica de Barcelona tienen que rellenar las máquinas de condones dos veces al día.

Fernando Reinlein se enzarzan en una disputa de borrachos, por una vez razonable: los dos aspiran a ser el último cliente que salga por la puerta del Avión. Con ellos están todos los demás. Dami, Julia, Miguel, Lola, Sara, Manolín, Superjuán, Ángel, Merche, Enrique... Y otros muchos que no han salido todavía en esta historia, pero son también sus protagonistas: Rober, Graciela, Merceditas Rosón, Alberto el guardacoches, Ángel, el abogado; Paco Mira, el sevillano, diciendo no sé qué sobre «la gintonía de la vida cotidiana»; Salvador Vidal, el clarinetista; Laurita Cárdenas, la chelista; Ute Kandert y Fran Orta, los pianistas; Paz López, la azafata; Ricardo Aguilera, el de Radio 3; Antonio el Diablo, Ana, Ángeles, Pepa, Pilarín, Augusto, Chicuca, Sagrario, Silvia, José Tomás, Antonia, Charito, Nuria, Begoña, Lourdes, Rosa, Teo, el de los bongos... Y Valeriano Paloma, claro, que intenta justificar su emoción, impropia de un caballero legionario, diciendo:

—Yo soy persona.

Como titula *El País*, «El último café cantante de Madrid cae en las garras de la especulación», y Perico tiene que decir por última vez:

—¡Señoras, señores, veros! ¡A *casca!*!

Manolo y Leo se retiraron hace dos años y dejaron en manos de sus hijos, Jose y Leito, el negocio y el problema: los dueños del local, de renta antigua, quieren recuperarlo para tirarlo todo y construir en el solar. Ya han logrado desalojar a algunos inquilinos, pero quedan los más recalcitrantes. A la familia Zapatero no la echan por las buenas, sino después de un largo pleito que se resuelve con una sentencia acorde con los tiempos: la especulación se impone al romanticismo.

El último día que abre sus puertas el Avión Club es el 9 de abril de 1994. Tiene cuarenta y cuatro años y una semana. Para muchos, su muerte es más dolorosa que la de un familiar.

Esa noche no hay música en directo. El pianista lleva varias semanas de baja.

Cinco días después del cierre del Avión morirá César Martínez, en la residencia Los Olmos, de los Molinos. Morirá en paz, tranquilo, sin sufrimiento, con la sonrisa de siempre y con el paquete de Peninsulares a mano. Desde 1991 está prohibido fumar en los aviones (bueno, no en todos, solo en los vuelos nacionales que duren menos de hora y media), pero a él nadie le ha dicho que no se pueda fumar en los hospitales.

330

Julia va a verlo tres veces en estas semanas. La primera, hablan de política y el pianista le echa una bronca tremenda.

—Este país va cuesta abajo y no estáis haciendo nada para evitarlo.

—Pero eso no me lo digas a mí, díselo a los que roban y a los que mandan.

—No, no, te lo digo a ti y a tus amigos. ¿A que todos estáis contentos por lo que hicisteis en la Transición?

—Pues claro que estamos contentos. Ahí hicimos todos todo lo que pudimos.

—¿Y por qué ahora no hacéis nada? ¿Dónde están los jóvenes, dónde están los universitarios, los periodistas críticos, los intelectuales? Tendríaís que salir a la calle, como en los setenta, para defender el trabajo digno, la libertad, la igualdad. Y la decencia. El otro día oí a un ministro decirle a los constructores que no paguen comisiones. ¿Se están volviendo locos? ¿Por qué no les manda a los guardias en lugar de hacerles ruegos? Y vosotros, callados. Antes, hasta los catedráticos se ponían al frente de las manifestaciones, aunque les quitaran la cátedra. Ahora están solo a ver si colocan a un enchufado en el departamento y a ver cómo pagan la segunda vivienda. Os estáis apalancando. Claro, antes no teníaís nada que perder y ahora sí. Ahora todos tenéis coches, pisos y electrodomésticos que os quitan trabajo por un lado y os lo dan por otro, porque hay que pagarlos y para pagarlos hay que trabajar.

—¿Y qué vamos a hacer? Buscarnos la vida, ¿no?

—Vale, pero sin dejar que delante de vuestras narices echen a perder lo

que habíais conseguido. No digo que seáis como ellos, pero os habéis instalado en la buena vida, como ellos. Roban y no los corréis a gorrazos. Os cuentan mentiras y no les sacáis los colores. Os piden el voto cada cuatro años, hacen lo que les sale de las pelotas y miráis para otro lado. Hicisteis una huelga general contra Felipe, pero ahí sigue, con nueve millones de votos.

—Es que la alternativa es peor. Tú no sabes cómo es Aznar, maestro.

—Como no espabiléis os vais a hartar de Aznar. O de cosas peores, como Jesús Gil, que ahí lo tienes. Empezó con la construcción, siguió con el fútbol y ahora dice que quiere meterse en política y está todo el día diciendo tonterías en la tele. A mí esos que dicen que lo arreglarían todo «en dos *patás*» son los que me dan más miedo. Esos y los dueños del cortijo, siempre te lo digo, que nunca renunciarán a seguir siendo los dueños del cortijo, y hazme caso, que de dueños de cortijos en mi barrio sabemos un rato largo.

331

En la segunda de las visitas hablan de la amistad y del amor. Julia le ha llevado una novela que acaba de salir, *La sombra de los días*, de José Luis Sampedro.

—La escribió en 1947, pero no la había publicado hasta ahora. Te gustará.

—Seguro. Todo lo que hace y todo lo que dice Sampedro me gusta. Yo, de mayor, quiero ser como José Luis Sampedro.

Además, le ha traído una Coca-Cola y unas naranjas. Mientras le da sorbos a la Coca-Cola, se queda mirándola.

—Mira que eres rara...

—¿Rara yo? ¿Por qué me dices eso?

—Porque eres muy rara. Yo tengo la fama, pero tú cardas la lana. ¿Por qué te arrimaste a mí, que podía ser tu padre? ¿Por qué te empeñaste en saber de mi vida y que te contara historias que no te he querido contar? ¿Por qué te empeñaste en que tomáramos cervezas en el Lyon, en que paseáramos por el Retiro? ¿Por qué te dio por subir a mi casa, la época que te dio por subir a mi

casa? Porque eres más rara que yo. Y mejor persona, desde luego. Por eso has venido a verme y me has traído ese libro, esta Coca-Cola y estas naranjas.

—Porque sé que te gustan las naranjas, la Coca-Cola y los libros. ¿Te la pelo? —pregunta Julia cogiendo una fruta de la bolsa.

—No, ya me la comeré luego tranquilamente. Y no vuelvas a decir que me la pelas, que yo sigo siendo un gallo de pelea.

—Anda ya, menos faroles. Además, ahora que ya solo somos amigos, eso sería un incesto.

—Quien hace incesto hace cientos.

Julia se ríe, César se ríe y quien más se ríe es la enfermera, que se llama Mónica, acaba de entrar en el cuarto y, ya puestos, si le quiere pelar algo al pianista no tiene más que decirlo, porque está que da gloria verla y con ella, dice César, ni incesto ni leches.

—Hala, otro farol —le contesta Julia.

—¿Farol, dices? Vale. Es un farol. Pero que sepas no es por falta de ganas, solo por falta de fuerzas. Llevo unos días más flojo que de costumbre. Serán las medicinas. O estar tanto tiempo inactivo. Lo único que noto fuertes son los dedos, pero es, ya sabes, porque yo sigo tocando el piano a todas horas: sobre los libros, sobre la bandeja de la comida, sobre cualquier cosa que tenga a mano. En las semanas que llevo aquí me he repasado toda la obra para teclado de Bach y he empezado a arreglar para piano la de violín. No veas qué trabajo.

—Y todo eso, en la cabeza.

—Hombre, claro. No me voy a poner a escribir partituras a estas alturas de mi vida.

332

El tercer día, César advierte que Julia está más callada que de costumbre.

—¿Qué te pasa, estás cansada?

—Un poco. Anoche nos pasamos cien pueblos.

No es verdad. Anoche ni siquiera salió de casa, entre otras cosas porque no sabía adónde ir. Hace cuatro días cerraron para siempre el Avión. El pianista no lo sabe y no será ella quien le dé la noticia; ya se enterará cuando salga de la residencia. Si es que sale, porque se ha encontrado con el médico en el pasillo y la ha dejado muy preocupada: el cáncer de huesos no le causará dolores ni molestias, pero ha entrado en su última fase. Intenta disimular hablando de trivialidades, del tiempo, del libro que le trajo ayer, y preguntando por sus progresos con la enfermera. César dice que la cosa promete, pero que con quien está progresando de verdad es con Carmela. Viene todos los días y lo cuida como a un príncipe.

—Le está poniendo voluntad, la *joía*. Ahora ella es la única en el rebañito.

Antes de despedirse, Julia le pregunta si puede fumarse uno de sus Peninsulares, enciende otro para él y mientras fuman, en silencio, le coge la mano. Luego le dice adiós, con un beso en la mejilla y una promesa que no podrá cumplir:

—El viernes, cuando salga del instituto, me voy a Valencia, a pasar el fin de semana con la familia. El lunes, sin falta, vengo a verte.

—No te preocupes. Aunque no vengas, tú siempre andas por aquí, amiga.

333

Los últimos rayos de sol del miércoles, 13 de abril, entran de refilón por la ventana cuando César se come la última naranja que le trajo Julia. La ha partido en trozos muy pequeños, cada gajo en dos o tres. Quiere que dure este instante. Como dura el recuerdo de un beso o el de una canción. Como dura la amistad, siempre más duradera que el amor.

Por la ventana entreabierta ve la silueta de los Siete Picos, todavía con algunas manchas de nieve. Entra aire fresco, se oye el canto de unos pájaros y el murmullo de unas ramas movidas por el viento.

La naturaleza es música, y a César le gusta escucharla mientras se va acercando a la boca los trocitos de naranja. Piensa en Carmela, que vino a

primera hora, en Julia, que acaba de marcharse, y en Jose, el hijo de Manolo y Leo, que pasó a media mañana, afectuoso y atento como de costumbre.

Música, luz, sabor, una red de afectos pequeña pero intensa y el vaso de vino tinto que Mónica, la enfermera, ha prometido traerle con la cena.

No está nada mal. Cuando termine la naranja se fumará un Peninsulares y en el paquete le quedan todavía unos cuantos. ¿Qué más puede esperar?

Al fin y al cabo, en esto consiste vivir.

Epílogo. Una tumba sin nombre

Madrid, 2017. Leo Toral vive con su hija Leito en un piso soleado de Villalba. De vez en cuando va a verlas su hijo, Jose, que reside con su mujer en la capital. Manolo Zapatero murió, de viejo y en paz, en los primeros años del siglo.

* * *

Cuando cerró el Avión, Antonio el Chato y su novio, Jose, abrieron un bar llamado La Copla en la calle Jesús del Valle, de Malasaña. Los casó el 2 de junio de 2006 en el Ayuntamiento de Madrid el concejal Pedro Zerolo. El banquete nupcial lo celebraron en un local lleno de espejos y dorados, en el número 184 de la calle de Alcalá. Se llamaba Orfeo 3, lo que permite sospechar que también perpetraban bodas con espejos y dorados en otros dos locales, por lo menos.

* * *

Perico, que tiene un riñón nuevo, sigue yendo en mayo a Las Ventas, por San Isidro, y conserva el abono en la última fila de tendido siete. En la plaza o en los bares cercanos aparecen los demás: Dami, Paloma, Manolín, Miguel, Federico, Eva, Fernando... Casi todos han ido perdiendo la afición a los toros, pero ninguno ha perdido la afición a las cañitas de después.

* * *

El 3 de febrero de 2010, la ministra de Defensa Carme Chacón condecoró a Fernando Reinlein y otros trece jefes del Ejército, antiguos miembros de la UMD, con la Medalla al Mérito Militar. Con treinta y cinco años de retraso, el Parlamento y el Gobierno hicieron expreso reconocimiento de su aportación a la democracia. En esos años se truncó la carrera militar de Reinlein, pero no la periodística: llegó a ser director de *Diario16*.

* * *

Miranda, el agente del CESID, pasó a la reserva cuando alcanzó la edad reglamentaria y actualmente, con ochenta años cumplidos, una hija de catorce y otra de quince, gana un dineral como asesor en una conocida empresa multinacional de seguridad.

* * *

Valeriano Paloma estuvo llevando flores hasta el fin de sus días al cementerio de la Almudena, donde enterraron muchos años antes que a él a la señora Pilar, de la que siguió enamorado de por vida.

* * *

Tras el hundimiento del Grupo16, Javier López se fue a *El Mundo*, y ahora está en un periódico digital, pequeño pero resultón. Él mismo está sorprendido de poder seguir viviendo del periodismo, con la que está cayendo, y contento de no tener que trabajar de tertuliano.

* * *

Julia Ferrer anda por ahí, dejándose llevar por su eterna curiosidad adolescente. El rebañito, bien, gracias.

* * *

Fernando Palacios y Menchu Mendizábal preparan un calderillo de la Ribera en su casa de Los Molinos, en la sierra de Madrid. Ahí estamos Anamari y yo con Andrés de Miguel, María Rosa León, Federico Moreno, Eva García Vaquero, José Miguel Utande, Ana Navarro, Adrián Ruiz, Ángeles Huet, Didier Claisser, Carmen Baudín... Después de comer salimos a dar un paseo por el campo. Al pasar junto al cementerio, propongo entrar.

—Ahí está enterrado César, el pianista del Avión.

—Será como buscar una aguja en un pajar.

—No. Está en el nicho 215. Lo escribió Ricardo Cantalapiedra en *El País*, en la crónica del entierro.

En el nicho 215 no hay lápida ni nombre, pero las fechas cuadran. El vecino de abajo murió en marzo de 1994, el de encima, a finales de abril. A César lo enterraron el 16 de ese mes. Tras recorrer con detenimiento el cementerio, no hay duda posible: su tumba solo puede ser esa. Tuneamos el nicho bajo la dirección artística de Utande, que improvisa un pincel quemando con un encendedor la punta de unas cañas. Con eso y un trozo de ladrillo rojo ponemos el nombre de César, la fecha de defunción, un teclado y un avión, bastante marrulleros. Luego nos vamos a un bar, a tomar un *gin-tonic*.

* * *

Este epílogo me ha salido estilo Spielberg, pero qué le vamos a hacer. Lo

que acabo de contar ocurrió el 17 de julio.

Gracias, amigos

¿Es normal pedir prestados los recuerdos de medio centenar de amigos para escribir una novela? ¿Es normal estar más de un año dándoles la brasa? No, no es normal. Pero yo sin mis amigos no voy a ninguna parte. Gracias. Gracias a todos por aguantarme y por ayudarme a reconstruir esta historia, que os pertenece tanto como a mí, excepto los errores, que son propiedad privada y, como habréis visto, los he ido repartiendo muy cuidadosamente a lo largo de todo el texto. Ahí van los nombres, con unos puntos suspensivos al final porque seguro que el japonés del ordenador —yo no— se ha olvidado de alguien.

Anamari Mayoral, Adrián Ruiz, Agustín Molina, Alfonso Casanova, Alfredo Sánchez, Almudena F. Páramo, Amalia S. Sampedro, Ana Navarro, Ana Romero, Andrés de Miguel, Ángeles Huet, Antonio Moral, Antonio Zapata, Araceli Palomeque, Asociación Cultural La Sureña¹⁶, Carlos Pardo, Charín Gurriarán, Chiky Trillo, Chus Santos, Club de Fans de Roger Álvarez, Constantino Mediavilla, Cusa Campillo, Delia Agúndez, Diego Galán, Enrique Palau, Eva García Vaquero, Federico Moreno, Fermín Galán, Fernando García Tejada, Fernando Palacios, Fernando Reinlein, Francis Santos, Ignacio Elguero, Iñaki Zuloaga, Iria Corral, Javier López, Javier Olivares, Jesús Pozo, Jorge Lafora, Jorge Santos, José María Iñigo, José Ramón Pardo, José Miguel García Mateache, José Miguel Utande, José Miguel Viñas, Josep María Santmartí & *friends*, José Núñez, Juanan Cabrejas, Juanlu Alonso, Julia Ferrer, Manolín García, Manuel Toharia, Mariano F. Sánchez, Marta Wilhelmi, Meme de la Casa, Menchu Mendizábal, Merche González Frías, Merche Martínez Lías, Merche Jansa, Miguel Ángel Fernández, Miguel de Andrés, Nieves Concostrina, Lola Barroso, Lola Martín, Luis Calavia, Paco Herranz y demás colegas del Foro Arekuna, que siempre están ahí, con Félix Puebla al frente, Paco Somoza, Padre Dorronsoro, Pedro Martínez, Pepa Fernández y equipo, Pilar García Mouton, Raquel Pardo, Reyes Monforte, Ricardo Aguilera, Ricardo Cantalapiedra, Sacha Hormaechea, Santi Llorente, Teresa

Viejo, Valentina Granados...

Agradecimiento especial para Clara María Neila (responsable de comunicación de la SGAE), Fernando Gilgado Gómez (responsable del archivo del Real Conservatorio de Música de Madrid), Mariluz González Peña (responsable de documentación de la SGAE) y a todos los que mantienen vivos el patrimonio cultural y la memoria en el Servicio de Documentación de *ABC* y en la Biblioteca Nacional.

Y muchas gracias, por adelantado, a todos los que de aquí en adelante queráis enriquecer esta historia con vuestras aportaciones. Seguro que los supervivientes de los ochenta y del Avión Club echáis de menos muchas cosas. Pues, nada. Me escribís, me las contáis y vemos la manera de meterlas en futuras ediciones. Esta novela nació con vocación coral y la mantiene. Me tenéis en el Twitter: [@lalibretacolora](https://twitter.com/lalibretacolora). Y en este correo: lalibretacolora@gmail.com. A mandar.